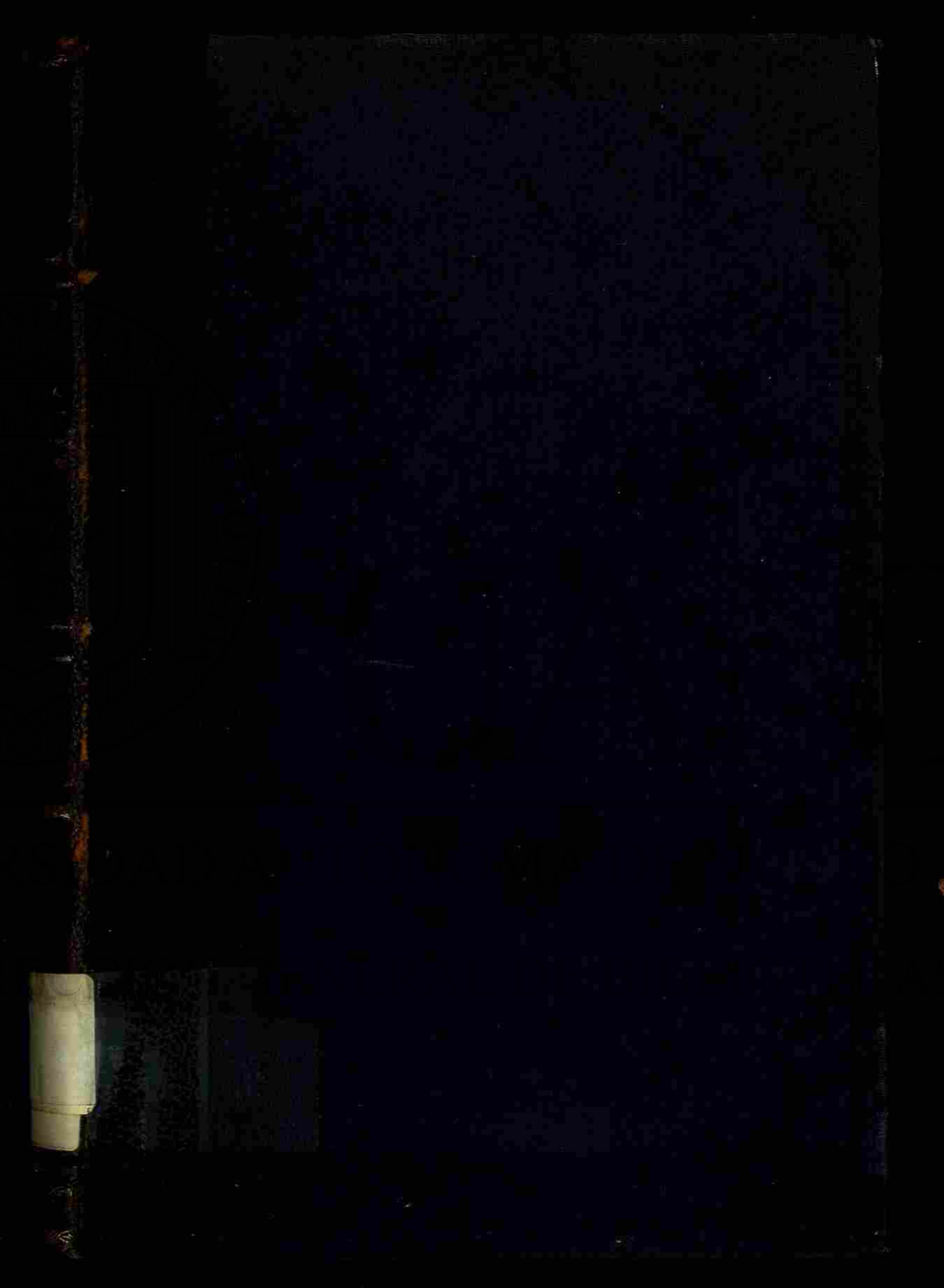


LAMARTINE

CURSO
DE
LITERATURA

TOMO I

PN542
.35
L3
v.1

R. C.

1020025922

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

890
L.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

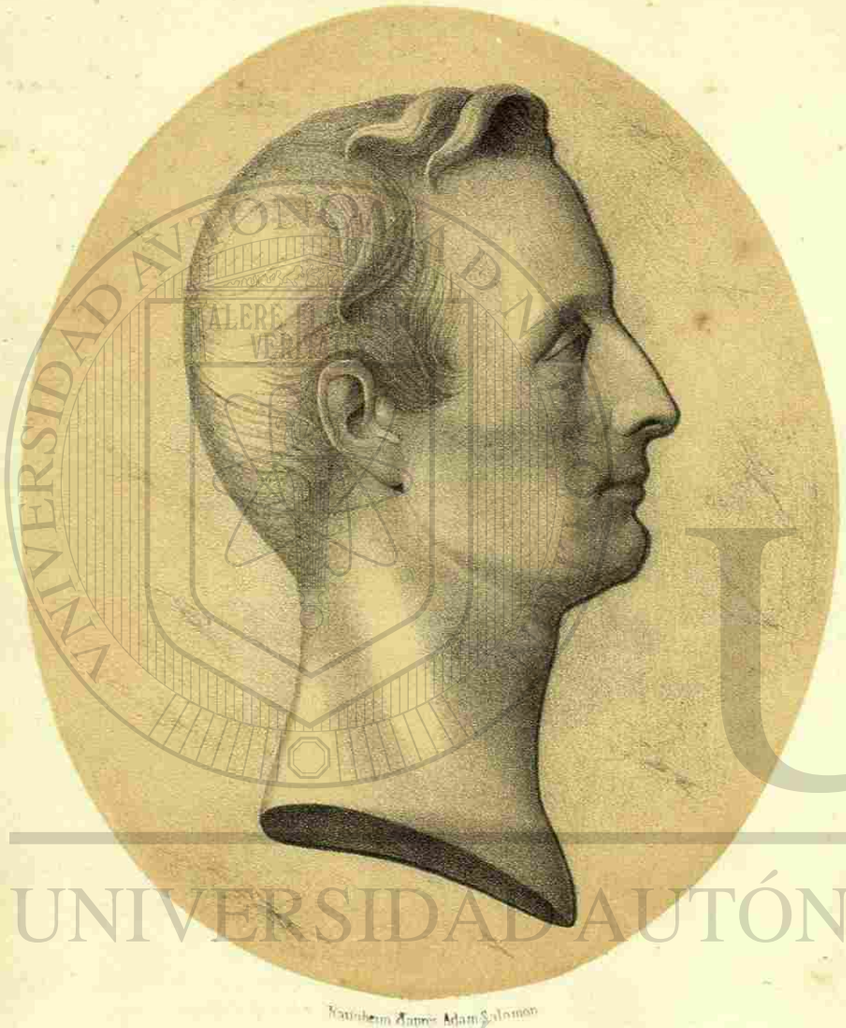
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Paris. — Imprenta de BOURDIER et Cª, calle Mazarine, 30.

M. 3.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RES
FONDO RICARDO CO

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Nauvieux Frères Adam Salomon

CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA

POR

M. A. DE LAMARTINE

TRADUCCION

DE D. J. BERMUDEZ DE CASTRO

Adornado con el retrato del Autor

PARIS

MORIZOT, LIBRERO-EDITOR

3, CALLE PAVÉE-SAINT-ANDRÉ

1857

El editor se reserva el derecho de la reproduccion en el estranjero

099493

31336

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PM542
.3S
L3
v.1



CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA

CONVERSACION PRIMERA

El germen de todo reside en las palabras.
(Poeta y filósofo indiano.)

I

Antes de formular la definicion de la literatura, quisiera infundiros el sentimiento que esta palabra inspira, pues, á menos de ser una inteligencia pura, nadie acierta á comprender lo que no alcanzó á sentir.

Ciceron, el varon mas literario de cuantos archivó la memoria humana, nos ha legado, relativamente á la utilidad y deleite que acarrea el estudio de las letras, una frase magnífica, con asomos de campanuda, y envuelta en inmensas circunvoluciones de retumbantes voces, que recuerdan el acompasado galope del caballo de Virgilio. A pesar de su belleza intrínseca, juzgo inútil repetiros esta frase altiso-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nante, pues solo os dejaria el recuerdo de una vana redundancia de período y una estéril cadencia de palabras, prefiriendo traducírosla mediante la narracion, la imágen y el sentimiento, para que esta misma narracion, esta misma imágen y este mismo sentimiento la hagan penetrar por los tres poros de vuestra alma : el interés, la imaginacion y el corazon; y al mismo tiempo á fin que, al ver como pudo formarse en mí la impresion de lo que se designa bajo el nombre de literatura, y al comprender como llegó á ser esta impresion pasion en una edad y consuelo en otra, podais contraer vos mismo la facultad literaria, resúmen de todos los bellos sentimientos en el hombre llegado á la perfeccion de la naturaleza.

Permitidme que retrogrademos juntos á mis primeros y últimos años, y no olvideis que no soy un profesor, sino un amigo que con vos platica familiarmente.

Así no estrañeis que insista y recargue sobre algunos recuerdos en que pueda arrastrarme el abandono de la conversacion, ni que me aparte del camino recto y consiguientemente mas corto, si llego á divisar una vereda amena y florida por mas vueltas y revueltas que presente.

II

Arido y triste es el lugar de mi nacimiento, aunque vecino al curso del Saona, en cuyas aguas se pin-

tan por un lado los Alpes lejanos, y por otro ciudades opulentas y las mas risueñas aldeas de Francia; pues cenicientas colinas erizadas de calvas rocas que perforan un suelo arenisco, se interponen entre nuestros lugarejos y el dilatado horizonte formado por el Saona, la Bresa, el Jura y los Alpes, horizonte que tanto halaga la vista del viagero que recorre la orilla del rio.

Al pié, ó sobre las inclinadas faldas de estas colinas, elévanse, diseminadas aquí y acullá, reducidas poblaciones, cuyas blancas paredes, chatos techos, rojos tejados y campanarios negruzcos, juntamente con la carestía de agua, ausencia de árboles, enanas viñas y cercados de boj ó de piedras, recuerdan esos lugares rústicos de España, Calabria, Sicilia y Grecia, que, bajo un sol estival y un cielo de implacable azul, parecen humear al ojo como las bocas de horno en que cuecen los aldeanos el pan para su familia.

Oculta á la vista por el campanario y las rústicas chozas, elevábase la casa de mi padre, sin que nada la distinguiese de los demas cubos de piedra con sus correspondientes ventanas y armazon de tejas ennegrecidas por los inviernos, salvo un patio algo mas vasto y una huerta adjunta. Allí la vida era agreste y solitaria como el mismo albergue. Tal fué la casa en que yo nací y crecí, sin mas idea de nuestro planeta que las que podia sugerirme aquella escasa perspectiva limitada por dos ó tres moncecillos en que veia trepar cada mañana á las cabras y carneros

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con los niños que apacentaban estos animales, en cuya compañía bajaban á la caida del dia, para abastecer de leche á las familias de los lugareños.

III

Reducido en demasía era el ámbito en que podian campear mis ideas, y, á medida que con la edad medraba mi inteligencia infantil, se esforzaba en averiguar lo que existia mas allá de la montaña, si bien lo único que alcanzaba á distinguir mi vista, cuando subia hasta la cima en pos de los demás muchachos de mi edad que custodiaban los rebaños, no pasaba de algunas cuantas aldeas que blanqueaban allá á lo lejos en las colinas cercanas, ó humeaban por la noche en el puro azul del estrellado firmamento.

Entretanto mi madre, muger santa y superior, vigilaba atenta para ver, por decirlo así, despuntar mi pensamiento y consagrar á Dios sus primicias, como se busca el rio en su orígen ó manantial primitivo, para dirigir su cauce y bañar el prado que debe alfombrar la mullida yerba. Afanábase aquella muger piadosa para enseñarme á leer y formar una á una esas letras misteriosas que por su agregado componen la sílaba, las cuales cooperan á formar la palabra, y estas por su asociacion las frases, cuyo conjunto despierta ¡ oh prodigio de trasformacion ! el pensamiento. ¿ Como puede operarse tan maravillosa

metamórfosis, mediante el juego de un instrumento material llamado pluma, en una sustancia inmaterial é intelectual como el pensamiento ? ¿ Y qué viene á ser este mismo pensamiento el cual, si bien de naturaleza agena, brota de los sentidos como la chispa del pedernal para iluminar las tinieblas ? Necesario seria preguntarlo á aquel que sacó de la nada la materia y la inteligencia, y quien, mediante un fenómeno cuyo secreto le plugo reservarse, y por un misterio divino como su propio sér, comunicó á esta inteligencia y á esta materia la apariencia de una misma sustancia, si bien estableció entre ambas la imposibilidad de una identidad de esencia. Dios solo sabe los secretos de Dios, y á ningun otro sér es dado concebirlos. La union de la materia y del alma en la criatura humana, la trasformacion aparente de los sentidos en inteligencia, y de la inteligencia en materia, forman seguramente el mas sagrado á la vez y el mas pasmoso de cuantos arcanos pueden ofuscar la mente, fenómeno evidente como existencia, si bien fuera de toda esplicacion á causa de su naturaleza sobrehumana. En mi concepto deberia escribirse en el frontispicio de todas las ciencias físicas y metafísicas, como igualmente en los confines de las cosas explicables : « ¡ Deteneos, pues estais á orillas de un precipicio ! ¡ Contentaos con contemplar y adorar, mas no aventureis esplicacion alguna ! ¡ Considerad que fuera de vuestro alcance se halla tan imponente misterio, y que á nadie es dado escaladar el pensamiento de Dios ! »

Igualmente quisiera ver inscrito el verso de Dante, tanto en lo concerniente á la naturaleza física, como en lo relativo á la naturaleza moral: «Vosotros que á estos límites tocais, perded toda esperanza de traspasarlos.»

Lasciate ogni speranza o voi ch' entrate.

IV

Sea como fuere, ello es cierto que empezaba mi entendimiento á imaginar y á percibir que otras personas que habitualmente veia, pensaban mas que yo. Al mismo tiempo llegaba á comprender, no la naturaleza, sino el hecho de la trasformacion de los caracteres materiales que me veia obligado á trazar ó leer, en pensamiento inmaterial; como igualmente el fenómeno recíproco resultante de la trasformacion de este mismo pensamiento en caracteres, esto es, en libros. Mi primer respeto por el libro, *medio* sobrehumano en que se opera este fenómeno, me vino de donde emana toda revelacion á los niños, esto es de la madre.

La mia atesoraba, juntamente con la piedad de un ángel en el corazon, la impresionable delicadeza que distingue la fisonomía de la muger, y su rostro en que se armonizaban la belleza de las líneas y la santidad de los pensamientos, me dejaba ver, mejor que las páginas mas elocuentes, el espectáculo de la

trasformacion casi visible de la inteligencia en espresion física, y de la espresion física en inteligencia. Esta union íntima lleva el nombre de *fisonomía*, y conviene advertir que esta voz recibe cada dia nuevas acepciones, porque nadie ha logrado aun definirla. En efecto, la fisonomía realiza este fenómeno visible si bien impenetrable: *el alma en el rostro, y el rostro en el alma*, fenómeno que, mejor que ningun otro, permite ver al hombre la union de la materia y del espíritu, si bien la naturaleza le veda determinar en la fisonomía lo que pertenece á la materia y lo que compete al espíritu, no quedándole mas recurso que el de adorar y anonadarse en el misterioso límite en que se confunden ambas sustancias.

V

Veia á menudo á mi madre en su cuarto inundado por el sol en que reposaba los domingos despues de haber asistido á las ceremonias religiosas, ó se entregaba á sus labores femeninas los demas dias de la semana; y, al anochecer, cuando habia depuesto la aguja, la observaba tomar, en una mesita junto á su lecho, un tomo de devocion que le venia de su propia madre. Su fisonomía, de comun tan franca y espansiva, mudaba de repente de espresion y se recogia como la luz de una lámpara que protege encorbada la mano contra el viento que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hace vacilar su llama y amenaza apagarla. Como me era notorio este género de espresion, fácilmente colegia que se entregaba á una conversacion muda con una persona ausente, en términos que, sin necesidad de aviso alguno de su parte, guardaba el mayor recogimiento y respetaba su lectura.

En sus labios notaba apenas un movimiento ligero é imperceptible; pero sus ojos alternativamente fijados en la página ó levantados al cielo húmedos y fulgorosos, la palidez y el encarnado que inundaban alternativamente sus mejillas, sus manos que piadosamente unia en un momento de efusion despues de haber depuesto el libro en sus rodillas, la emocion que hinchaba su pecho y que á mi se revelaba por una respiracion mas fuerte que de costumbre, todo cooperaba para hacer inducir á mi inteligencia infantil, que la piadosa muger decia á este libro, ó que este libro le decia cosas que no me hallaba yo en estado de comprender, si bien interesantes sobremanera, pues la misma persona tan indulgente por naturaleza al tratarse de nuestros juegos, y de tan cariñosa solicitud para responder á nuestras preguntas, me daba á entender por señas que no interrumpiese su conversacion silenciosa.

VI

De este modo llegué á vislumbrar que existia en esos libros, hojeados dia y noche por las piadosas

manos de mi madre, una literatura sagrada, por la cual, mediante ciertas páginas que contenian secretos superiores á mi edad, el sér que oia llamar Dios conversaba con ciertas personas privilegiadas, y estas con Dios. Tal fué mi primer sentimiento literario, sentimiento que se confundió luego en mi mente con una atmósfera de santidad que parecia envolver á la santa muger á quien debo la vida, cuando abria ó cerraba esos misteriosos volúmenes.

VII

Pero pronto los primeros estudios de lenguas comenzadas sin maestro junto al hogar paterno, y mas adelante la disciplinada enseñanza de los profesores, me convencieron que existia un mundo de palabras y lenguas diversas : unas llamadas muertas, laboriosamente resucitadas por la posteridad deseosa de hallar un tuétano eterno en los huesos secos por el tiempo, y otras denominadas vivas y que efectivamente oia latir en torno.

Prescindiré de esos tiernos años en que quisieran los niños que no hubiese mas lengua que la que balbucean, lengua continuamente interrumpida por contínuos besos y caricias en el seno de sus nodrizas ó en el regazo de sus madres. Estos años fueron tal vez mas amargos para mí que para otro infante de mi edad, pues, mientras mas mullido es el nido, mas frondoso

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el árbol, y mas cálida el ala maternal, mas aborrece el pájaro las rejas de la jaula en la cual silba tonadas aprendidas que repite sin comprenderlas.

No obstante, á pesar de lo áspero del aprendizage, empezaba á encontrar, de cuando en cuando, un placer severo al leer esas relaciones patéticas, esos bellos pensamientos que nos veiamos obligados á desenterrar palabra por palabra en las lenguas muertas, de las cuales parecia salir un soplo fresco y armonioso como el que deja exhalar una bóveda subterránea cerrada desde tiempo remoto, y cuya puerta se desmorona y cede á la accion de los instrumentos. Una imágen campestre ó un sentimiento pastoral de *Virgilio*, una estrofa de *Horacio* llena de gracia y cadencia, un discurso de *Tucídides*, una reflexion varonil de *Tácito*, un período elegante y sonoro de *Ciceron*, me producian un encanto indecible, trasportándome á otros tiempos, á otros lugares, á otros idiomas, y comunicándome un goce precoz de lo que, andando el tiempo, debia embelesar mi existencia. Esta época pasada, en tanto cuanto puedo recordarla, era una consonancia lejana aun y confusa, si bien una armonía latente resultante de un diálogo entre mi alma y las almas que me respondian al través de los siglos.

VIII

Desde aquel entonces, la literatura que tan espinosa se me habia presentado, me ofreció una satisfaccion, que, si bien comprada algo caro, valia mil veces la pena impuesta para adquirirla.

Tal se pasaron los primeros años de estos estudios; mas al contento pasivo determinado por los primeros ensayos de composicion literaria en griego, en latin y en francés, no tardó en agregarse el placer activo resultante de nuestra propia produccion, del aplauso de nuestros émulos y maestros, de las reminiscencias de las composiciones antiguas cuya admiracion nos habia sido inspirada por nuestros superiores. Aun me acuerdo del primero de estos ensayos descriptivos que me valió la aprobacion del profesor juntamente con el entusiasmo de la escuela.

Teníamos por tema libre y vago una descripcion de la primavera en el campo. La mayor parte de mis condiscípulos, nacidos y educados en las ciudades, no conocian la primavera mas que por los libros. Así no es de estrañar que sus composiciones, algo banales, se hallasen atestadas de las imágenes convencionales derivadas de las Bucólicas, tales como el arroyuelo que murmura, los rebaños que balan, las avecillas que trinan, los zagales reclinados bajo un haya y acompañando sus canciones campestres con sus rústicos caramillos, las praderas salpicadas de flores en las cuales zumban enjambres de abejas y se cierne la mariposa incauta; en una palabra, todas esas primaveras eran griegas ó italianas, y se parecian entre sí como el mismo rostro repetido por veinte espejos diversos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al contrario, yo habia sido educado en el campo, en la tosca comarca que precedentemente he descrito, y, ni por asomo, habia visto en torno del rústico albergue de mis padres, ni los naranjos que ostentan manzanas de oro y cuyas flores olorosas hubieran caido á mis piés, ni los torrentes que se despeñan iracundos de los bosques para inundar con su blanca espuma las pendientes floridas de las valles, ni los pingües ganados de terneras lombardas y matizadas vacas medio ocultas por la yerba espesa, ni las abejas del Himeto afanosas entre los citisos amarillos y sonrosadas adelfas.

Así, á menos de sacar todas mis imágenes de los libros, lo que me repugnaba como un plagio á la vez y como un embuste, me veia obligado á describir la naturaleza escasa y menguada primavera de mi pais, sin poder encontrar, en tan indigente naturaleza, ninguno de los colores poéticos que se negaban á prestarme la desnudez de la tierra y las calvas y hendidas rocas que circundaban la habitacion paternal.

En consecuencia resolví prescindir de los accesorios y pintar la primavera mediante las impresiones que produce en el corazon y por las faenas de la gente rústica, tales como se habian presentado á mis ojos, durante los primeros años de mi infancia, en el lugarejo en que habia visto la luz, juzgando que mi composicion seria mas seca, y que tanto el maestro como los condiscípulos no podrian menos de compadecerse de la pobreza de mi pincel.

Sin embargo, tomé la pluma al mismo tiempo que mis rivales, y, con toda humildad, si bien con todo el esfuerzo de estilo de que me sentia capaz, escribí mi primera composicion, inspirado no por la fria ficcion, sino por la memoria cálida y palpitante de los lugares queridos. Tal fué la musa que me inspiró, segun el lenguage que usábamos en aquella época.

Hace poco encontré, en una de las gavetas del escritorio de mi padre, esta composicion de niño, escrita con letra redonda y poco corrida; pues mis maestros se la habian enviado para que pudiese juzgar de los progresos de su hijo. Podria copiarla por entero, pero me contentaré con abreviarla sin trueque alguno. Si hoy tuviera que volverla á escribir, lo haria seguramente de un modo mas magistral, pero no con tanto sentimiento de verdad.

He aquí mi obra maestra.

IX

« El gallo canta en el muladar del camino, ro-
« deado de sus gallinas que con sus patas escarban
« el seco estiércol y la paja, para encontrar el grano
« olvidado en la espiga despues de batido en la
« granja. Toda la aldea se despierta al oir su alegre
« canto, y la vista divisa gozosa á las mugeres y
« muchachas salir medio desnudas de las puer-

« tas de sus pajizas chozas, peinando sus largos « cabellos con el peine de boj que arregla y dispone « sus trenzas como madejas de seda; é, inclinán- « dose sobre el borde del pozo, se lavan el rostro « y las mejillas en el cubo de cobre, cuya soga « enredada en torno de la ruidosa garrucha, se « eleva desde el fondo de la roca hasta sus manos.

« Sopla la tibia brisa del fragante mayo, semejante « al aliento de un niño que despierta, secando sobre « los rostros y cuellos de las doncellas los rizos hú- « medos de sus cabellos. Despues se esparcen en « los jardines sembrados de saucos, cuyas cán- « didas flores se asemejan á la nieve recien caida « que aun no han herido los rayos del sol, cogiendo « los alelíes que atan con un un alfiler á sus man- « gas para respirarlos todo el dia durante su tra- « bajo.

« Aun no han emprendido su vuelo las golondri- « nas, regresadas hace pocos dias de los paises « desconocidos en que poseen un segundo nido « para el invierno; y, bajo la forma de animada cor- « nisa la vista las observa simétricamente dispuestas « sobre los conductos de hoja-lata que circundan el « techo, para poder saludar, desde esa altura, al sol « que se asoma en el oriente, ó mojar sus picos « en el agua que depuso la lluvia. La alada tribu « emite imperceptibles trinos, que se asemejan á « las palabras que confusa y melodiosamente oimos « en los sueños, como si esas lindas avecillas que « tanto apetecen la morada humana, temiesen des-

« pertar á los tiernos infantes, dormidos aun en el « cuarto de arriba.

« Por último, en la parte que mira al Monte- « Blanco, disipa el sol espesos celages, y el astro se « desprende poco á poco de sus cortinas de niebla, « como un buque incendiado parece saltar en las « ondas que las llamas reflejan; los primeros albo- « res, que su presencia acusan, tiñen con un surco « de luz, las elevadas colinas, cuyos fulgorosos re- « flejos recuerdan los que arroja la boca del horno, « cuando cruge llameante el sarmiento, y se refleja « rojo en el rostro de las mugeres que hacen el pan. « En efecto la luz solar no brilla helada, como en el « invierno, sobre la escarcha de los prados, sino, « rauda y calorosa, da vigor á la tierra y evapora el « rocío que humea al elevarse de los retoños de « yerba, y del cáliz de las flores en los jardines. El « guijarro que ha tocado el sol, mi mano lo siente « ya cálido, y el mismo viento parece haber atra- « vesado el hálito de la aurora primaveral, soplando « sobre los collados, como nuestra madre, durante « nuestra infancia, al vernos entrar muertos de frio, « acostumbraba soplar en nuestros dedos para de- « sentumecerlos.

« Cada vez se muestra el sol mas brillante, y ya « casi toca la cúpula del campanario, cuya última « piedra brilla como carbon mineral; agitada la « campana por la soga de la cual se agarran los mu- « chachos á la señal del campanero, responde á este « primer rayo del astro con júbilo estrepitoso que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

« aturde y ahuyenta de los techos á las palomas y « gorriones.

« Al oir tan inesperado repique, detiénense las « mugeres que sacan agua del pozo ó regresan á sus « casas con el cántaro á la cabeza; é, inclinando las « frentes mientras que con ambas manos sostienen « el recipiente para que su movimiento no haga « perder al agua el equilibrio, dirigen á Dios una « corta oracion para que les depare un dia hermoso « de primavera. Los murmullos, los ruidos, las mil « voces del camino parecen cesar un instante; y, al « través este silencio momentáneo, se oye á la na- « turaleza muda palpitar de piedad y reconocimiento « ante su Criador. Entre tanto las cabras y carneros, « impacientes de salir de los oscuros establos en « que permanecen encerrados durante la nieve, « prolongan sus balidos, deseosos de ser conducidos « á la acostumbrada montaña. La madre de familia « baja precipitadamente la grosera escalera de la ca- « baña, haciendo resonar sus zuecos de haya ó de « nogal, y, levantando el pestillo de madera que « cierra el establo, cuenta sus corderos y cabritos á « medida que estos se enredan entre sus piernas, « pugnando por salir los primeros de la lóbrega man- « sion, y los entrega á los niños para que los con- « duzcan al acostumbrado pasto.

« Armados de un ramo de acebo del cual aun « penden las verdes hojas, los pastores infantiles « toman con sus cabras el camino de la montaña, « divirtiéndose en su tránsito en arrancar los ramos

« de boj que olorosos como la viña vuelve la pri- « mavera, y en coger en los zarzales los frutos verdes « de ese arbusto que se asemeja á las marmitas trí- « podes, recreo y pasmo de la infancia. Pero no « tardan en perderse de vista detras de las rocas « para no volver sino al anochecer, cuando las ca- « bras ú ovejas arrastrarán por tierra sus ubres « hinchadas de leche.

« Mientras que los rebaños trepan de este modo « por las cumbres, se ve brillar en las cabañas, al « través de las puertas abiertas, la llama de haces « encendidos por las mugeres para hacer la sopa « muy de mañana á sus maridos antes de ir juntos « á las viñas. Una vez tomada la frugal colacion « sobre la mesa lustrosa de nogal rodeada de bancos « de la misma madera, se ven salir á las ancianas « encorvadas por la edad y el trabajo para ir á hilar « la blanca lana de los corderos bajo los árboles que « se agitan en el camino, contiguos á la pared que « calienta el sol naciente. Las ruecas se hallan ro- « deadas de una trenza roja que serpentea en torno « de la lana, y las venerables matronas guardan á « su lado á los niños, platicando entre sí de las pri- « maveras de antaño.

« El mancebo y la doncella salen los últimos de « la casa, echando la llave por la gatera de la puerta; « aquel tiene en las manos sus pesadas herramientas « de labor, el pico y la azada, mientras que en su « espalda brilla el hacha bruñida; aquella lleva con- « sigo una larga cuna de pino blanco en la cual

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

« duerme el tierno infante en equilibrio sobre su « cabeza. La madre sostiene la cuna con una mano, « mientras que con la otra conduce á un niño que « comienza á andar.

« La vista los sigue en las viñas de los collados « vecinos. Colócase la cuna del dormido infante en « un pequeño sendero cóncavo, escavado entre dos « campos de viña, á la sombra de anchas hojas, « simétricamente dispuestas de nudo en nudo sobre « los sarmientos nuevos del año. El hombre se « quita la chaqueta mientras que la muger solo « conserva su camison de lienzo fuerte y espeso « como el cuero, y ambos alternativamente, toman « el azadon con sus manos curtidas por el sol, y, « hasta la mitad del dia, se oyen resonar en todas las « colinas los golpes del bruñido instrumento sobre « los guijarros que lo mellan. Jadeante de fatiga, « siente la muger pegársele el camison al pecho y « las espaldas, como si acabase de tomar un baño « en el rio, y, al menor grito de su hijo que des- « pierta, corre á agacharse junto á la cuna y pre- « senta su seno al infante, á quien sacia de leche « despues de haber dado el sudor á la tierra.

« Al llegar el sol á la mitad de su carrera, cubre « la madre con un lienzo el pan y queso para pre- « sérvarlos de la arena que podria arrojar el viento, « estiende sobre la tajada de pan moreno el blanco « requeson en que relumbran los brillantes granos « de sal, y ambos esposos se ponen á comer uno en « frente de otro al borde del foso del camino, como

« dos caminantes fatigados por una larga jornada, « pronunciando de cuando en cuando alguna pala- « bra relativa á la buena vendimia que promete la « primavera.

« Al pié de una cepa cuyo jugo esquisito desti- « lado en el otoño precedente se halla contenido en « una botella refrigerada por el agua de la cor- « riente, reposan ambos consortes, despues de ha- « ber apurado el licor precioso, sobre la tierra que de « calor humea, la cabeza apoyada sobre sus brazos « doblados, cobrando fuerzas en los rayos del sol « que seca el sudor sobre sus frentes.

« Al anochecer descienden cantando por los sen- « deros de la colina, y los pastores juveniles que « bajan de la montaña con sus rebaños, traen á « la muger en guisa de cena, sus cabras favoritas « ornados sus cuernos con ramos de boj. »

. . . . . .

Esta composicion, estensa tal vez en demasía, terminaba por un himno á la primavera que hace entumecer las yemas de las viñas, y promete los copiosos racimos que destilan lentamente, en las venas del pámpano, el vino que debe esparcirse bajo la forma de olas de púrpura en el espacioso lagar: licor balsámico que regocija el corazon del jóven, y alegra al mismo anciano reanimando en su memoria el recuerdo de las primaveras pasadas.

Pero cesemos de copiar, pues estos ensayos infantiles solo tienen encantos para una madre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

X

De cualquier modo que se aprecie el citado fragmento, ello es cierto que esta primera composicion literaria, parto de una imaginacion de doce años, pareció superior por su misma sencillez á las repeticiones clásicas de mis condiscípulos; y tanto los profesores como los alumnos la juzgaron impregnada, por decirlo así, de la índole y acento del suelo natal bajo el sol del mediodia amado del pobre aldeano.

Mi infantil descripcion fué premiada, no por el estilo, sino por el candor y sencillez que respiraban sus páginas. Dos tiernos y venerandos preceptores, cuya memoria no han podido enfriar en mí ni las vicisitudes de la existencia ni las de la opinion fugitiva, el padre Bequet y el padre Varlet, profesores ambos de clases literarias dirigidas por los jesuitas, me manifestaron desde aquella época una predileccion casi paternal, cuyo olvido arguiria no poca ingratitud de mi parte, pues si son lícitos los cambios del entendimiento, no sucede lo mismo con los del corazon. Esos amados maestros se dedicaron á cultivar mi inteligencia con tierna solicitud; é, idólatras en materia de estilo, juzgaron que yo era un niño que prometia. Yo mismo (con toda humildad lo confieso) quedé tan sorprendido y satisfecho de la fidelidad del cuadro que habia trazado de la aldea en que despunté

por primera vez á la vida, y de mis pobres y calcinadas colinas estendidas en torno del albergue paterno, que desde aquel entonces no pude menos de abrigar una séria y precoz estimacion de mi ingenio. Veinte veces leí y releí mi primera composicion, que fué recitada al fin del año en la ceremonia pública de la distribucion de premios del colegio, en presencia de las madres y los niños que la aplaudieron. Jamas salió completamente de mi memoria, y nunca abrí, en una edad mas avanzada, la gaveta del escritorio de mi padre, sin volverla á leer con cierta satisfaccion íntima de mi precocidad, pudiendo asegurar que, de las numerosas obras que ha publicado despues mi pluma, esta niñada es tal vez la que mas me engrió por la conciencia anticipada que me inspiró de mis fuerzas, sintiendo, en aquel momento, lo que sentiria un discípulo de pintura que, al arrojar contra la pared la paleta de su maestro, notase que las manchas resultantes producen un efecto análogo á un cuadro, y se admirase á sí mismo creyéndose pintor, en vez de admirar al acaso, único autor de lo efectuado.

XI

Aun evoca mi fantasía una de las circunstancias que dió pábulo en mi ánimo á ese vago sentimiento literario que incubaba mi inteligencia, y este recuerdo halaga mi memoria en los momentos en que me esfuerzo en indagar la causa de ese instinto y ese

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gusto por las cosas intelectuales que forman la base de mi carácter.

A poca distancia de la casa de mi padre, elevábase una eminencia aislada perteneciente al grupo de las colinas, llamada *Monsard*, probablemente á causa de la corrupcion de su antiguo nombre latino *Mons arduus*. Movedizos quijarros se hallan sembrados en sus escarpadas pendientes, que ruedan bajo los piés de quien intenta ascender á la cumbre, con el ruido producido por las olas que, al retirarse de la acantilada costa, arrastran los morrillos y mariscos en su reflujo.

Veredas estrechas, apenas perceptibles, que borra diariamente el pié hendido de la cabra, conducen por circuitos algo mas suaves á la cumbre, en que se ofrecen á la vista cenicientos peñascos, descarnados del suelo y esculpidos por la naturaleza, el tiempo y la lluvia, bajo formas caprichosas que imponentes se levantan como gigantescas almenas de una fortaleza desmantelada.

Tres de estas rocas se hallan ahuecadas en forma de nichos, ó, por mejor decir, de púlpitos de catedrales, como si se hubiese complacido la mano humana en preparar tres cátedras ó tres tribunas á los solitarios para hablar de Dios á los elementos. Estos tres púlpitos, contiguos y cercanos como los asientos de un coro de iglesia, forman una fachada semicircular que mira del lado del oriente; de modo que los pastores ó cazadores fatigados que en ellos se guarecen y descansan, pueden reposar al abrigo del

viento, verse oblicuamente y casi frente por frente, y conversar en voz baja, sin temer que el movimiento del aire, en parage tan elevado, se lleve sus palabras.

La vista, que solo campea libre del lado del sol levante, divisa una vasta llanura como un horizonte marítimo, se desliza sobre las colinas y aldeas que separan estas montañas del cauce del Saona, y se estiende mas allá de la plateada cinta desplegada como un lienzo que se seca estendido sobre la yerba, en las praderas casi holandesas de la Bresa pastoral.

Desde allí se levanta para subir por las negruzcas pendientes del Jura, y solo se reposa en las aereas cimas de la nevada cordillera formada por los Alpes. La imaginacion, telescopio sin límite del alma, se precipita en los llanos de la Italia ó en las lagunas del Adriático.

Llegado á tal altura, en que no penetran el ruido de los valles, disfruta el viagero de un silencio tan completo como solemne, interrumpido tan solo por el choque accidental de las pechinas que el menor movimiento del pié precipita y desmorona, y los imperceptibles silbidos que produce la brisa al cernirse, como por un tamiz, al través de las ligeras briznas de la yerba seca y águda que atraviesan la piedra como lancetas imperceptibles. Pero este susurro, en vez de interrumpir, fomenta y se armoniza con los escelsos pensamientos que inspiran estos altos lugares.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII

Mi padre, á quien su gusto por la caza habia hecho descubrir este sitio elevado y casi inaccesible, acudia á él á menudo despues de comer, esto es, á las dos de la tarde, llevando consigo un libro para poder pasar en compañía de un gran ingenio las largas tardes del verano, y á veces me conducia á mí mismo cuando, á la edad de diez á doce años, me volvia el colegio á mi familia.

Apenas se sentaba con el libro abierto en la mano, pasaba yo mi tiempo del modo mas agradable, formando una coleccion de las mas bellas petrificaciones marinas, ó haciendo cestos para mis hermanas con los mimbres que crecen á seco en las áridas llanuras; mas no tardábamos en oir, del lado de la montaña opuesto al que habiamos subido, lentos y acompasados pasos que hacian rodar los guijarros, y otro huésped de la montaña mostrábase poco despues, con un libro en la mano, quien, mirando los mariscos amontonados por mi mano infantil, se enjugaba risueño el sudor, esplicándome como los habia depuesto en tan alto parage la marea de los siglos; y, despues de haber saludado á mi padre con una cordialidad algo ceremoniosa, se sentaba en la segunda escavacion de la roca.

XIII

Este visitador asíduo de la montaña se llamaba M. de Vaudran.

Era hombre entre cincuenta y sesenta años, é hijo quinto de un gremio numeroso y notable de nuestra tierra, conocido bajo el nombre de la familia de Bruys. Era fácil ver la casa de esta patriarcal familia, rodeada de eras y cultivados terrenos al pié de la montaña de Monsard, limítrofe por un lado á un polvoroso sendero, y por otro contiguo á verdes prados y un reducido soto bañado por un arroyo cristalino.

Varios miembros de esta familia habian ocupado, en Paris, las mas altas dignidades de la monarquía antes de la Revolucion, y la aptitud de esta raza tanto para los negocios como para las letras, era proverbial en nuestra comarca, advirtiendo que las hermanas no iban en zaga á los hermanos por el carácter é inteligencia. Aun vive la menor de estas hermanas, de edad de noventa y cinco años, y aun respira en la misma casa que desde aquí veo blanquear mientras trazo estos renglones, conservando, á pesar de los años, la gracia del corazon y la sonrisa de la inteligencia. Sin dejarse menoscabar por el tiempo, parece haber mellado su hoz y subsistir en la generacion presente como un monumento viviente de los pasados tiempos, dejado en las tierras patrimo-

niales y aun sobre los sepulcros de sus hermanos y hermanas. Toda la poblacion se complace al verla por la mañana en el mismo parage en que la dejó la víspera al anochecer.

XIV

Habia sido M. de Vaudran director de uno de los ministerios mas importantes, á principios del reinado de Luis XVI. Amigo de M. de Malesherbes, y unido con los mas egregios políticos y escritores del siglo, cuyas cabezas cercenó la implacable cuchilla de 1793, no tardó en participar de la suerte de la monarquia. Encarcelado, proscrito y amnistiado mas adelante, efecto de la mobilidad de los acontecimientos revolucionarios, fué arrojado en la abrasada arena, como un resto de naufragio despues de la tormenta, y reducido á residir en el estrecho dominio de sus padres.

En él vivia filosóficamente en compañia de sus hermanas, suspendido entre dos épocas por sus opiniones y recuerdos; y, dotado de un vasto talento, erudicion profunda y esa elocuencia sobria y lacónica que exigen los negocios, poseia en sí mismo recursos suficientes para sobrellevar la desocupacion, suplicio de las almas fofas é impotentes.

De todos los bienes que poseia en Paris, solo habia conseguido salvar su biblioteca, y, considerándola como su principal tesoro, la dispuso, con la mas pri-

morosa simetria, en un aposento elevado de la casa de sus hermanas consolándose de los reveses de la suerte en la compañía de esos mudos amigos que guardan un bálsamo para todas las heridas. La vecindad y la similitud de opiniones y desgracias, habian determinado cierta union entre M. de Vaudran y mi padre, union por otra parte fundada en una estimacion recíproca, y que, sin rayar en amistad, daba origen á un mútuo respeto que imprimia á sus relaciones una urbanidad algo fria y una apariencia de reserva. No obstante, ambos se buscaban atraidos por un impulso análogo, si bien con esa circunspeccion y recato de dos caracteres púdicos y tímidos en esplayarse. Quiso un dia el acaso que se hallasen en este sitio solitario, instigados sin duda por el mismo instinto de soledad y contemplacion; y, despues de haber pasado horas enteras de lectura agradable y sabrosas pláticas, se habian vuelto á hallar al dia siguiente sin sorpresa en el mismo parage, y mas adelante todas las tardes sin cita preliminar.

XV

El rostro de M. de Vaudran llevaba el sello de su vida, y se distinguia por la nobleza, finura y cierta tension. Sus ojos recelaban un fuego amortiguado por las desgracias, y sus labios acusaban el pliegue del desden filosófico contra el destino, y ese mudo desprecio única protestacion de las almas grandes

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contra la ciega é implacable fatalidad. Su fisonomía parecia llevar impresas estas palabras de Maquiavel contra la fortuna : « Libre curso doy á su malignidad, satisfecho de que me atropelle para ver si « llegará al fin á avergonzarse. »

Su voz era grave, selectas sus espresiones ; su urbanidad algo acompasada recordaba la corte de Versalles en un lugarejo de nuestras montañas, y su modo de vestir proclamaba el hombre de distincion que respeta su pasado en su decadencia. Así su cabellera se hallaba llevantada bajo forma de rizos crespos y empolvados en ambas sienes; una de sus manos sostenia su sombrero, rodeado de una cinta negra con hebilla de plata, y en la otra se veia un junco rematado en pomo de oro; su casaca cenicienta, con botones labrados de acero se abria sobre un chaleco blanco con largos bolsillos, y presillas de plata ataban sus zapatos en el empeine del pié.

XVI

Apenas se habia sentado en el asiento de la roca contiguo al de mi padre, cuando no tardaba en oir resonar los ligeros pasos de un tercer huésped que subia la pendiente de la montaña con no menos lentitud, si bien con mas resolucion, y pronto veia destacarse en el azul del cielo el negro leviton de un jóven y gallardo mancebo que, bajo el trage eclesiástico, poseia la estatura, el porte marcial y varonil talante de un militar. En su fisonomía notábase la franqueza viril del soldado; pero sus ojos penetrantes, su boca pensativa, sus mejillas descoloridas por el estudio, anunciaban una inteligencia elevada y una sensibilidad de corazon que rayaba en melancolía. Sus dos galgos, de pelo rojizo, que me conocian, venian á echarse á mi lado sobre la mullida yerba, y yo les quitaba los collares para que el retintin de sus cascabeles no me impidiese oir la lectura ó la conversacion de los tres amigos.

XVII

Nuestro tercer huésped era el abate Dumont, sobrino del anciano cura de la poblacion de Bussières que veiamos blanquear al pié de la montaña entre las viñas y cañamares.

Este galan eclesiástico, nacido para otro género de vida, habia sido, durante su adolescencia, secretario del obispo de Macon, prelado de esquisita literatura; pero, el huracan revolucionario le habia internado en la rectoría de su tio, á quien estaba destinado á suceder, y el abate Dumont se consolaba por la lectura, la caza y la sociedad de M. de Vaudran y de mi padre, sus vecinos, de la aciaga suerte que le habia cerrado el palacio episcopal y condenádole á la vida oscura de un vicario campestre, pues el jóven sacerdote poseia gustos de elegancia é hidalguía

con menguados medios pecuniarios, y deliraba por mi padre en quien veia un modelo de la antigua y santa lealtad, una inteligencia luminosa y cultivada, y una conversacion amenísima, llena de contínuas alusiones á la corte, á la guerra y á la caza. Al mismo tiempo profesaba no poca estimacion por M. de Vaudran, que le habia brindado con su biblioteca, y lo que es á mi mismo comenzaba á manifestarme un cariño, que andando el tiempo, y cuando los años subsecuentes nivelaron en cierto modo nuestras edades tan diferentes en aquel entonces, llegó á ser una franca y mútua amistad, amistad que, á pesar del fallecimiento del abate, aun permanece en mi corazon, como un amargo depósito que no me es dado impunemente remover.

XVIII

Despues de haber saludado con una soltura respetuosa á sus dos vecinos, superiores tanto en edad como en posicion social, me abandonaba sus perros el jóven sacerdote, deponia sobre el musgo su escopeta brillante como el oro bruñido, y se sentaba en la tercera cátedra de la roca que la naturaleza parecia haber hecho de intento para los tres amigos.

Entonces comenzaba entre estos tres hombres de edad, índole y condicion tan diversas, una conversacion que, si bien familiar al principio como convenia entre vecinos, y con esa incuria y dejadez de gente desocupada á quienes nada urge, se elevaba gradualmente hasta la solemnidad de una conferencia sobre los temas mas elevados de la filosofía, politica y literatura. Mi padre procedia con esa franqueza breve y la sobriedad de pensamientos que caracterizaban su espíritu; M. de Vaudran prodigaba sus conocimientos luminosos é inagotables, y el jóven eclesiástico contribuia con la modestia y al mismo tiempo con el ardor de su edad.

La politica formaba siempre el primer texto de su conversacion : la elevacion y soledad del sitio; la seguridad que, en aquella época de sospecha, inspiraban á los interlocutores las mudas rocas, únicos testigos de sus conferencias; la confianza absoluta que tenian unos en otros, todo contribuia á que desahogasen su pecho explayando con abandono sus pensamientos. Todos tres eran, con medidas diversas y por diferentes causas, enemigos del despotismo militar que habia sucedido á la Revolucion y pesaba en los ánimos aun mas que en las instituciones; mi padre por su fidelidad caballeresca para con los reyes de su juventud, por cuya causa habia vertido su sangre y arriesgado su cabeza; M. de Vaudran, por la amargura resultante de la pérdida de una situacion ganada por sus talentos y perdida en el desmoronamiento general de las cosas, y el abate Dumont por ardor por la libertad, cuyos escesos habia deplorado en su primera juventud, si bien no podia menos de protestar é indig-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

narse al ver que ni aun respirar era posible bajo el nuevo régimen.

XIX

Así esos tres amigos se entendian á las mil maravillas en su oposicion comun al gobierno que pesaba sobre su patria, si bien los dos de edad mas provecta destestaban aun mas la demagogia sanguinaria de 1793, de la cual habian conseguido salir con las cabezas sobre los hombros, y no habia dia que no suscitasen y debatiesen el tema de cuan triste era la opcion entre los tiranos democráticos y los opresores militares. Cuando estaba agotada la discusion, y terminadas por inanes duelos y tristes reflexiones sobre la vanidad de las esperanzas, mi padre, M. de Vaudran y el jóven abate sacaban un libro cada uno de su bolsillo, y citaban al apoyo de sus opiniones la autoridad del escritor que á la sazon estudiaban.

Ora era un Montesquieu, profeta de la experiencia, quien señalaba el orígen y efectos de las legislaciones; ora un J.-J. Rousseau, que habia construido un sistema de política con sus sueños, y cuyo *Contrato social*, oráculo reciente, acababa de recibir de la práctica y de la razon tantos desaires y mentis, como quimeras contiene; á veces era citado Fenelon, á cuyas utopias sociales solo puede achacarse el no contar con el vicio; á menudo se alegaba la autoridad de Platon, cuya república

parece una nube suspendida en el vacío; por último, en ciertas ocasiones, se alegaba la autoridad de Aristóteles, ese Montesquieu de la antigüedad, mas ávido de ejemplos que de reglas, y consumado anatómico en materia de leyes y gobiernos.

Pero las mas veces prevalecia la opinion de un pequeño Tácito latino, que sacaba de su faltriquera M. de Vaudran, y leia á sus dos amigos en frances ó en el texto original, comentando con elocuencia el nervio, el vigor de la expresion y la fuerza de proyeccion de la idea arrojada al través la historia para volver leccion cada acontecimiento.

Al dia siguiente ocupaba la atencion algun autor citado en la víspera, y que M. de Vaudran habia prometido traer de su biblioteca. Efectivamente era hojeado el volúmen y leido en alta voz para buscar el discutido texto. Filosofía, religion, legislacion, historia, poesía, novelas, y hasta los periódicos, todo pasaba y repasaba sucesiva ó simultáneamente, en las controversias de esta academia al aire libre. La conversacion que seguia ó interrumpia estas lecturas, se resentia por de contado del tono grave, ligero ó sentimental del volúmen. Las mas veces era M. de Vaudran quien leia cuando el tomo era dogmático, mientras que al abate competian los periódicos, folletos punzantes y anécdotas análogas á su edad, y mi padre recitaba admirablemente los poetas. Aun resuenan en mi oido, despues de cuarenta años de distancia, esas voces de diferentes metales que retumbaban en aquel anfiteatro de

rocas tan reducido como sonoro, repercutidas con la vibracion lapidaria de una bóveda subterránea, ó de un agua que mana en una cavidad profunda.

XX

Me acuerdo sobretodo de una tarde de verano en que, habiendo traido casualmente M. de Vaudran un ejemplar de Platon en griego, lo leyó traduciéndolo á medida á sus dos amigos, hasta el momento en que faltó el crepúsculo en la última página del Fedon, y centellaron las primeras estrellas en torno de las rocas como para asistir, desde el cielo, á la muerte de Sócrates.

Estos tres hombres atentos á la narracion del justo resignado, enjugando en sus ojos las lágrimas de admiracion y entusiasmo, los juzgaba mi fantasía transfigurados en tres sabios de Atenas, platicando acerca de Dios y la naturaleza, sentados bajo los olivos del Himeto; escena que, muchos años despues, se reprodujo con la mayor viveza en mi imaginacion, cuando, al visitar yo mismo, en la patria de Sócrates y Platon, la colina del Acrópolis, la roca tajada del Pnyx, y las calvas pendientes del Pentélico, reconocí una semejanza perfecta entre los cerros cascajosos del Atica y las montañas de mi tierra natal, compuestas de piedras que ceden y se derrumban bajo los piés del viagero.

Fácilmente se comprende que viva impresion debian dejar en el ánimo de un niño tales escenas, tales lecturas y tales pláticas. Esos volúmenes, hojeados y comentados bajo la bóveda celeste, con un ardor continuo si bien procedente de intereses diversos, por esos tres solitarios, me parecian contener en depósito misteriosos oráculos que en tan elevada cima venian á consultar esos sabios con todo el recogimiento del alma y de los sentidos, de modo que la idea de un libro y de tres cátedras de piedra en una montaña encumbrada, llegaron á ser inseparables en mi mente. Las reuniones de los tres amigos duraron hasta los frios del otoño.

XXI

Un año despues, contribuyó de nuevo el acaso á comunicarme una especie de supersticion juvenil por la literatura, é inducirme á considerarla como un poder sobrenatural dado por Dios á los hombres, y susceptible de reemplazar lo que vulgarmente se llama felicidad.

Detras de la colina, en la parte meridional, que separa el lugar de mi nacimiento de un valle ameno y pastoral, divisa la vista la poblacion de Bussières, agrupada en torno de su ennegrecido campanario. Todos los dias me encaminaba yo á esta poblacion, ya á pié, ya á caballo, deseoso de pasar una ó dos horas con el jóven párroco letrado que ya he mencionado, contándole la conversacion de los tres vecinos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El camino, ya muy estrecho, se angostaba cada vez mas á medida que se acercaba de la rectoría entre los vergeles y cañamares adyacentes, dejando apenas espacio suficiente para el paso de mi caballo. A poca distancia de la rectoría, limitaba este mismo camino un muro poco elevado formado de piedras superpuestas sin cimento, y á izquierda otro muro muy alto y emplastado con argamasa, que servia de circuito á una casa de mezquina apariencia, y á un jardin que remataba en una viña seguido de un huerto cercado por do quier como un cementerio rústico. Levantándome sobre mis estribos, conseguia echar una mirada furtiva en esta casa, en este jardin y en este huerto, cerrado herméticamente á los pasos y á los ojos de los transeuntes.

La casa, cuyas ventanas se hallaban eternamente cerradas, presentaba, del lado del jardin, una escalera esterior y una galería cubierta, en la cual fenecia la escalera.

Divisábase á veces, sentado al sol ó á la sombra de esta galería, un hombre de canos cabellos y sórdido trage, acompañado de dos mugeres menos entradas en edad, á quienes empero la ausencia de todo primor en los vestidos daba prematuramente la apariencia de la vejez. Un perro blanco y una cabra familiar, seguida de dos ó tres cabritos negros, se hallaban siempre tendidos en el muro de la galería en forma de parapeto, ó en las gradas de la escalera que nunca tocaba la escoba, advirtiendo que no habia en la casa criado ni criada alguna, y que el solitario y sus hermanas mondaban las yerbas con sus propias manos, ó arrojaban en la galería las cáscaras de huevos procedentes de sus propias gallinas.

Las calles del jardin que nunca peinaba la mielga, desaparecian bajo las ortigas y parásitas malvas, prontas á invadir y tomar posesion del suelo que descuida el hombre, de modo que no era posible distinguir estas calles sino por dos orladuras ó ribetes de boj, jamas escamondado, que se elevaba hasta al nivel de la cintura. En los cuadros del jardin crecian coles y rábanos, escardados apenas; y limítrofe al huerto, la vid que nunca podaba el viñador, esparcia aquí y acullá sus sarmientos rastreros y frondosos que parecian implorar la intervencion de la mano humana. La negra sombra del campanario se estendia en este cercado, apenas pasaba el sol la mitad de su carrera, acrecentando la siniestra melancolía de tan lóbrega morada.

XXII

Allí habitaba un anciano á quien ya he aludido precedentemente, llamado M. de Valmont; y las dos hermanas en cuya compañía vivia desde luengos años, sin que constasen vínculos de parentesco, habian nacido en aquella comarca, y poseian por único patrimonio esa casa con su correspondiente jardin y huerto, y un plantío de cepas fuera del recinto, en la colina de Bussières.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todo era arcano en la existencia de esas tres personas, y el misterio despertaba la curiosidad, si bien jamás llegó á ser satisfecha. Nadie entraba, nadie salia de aquella casa, sin que mediase la menor permutacion de palabras ó saludos entre sus misteriosos habitantes y los aldeanos circunvecinos.

Yo solo conocia, algo mas que de vista, á M. de Valmont, pero no á sus hermanas, pues, acostumbrado á pasar en la aldea uno ó dos meses del invierno, visitaba el anciano de vez en cuando á mi tio, vestido con decencia y aun con cierto esmero. Hay que advertir que este tio mio era un aficionado esquisito de ciencias y literatura, cuya casa estaba abierta á todos los hombres de mérito de la provincia.

XXIII

M. de Valmont habia tenido ocasion de verme, aun niño, en el gabinete de estudio de mi tio, y me habia dado de paso, y por complacencia, algunas lecciones de griego y latin. La malignidad, que todo pretende explicarlo, insinuaba que habia sido jesuita, y su prodigiosa instruccion clásica daba cierta consistencia á este rumor. Añadian malas lenguas que, cansado de su órden, la habia abandonado y retirádose á Holanda, y luego á Prusia, en que su escepticismo habia gustado á Federico II.

Sea como fuere, un dia que pasaba por el camino que conducia á su casa, quiso el acaso que se hallase abierta la puerta del jardin, dando paso á mi perro que precipitándose espantó las cabras las cuales huyeron despavoridas; y, acudiendo á defenderlas el perro de la casa, trabóse un tremendo alboroto en aquel recinto habitualmente mudo. Entonces entré yo para llamar á mi perro, causa de tal desórden; pero, hallándose en frente de mí M. de Valmont, que se hallaba sentado bajo un avellano, al momento me reconoció, y, saludándome con afable sonrisa, me convidó á entrar con una confianza seguramente muy agena de su carácter, pero evidentemente inspirada por el candor de mi rostro y mis pocos años.

Las dos hermanas, únicas compañeras del anciano, á cuyo cargo tocaba el gobierno de la casa, retiráronse con precipitacion, llevándose sus mal mondadas lechugas, como si un sacrílego intruso hubiera profanado el misterio de tan inviolable mansion, y cerraron estrepitosamente una de las dos puertas de la casa que daba al peristilo, seguidas de las cabras que balaban pavorosas. Yo quedé solo con M. de Valmont.

XXIV

M. de Valmont era hombre de unos sesenta años, dotado de una bella fisonomía, á pesar de la inquie-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tud, altivez y oblicuidad de su mirar, que siempre parecia escudriñar algo con disimulo, cuando él mismo no era objeto de una atencion directa; pues el anciano se hallaba siempre en un recelo continuo, y solo procedia á sus anchas con mi tio, cuyo carácter leal é inteligencia expansiva lo ponian al abrigo de todos temores.

Así M. de Valmont procedia con el mayor abandono en su casa, haciendo prueba de una erudicion sin igual en lo concerniente á la política, literatura, anécdotas secretas de las cortes del Norte y Mediodia, todo con una sagacidad asombrosa é increible en un solitario que parecia sepultado desde luengos años en un cortinal aislado.

Estos conocimientos tan profundos y tan universales en ciencias, letras y diplomacia, tanto en lo relativo á las cortes como á los hombres, eran objeto de conjeturas tan numerosas como estériles, y la existencia de M. de Valmont era un enigma insoluble.

Susurrábase, si bien en voz baja y con aire de misterio, que habia sido empleado por la diplomacia secreta de Luis XV en el norte de Europa, y que habia vivido mucho tiempo en Berlin y Petersburgo gozando de la intimidad confidencial de Catalina II y gran Federico, como igualmente de la familiaridad de los políticos filósofos y escritores de la corte del monarca prusiano, en la cual habia adquirido esa universalidad de conocimientos, esa flor de elocucion, y esa elegancia esquisita de modales que

manifestaba en el trato. Pero en el momento que escribo, hace tiempo que yace en la tumba ese anciano enigmático, y en el misterio reposa, como en el misterio habia vivido, sin que la confianza que tenia en mi tio, y la amistad que éste le manifestaba hubiesen conseguido arrancarle su secreto.

XXV

« ¿ Con qué, amiguito, me dijo M. de Valmont,
« vos sois el primero que penetrais el misterio de
« este cercado, sobre el cual no se sacian las gentes
« de cuchichear tantas sandeces y forjar tantos
« embustes, si bien todo se reduce á un hom-
« bre fastidiado del trato de sus semejantes, dos
« amigas no menos abrumadas del peso de la
« existencia, un perro, una cabra, un árbol y un
« libro. Tal es la explicacion del enigma inso-
« luble. ¡ Permita el cielo que jamás llegueis á
« comprenderlo por esperiencia propia ! »

Ceñíme á responder balbuciando tímidamente y como pude algunas vagas palabras de escusa, deplorando el atolondramiento de mi perro y mi indiscrecion involuntaria, y ya me preparaba á salir, pero su perro, cansado de su soledad y reconciliado perfectamente con el mio con el cual retozaba jugueton, prolongaba accidentalmente mi presencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

« No, no, me dijo entonces el anciano con una « sonrisa de agasajo que no le era natural, no te- « mais permanecer un rato en este lugar tan sospe- « choso; y no os figureis que tengan á niños como « vos por objeto este elevado muro, estas puertas y « ventanas siempre cerradas, sino á hombres cu- « riosos, perversos ó calumniadores, que persiguen « al que entre ellos no habita y aborrecen á quien de « su sociedad se retira. Subid conmigo, y os con- « vencereis de cuan poco espacio y cuan poca ri- « queza necesita el sabio para ser feliz. »

XXVI

Al decir estas palabras, me hizo subir la escalera que conducia á la galería en que ambas hermanas habian desaparecido á mi vista; una de ellas, al ruido de mis pasos, entreabrió casi furtivamente la puerta, pero la retiró al momento con la precipitacion de esas mugeres del Oriente al aspecto de un hombre que entra por inadvertencia en el jardin del haren, de modo que solo tuve el tiempo de apercibir su rostro que me pareció algo descolorido y descar- nado por el tiempo, como los vemos en las escenas de familia de nuestro pintor compatriota Greuze, Rafael de la vejez.

Una cinta negra fijaba en torno de su frente sus cabellos negros en que plateaban algunos filamentos blancos; sus ojos emitian un dulce fulgor como el

pesar que se resigna y se trueca en dicha interior; sus mejillas eran pálidas y algo aplanadas por la mano del tiempo; su boca fina y entreabierta por la melancolía; el contorno de su rostro redondo y algo rollizo en su parte inferior como se observa en las mugeres que han pasado la primera juventud, cuyos músculos se relajan y ceden por la accion de los años; por último leíase en su rostro una es- pansion de bondad y curiosidad temerosa, que recordaba la sumision voluntaria de la muger es- clava bajo la tienda del patriarca árabe en los de- siertos de Siria.

Ese rostro pálido, melancólico y suave como una aparicion al claro de la luna, se imprimió á primera vista en mi memoria, y, durante muchos años, no volví á tener noticia de esta muger, la mas jóven de ambas hermanas, hasta el dia en que fué conducido su ataud de la iglesia al cementerio de la aldea, sin mas séquito que una cabra que balaba en torno y brincaba con su cabrito sobre el montecillo de tierra fresca sacado de la huesa. Ninguna de las mugeres vecinas pudo proferir encomios ni vituperio sobre este misterioso ataud.

XXVII

Al llegar conmigo á la galería, M. de Valmont, en lugar de abrir una de las puertas de la casa, subió una escala de madera aplicada á la pared, invitán-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dome á hacer otro tanto; la escala conducia á una especie de granero formado por un pabellon de reducidas dimensiones, algo mas elevado que el resto del techo, y destinado primitivamente, segun pude colegir, á servir de palomar. Esta pieza era el cuarto de M. de Valmont, que la habia elegido como el santuario mas apartado é inaccesible de la casa. Al entrar, no pude menos de quedar atónito en el umbral de la puerta, no sabiendo en donde poner el pié para entrar en pos de mi guia.

XXVIII

En efecto, era tal el desórden, el caos de aquella estancia, que parecia inundada por una biblioteca cuyos estantes hubiesen cedido y desplomádose bajo el peso de los volúmenes. La cascada, por decirlo así, de libros desmoronados y por do quier esparcidos, habia cubierto el suelo de la habitacion, á veces hasta la altura de las rodillas. Un camino estrecho y tortuoso, trazado evidentemente por los piés del solitario al través esos volúmenes, conducia al fondo del aposento, en el cual, un colchon, mal cubierto, y en vez de jergon una capa de libros irregularmente dispuesta, constituia el lecho al anciano, mientras que un monton de tomos apiñados en forma de almohada le servian para levantar su cabeza, y otros volúmenes marcaban el lugar de

los piés formando una especie de rodete de que encuadraba este lecho. Así su mano, al despertarse, podia, estendiéndose al acaso, á derecha ó á izquierda, tocar libros diversos, ofreciendo el espectáculo del hombre intelectual reclinado en sus propias obras, de una pajaza, por decirlo así, de pensamientos humanos bajo el animal que piensa.

XXIX

Al lado de la ventana, una silla de nogal contigua á una pequeña mesa de madera carcomida y apolillada, servia al filósofo para entregarse á su trabajo.

« Aquí teneis, me dijo, el secreto de mi soledad « y de mi dicha. He visto al mundo, lo he juzgado « y lo he huido; pero, como el hombre es un sér « sociable por instinto, he hallado en esta casa y en « la amistad de mis dos hermanas tan urañas y aris- « cas como yo, una sociedad para mi corazon mismo; « y en estos libros que he traido de mis viages y veis « diseminados á mis piés, una sociedad para mi « inteligencia.

« Esta sociedad me basta y sobra, pudiendo ase- « guraros que estoy muy lejos de desear otra. Ni « aun siquiera he querido poner en órden estos « tomos, pues no vale la pena si se considera la poca « vida que me queda. Rodeado de mis libros, vivo « como en medio de un inmenso gentío que se atra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

« viesa sin dar á nadie su corazon, prefiriendo, en « vez de escoger, remitirme al acaso en este hacina- « miento de volúmenes, entablando conversacion « con la inteligencia depositada en el primero que « mi mano toca, y pasando á otro cuando queda « apurada la primera. ¿Qué vivos pueden valer para « mí esos muertos resucitados en lo mejor que tu- « vieron en la tierra, su pensamiento? Así no puedo « menos de considerarme como el excavador, y, por « decirlo así, el sepulturero de las ideas humanas, « que desentierra una para introducir otra, y halla « así mas vida bajo la tierra que en su superficie. »

XXX

Continuó M. de Valmont hablando de esta sociedad difunta, y haciéndome apreciar su inestimable superioridad sobre la de los vivos, hasta el momento en que los rayos del sol dejaron aquel cementerio intelectual en la oscuridad mas profunda. No intentaré repetir su discurso prolijo, aunque esté tan presente á mi memoria como lo es á mis oidos su voz cavernosa. Despues, reconduciéndome á la galería y al umbral del jardin : « Regresad á vuestra casa, hijo mio, me dijo; y, si os preguntan, podeis decir todo el misterio que habeis descubierto.

Esta escena produjo una impresion mágica en mi

imaginacion juvenil, y desde aquel momento pude entrever cuanta vida se cobijaba bajo esa muerte aparente de libros medio enterrados en el polvo, y cuanta conversacion amena y profunda recelaba ese silencio. Así debia ser, pues un solitario despues de haber atravesado el mundo, se hallaba mas dichoso en la sociedad de los muertos que en la de los vivos. La literatura, en su acepcion mas vasta, iluminó repentinamente mi espíritu, y la misma impresion resentiriais si me fuese posible reproducir aquí por extenso el sublime discurso de M. de Valmont. Baste deciros que la huella intelectual se habia efectuado en mí de una manera indeleble.

XXXI

Este efecto luminoso renovóse y acrecentóse en mí, como es fácil colegir, por los elevados estudios de mi adolescencia, por el aburrimiento de la ociosidad procedente de una juventud desocupada que solo hallaba pasto en la lectura, por la necesidad de espresar en la soledad esas primeras pasiones que, despues de haber hablado por el ardor y las lágrimas, se amortiguan vertiéndose en verso ó en prosa; en fin por esos primeros amores de la imaginacion ó del corazon que derivan su voz de la poesía. ¡La poesía! canto del alma que exhala la parte mas pura de nuestro sér, demasiado divina para quedar sepultada en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

el silencio ó ser traducida en lenguage vulgar; literatura instintiva y no aprendida, cuyos suspiros son acentos, y que unísonos vuelve los latidos de dos corazones para hacerlos palpitar armónicos y cadentes.

En esta época, despues de haber escrito volúmenes de poesia amorosa, pasto despues de las llamas destinadas á purificar sus páginas, escribí esas poesías contemplativas, acogidas, mas bien que como promesas reales, como presentimientos de un poeta. Todo se volvió literario á mis ojos, hasta mi propio sér que se repercutia en mis versos con sus impresiones, aspiraciones religiosas, afecciones, júbilos y dolores. Mi vida se pasaba con un libro en la mano, la existencia se mostraba radiante como un poema, y el universo con mil notas diversas, cantaba ó gemia un himno incesante.

XXXII

Andando el tiempo, cambió la nota pero no el instrumento. Las revoluciones de 1814 y de 1815 á que asistí, la guerra, la diplomacia, la politica, á las cuales me consagré, me aparecieron como, bajo el punto de vista literario, habia divisado las pasiones de la adolescencia, y hubiera deseado que la vida pública mezclase á todo el talento literario, pues nada me parecia realmente bello, tanto en los campos de batalla y en las vicisitudes de los imperios,

como en los congresos de cortes y discusiones de tribuna, sino lo que era acreedor á una diccion sonora ó una narracion magnífica de parte de ingenios literarios.

La misma historia me parecia mezquina y trivial cuando referia los acontecimientos humanos sin el acento sobrehumano de la filosofía, de la tragedia ó la religion, pues mi imaginacion acalorada solo divisaba en la ciencia histórica la poesía de los hechos, el poema épico de la verdad.

Lo mismo sucedia con la elocuencia. No bastaba el decir en mi concepto, sino el decir bien, y en el talento veia una parte integrante de la verdad. Aun en el dia estoy muy lejos de retractar la asercion que, en aquel entonces, emitia; pues hay en los negocios humanos, aun en los mas comunes en apariencia, un aspecto intelectual y oratorio al cual deben tender los ánimos mas positivos, á sabiendas ó sin conciencia propia, para dar dignidad á sus obras; y lo que no merece ser bien referido no mereció ser efectuado.

Tal es la literatura de los acontecimientos, tan real y necesaria á la grandeza de las naciones como la de la palabra. Léanse los anales de los pueblos, y fácil será convencerse que, mientras no fueron literarios, no vivieron propiamente hablando; que su memoria comienza con la literatura; y que esta misma literatura, órgano de las naciones, con ellas perece, pues un pueblo cesa de existir cuando no acierta á escribir ni á hablar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXIII

La tribuna política que ocupé quince años de mi vida, redobló en mi el sentimiento de las letras; y, durante este intérvalo, estudié dia y noche, sin tregua ni descanso, los modelos muertos ó vivos de la palabra, para llegar á ser digno de sucederles ú ocupar un puesto á su lado. Entonces tambien fué cuando estudié con ahinco y profundad los historiadores de la antigüedad que mas sobresalieron bajo el punto de vista literario, con el objeto de referir los grandes acontecimientos de mi pais.

La literatura no es menos indispensable á la narracion que á la accion de las proezas é ilustres hechos, y el pueblo mas iletrado, cuando se halla reunido y elevado sobre su nivel habitual, como el Océano en la tempestad por una de esas grandes mareas ó fuertes conmociones que hinchan y levantan sus olas, adquiere repentinamente en sus instintos un elemento literario, y exige que se le hable, no en el lenguage soez de la taberna ó de la callejuela, sino en mas acendrado idioma, en el mas pintoresco, en el mas sublime que puede manar de los labios de sus caudillos. Yo mismo he tenido la ocasion de notar á menudo, durante el prolongado diálogo que el azar de una revolucion estableció entre mí y la muchedumbre, que mientras mas culto era en mis

arengas, mas escuchado era por las masas; que la vulgaridad en el decir acarreaba tan solo un desprecio forzoso, y que las palabras elevadas por los oradores hasta la altura de los sentimientos populares, determinaban en la multitud un ascendiente tanto mas seguro, cuanto mayor vuelo habia remontado la elocuencia de los tribunos. La grandeza, tal es la literatura del pueblo; sed grandes, y decid lo que querais.

De este modo eleva la literatura el ánimo en la accion; veamos ahora como consuela el corazon en los reveses de fortuna.

XXXIV

Aquí quiero aventurarme tan lejos como puede ir la palabra íntima, pues hay cosas que solo se dicen una vez en la vida, pero que es necesario decir, sin cuya condicion no os seria fácil penetraros suficientemente de la omnipotencia del sentimiento literario sobre la vida del hombre público y el corazon del hombre privado.

Lejos de mí el vano pudor de palabras, que solo anhelo abriros mi corazon y mostraroslo en sus mas recónditos repliegues. El decoro de los escritores pusilánimes nunca llega á descubrir al público la desnudez de su alma, pero el corazon hinchado de amargura levanta esos vanos listones en los pechos mas varoniles, por una impudicicia de sinceridad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas casta en el fondo que el falso recato de convencion. Si no estuviese desnudo el Laocoon pugnando en el mármol y torciéndose de dolor bajo los redoblados nudos de las serpientes, ¿quién podria ver sus tormentos?... ¿Acaso no revienta la vena cuando se quiebra el corazon?

Bajo apariencias falaces no merece envidia la vida que arrastro; mas os diré, fenecida está mi existencia, y ya no vivo, sino me sobrevivo. De todos los hombres multíplices que simultáneamente y hasta cierto grado en mí vivieron, el hombre de sentimiento, el hombre de poesía, el hombre de tribuna, el hombre de accion, nada existe en mí sino el hombre literario. Y aun este último no es feliz. Aun no me abruman los años, pero si me cuentan, y el peso de mi corazon me afana mas penosamente que el del tiempo. Como los fantasmas de Macbeth, mis años pasan sus manos sobre mi hombro, mostrándome en vez de coronas, un sepulcro, y, ¡pluguiese al cielo que en él reposase!

XXXV

Poco risueño es mi pasado, y aun menos mi porvenir; anciano y sin posteridad, en una casa vacía y rodeada de sepulcros de personas amadas, no doy un paso fuera de mi domicilio sin tropezar contra uno de esos escollos de nuestro amor ó esperanza. Allí reposan los objetos de mi ternura como otras

tantas fibras sangrientas arrancadas aun vivas de mi corazon y sepultadas durante mi vida, mientras que este mismo corazon continua latiendo en mi pecho como un reloj olvidado en una casa abandonada, que prosigue sonando en la soledad las horas que nadie contar debe.

Toda la vida que me queda se halla concentrada en algunos corazones y en un reducido patrimonio; y aun estos corazones sufren por mi causa, y este patrimonio puede faltarme el dia menos pensado, quedando despojado, menesteroso y obligado, como dice el Dante, á morir en algun camino de tierra estrangera. Los morillos de mi chimenea sobre los cuales apoyaba sus piés mi padre, y que sostienen actualmente los mios, forman un hogar prestado de que puedo ser desposeido de un momento á otro, bastando el menor capricho para que sean vendidos y revendidos en pública subasta, como tambien el lecho de mi madre, y hasta el perro que me lame triste y compasivo las manos, cuando ve que lo miro con fruncidas cejas. De todo esto doy cuenta á otros que, fiados en mi honor y en mi laboriosidad, depusieron en mis manos la herencia de sus hijos y el fruto de sus propios sudores. Si en beneficio de estas personas no trabajase yo todo el dia, ¿que digo? si no velase parte de la noche, ó si una enfermedad (dígnese Dios apartarla de mi lado antes de haber concluido mi tarea) viniese á paralizar un momento mi pluma, útil instrumento que por ellos gasto, periclitarian conmigo esos buenos amigos y se verian

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

obligados á buscar su fortuna bajo mis cenizas, fortuna que entera volverian á hallar, pero solo bajo mis ruinas.

XXXVI

Ya veis porque me someto, mas allá de mis fuerzas, á la acerba condenacion del trabajo. Pues bien, este mismo trabajo, esta virtud de necesidad, hay quien me la afee como una sed de vanidad febril que con mi nombre pretende asediar los oidos del público. Hombres inconsecuentes en vuestras incriminaciones, ¿porqué no vituperais igualmente al picapedrero de ocupar la via pública con su presencia, para regresar al hogar doméstico con el salario que debe alimentar á la esposa, al anciano y al niño?

Los hijos de los Samios insultaban á Homero, alegando que el poeta obstruia las calles de la isla recitando sus versos en el umbral de las casas. ¿Y dónde querian que los recitase, no teniendo mas publicidad que la bóveda del cielo? La prensa es para el escritor de nuestros dias, lo que la bóveda del cielo para Homero.

Yo no soy un Homero, pero mis críticos son mas desalmados que los Samios. En estas páginas en que me acusan de depositar mi vanidad, no es tinta lo que leen, sino mi sudor, y sepan que en vez de procurar dar ensanche á mi nombre, mi solo afan es asegurar la propiedad y existencia de mis amigos. ¡Mi

nombre! ¡ah! no menos que vosotros sé lo que vale y lo que le aguarda; el cielo me es testigo que quisiera que jamás hubiese sido pronunciado, y daria los dias que me quedan para que fuese sepultado entero con el que lo lleva, en el silencio de la tierra, sin rumor allá, sin memoria aquí... ¿Cómo es posible atribuir tan crecida dosis de puerilidad á un hombre que ha llegado á mi edad, y ha visto lo que yo he visto, para creer que pueda aun seducirlo ese eco de la nada llamado memoria humana? ¡Viva yo en la memoria de Dios, y me rio de la de los hombres, pues la vida en nada la considero!

En la situacion en que me encuentro, y despues de tantas pruebas que he atravesado y atravieso, mi existencia se asemeja á esos teatros para el que sale el último de toda la concurrencia, obligado á aguardar que se desocupe la sala, se apaguen las luces, se deshaga la escena con lúgubre estrépito de decoraciones, y que la sombra y el silencio, realidades siniestras, invadan esta misma escena recientemente iluminada y risueña de ilusiones.

XXXVII

¿Qué puedo deplorar actualmente en la vida? ¿Acaso no he visto fenecer antes de mí todos mis pensamientos? ¿Qué deseo puedo sentir de cantar de nuevo estrofas que acabarian por sollozos? ¿Qué

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gusto puede quedarme de volver á esos palenques políticos que, aun admitiendo que estuviesen abiertos, no reconocerian mis acentos póstumos? ¿Tengo yo acaso la menor confianza en esas formas de gobierno que abandona el pueblo con tanta facilidad como las conquista? ¿Acaso puedo abrigar la locura de creer que me está dado á mí solo fundir ó esculpir una estátua colosal del género humano, cuando los mayores estatuarios solo poseen para amasarla un poco de cieno ó arena? ¿De qué sirve el respirar para solo contemplar en torno ruinas intelectuales? ¡Dichosos los hombres que mueren en la refriega, víctimas de las revoluciones en que pugnaron con denuedo! La muerte es su pena pero tambien su asilo. ¿Y es nada acaso el suplicio de vivir?...

XXXVIII

Por mi parte, ya hace tiempo que mil veces hubiera muerto como Caton, si hubiese sido de la religion de Caton; pero no es así, y el culto que profeso me obliga á adorar á Dios en sus designios y creer que la muerte del último mendigo que agoniza y espira en la paja húmeda é infecta, es mas sublime que el suicidio impaciente de Caton precipitándose en el fragmento de su mutilada cuchilla. Morir es huir, y la fuga repugna al ánimo valeroso.

Caton se rebela, el mendigo se resigna; y resignarse á Dios, tal es la verdadera gloria.

Por otra parte, una justa reflexion me ha parecido siempre condenar esas catástrofes procedentes de la ostentacion é impaciencia: ó la vida es un don, ó es un suplicio. Si es un don, hay que saborearla hasta el último momento como un beneficio, aunque á veces amargo; si un suplicio, conviene resignarse como expiacion misteriosa y merecida de nuestras culpas.

Así, aun vivo; pero, como veis, no vivo reclinado en un lecho de rosas, y no creo ir en zaga al mismo Caton en la saciedad que me inspira el tiempo y en la repugnancia por la vida. Una á una cuento palpándolas todas, pero sin maldecirlas, las piedras de mi propia lapidacion. No, no acuso á mis semejantes, pues seria necedad ó injusticia, y la esperiencia me ha enseñado que los hombres son buenos y la suerte cruel.

XXXIX

Tal es mi existencia, y sin embargo lo diré ingenuamente, á veces me juzgo dichoso de vivir aunque uncido al yugo del trabajo forzoso que no deshonra, pero sí mata; ¿y sabeis porqué sobrellevo la vida? por la virtud misma de este trabajo sin tregua que es mi condicion. Mas, aunque suplicio, el trabajo perpetuo abriga cierto consuelo, y, como las de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más penas que la Providencia inflige, contiene una gota de agua en la esponja fijada á la punta de la lanza que la sangre cubre...

Para siempre he renunciado á desempeñar todo papel en este mundo, y este acto lo efectuo espontáneamente y sin lucha interior, pudiendo asegurar que, al lanzarme en la arena política, nunca tuve por mira mis intereses, sino creí cumplir con un deber; y que, al abandonar la escena, solo he mudado de trage. En mis alucinaciones, nada me era personal; todos mis afanes tuvieron por objeto á la humanidad, y en esta misma humanidad he hallado mi desengaño. ¡Dígnese Dios asistirla, pues impotente es el hombre!

XL

De actor que fuí durante veinte años en este triste drama oratorio ó popular de mi patria, el rápido hastío del pueblo, y la mobilidad característica de las cosas humanas me han confundido entre los mas olvidados espectadores; mas no me quejo, pues tal es la ventaja de las desgracias. ¡Dichoso el hombre aislado cuando la muchedumbre afluye á un parage á que no quiere dirigir sus pasos!

De este modo mi existencia me pertenece mas en propio, y me cabe completa libertad de embozarme y abrigarme cada vez mas con mi libertad, como una capa de invierno que los miembros envuelve y acol-

cha. ¡Oh! ¡Si pudiese hacer otro tanto con mi nombre!

Pero, me objetareis tal vez: ¿de dónde os vienen esos goces tan íntimos y en oposicion tan completa con una situacion que describis tan penosa? Esplicadnos esta contradiccion aparente. Una sola palabra la esplica, y por esta palabra queria terminar: porque me he vuelto franca y esclusivamente LITERATO; porque gracias á esta pasion por la literatura, vivo en la sociedad de todos los hombres que legaron por escrito sus almas á la mia, como trasmitiremos cada uno de nosotros una parte de nuestro sér á los que aun no han nacido; porque mi espíritu cobra recreo, vigor y sentimientos de piedad en ese gremio de clarísimos varones que en la tumba yacen; y porque, prescindiendo de la benéfica influencia que consigo acarrea el trabajo literario, me inunda de consuelo el pensamiento de que este mismo trabajo, deleite para algunos, pena para otros, deber para mí, no será enteramente perdido para aquellos á quienes soy deudor del fruto de mis desvelos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA

CONVERSACION SEGUNDA

I

La voz literatura viene de la palabra *littera*, que significa letra, etimología que indica que se ha tomado la parte por el todo.

Las letras son signos cuya union y combinacion diversas, segun las reglas admitidas en la gramática, forman palabras.

Las palabras contienen ideas.

Las ideas depositadas en las palabras, se encadenan segun las reglas de una lógica interior, y forman frases ó sentidos mas completos.

Las frases, por su ligazon é incremento, desarrollan y presentan mayor número de ideas, sentimientos é imágenes al espíritu, para poder comunicar con mas energía al que lee ó escucha, el pensamiento ó el sentimiento del que escribe ó habla.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tal es el fenómeno, medio material, medio intelectual, de la translacion del pensamiento de una persona á la mente de otra, ó del pensamiento de una sola persona á la mente de todas.

Este fenómeno de translacion era necesario para que el hombre pudiese comunicar con sus semejantes.

Sin esta comunicacion del hombre vivo con sus contemporáneos, y del difunto con sus pósteros, la criatura humana seria un sér perennemente aislado, sordo y mudo en el espacio; en otros términos, habria hombres, pero no sociedad humana, ó lo que es lo mismo, humanidad.

La literatura es la que opera este fenómeno maravilloso, no solo de hombre á hombre, sino de siglo á siglo. La literatura es la repercusion del sonido, de la palabra, del pensamiento, y hasta del infinito. La literatura es el eco universal y eterno del mundo que piensa.

El hombre es un sér espresivo.

II

¿Cómo se opera esta repercusion misteriosa del pensamiento al pensamiento?

Por las lenguas.

¿Qué vienen á ser las lenguas?

Un sistema de signos y sonidos que la palabra espresan.

¿Qué es la palabra?

El *cuerpo del espíritu*, si es lícito decir así.

En otros términos, la palabra es tan inconcebible, que, para dar una idea de su esencia, hay que asociar estos dos términos contradictorios : *El cuerpo del espíritu*.

III

Volúmenes enteros de controversías sin solucion han sido escritos para discutir el orígen de la palabra. Unos opinan que es una revelacion directa del Criador á su raza, otros atribuyen su invencion á la criatura humana, y la juzgan efecto de una lenta elaboracion del instinto procurando hacerse oir y darse á comprender mediante palabras y signos.

Vamos á transcribir lo que recientemente escribiamos nosotros mismos relativamente á esta cuestion, ó mas bien á este misterio :

« No podemos menos de compadecer, y con toda sinceridad, á los filósofos que, desde luengos siglos, se devanan los sesos para saber si el hombre es quien inventó la palabra. Tan estéril seria discutir, ó á lo menos casi tanto, si al hombre compitió la invencion del pensamiento, esto es, si se crió á sí mismo; pues tan imposible nos es concebir el pensamiento sin la palabra que le da conciencia de sí mismo, como concebir la palabra sin el pensamiento que lo constituye. El hombre pudo inventar las lenguas derivadas, que no pasan de modificaciones de una palabra revelada y primitiva; el hombre pudo igual-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente construir y reconstruir idiomas posteriores é imperfectos, con los restos de la lengua primitiva y perfecta, que le fué sin duda concedida, juntamente con la existencia, por Aquel que lo habia dotado del pensamiento, esto es, del *verbo* interior y esterior; pero haber formado la lengua antes del pensamiento, ó el pensamiento antes de la lengua, nos parece un esfuerzo superior á todo esfuerzo humano, en otros términos, un milagro de la omnipotencia. La palabra contenida en la primera lengua, debió ser revelada divinamente al hombre desde el dia en que por primera vez pensó su alma, esto es, desde el dia en que la criatura humana fué criada con la facultad de abrigar sensaciones, producir y combinar ideas, tener conciencia tanto de su sér como de la existencia de las cosas contenidas en sí y fuera de sí.

Con esta revelacion probable de la palabra hablada, ó de la lengua innata, nació la primera literatura del género humano; ó, lo que es lo mismo, la espresion de la humanidad por la palabra, la cual arguye el solo vínculo intelectual posible entre los hombres; esto es, esa sociedad intelectual de que debia emanar y perpetuarse el espíritu humano. »

. . . . . .

Resulta pues que el hombre, para merecer este título, necesita espresarse interior y exteriormente, y solo por la espresion consigue realizar la plenitud de su esencia. Así la palabra ó la lengua es, en nuestro concepto, una de las funciones mas orgánicas de la humanidad, pues, no pudiendo concebirse ésta sin aquella,

síguese que á la humanidad cupo el don de hablar desde el momento en que empezó á vivir.

IV

En cuanto á la palabra escrita que produjo la lectura, y por la lectura la literatura, fácilmente se concibe que este arte de reproducir los signos y los sonidos, es mera invencion humana. En efecto, nada acusa este descubrimiento que esceda á nuestras fuerzas, pues desde el momento en que Dios reveló divinamente la palabra al primer hombre, juntamente con la inteligencia de ésta, fácilmente se colige que le dió virtualmente el instrumento fácil y necesario de toda convencion y progreso. Así el hombre que hablaba pudo decir al hombre que comprendia : convengamos entre nosotros que tal signo significará al espíritu tal cosa ó tal idea, y que, al ver este signo en la arena, en la piedra, en el papiro, en la corteza, en el pergamino, en el papel, creeremos oir tal sonido, divisar tal imágen, concebir tal idea. Nada en efecto es mas llano de comprender, si se considera que el hombre no se hallaba colocado, para inventar la escritura, en ese círculo de imposibilidad en que se veia para inventar la palabra, en ese círculo de imposibilidad que arguye la palabra preexistente para convenir acerca de la significacion de esta misma, en ese círculo de imposibilidad que supone al mudo hablando con el sordo, y el sordo oyendo y respondiendo al mudo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Así todas las tradiciones antiguas mencionan un inventor ó á varios inventores de la escritura, pero ninguna alude al inventor de la palabra.

V

Ahora bien, desde el dia en que la palabra dada por Dios fué escrita por el hombre, llegó éste, como sér sociable, espresivo y progresible, al complemento de su perfeccion.

« Examinemos, añadiamos en el citado escrito, lo que es el hombre; olvidemos que nosotros mismos somos una de esas miserables y sublimes criaturas que se engrien con esa denominacion noble á la vez y triste de la creacion universal; escapemos, mediante la fuerza de proyeccion prodigiosa que posee nuestra alma inmaterial é infinita, á esa especie de enrejado de materia organizada formada por la trabazon de carnes, huesos, músculos y nervios en que se halla el alma misteriosamente encarcelada; supongamos que somos una inteligencia pura y todopoderosa, capaz de comprender el universo, y preguntémonos á nosotros mismos : ¿qué es el hombre? »

El hombre es un poco de materia organizada; una pizca, una cantidad reducidísima de polvo derivado por algunos dias de este globulillo de materia flotante en el espacio, que llamamos tierra. ¿Qué viene á ser esta tierra? No se sabe : tal vez una salpicadura ígnea de cuajada lava, disparada con impulsion rotatoria por la remota erupcion de algun volcan celeste; tal vez un grano de polvo etéreo arrebatado en el torbellino ó viento impetuoso que deja tras de sí el rastro de algun cuerpo celeste de descomunal volúmen; tal vez un átomo de humo calcinado, negro y vomitado por algun foco solar en incandescente ignicion. De cualquier modo que se juzgue, la incalculable pequeñez y prodigiosa insignificancia numérica de este átomo invisible, comparado á la inmensidad del espacio y al número infinito de mundos que animan este mismo espacio, deberia inspirar cierto desprecio, por tan miserable escoria, á los hombres y á los pueblos que con tanto encarnizamiento se disputan sus superficies imaginarias, ó se afanan con tenaz porfía en perpetuar en este nada de espacio y tiempo, lo que proclaman memorias eternas.

Así el hombre considerado como sér corporal nada es en un planeta que nada es en sí mismo; pero el hombre considerado en la integralidad de su sér, esto es, como un ente compuesto de dos naturalezas, como el punto de union de la materia y el espíritu, cambia al instante de aspecto. La criatura humana, átomo anegado en un rayo perdido del sol, asimilada por su imperceptibilidad á la nada, se confunde de repente por su grandeza con la divinidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI

¿Porqué? Porque piensa. ¿Y porqué piensa? Porque tiene la palabra, esto es, el don de espresarse; porque, mediante este instrumento, acumula lenguas habladas y escritas, sentimientos, ideas, verdades, adoraciones que lo elevan de su nada hasta lo infinito.

Considerad su estructura y reconocereis que cada uno de sus órganos corporales, en otros términos, cada uno de sus sentidos, tiene por objeto poner su alma é inteligencia en comunicacion con el mundo exterior que lo envuelve, despertarle una sensacion, sugerirle una idea, inducirle á comparar en sí mismo estas sensaciones y estas ideas, y por último obligarlo á darles cuerpo por la palabra para apropiárselas en sí mismo, trasmitirlas á sus semejantes; ó, lo que es mas sublime, dirigirlas al mismo Dios. En efecto, la palabra dice yo vivo, mas remontando en una escala grandiosa, esta misma palabra dice yo pienso; pero, al decir *yo adoro*, la palabra concentra en un foco sublime toda la creacion. Un gusano, pero un gusano que habla y reasume el universo y á Dios, tal es el hombre: quítese la palabra ó la literatura, compendio de la criatura humana y del universo, y solo queda el gusano; quítese el armazon material que lo degrada, y el hombre es un

Dios; pero dejésele á la vez su envoltorio de carne que lo humilla, y este pensamiento hablado que lo diviniza, y el sér así compuesto no es ni un Dios, sino un hombre, esto es, un sér completo y enigmático que compasion inspira cuando se le ve arrastrarse, al paso que admiracion y envidia cuando se le observa pensar.

Su grandeza consiste en espresarse.

Ahora bien, la literatura es esta espresion del hombre trasmitida á sus semejantes por la escritura, si bien, para que justa y completa sea esta definicion, conviene añadir que la literatura es la espresion *memorable*, esto es, digna de perpetuarse en el espíritu humano.

VII

Ya concebis que, desde los tiempos mas remotos, esta literatura ó esta *espresion memorable* del espíritu humano, ha debido multiplicarse en incalculable proporcion en las diversas lenguas y libros escritos en estas mismas lenguas, que forman el depósito de esta literatura universal.

Pero Dios, con un designio que no nos es dado penetrar, ha asignado límites á la memoria de los hombres como á todo lo de este mundo, y así como hay un horizonte en el espacio mas allá del cual se ofusca la vista y nada apercibe, del mismo modo existe un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

horizonte de tiempo, cuyos límites la memoria de los pueblos parece condenada á no poder traspasar jamas. El mundo es una renovacion eterna, y por la misma ley un aniquilamiento perpétuo de las cosas. Todo cae en ruinas despues de cierta duracion de vida, y todo brota de estas mismas ruinas mediante cierto intérvalo de muerte.

Sometidas á esta ley se hallan las ideas no menos que los hombres y los imperios. Los idiomas mueren con las civilizaciones y los pueblos que los hablaron, y estos mismos idiomas, como quebradas urnas cuyo licor se transvasa en otras urnas, trasmiten tan solo una debilísima parte de literatura sagrada ó profana que contuvieron, dejando filtrar la mayor parte en el olvido; despues nacen de la descomposicion de estas lenguas muertas otras formadas con sus elementos, y nuevos pueblos comienzan á pensar, á hablar y escribir cosas dignas de memoria, formando libros que depositan la espresion humana destinada igualmente á perecer.

Esta diversidad, esta instabilidad, esta brevedad de las lenguas forman un obstáculo insuperable á la perfectibilidad del espíritu humano que infinito se proclama en este mundo. Si hubiese querido Dios establecer una perfectibilidad indefinida de la humana grey en este planeta, hubiera criado una lengua única é inmortal que ligase á todos los pueblos y generaciones. ¿Cómo es posible acumular y contener una perfectibilidad cada vez mayor con lenguas que no se entienden entre sí, y que mueren todos los

dias dejando escapar los tesoros acumulados por las precedentes generaciones?

VIII

Todo aquel que lea con atencion las mas excelsas producciones literarias pertenecientes á épocas consideradas como nacimiento de letras, se convencerá palpablemente de que estas admirables producciones que juzgamos indicios, no pasaron de *continuaciones* ó renacimientos de literaturas, cuyos monumentos no han llegado hasta nosotros, pues, como sucede con distancias remotas, una niebla espesa envuelve los tiempos primitivos, al través de la cual no es posible ver sino por conjeturas.

Así, cuando una filosofía tan docta y tan elocuente como la de Job repentinamente se nos muestra en el libro que tal nombre lleva en la Biblia, es evidente que esta doctrina, esta esperiencia y esta elocuencia no nacieron sin antepasados en los abrasados arenales del desierto, bajo la tienda del árabe inculto y vagamundo. Del mismo modo, al ver alzarse en los confines de una barbarie pretendida, á un poeta como Homero, dotado de una perfeccion increible de lenguage, de un ritmo esquisito, de un gusto purísimo y estensos conocimientos, tampoco admite duda de que el poeta griego no salió de la nada, ni inventó por sí mismo y sin intervencion agena un cielo y una tierra, ni forjó por la sola fuerza de su ingenio

el poético idioma que lo caracteriza y la cadencia armoniosa de sus versos; sino que, detras de Job y detras de Homero, existian minas de doctrina y de poesía, cuyos límites los forman estos dos sublimes bardos; en otros términos, literaturas fuera del alcance de nuestra vista, cuya estension y profundidad nos impide apreciar la distancia. En efecto, nada puede venir de la nada en este mundo, ni aun siquiera el genio: así, al divisar un gran monumento literario, podeis estar persuadidos que no puede hallarse aislado y que, mas allá, existe una literatura invisible por la distancia, cuya produccion dominante es este mismo monumento, pero no su parto inicial.

IX

Esta distancia de los siglos, esta descomposicion de las lenguas, estas catástrofes de imperios muertos y amortajados en el tiempo, han hecho desaparecer en el pasado remoto del mundo inmensos tesoros de literatura, cuyas reliquias desenterramos de tarde en tarde en la India, en el Egipto, en la China y otros parages. ¡Loor á los doctos é infatigables varones que los descifran, interpretan y reconstituyen, como Cuvier recomponia el mundo antediluviano por medio de algunas osamentas! Pero mientras no se complete el fruto de sus descubrimientos, el inventario general de la literatura universal ó de la espresion del espíritu humano por sus

obras, se hallará contenido en nuestras bibliotecas bajo la forma de un número reducido de obras maestras en todas lenguas, número que no excede á las fuerzas de la atencion humana.

Tal es el inventario que pretendo recorrer con vosotros, no por órden de fechas, lo que seria fastidioso en demasía, sino por categorías de producciones sobresalientes; método que nos permitirá pasar de un pueblo á otro, y de la antigüedad á nuestros dias, con una diversidad de tiempo, materia y escritores que dará pábulo al interes que puede inspirar este estudio.

X

Este mismo inventario del espíritu humano, en la época en que nos hallamos, comprende la India, China, Egipto, Persia, Arabia, Grecia, Roma, Italia moderna, Francia, España, Portugal, Alemania, Inglaterra y la misma América despuntando á la literatura como á la vida; en una palabra todos los pueblos del globo que contribuyeron en otro tiempo, ó actualmente contribuyen, con un contingente literario á la riqueza general de la humana inteligencia.

Juntos emprenderémos el estudio sucesivo de estas obras, cuyos principales textos traducirémos, comentando y saboreando las bellezas, al mismo tiempo que indicando sus imperfecciones; y de este

modo podrémos apreciar los tesoros de inteligencia, genio y doctrina que posee el hombre intelectual en los tiempos en que vivimos.

Este proceder no obstará para que bajemos de cuando en cuando de la empinada cumbre de la antigüedad á la época en que nos hallamos, y, si hubiese aparecido, ó apareciese mientras que escribimos, uno de esos libros que honran nuestra nacion y nuestra época, nos detendrémos con predileccion en tan preciosas producciones, comentándolas con imparcialidad. No obstante, como nuestra análisis tiene por objeto principal, ó por mejor decir por único objeto, la contemplacion de lo bello, nos ceñirémos á citar las páginas sobresalientes en que campee la imaginacion ó el sentimiento, pues los pasages defectuosos no merecen nuestra atencion, y el olvido es la muerte de lo malo. Por otra parte, un curso libre de literatura debe exaltar y no deprimir el alma del hombre á nuestros propios ojos, y, siendo la admiracion la mas sublime de las facultades humanas, pretendemos inspiraros la mas alta idea de nuestro sér por sus obras, con el objeto de manteneros, tanto en literatura como en moral, á la altura de la idea que hayais concebido de vosotros mismos.

DIGRESION

I

En el momento mismo en que volvia á tomar la pluma para acabar con vosotros esta definicion de la literatura, un gran duelo literario contrista la Francia y cunde por toda Europa. Mª Emile de Girardin acaba de apagarse en toda la llama de su númen poético. El plan de este discurso familiar y, por decirlo así, dialogado de literatura, no nos sugeta tan tenazmente al órden cronológico del ingenio humano, que no nos sea lícito regresar de vez en cuando á nuestro propio siglo, hablar de las obras notables que produce, de los escritores selectos que en el descuellan, y sobre todo deplorar la pérdida de las personas mas amadas. La literatura, tal como la comprendemos, no consta tan solo de gusto, sino de corazon; y cuando éste forma parte integrante del talento del escritor, incumbe el luto á la ternura no menos que á la gloria.

La amistad que hace tiempo profesábamos por Mª Emile de Girardin, se distinguia por un carácter tan fraternal y literario, que las gracias de su per-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sona, en nada cooperaban en el encanto que en nosotros ejercia, y que, al vertir amargas lágrimas en memoria de tan digna amiga, no dudamos de nuestra imparcialidad como escritor.

II

No admite duda que es imposible separar completamente, en semejante muger, la gracia del genio y la hermosura del rostro de la belleza de la inteligencia: pues, ¿cómo separar lo que plugo á Dios reunir en una fisonomía elocuente? Al mismo tiempo seria ser injusto para con la naturaleza que simultáneamente vierte el alma y cuerpo, y no permite que se separen estos elementos, sin mutilar la impresion que se propone producir en nosotros por las obras maravillosas que de su seno irràdian.

En efecto, la primera impresion que produjo en mí Mª Emile de Girardin (entonces Mlle Delfina Gay), despues de haberla oido ponderar no poco, fué tan viva que el lugar, el dia, la hora y la persona han quedado como un cuadro en mi memoria, en términos, que aun despues de tantos años, podria dictar á un pintor el cielo, el paisage, las facciones, el color, la mirada, sin que faltase un destello á sus ojos, ni una inflexion á sus labios, ni un acceso de súbito rubor ó palidez repentina á sus mejillas, ni una undulacion en sus cabellos, ni una nube al cielo,

y ni aun siquiera una hoja al frondoso paisage que la rodeaba. Estos, y no otros, son los verdaderos retratos por los cuales se transfigura una muger en nuestra imaginacion, retratos cuyos colores nunca se ennegrecen ni se resquebrajan por la accion del tiempo, porque la memoria incesantemente los renueva y vivifica.

III

Quiso el acaso preparar en mi favor una escena digna de la aparicion. Me acuerdo que, en el año de 1825, estando yo en Italia y regresando por un cielo de primavera de Roma á Florencia, habia pernoctado en Terni, poblacion pastoral diseminada en medio de las aguas y árboles, en que suenan ruidosas las cascadas, y se extravasa hervidora la plateada espuma del Vellino.

IV

Dijéronme al despertar en la hostería, que dos señoras francesas, madre é hija, llegadas igualmente la víspera, si bien mas tarde que nosotros, acababan de subir en un carruage para visitar los despeñaderos de Terni, que desde nuestras ventanas oiamos retumbar como un trueno contínuo en el fondo del valle; y añadió el posadero que la mas jóven y do-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nosa de ambas viageras, era, segun noticias recibidas por el conductor de correos, la mas célebre *improvisatrice* de Francia.

El nombre de M^lle^ Delfina Gay acudió naturalmente á mis labios, y, deseoso de cerciorarme, hice llamar al conductor que bebia una botella con un amigo en una sala baja. Este hombre que me conocia, pues mas de una vez habia firmado sus pasaportes para las ciudades de Italia, me informó que las dos señoras en cuestion se llamaban M^a^ Gay y M^lle^ Delfina Gay, su hija; que ambas habian sentido mucho no encontrarme en Florencia, pues tenian cartas de recomendacion para mí y contaban hallarme en Roma; é inmediatamente despues subió en un caballo ensillado que lo esperaba á la puerta de la aldea, y desapareció á todo escape en la direccion de las cascadas, para ir á prevenir á las dos Francesas que yo estaba en Terni y no tardaria en ir á su encuentro en el despeñadero del Vellino.

Efectivamente, ya me preparaban á este intento una calesa ligera del pais en la cual debia subir la pendiente escarpada de la arbolada loma en que se precipita el rio.

Hay unas dos horas de distancia de la poblacion de Terni al indicado parage, y el camino, al dejar la poblacion, se interna bajo espesas bóvedas formadas por árboles acuáticos, cuyas hojas destilan continuamente el incesante rocío que reciben del despeñadero. Este camino atraviesa, sobre puentes romanos medio desplomados y alfombrados de verde y humedo musgo, tres ó cuatro brazos del rio. Aun vense huir las olas con increible velocidad, silvando como la flecha, estremecidas aun y espumantes de la impulsion que recibieron al caer de tan tremenda altura, salpicando las verdes praderas con anchos copos de nevada espuma, hasta que se pierden arremolinándose en el ceñudo valle de Narni, para reunirse bajo las rotas arcadas del Puente de Augusto.

V

Despues de haber atravesado así las praderas que forman las márgenes del rio, se eleva insensiblemente el viagero, durante una hora, por un camino en forma de cornisa, sobre las pendientes húmedas, rezumantes y umbrosas de la montaña. A medida que se acerca á la cumbre, se vuelve mas imponente el mugido del Vellino. La sombra acrecienta el terror, pues hasta mas tarde no recibe la luz del sol el costado de la montaña que mira del lado del oriente que parece chorrear en esas horas de frescura y rocío matutino; y, solo á la parte estrema de los recodos y agudas puntas formadas por las sinuosidades del declive, apercibe el viagero á la izquierda las olas brilladoras del rio que ruedan espumosas y centellantes en el valle, al través de los sonrosados vapores, destellos y deslumbramientos del sol que se asoma en el horizonte. Plateadas nieblas, tierno verdor de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los prados, negros abetos, olorosos pinos, álamos descoloridos, rocas escabrosas y jaspeadas, colores mil que las cascadas á profusion ostentan, grupos de islas sepultadas bajo la sombra movediza de los algarrobos, esplendor del cielo que contrasta con las tinieblas adyacentes, rayos del sol que parecen brotar de los despeñaderos mismos, estrépito fragoroso que continuamente acrecienta, húmedo viento producido por las aguas iracundas que voluptuosamente salpican el rostro, temblor del suelo á medida que se eleva el nivel del terreno : tales son los preludios del espectáculo al cual asiste delirante el viagero.

No podia menos de acordarme, á medida que me acercaba, de los nombres de tantos insignes poetas y pintores que acudieron á espeluzarse de horror y palpitar de admiracion en este mismo sitio, desde Horacio y Claudio Lorrain, hasta lord Byron. En efecto Terni es la mira del peregrinage del genio, y el poeta deja en forma de *ex-voto,* sublimes versos, regresando con una impresion indecible producida por la fuerza y gracia de la naturaleza que resuena en su alma como el Vellino en el abismo. Por mi parte confieso que bastaba para embriagarme el ronco retumbar de las aguas, antes de haber llegado al precipicio.

VI

Detúvose la calesa al llegar á la cima de la loma,

en un camino ahuecado contiguo á dos ó tres pobres cabañas, en cuyo alrededor jugaban algunos cuantos muchachos y triscaban balando algunas cabras, á orillas de un rio encajonado y profundo que cortaba la pradera con siniestra calma y pérfido silencio : tal era el Vellino.

Al verlo velarse con los árboles y cañas que crecen abundantes en sus márgenes, y adherir á las paredes del cauce las aguas verduzcas y profundas, parecia que el terror del precipicio en que iba á precipitarse el rio paralizaba de espanto su curso y hacia retrogradar sus ondas.

El resueno de los despeñaderos rodeados y ocultos por espesas arboledas, nos condujo, por una serie de sotos ó bosquecillos, hasta un promontorio elevado como un cabo proyectado en el océano.

VII

A la estremidad de este cabo, tajado perpendicularmente, entramos en un terreno alfombrado de menuda yerba y cercado de un parapeto de piedras secas, destinado á impedir que el vértigo y deslumbramiento arrabatasen á los curiosos y los precipitasen en el rio como la hoja seca que arrebata y arremolina el huracan. Tal era el anfiteatro de este brillador desmoronamiento de aguas que incesantemente reclama un sumidero profundo é insaciable.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Prescindirémos de toda descripcion, pues no hay en la lengua humana suficientes recursos para traducir esos juegos de la omnipotencia divina. En vano se afanaria nuestra pluma en describir la mole de un rio que siente faltar repentinamente su cáuce; la profundidad inconmensurable del abismo que sepulta la enorme catarata; la masa de pulverulenta espuma que forma al chocar con el aire ese cúmulo de materia líquida que se dispersa al grado de su propia volatilizacion, huyendo á los cuatro puntos cardinales como una bandada de aves gigantescas, ó aferrándose á los peñascos perpendiculares de la montaña, como fulminados Titanes que se esfuerzan en asirse á las cornisas del firmamento; los mágicos efectos producidos por la trasparencia verde ó azulada del colosal torrente, cuya rapidez é impulso parecen cristalizar el líquido volúmen en el momento mismo en que se encuentra y choca con el vacio; la luz del sol de oriente que lo traspasa quebrándose en miles fragmentos, en innumerables chispas, en destellos sin fin que deslumbran con los colores del prisma; el choque tronador en el aire á que responde el fragor horrísono en la tierra; la eterna tempestad, el sublime horror que eriza los cabellos, encoge el corazon y anuda la garganta, impotente para protestar con un solo grito, contra el súbito aterramiento que avasalla y petrifica. No, no hay palabras para pintar tal escena que revelar tan solo pueden los desvanecos, los desmayos, los raudos torbellinos que deslumbran la vista y la razon ofuscan, los estremecimientos que la sangre hielan, el terrífico pasmo que anonada el lenguage; y segun la expresion de lord Byron en el mismo lugar, el hombre precipitado con el rio, queda pulverizado antes del mismo rio, al caer en este infierno de agua.

VIII

Y si á este espectáculo se agrega lo despejado del dia, la pura serenidad del cielo italiano, los marmóreos tintes de la roca, la atmósfera diáfana y olorosa, el céfiro tibio y balsámico que baña y refresca el rostro con el aliento de las aguas, circunstancias que faltan siempre á las cascadas de los Alpes y aun á la del Niagara; si se considera que en lugar de efectuarse en sumideros tenebrosos y lóbregos precipicios que quiebran el horizonte y acongojan la vista, la escena pasa en un espacio dilatado, en plena luz rodeada de un horizonte sin límites y de un firmamento azulado y cristalino, cuya risueña serenidad contrasta con el juego de los elementos embravecidos, se tendrá no solamente la sensacion de una catástrofe iracunda, sino la de una fiesta de la naturaleza á la cual permite Dios asistir al hombre con el tributo de la adoracion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IX

Tal fué la escena y el anfiteatro en que por la primera vez encontré á la que mas adelante llevó el nombre de Mª Emile de Girardin.

Sin que fuese notada mi presencia, me adelanté un poco en un terreno algo mas elevado que el adjunto llano tapizado de húmeda yerba y circundado del parapeto de rocas, en el cual se apoyaba la linda Francesa para contemplar la caida de las aguas; de modo que pude así, despues de haber medido con la vista la profundidad de la cascada, transportar y concentrar mis miradas en la hermosa doncella que parecia embriagada por el ruidoso estampido, el vértigo voluptuoso y el suicidio de las aguas. Un pintor no hubiera podido escoger para reproducir su imágen una espresion, una luz y un horizonte mas adecuado á su grandiosa belleza.

Hallábase medio sentada en un tronco de árbol, que los muchachos de las cabañas vecinas habian rodado hasta allá para los curiosos extrangeros, y su brazo, admirable por su forma y blancura, reposaba sobre el parapeto, sosteniendo su frente pensativa, mientras que su mano izquierda, languidamente reclinada, sostenia un ramito de violetas y otras flores que sus dedos distraidos dejaban en contacto con la yerba húmeda.

El abandono de su postura acusaba un cuerpo elevado y flexible, al paso que su cabellera rubia, abundante y suave como la seda, undulaba al soplo tempestuoso de las aguas como las madejas de las sibilas desatadas por el éxtasis. Su seno avasallado por la impresion, levantaba violenta é intermitentemente su trage, mientras que sus ojos, que reflejaban el azul de los cielos, parecian anegados en el espacio cristalino. Fuese vapor condensado en sus largas pestañas, fuesen lágrimas asomadas á sus ojos por el esceso de artística emocion, algunas gotas de esa lluvia del alma brillaban y caian de los bordes de sus párpados en el despeñadero, sin conciencia alguna de su parte, de modo que el Vellino rodaba al mar, juntamente con sus ondas, una perla cálida y virginal destilada por el corazon de una joven francesa: lágrimas de amargura que las mejillas bañan y no las queman.

X

Su perfil, ligeramente aguileño, guardaba no poca semejanza con el de las mugeres de los Abruzos, á quienes recordaba igualmente por la energía de su estructura y los vigorosos contornos de su cuello. Este perfil se dibujaba luminoso en el azul del cielo y el verde de las aguas, presentando el armónico equilibrio, la esquisita sensibilidad combinada con la fiereza procedente de la fortaleza de ánimo: la frente era despejada y varonil, la boca femenina y sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

móviles labios anunciaban la melancolía. Las mejillas algo pálidas por la emocion del espectáculo, y algun tanto deprimidas por la precocidad del pensamiento, poseian la juventud, pero no la plenitud de la primavera; y, de todos los caracteres de su rostro, era éste el que mas seducia y mas interés inspiraba, pues si hubiese sido mas fresca hubiera deslumbrado los ojos. La nevada palidez del mármol realza tanto las estátuas vivas como las estátuas muertas. Al través de la piel deben brillar el alma, la pasion ó el dolor, y la palidez es el carácter del alma, de la piedad, del entusiasmo y de la melancolía.

XI

Por último se levantó al ruido de mis pasos, y yo saludé respetuosamente á la madre que me presentó á su hija. El metal de su voz completaba el encanto, y sus palabras vibraban con el acento de la inspiracion. Al mismo tiempo su conversacion poseia, sin mengua del recato y reserva de la doncella, la fulgurosa espontaneidad, la agitacion palpitante, la espléndida forma de los poetas, sin mas imperfeccion para mi gusto que una risa escesivamente frecuente, imperfeccion escusable en la juventud y envidiable en la edad madura.

Por último su rostro y el porte de su cabeza reproducian, salvo las modificaciones femeninas, las facciones del Apolo del Belveder, como si al hospedarla en su seno, hubiese contemplado tenazmente su madre, las marmóreas estátuas de los dioses del Olimpo.

Si hubiese, en el despeñadero de Terni, un templo admirable como el que poseia la sibila sobre la cascada de Tivoli, no podria concebir la imaginacion una sacerdotisa mas inspirada que aquella jóven beldad. . . . . .

. . . . . .

XII

Regresamos juntos á Terni y nos separamos al anochecer, mi compañera para ir á Roma, yo para volver á Florencia. La impresion que me dejó este encuentro contenia un recuerdo lleno á la vez de gracia y sublimidad que podia llamarse poesía pero no amor, si bien mas adelante fué juzgado pasion el afecto que profesé á tan amable criatura. Sí, hasta el sepulcro la amé, pero sin pensar siquiera en su sexo, pues me habia aparecido como diosa en Terni.

Esta impresion nunca pudo borrarse de mi memoria, y fué en lo venidero como un pedestal sobre el cual se mostró á mi imaginacion aquella muger aislada por su genio. Así nunca le profesé lo que vulgarmente se llama amor, pues para amar hay que mirar de arriba y yo la miraba de abajo.

La encantadora hermosura que pude contemplar en Terni, podia tener en aquel entonces unos diez y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ocho años, y era hija de Mª Sofia Gay, muger superior, si bien de escasa nombradía.

Esta señora era contemporánea de esas cuatro ó cinco modelos femeninos de descomunal belleza y celebridad histórica que aparecieron en Paris despues de la caida de Robespierre, como flores llenas de brillo y lozanía prodigadas simultáneamente en el mismo año por la naturaleza, para cubrir y tapizar el suelo ensangrentado por la guillotina. Mª Tallien, Mª Beauharnais, Mª Recamier y Mª Gay, componian una pleyada de bellos ídolos griegos que permitieron al pueblo de Paris soñar en una nueva Atenas. Este ameno grupo formó la transicion entre la libertad purificada por la sangre, y la gloria militar vírgen aun del despotismo; sonrisa fugitiva pero hechicera de la Francia entre dos accesos de llanto.

XIII

Mma Gay, tan viva, tan graciosa y tan chispeante en su conversacion como su hija, habia recibido de la naturaleza un corazon lleno de bondad, ternura y generosidad, al paso que un alma dotada de un denuedo entusiasta, un heroismo sublime, y una amistad que no podia hacer mella el hacha de la guillotina. Esta muger poseia un corazon viril en un pecho femenino; pero como su juventud habia despuntado en un tiempo de corrupcion, no tenia en mi concepto mas que un defecto; y era una franqueza escesiva y

aun hasta indiscreta, que la inducia á atropellar á veces esa delicadeza que se llama decoro. En efecto, esta buena señora habia conservado la franqueza trágica de ideas, actitud y acento de aquel interregno llamado en Francia el Terror, y parecia arrostrar todo recato como habia arrostrado el cadalso. Mas romana que francesa, esa época de cataclismo habia formado su carácter con el cual se armonizaba naturalmente.

Su alma, arrebatada é impetuosa en el primer momento, se estravasaba esplosiva, y, mientras duraban las erupciones de su corazon, lo hollaba todo enagenada, todo lo embestia, escandalizando la escrupulosa pusilanimidad del mundo : tal era el único defecto que podia achacársele, pero este defecto se hallaba compensado por tanto vigor de sentimiento y tanta elegancia de conversacion, que nada era mas fácil que la indulgencia en cuantos la conocian, quienes acababan por amarla hasta en sus defectos.

XIV

Mma Gay idolatraba á su hija, en quien se veia renacer, y, vivamente impresionada por las disposiciones que manifestaba por la poesía, la habia cultivado como una esperanza postrera de celebridad doméstica para quien nació con el deseo de gloria, y llegó al ocaso de la vida sin saborearla plenamente.

Este triunfo póstumo y desinteresado, gustado en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la persona de su hija, es tal vez la mas simpática de todas las fragilidades humanas, pues la vanidad se confunde con la ternura, y el amor maternal la vanidad santifica.

Mma Gay se habia constituido voluntariamente el pedestal de su hija, á quien, á pesar de la ironía que excitaba en sus amigos su escesiva solicitud maternal, no se saciaba en producir y ponderar, deseosa de verla envidiada por sus numerosas perfecciones: pero ¿puede darse una flaqueza mas inocente y mas desinteresada que la de querer deslumbrar al mundo con un prodigio desprendido de sus entrañas?

Las otras hijas de Mma Gay, que no iban en zaga á la menor por las gracias y talentos, se hallaban ya casadas, y habian por consiguiente cesado de animar por su presencia el hogar doméstico; así todo lo veia reverdecer la buena señora en la persona de Delfina. Agréguese á esto la predileccion natural de las madres por los frutos postreros que dieron á la luz y á la vida, quienes, de preferencia á sus primogénitos, parecen ser acreedores á ocupar entre caricias el regazo materno, pues la historia de Benjamin es antiquisima como el mundo.

Por otra parte, Mma Gay, despues de haber poseido una opulenta fortuna, se veia reducida á una existencia menos que mediana, sostenida por el trabajo literario, tan mal remunerado á menudo; y la tierna madre que se inquietaba por su hija á quien temia dejar la miseria, se lisonjeaba al mismo tiempo que una labor resultante de la asociacion de dos talentos

podria acarrear algun bienestar á la casa, y que el mérito poético de su hija le confiriria una aureola de gloria que podria servirle de dote. Tales eran las esperanzas que ocupaban el corazon de esta escelente madre, pero el mundo se obstina en interpretar con malignidad las mismas virtudes.

XV

Entretanto crecia y formábase la niña en la sociedad de celebridades contemporáneas de ambos sexos, y entre otras de M. de Chateaubriand y de Mma de Staël, excediendo en atractivos y talentos á cuanto habia soñado el corazon de una madre. La amable criatura habia aprendido á sentir y á hablar en verso, poseyendo la imágen en los ojos, la armonía en el oido, la pasion en presentimiento en el corazon, el brillo y la agudeza en el discurso. Así sus estrofas pintaban, cantaban, lloraban, brillaban, trinaban como los poéticos gorgeos del ave que prueba su canto á media voz sobre el borde del nido, y cuyas notas futuras escuchamos en el florido abril. Al mismo tiempo le enseñaban á recitar esos versos á los literatos amigos que frecuentaban la casa, con esa voz, esa mirada, ese gesto que truecan en magia la poesía emitida por los labios de una niña donosa, y confunden en un mismo foco la admiracion y el amor.

Estos versos, aprendidos de memoria y repetidos en varias casas por los amigos de Mma Gay, habian coronado de una celebridad precoz el nombre de Delfina; pero esta gloria doméstica no podia bastar á la madre.

XVI

Era la época en que se habia efectuado la restauracion de los Borbones, y la poesía, resorte comprimido en las almas, habia retoñado con la libertad. Mma Gay, cuyos antecedentes y opiniones la ligaban al partido legitimista, condujo á su hija á casa de la duquesa de Duras y de algunas otras señoras superiores de la época, advirtiendo que los salones, cerrados y mudos bajo el imperio, se vengaban de su forzoso y prolongado silencio por un culto apasionado por los ingenios que prometian á la familia reintegrada en el trono un nuevo siglo de Luis XIV.

El mismo soberano era letrado y poeta, y la era de los Borbones, como el tibio y balsámico soplo de la primavera, daba vigor y lozanía á los ingenios que despuntaban. Mma de Staël y M. de Chateaubriand daban el diapason: la primera de la libertad aristocrática, el segundo del entusiasmo dinástico; y ambos cultos se confundian en esas reuniones casi académicas en que el talento constituia la primera dignidad de ambos sexos.

La jóven Delfina fué acogida como la Aurora del

Guido, por todas las gracias del dia, respirando por do quier un entusiasmo que como una atmósfera la envolvia. Una de las pruebas que mas atestiguan la incorruptibilidad de su bella naturaleza, es que su brillante acogida la inundó de contento, mas no infatuó su razon. Su modestia la preservó del devaneo que acarrea la contínua lisonja, y esta misma modestia la inducia á rebajar los contínuos loores que un esceso de idolatría inspiraba al orgullo maternal. Por otra parte una de las calidades dominantes de su inteligencia era un tino esquisito combinado con una sensatez suprema, que le hacia atribuir á su juventud y hermosura la mayor parte del incienso tributado en apariencia á las promesas que inspiraba su ingenio; sentimiento que admirablemente reprodujo en una poesía intitulada *la Dicha de ser bella*.

XVII

En época tan feliz fué cuando compuso la mayor parte de sus poemas, recogidos despues bajo el humilde título de *Ensayos* poéticos. Inútil juzgamos reproducir algunos fragmentos selectos, pues ¿de qué sirve citar lo que vive en la memoria general? Lo solo que puede achacarse á esta poesía es el de hallarse impregnada en demasía del aire de los salones, aire demasiado cálido y artificial para comunicar al arte ese temple enérgico tan necesario á la imaginacion como al carácter del númen; aire

en que triunfante campea el *esprit* [1], genio familiar en esceso y corruptor del verdadero genio que vive á la luz del sol; aire que reviste la poesía de un barniz de primor y elegancia, mas la despoja de su verdadera grandeza. Los grandes acentos requieren grandes espacios, grandes movimientos del alma, grandes pasiones; y una jóven educada en los salones de Paris, no puede elevar su voz fuera del alcance de la sociedad reducida y remilgada que la rodea. Si Safo no hubiese pasado de una dama elegante en la corte de Persia, no hubiera conocido la posteridad esos diez versos, esos diez carbones llameantes desprendidos de su corazon que aun deslumbran y queman despues de tantos siglos los ojos de los que los leen.

XVIII

Pero los versos juveniles de Mª de Girardin poseian cuanto podia permitir la esfera que habitaba, como muelles susurros, castas imágenes, intenciones delicadas, garbo decoroso, asomos de pudor velados por el estilo. Lo único que, en nuestro concepto les perjudica, es el excesivo *esprit*, que puede considerarse como el azote de la Francia: « ¡O santa

[1] Lo que designan los Franceses bajo el nombre de *esprit*, es una mezcla, ó, por mejor decir una combinacion intima de chiste, donaire, garbo en el pensar, brillantez espontánea en el decir, y á menudo cierto sabor epigramático, sin término correspondiente en nuestro idioma.

« bobería, esclamaba un gran juez de los poetas de « su tiempo, cuan preferible es tu sencillez ingénua « á todas esas sutilezas alambicadas que no valen un « grito de la naturaleza! »

Pero el esquisito gusto de la jóven poetisa la ponia al abrigo del abuso, y de cuando en cuando se refugiaba en el seno de la naturaleza, protestando contra el pliegue artificial que imprimia la sociedad á su ingenio.

Por otra parte este esceso no perjudicaba á la ternura del corazon de la doncella, que aspiraba á un esposo digno de su mano, pues es el amor es la abnegacion por escelencia. Me acuerdo de haberla visto en la mañana que siguió á una noche pasada en vela, al lado de la cuna de un niño enfermo, hijo de la condesa O'Donnell su hermana. Todo el corazon de una madre se leia en esa fisonomía febril y en ese rostro pálido y desencajado. Tal fué la ocasion de algunos versos que le dirigí al dia siguiente.

Comienzan éstos por algunas estrofas en las cuales le expresaba yo la sorpresa del caminante que, al ver brillar á lo lejos, las nevadas y escarpadas cimas de los Alpes, queda atónito al cerciorarse, á medida que se acerca, que estas empinadas cumbres juzgadas heladas é inhabitables, recelan en sus pendientes valles templados y amenos en que ostenta su gala naturaleza, prodigando los frutos y las flores [1].

« Allí encuentra enagenado de alegría, praderas

[1] Como á todo el mundo consta, la traduccion en verso es necesariamente infiel y desfigura completamente el pensamiento del autor,

cenando la afelpada alfombra, mientras que sus ojos verdes y risueñas en que pace incauto el cordero, cer-

efecto de las permutaciones contínuas á que obligan la cadencia y la rima.

Esta razon hubiera sido mas que suficiente para haber seguido un rumbo opuesto, si no mediase otro motivo aun mas poderoso que nuestros lectores fácilmente adivinan. En efecto, sustituir nuestra humilde versificacion á las estrofas de M. de Lamartine tan melodiosas y tan impregnadas de poesia, hubiera sido una temeridad ridícula y un sacrilegio imperdonable.

Asi hemos creido oportuno á pesar de poseer cierta facilidad en rimar, traducir en prosa libre esta poesia insertando adjunto, y en beneficio de nuestros lectores, el original francés.

. . . . . .

Il y trouve, ravi, des solitudes vertes,
Dont l'agneau broute en paix le tapis velouté,
Des vergers pleins de dons, des chaumières ouvertes
A l'hospitalité;

Des coteaux de velours, d'ombrageuses vallées,
Et des lacs étoilés des feux du firmament,
Dont les barques sortant des anses reculées
Rident le flot dormant.

Il entend les doux bruits de voix qui se répondent,
De murmures confus qui montent des hameaux,
De cloches de troupeaux, de chants qui se confondent
Avec les chants d'oiseaux.

Marchant sur les tapis d'herbe en fleur et de mousses :
« Ah! dit-il, que ces lieux me gardent à jamais!
« La nature a caché ses grâces les plus douces
« Sous ses plus hauts sommets. »

Ainsi les noms qu'au ciel la renommée élève
De leur éclat lointain semblent nous consumer,
Jalouse de ses dons, la gloire leur enlève
Tout ce qui fait aimer!

Ainsi, quand je te vis, jeune et belle victime
Qu'un génie éclatant choisit pour ton malheur,
Je cherchai sur ton front le rayon qui t'anime,
Et je fermai mon cœur.

divisan huertos que prodigan sus dones, y cabañas que brindan con la hospitalidad. Allí brillan collados que

Mais un jour, c'était l'heure où le soin du ménage
Retient la jeune fille à son foyer pieux,
Où l'on n'a pas encore composé son visage
Pour l'œil des curieux.

. . . . . .

Les meubles dispersés dans l'asile nocturne,
La lampe qui fumait, oubliée au soleil,
Étalaient ce désordre, emblème taciturne
D'une nuit sans sommeil.

Des harpes et des vers, souvenirs d'une fête,
Des livres échappés à des doigts assoupis,
Et des festons de fleurs détachés de la tête
Y jonchaient les tapis.

La veille avait flétri de ta blanche parure
Les plis qu'autour du sein le nœud pressait encor;
Tes cheveux dénoués jusques à la ceinture
S'épandaient en flots d'or.

Ton visage était pâle, un frisson de pensées
De ton front incliné lentement s'effaçait;
Comme sous un fardeau trop lourd, ta main glacée
Sur tes genoux glissait.

Au bord de tes yeux bleus tremblaient deux larmes pures :
La pervenche à ses fleurs ainsi voit s'étancher
d eux perles de la nuit, que les feuilles obscures
Empêchent de sécher.

Sur tes lèvres collé ton doigt disait : Silence!
Car l'enfant de ta sœur dormait dans son berceau,
Et ton pied suspendu le berçait en silence
Sous son mobile arceau.

La mort avait jeté son ombre passagère
Sur cette jeune couche, et dans ton œil troublé,
Dans ton sein virginal, tout le cœur d'une mère
D'avance avait parlé.

Et tu pleurais de joie, et tu tremblais de crainte;
Et quand un seul soupir trahissait le réveil,
Tu chantais au berceau l'enfantine complainte
Qui le force au sommeil.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tapiza el césped, valles que baña trasparente sombra, de lagos cristalinos se refleja el firmamento azulado que esmaltan innumerables estrellas, y cuyas durmientes aguas solo arrugan las negras barcas que desembocan de ensenadas remotas. Allí escucha los susurros suaves de voces que entre sí dialogan; los murmullos confusos procedentes de las aldeas; el son metálico que producen los cencerros de los rebaños; los cantos que se confunden con los trinos y gorgeos de las aves.

« Al hollar la muelle alfombra de musgo que flores miles salpican : « Ah! se dice, si en estos lugares « pudiese sepultar mi existencia! » Naturaleza se complace en ocultar sus gracias mas seductoras en las cumbres mas inaccesibles.

. . . . . .

Ah! qu'un autre te voie, enfant de l'harmonie,
Trouvant que sur les cœurs un empire est trop peu,
Lancer d'un seul regard l'amour et le génie,
La lumière et le feu!

. . . . . .

Pour moi, quand ma mémoire évoque ton image,
Je te vois l'œil éteint par la veille et les pleurs,
Sans couronne et sans lyre, et penchant ton visage
Sur un lit de douleurs.

Je t'entends murmurer ces simples cris de l'âme
Que l'amour maternel apprend à ressentir,
Et ces chants du berceau que la plus humble femme
Sait le mieux retenir.

Et je dis dans mon cœur : « Écartez cette lyre!
« De la gloire à ce cœur le calice est amer :
« Le génie est une âme, on l'oublie; on l'admire,
« Elle saurait aimer. »

. . . . . .

« Asi los nombres que al cielo sublima la fama parecen consumirnos con su fulgor lejano, pues celosa de sus dádivas, los despoja la gloria de todo cuanto el amor despierta. Asi cuando por primera vez te vi, jóven y donosa víctima, en quien por propia desgracia se hospeda un genio resplandeciente, busqué en tu frente el rayo que te anima y cerré mi corazon.

« Pero un dia, en la hora en que el primor hacendoso piadoso retiene á la doncella junto al hogar doméstico, en esa hora en que aun no ha tenido tiempo de acicalar su rostro para el ojo de los curiosos advenedizos. . . . . .

« Los muebles dispersos en el nocturno asilo, la lámpara humeante olvidada á la luz del sol, todo acusaba ese desórden, emblema taciturno de una noche sin sueño. Como testigos de una fiesta pasada, divisaba la vista, sembrados en torno, harpas, versos, libros escapados de dedos entorpecidos por el sueño, y ramilletes de flores desprendidos de la cabeza. El desvelo habia ajado algun tanto los pliegues de tu blanco trage que aun sugetaba el nudo en torno del seno, y tu cabellera se derramaba sobre tu cintura como una cascada de oro. Pálido estaba tu rostro, un enjambre de pensamientos revoloteaba en torno de tu frente; y, como obedeciendo á un peso invisible, tu helada mano se deslizaba sobre tu rodilla. En tus párpados brillaban temblorosas dos lágrimas cristalinas : tal centellea en la violeta el aljófar nocturno cuya evaporacion impide la sombra que proyecta la bóveda formada por las oscuras hojas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

circunvecinas. Silencio, me decia en lenguage mudo tu dedo aplicado á tus labios, pues dormia en su cuna el hijo de tu hermana y tu pié suspendido lo mecia en silencio bajo su móvil arco. La sombra pasagera de la muerte se habia estendido en el lecho juvenil, y, en tus ojos enturbiados por el llanto, en tu seno virginal, el corazon de una madre con anticipacion habia hablado. El júbilo anegaba tus ojos, el temor hacia temblar tus miembros; y cuando un sordo suspiro indicaba en el niño una interrupcion del sueño, le cantabas, meciéndolo, la querella infantil que el reposo acarrea. . . . . .

« Ah! puedan concentrarse en tí otras miradas, hija de la armonía, y al ver que un solo rayo de tus ojos destella el amor, el genio, la luz y el fuego, concluir que tu persona escita mas admiracion que imperio en los corazones . . . . . .

« Por mi parte, cuando evoca tu imágen mi memoria, se me figura verte con el ojo apagado por la vigilia y el llanto, sin lira en las manos, sin corona en las sienes é inclinando tu rostro sobre un seno de dolores. Aun resuena en mi oido ese grito ingenuo del alma que instintivamente arranca el amor maternal y esos tiernos cantos al lado de la cuna, que patéticos se exhalan de los labios de la mas humilde muger, y me digo á mí mismo en lo mas profundo de mi corazon : apartad esa lira, pues amargo es el caliz de la gloria para tal corazon ; apartadla pues el genio es un alma, y la admiracion que escita nos hace olvidar que tambien puede latir de amor. »

XIX

Aumentaba cada dia su doble fama de genio y belleza, cundiendo un murmullo de admiracion apenas se mostraba en los teatros, fiestas y academias. La juventud exaltaba sus hechizos, mientras que los ancianos la compadecian de una nombradía funesta á la verdadera felicidad, preguntándose con inquietud como debia contentarse con la posesion de un solo corazon y un lugar oscuro junto al hogar doméstico, una muger acostumbrada á vivir de incienso en un mundo que hasta aquel entonces habia sido un templo en cuyas aras se habia mostrado fulgurante como deidad.

Mil hablillas corrian sobre su matrimonio pero todas sin fundamento. La gloria atrae los ojos pero intimida el sentimiento; y, á menos de ser muy inferior y aceptar un grado secundario, ó de ser muy superior y no temer eclipse alguno, repugna á la mayor parte de los hombres contraer nupcias con esas grandes artistas que introducen la publicidad en las relaciones conyugales cuya naturaleza exige cierta penumbra. Así le deseaban un destino en cierto modo sobrenatural, juzgándola excelsa en demasía para contentarse con el ajuar de un esposo ordinario. Mas no era así, y muy errados andaban los que tal la conceptuaban, pues solo aspiraba á poseer un corazon, pronta á sujetarse á las mas humildes condiciones con tal que perfumase su vida el amor, poesía del alma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XX

A la sazon concibieron personas entusiastas de su hermosura, como igualmente ciertas mugeres de representacion y algunos cortesanos atrafagados, la idea de un matrimonio clandestino entre Delfina y el conde de Artois que mas adelante llegó á ser Carlos X.

Este príncipe que habia tenido ocasion de verla y oirla en las mismas Tullerías, en el salon de una señora residente en el palacio, habia manifestado por M^lle^ Gay una admiracion que podia confundirse con el amor.

Constaba generalmente que impedimentos muy delicados tanto de familia como de dinastía, obligaban al príncipe á prescindir de un matrimonio auténtico; pero, imaginábanse los cortesanos que sensible aun, como siempre lo habia sido, al encanto de la sociedad femenina, y devoto en demasía para permitirse una favorita, se prestaria con gusto á un enlace consagrado por el culto y justificado por el uso de las cortes.

La admiracion que habia manifestado por la bella inspirada en presencia de sus cortesanos, fué juzgada por estos como un afecto que despuntaba. En consecuencia se esforzaron en dar pábulo á esta inclinacion, deseosos de contrabalancear, mediante la influencia ejercida por una muger en el corazon del

heredero de la corona, el imperio oculto por otra muger en el ánimo del monarca.

La inteligencia que penetra las afecciones de los príncipes se vuelve influencia en sus consejos, y, bajo la apariencia del amor, la política asedia hasta la almohada de los reyes. Una Diana de Poitiers legítima, ó una M^ma^ de Maintenon jóven y seductora, parecieron una necesidad de situacion al partido legitimista, que creyó no poder hallar una persona mas cumplida y adecuada que M^lle^ Gay para desempeñar el papel de una ú otra. En efecto, no era seguramente mas hermosa Diana de Poitiers, ni superior M^ma^ de Maintenon; pero la persona en quien habian fijado los ojos como instrumento de sus planes, poseia la inocencia que faltaba á la primera y la franqueza agena del carácter de la segunda.

XXI

Deseosos los palaciegos de dar cima á sus intentos, se esforzaron en facilitar repetidos encuentros entre el conde de Artois y la jóven doncella á quien parecia considerar con predileccion paternal, juzgando que, mientras menos constase esta intriga á Delfina, mas probable seria la seduccion, pues la inocencia es mas eficaz é irresistible que cuantos fementidos halagos puede emplear la perfidia.

Todo parecia cooperar al buen éxito de intriga tan bien urdida, cuando en fin el conde de Artois, cuyo corazon no habia podido resistir á tantos encantos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pareció no sentir mas apuro que el de declarar su ternura. Los cortesanos vinieron en ayuda del tímido conde, hablándole alusivamente de un enlace que conciliaria, en una semi-publicidad, su religion con su delicadeza de padre y príncipe heredero, designándole la jóven poetisa por la cual mas de un ojo perspicaz habia adivinado su afecto, y no escaseando encomios sobre una persona cuya imágen existia en el corazon del futuro soberano.

Escuchólos éste sin sorpresa, pues acostumbrado estaba á contínuas provocaciones relativas á un matrimonio de inclinacion y de felicidad doméstica; pero, como generalmente sucede, frustradas quedaron las esperanzas de los interesados consejeros, pues el conde de Artois habia jurado, en su hora postrera á la muger á quien habia amado, que ningun afecto humano llegaria á señorear su corazon, y observó con la mayor religiosidad su juramento, evitando aun en lo sucesivo ver á menudo á la donosa criatura por quien le habian atribuido otro sentimiento que el de la admiracion. En cuanto á Delfina nunca llegó á saber esta conspiracion, y los cortesanos se guardaron bien de comunicarle sus miras, juzgándola, y con razon, demasiado digna para servir de cebo en sus manos, aun tratándose del corazon del heredero del trono.

XXII

Poco despues de esta conjuracion infructuosa, volví

yo á Paris, y visité á Delfina y á su madre, cuyo domicilio en nada recordaba el poético marco del cuadro que divisó en Terni mi arrebatada vista; la escena habia mudado pero no la persona que la animaba en quien el tiempo habia vertido nuevos encantos. Habitaban á la sazon la madre y la hija un entresuelo escaso, húmedo y bajo en una encrucijada ruidosa, cercana á las Tullerías, llena de lodo y movimiento. Todo atestiguaba en esta residencia la escasez de fortuna de la pobre madre.

Dos cuartos, bajos de techo, á que conducia una escalera de madera, pocos muebles y vetustos, restos de antigua opulencia, algunos libros sobre tablas suspendidas al lado de la chimenea, una mesa en la cual los versos de la hija y las novelas de la madre indicaban el género de ocupacion asídua á que se dedicaban ambas; en el fondo del aposento un estrecho gabinete de trabajo en el cual se retiraba Delfina para escuchar la inspiracion: tal era el reducido albergue de aquellas dos pobres mugeres. El retrete de la musa comunicaba con una especie de terrado ó azotea de doce piés de circuito, en el cual dos ó tres tiestos de flores marchitas y cabizbajas, efecto de la falta de aire y de luz, recibian á eso del mediodia, un rayo del sol encajonado entre dos techos sobre los cuales posaban y chillaban los gorriones de una cuadra vecina. ¡Ah! ¡cuan lejos estaba todo eso de los iris flotantes de la atmósfera sonrosada del Vellino y de las colinas alfombradas de laureles de esa Tempé de Italia!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIII

Pues bien á pesar de esta existencia precaria, los mas bellos nombres de Francia y Europa afluian á aquel entresuelo, desde M^ma^ Récamier hasta los Montmorency y los Chateaubriand, pues la calidad dominante en la metrópoli francesa es anteponer, á la riqueza y el poder, la belleza, la gloria y la amenidad de las relaciones que vuelven cordial el aire cuando solo el corazon dicta la etiqueta. Al contemplar y escuchar á Delfina, mas de un miembro de la gloriosa falange no pudo menos de acordarse de la famosa Vittoria Colonna, noble y casta Aspasia de la moderna Roma, platónica pasion de Miguel-Angel, modelo de las vírgenes de Rafael y afortunada rival del mismo Petrarca como poetisa.

Por mi parte fué acogido con el mayor agasajo por la madre y la hija, como si hubiese sido un amigo fiel de veinte años, pues nos habíamos visto en un momento de emocion en que los minutos cuentan por años. Un grito rítmico inspirado por un entusiasmo simultáneo y proferido cuando se muestra en toda su sublimidad la naturaleza, equivale á conocerse y amarse recíprocamente, de un modo mas eficaz que si se hubiese pasado la vida en mutua observacion; y hay amistades fulminantes á que basta una sola chispa para fundir en una sola dos almas. Tal habia sido la nuestra desde Terni.

Todos los dias visitaba asíduamente á la madre y la hija.

Hacia algunas semanas que veia á menudo, y de pié, detras de la silla de Delfina, á un jóven de pequeña estatura y hermoso rostro que parecia salir apenas de la adolescencia. Hablaba poco, nadie lo designaba por su nombre, y parecia vivir íntimamente con las dos damas como un hermano ó pariente recien llegado de algun viage lejano, que volvia á ocupar naturalmente su lugar en la casa.

Este jóven no apartaba los ojos de Delfina á quien hablaba en voz baja, y la muchacha apartaba con descuido su hermoso rostro para responderle ó sonreirle por encima del respaldar de la silla.

No pude menos de preguntar á su madre quien era ese jóven desconocido, cuya fisonomía fina á la vez y enérgica, inspiraba una atencion y una curiosidad involuntaria: contestóme la buena señora que se llamaba M. Emile de Girardin, y me contó en pocas palabras su historia, consultándome vagamente con respeto á un matrimonio que premeditaba. Mi respuesta fué que aquel jóven poseia una de esas fisonomías que atraviesan las tinieblas y domeñan los azares, y que en el pais de la inteligencia no habia mejor dote que la juventud, el amor y el talento.

Poco tiempo despues supe, fuera de Francia, que la bella aparicion de la cascada habia llegado á ser M^a^ Emile de Girardin.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIV

Al recorrer las páginas de su ingenio, se ven las de su corazon. Muchas de estas páginas no desdecirian de los primeros nombres de la poesía francesa : tal como la invocacion á la cruz al principio de la Epopeya de Magdalena, que hubiera firmado gustoso el mismo Racine[1].

« ¡O martirio divino, suplicio del Redentor, cetro del omnipotente, Arbol cuya raiz fecunda y dominante hundió la mano de Dios mismo! ¡Estandarte glorioso que al mundo gobierna, símbolo consolador, cruz santa, noble don, garante universal del perdon celestial! Tu signo acatado, prenda de rescate, á todos los males prodiga tesoros de esperanza : el temor y la dicha sucesivamente te invocan. Tu guias al peregrino en su regreso..... Despedazado de remordimientos, el crímen te riega con su llanto, y la vírgen de tersa frente te corona de flores. Tú consuelas á los reyes cuando se desploma su trono y proteges la tumba del cuitado olvidado por el mundo. ¡Ah! puedan tus beneficios estenderse hasta mí. .

. . . . . .

Haz que la palabra de Dios disimule la flaqueza y vuelva noble mi narracion; haz que en mis cantos se revele el espíritu divino para contar la muerte

[1] Como, á pesar de su mérito intrinseco, no brillan estos versos como los de M. de Lamartine, inútil hemos juzgado la inscrcion del original francés.

que salvó al universo, y que, dando á mi voz fuerza y armonía, me sirva de genio la ardiente piedad. »

Los primeros versos de la vision tienen el mismo acento : la doncella de corazon heróico es visitada en sueños por Juana d'Arc. . . . . .

« Ayer flotaba vago mi pensamiento bajo los verdes álamos que guarnecen las orillas de nuestros prados. Allí escuchaba deslizarse la onda murmurante al través de los cañaverales, mientras, que de pié y arrancando las hojas del sauce que descuella en las márgenes del rio, fijaba mis ojos en las aguas cristalinas do se pintaba la magnificencia del estrellado cielo. La frescura de la noche bañaba el dormido valle, y los vapores que coronaban las mansas aguas y mi cuerpo envolvian, excedian en blancura á la nube celeste y parecian unir la tierra á la azulada bóveda.

« ¡Pero qué prestigio trastorna mis potencias! De repente fulgura el lago como si reflejase una llama desconocida; palpitante me acerco, y mi vista atónita divisa abrirse la vaporosa masa en el agua que la refleja. Bajo la nube me aparece una muger, cubierto el seno con resplandeciente ropage, ornadas las sienes con la regia diadema y en su mano se divisa la flotante bandera que su brazo agita. Su frente, desprovista del triunfador penacho, se halla coronada de misteriosa aureola formada de centellantes laureles. Entonces invade mi corazon un santo temor, y con el hinojo en tierra escucho su divina palabra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

« Levántate, me dijo, y reconoce en mí la vírgen « de los combates, cuyo brazo salvó á su rey; mira « á la pobre pastora que desertó su apacible cabaña « para seguir la senda peligrosa del honor; con- « templa á la que arrancó á la Francia del yugo que la « oprimia, y cuya mano aun sostiene el cetro y la « bandera. ». . . . . .

« Dijo, y desapareció la heroina de la velada nube por la ruta estrellada, dejándome sola y devorada por mi delirio. Pero un poder celestial atentaba mi esfuerzo, el señor me inspiraba, y su divina luz irradiaba en mi alma que entera consumia, mostrándole un porvenir triunfante y un horizonte de gloria que sin espanto vislumbraban mis ojos, al paso que inundaba mi corazon un misterioso orgullo.

« Condúceme, le dije, oh tú que me elegistes; protege la pura ambicion que hace latir mi pecho, que juro cumplir con la santa mision que puedas confiarme, jamás formar un voto que no tenga por objeto á la patria adorada, consagrar mi vida á cantar su glorioso destino; y, aunque deba como tú caer en holocausto á causa tan bella, aunque del polvo se levante audaz la viperina calumnia contra la elegida entre mil, aunque á mi gloria aguarde la infausta suerte que lograron tus proezas, no cesaré de cantar sobre mi abrasada tumba. Sí, la antorcha de la verdad volverá á llamear en mis manos, y mi noble delirio inflamará los corazones. Veráse el impostor temblar ante mi lira, mientras que el oprimido abandonado por la humana justicia, reclamará mi voz para defender sus derechos; el héroe me implorará en el dia de la victoria, dudando de su triunfo si no lo glorifica mi lira; los altares conservarán mis cánticos sagrados; y, despues de mi muerte, ufano de mis inspirados himnos, me llorarán los Franceses como una hermana amada, proclamándome un dia la Musa de la patria. »

Es difícil á una muger cantar en versos mas sobrios, mas nerviosos y mas viriles, el *Exegi monumentum* de su sexo.

XXV

Prescindiendo de obras varias que lograron la mas brillante acogida, las dos tragedias de *Judit* y *Cleopatra* confirieron á la Musa el coturno griego, y cada una de las obras que sucesivamente dió á la luz fué un nuevo floron á su corona. Pero su verdadero triunfo era la conversacion, pues su genio era uno de aquellos que juegan en la fisonomía, brillan en los ojos, cantan en la voz de la criatura admirada, cuya obra maestra es su misma persona, y la mejor edicion un rato pasado á su lado junto al fuego de la chimenea. Pero ¡ay! jamás volverá ese tiempo dichoso. De todo ese gremio selecto por su amabilidad ó nombradía que hemos amado, admirado ó entrevisto, era el vínculo aquella inestimable muger; mas roto está el vínculo y disperso el haz.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVI

Pasáronse muchos años antes que tuviese la ocasion de volverla á ver, época de dicha y celebridad en que habia dado á luz producciones tan diversas como variadas, tales como volúmenes de poesía, novelas de carácter, artículos de crítica y costumbre que recuerdan á Sterne y Adisson; tragedias bíblicas en el género de *Ester* y *Atalía*, comedias en que una mano femenina suaviza la inofensiva malicia de la intencion, y en fin sus *Cartas parisienses*, obra maestra en prosa, verdaderas páginas del *Espectador* ingles, rejuvenecidas con toda su originalidad en otro suelo: todo esto la habia cubierto de laureles en pocos años, y conferídole el nombre de décima musa. Su juventud habia adquirido madurez sin perder su frescura, y, por una escepcion á que era acreedora su carácter, al adquirir tanta fama, no habia perdido un amigo.

Tal se nos presenta despues de la revolucion de 1830.

Esta revolucion trastornó su vida como habia trastornado al mundo, y la jóven poetisa resintió en su felicidad el rechazo del desplomamiento del trono de los Borbones, pues todo se liga en este mundo, y la caida de los palacios arrastra el nido de la golondrina.

M. de Girardin habia fundado un órgano inmenso, *la Presse*, poder de opinion que contaba con el poder

de los hechos. Pero, independientemente de la potestad que ejerce, un periódico es un torbellino en torno del cual se agrupan, agítanse y batallan pasiones y ambiciones de todo género, la envidia, la ojeriza, el encono de todo un siglo. El combate mas encarnizado en un campo de batalla nada es en comparacion de esa horrorosa refriega de tinta que mancha los combatientes de los diversos partidos políticos. Las mayores celebridades quedan pulverizadas en el contínuo choque de ideas ó sistemas; y hasta el ilustre nombre que corona al genio femenino, puede, como los de Mª Staël ó Mª Roland, ser arrastrado en el encage de las ruedas, llegar á ser profanado por míseros folletistas, vilipendiado por una plebe soez, y ensangrentado en el cadalso.

La sublime imparcialidad de su corazon puso á Mª de Girardin al abrigo de ese lodo de pasiones que por do quier salpicaba; y si, en raras ocasiones bajó á la lid la Musa, fué con el objeto de dar socorro á los vencidos y moderar el ardor de los vencedores. Los hombres mas opuestos á la política de su periódico, solicitaban ser admitidos en sus reuniones, y su salon era uno de esos territorios neutralizados durante la guerra entre dos ejércitos, para tratar de la paz y amistad futura despues de las hostilidades.

Las letras le fueron un refugio durante la enconada pelea, y así ningun combatiente enemigo llegó á acusar á aquella noble muger, que si bien susceptible de irritacion nunca supo odiar, de abrigar esa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

amarga hiel que vierte la pluma de los escritores políticos en los miembros del opuesto bando.

XXVII

Este asilo que se habia reservado aprovechaba cada dia mas á su talento poético. Poco tiempo ántes de la revolucion de 1848, se alejó de Paris al primer murmullo de la tempestad que se encubria en los ánimos. Me acuerdo que vino á pasar conmigo los últimos dias de verano en mi soledad situada en los matorrales de Saint-Point. A la sazon escribia, con esa vena viril que la caracterizaba, su bella tragedia de *Cleopatra*, cuyo estilo posee la solidez y cándida pureza del mármol. Jamás olvidaré la inspiracion de su rostro y la emocion de su voz cuando nos leia por de dia lo que habia compuesto la noche. En general era por la mañana, bajo la sombra de un techo de musgo que cubria parte de un huerto situado en un terreno inclinado, desde el cual domina la mirada un valle amenísimo que encuadran azuladas montañas, cuyo silencio tan solo interrumpen el murmullo de un arroyuelo que velan los sauces, el zumbido de las abejas cirniéndose sobre las sonrosadas flores de los brezos, y los melodiosos trinos de las parleras pardillas ocultas en los árboles circunvecinos. Pero su hermosa declamacion parecia acallar todos los susurros esteriores, y los mismos insectos suspendian su vuelo,

mientras que su rostro, encuadrado de dulzamara y madreselva, respiraba aun mas poesía que sus versos. Estos fueron sus últimos dias de calma, y tambien los mios, pues pocos meses despues nos hallábamos en plena calle, operando esa grande evocacion de la razon pública, y el gran salvamento de una nacion que ve naufragar su gobierno.

XXVIII

Era demasiado romana de corazon Mª de Girardin para no aceptar la república, á lo menos como una necesidad de circunstancias ó una prueba de valor; y, eco de la heróica antigüedad, la democracia era á sus ojos la poesía de los acontecimientos.

No obstante, rigorosamente hablando, no tenia una conviccion arraigada en materia de política, ni pertenecia á ninguno de los bandos representados por la prensa, si bien su instinto natural hacia inclinar, sino su razon á lo menos su sentimiento del lado de la época que vió fulgurar su hermosura en todo su apogeo, esto es, la Restauracion, cuya idea se asociaba al recuerdo de la triunfal admiracion escitada por sus gracias y talentos.

Así siempre abrigó cierta repugnancia por el gobierno de Julio, cuyo escesivo prosaismo habia determinado la catástrofe de Febrero, y, comprendiendo lo difícil que era al pretendiente de la legitimidad recuperar su cetro en tan agitada crisis,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hubiera visto sin repugnancia una corona en las sienes del pueblo; en una palabra el fondo de las ideas de Mª de Girardin era lo bello, y tal se mostraba á sus ojos un gobierno á la manera de Pericles en Francia, inaugurado sin crímen despues del desplomamiento espontáneo de un trono desprovisto de tradicion y principio. Ninguna perspectiva mas halagüeña podia deslumbrar su imaginacion que la de ver resucitado el gobierno democrático de Atenas, presidido por uno de los mejores ciudadanos, y aconsejado por los talentos de todas las opiniones reconciliadas en el terreno de la patria comun, y destinado á establecer por un sistema de ponderacion la armonía de pasiones é intereses.

Así no podia menos de interesarse á esa república naciente, mostrándose en los escombros de la monarquía, para salvar la Francia y la Europa. Mas las facciones frustraron sus esperanzas. Nuestra nacion no tuvo la paciencia que funda, ni el teson que deja á las dificultades gastarse y pulverizarse por el mutuo y contínuo roce, ni la paciencia que deja á la mano del tiempo hundir profundamente las raices de las instituciones.

Pero Mma de Girardin manifestó un denuedo varonil en las peripecias de la revolucion. Su marido que habia atacado impunemente el primer gobierno de la república, fué encarcelado por el segundo, y la esposa se mostró sublime de angustia, de ternura, de súplica, de amenazas, de elocuencia, reclamando ó la libertad de su esposo ó el derecho de participar del mismo calabozo. Ni flaqueó su resolucion, ni se desmintió su constancia en las postreras convulsiones de la república espirante. Tantas agitaciones habian menoscabado su vida, mas no desquiciado su alma, cuya excelsa intrepidez amostraba impávida el destierro, pronta, como Mª Roland, á morir risueña como consorte heróica ó poetisa sublime.

XXIX

Desde aquel entonces cerró su corazon y su puerta, ésta á las visitas, aquel á las ilusiones, reduciéndose á un círculo limitado de amigos de toda clase de fortuna, trabajando no por anhelo de gloria sino de necesidad, y ufana de prescindir de los goces de la opulencia con tal que le bastase su labor literario.

Triunfos dramáticos tan repetidos como brillantes, coronaron su valor, mientras que, en el silencio y en la soledad, preparaba otros mas importantes y mas duraderos. Su espíritu observador y penetrante urdia una de esas comedias de carácter que sabia anudar y desatar con mano magistral y segura, á cuyo efecto estudiaba á Balzac, inagotable Molière de la novela.

Su sala de recepcion, en otro tiempo tan poblada, se hallaba reducida á un gabinete de trabajo, en el cual se la veia casi siempre sola, descolorido el rostro por la meditacion profongada, ó animado en exceso por el fuego de la composicion. Mas todo lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dejaba para confabular familiarmente, con una espontaneidad y rapidez que hacian de su conversacion el mas seductor de todos sus atractivos. Siempre festiva, jamas punzante, no hubiera permitido que la broma degenerase en sarcasmo, ni la traviesa cosquilla en aspero roce que desuella y hace brotar la sangre. Su carácter era vivo, mas su corazon escelente; su viveza natural comunicaba mayor franqueza á sus amistades; é incapaz de la fementida lisonja, la impetuosidad de su índole hubiera bastado á mostrarla sin disfraz.

Los que como yo pudieron verla en esos últimos tiempos no podian saciarse de admirar ese carácter solemne, sereno y majestuoso contraido por su belleza, que marmórea parecian haber vuelto los años; y, sumida en un dolor augusto recordaba á la Niobé, madre de dolores en la antigüedad pagana, que deplora la pérdida de su numerosa prole. Si la naturaleza le hubiera concedido un hijo, lo hubiera alimentado con leche de leona, pues el rasgo dominante de su carácter era el heroismo.

XXX

Nada anunciaba un decaecimiento en la energía de que parecia rebosar su vida. Sus cabellos se conservaban tan abundantes y tan rubios, sus brazos tan blancos y torneados, sus facciones tan finas y regulares, la mirada tan resplandeciente de alma y

de luz; pero un gusano invisible roia su corazon.

Deseosa de respirar el aire del campo, habia ido á pasar algunos dias á San-German, cuando corre la voz que se muere. De vuelta á Paris para expirar en la ciudad en que habia cantado y amado, pareció cobrar aliento un instante en la pendiente del sepulcro. La puerta de su casa se abrió á medias para algunos amigos, y, como yo contaba en el número, me dí prisa á acudir á su lado.

La última vez que tuve el gusto de verla, me hicieron entrar en un aposento del cuarto bajo en que se habia refugiado para evitar el ruido de los carpinteros y albañiles que trabajaban en los pisos superiores. Me acuerdo que allí encontré á un jóven escritor llamado Paulino Limayrac, alma sensible y mano magistral, que sin rubor proclama su amor y entusiasmo, y una muger justamente célebre, Mª Sand, que, como las heroinas del Taso, parece haber perdido su sexo en la refriega del genio. Solos estaban con la enferma en su aposento mantenido en la semi-oscuridad que convenia á su estado, y hablaban bajo, mientras que sus fisonomías expresaban ese sentimiento complexo de amistad que se esfuerza en tranquilizar al paciente, juntamente con la compasion que duda. No pude menos de admirar el efecto del acaso que, en espacio tan reducido, habia convocado á cuatro almas de tan diversa naturaleza, casi desconocidas unas á otras, si bien cada una poseia exteriormente un imperio en una region de la inteligencia humana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esos cetros del ingenio, ocultos bajo los mas humildes vestidos, parecian olvidar sus talentos en presencia de la doliente, y solo vivir por el alma. Tal es el bello momento de las naturalezas vigorosamente templadas. Cuando la vida abandona el cuerpo, se desvanecen todas las pequeñas pasiones, y bajo nombres masculinos ó femeninos, solo quedan grandes pensamientos que sacuden el polvo del mundo y contemplan su nada en presencia de la divinidad. Al lado del lecho de un moribundo se desvanece el siglo y solo reina la eternidad.

A pesar de lo frio de la estacion, veíase abierta una gran puerta guarnecida de vidrieras, comunicando con un patio de reducidas dimensiones y cerrado por do quier por elevadas paredes. En medio de este patio, una fuente de mármol destilaba melancólicamente un ligero chorro de agua sonora, al paso que una lluvia menudísima como una niebla licuefiada, bañaba fria y sin ruido las losas.

Hallábase la enferma medio reclinada en un canapé espuesto al aire y contiguo á la ventana, para que la frescura atmosférica y el susurro del agua facilitasen la entrada del aire que faltaba á sus pulmones.

La hallé poco mudada, si bien habia enflaquecido algun tanto durante su residencia en San-German; pero un encarnado mas vivo en sus mejillas, un brillo mayor en sus ojos, un reposo mas visible en su rostro, y un metal mas natural de su voz, producian la ilusion de una convalescencia. Hablamos de materias varias, si bien de un modo ligero, ameno, festivo y afectuoso, como conviene á una persona, que retoña á la vida á la cual convienen tan solo esos movimientos del espíritu y corazon que mecen el alma como en una segunda cuna de la muerte.

La enferma se asoció á la conversacion con esa elasticidad de sentimientos y esa maleabilidad de imaginacion que, bajo una capa de risueña vivacidad, cobijaba un fondo no poco considerable de tristeza. Temerosos de fatigarla abreviamos nuestra visita, y nos retiramos como amigos discretos que llevan consigo una bella esperanza y recelan perderla confiándosela recíprocamente. Tal fué nuestra última entrevista y nuestra última despedida, y, al dia siguiente, supimos con estupor que habia expirado sin agonía, entre los recuerdos de la tierra, y las esperanzas del cielo.

Cuando cundió en Paris la noticia de su muerte, parecia que habia bajado en una sola noche el nivel de la inteligencia, del sentimiento, de la gloria del siglo. Los que solo la conocian de nombre, la lloraron; sus amigos jamás podrán consolarse.

Sus exequias fueron el triunfo del dolor público. Sus salones enlutados, en que todo lo mas selecto del siglo habia gozado de su conversacion y sobretodo su bondad, los patios, el jardin, y hasta la misma avenida de los Campos-Elíseos, no bastaban á contener el inmenso concurso de hombres de corazon y hombres de fama que se encontraban, sin

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cita preliminar, en torno de aquel negro ataud. Cada uno acudia con un tributo, quien con un recuerdo, quien con un encomio, éste con una lágrima, aquel con la memoria de un beneficio; ningun corazon recelaba la menor gota de amargura.

En efecto, universalmente amada, la difunta no habia ofendido mas que un solo hombre en su vida, y esta ofensa la habia motivado el amor conyugal y de ningun modo el propio interés. Pero borrados deben ser de sus obras estos versos en que depositó un enojo pasagero, pues la menor venganza no sube al cielo con nosotros. ¿Pero es venganza ó es tal vez una virtud en el corazon de una esposa la ira santa del amor? De cualquier modo que se juzgue debe borrarse, pues desdice de la tumba de una muger, y de una musa, ese mutilado fragmento de político venablo. Agradar, amar, perdonar, tal fué su vida: que tal sea igualmente su memoria.

XXXI

En una carta anexa á su testamento, y que me fué comunicada por su hermana, hay un ruego á la vez y una queja que parece exhalarse de un sepulcro, la cual me heriria vivamente si creyese haberla merecido:

« Rogad, dice á su albacea, rogad á M. de La-
« martine que acabe mi poema de *Magdalena*, al cual
« faltan cantos, y que, de todas mis obras poéticas

« es la mas acreedora á lograr fama póstuma. Este
« es un favor que no puede menos de tributar á mi
« memoria. En otro tiempo mucho me habia en-
« greido no poco la amistad de M. de Lamartine, en
« quien siempre encontré la amabilidad mas afec-
« tuosa, pero nunca la abnegacion completa de un
« amigo verdadero. Esta frialdad para conmigo ha
« sido mi primera desilusion en la vida. Cuando
« habré cesado de existir, no creo se niegue á cum-
« plir el último voto de mi corazon. »

¡Ay de mí! esa súplica me llega demasiado tarde, pues la savia de los bellos versos se agota con la primavera como la de las rosas, y el poema comenzado por una mano y acabado por otra, seria un lúgubre concierto de dos voces, una difunta y la otra casi apagada. La poetisa misma acabará en el cielo ese monumento religioso que yo solo tocaré en la tierra para ensalzarlo como merece.

Y en cuanto á la tierna recriminacion que me dirige desde el fondo del sepulcro sobre lo tibio de mi amistad, su primer desencanto en este mundo, esa recriminacion seria para mi un cruel remordimiento, si no procediese de una mala inteligencia entre ambos. En la juventud, nuestros corazones, llenos de otros sentimientos, solo podian encontrarse en el terreno formado por esas inclinaciones intelectuales algo tibias, que no exceden á la temperatura de la urbanidad mundana, y no el calor de las grandes afecciones. Mas adelante la política doméstica de su casa que no fué siempre la mia, exigió

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciertas reservas recíprocas en nuestra intimidad. En aquella época la veia en raras ocasiones, y como se ve, durante la tregua entre dos combates, á una amiga de un partido opuesto. El respeto de mi propia causa me impedia visitarla con demasiada frecuencia. Por otra parte su nombre se confundia con un hombre eminente por las ideas, á veces benevolente para conmigo, pero hóstil á menudo para con personas que me eran afectas.

No obstante jamás se resintió de esta reserva la amistad que le profesaba, amistad real, tierna y constante; y cuando nos volveremos á hallar en la esfera de sentimientos sin sombra y de amistades eternas, podrá convencerse que, al dejar este mundo de fango, no dejó memoria en que se deposite una imágen mas viva de sus perfecciones, ni inteligencia que conserve mayor aprecio, corazon que guarde mayor vacío, ni ojos que abriguen lágrimas mas urentes.

Pero continuemos la conversacion interrumpida por esta lágrima.

París. — Imprenta de P.-A. Bourdier y Cª, calle Mazarine, 30.

CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA

CONVERSACION TERCERA

FILOSOFIA Y LITERATURA DE LA INDIA PRIMITIVA

I

Volvamos á tomar, despues de este episodio digresivo procedente del corazon, la conversacion literaria momentáneamente suspendida.

La palabra literatura en su significacion mas universal, comprende la religion, la moral, la filosofía, la legislacion, la política, la historia, la ciencia, la elocuencia, la poesía, en una palabra todo lo que bendice, todo lo que consagra, todo lo que civiliza, todo lo que enseña, todo lo que gobierna, todo lo que perpetua, todo lo que encanta al género humano.

Ahora bien, como lo que santifica al hombre debe ocupar evidentemente el primer rango en la palabra escrita de todos los pueblos, síguese que los mas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bellos libros son los mas santos, y recíprocamente los mas santos son los mas bellos; y como, por otra parte la naturaleza del objeto eleva el genio, resulta que la criatura humana se vuelve divina al hablar de la divinidad.

II

Es cosa de estrañar que al formular nuestra esencia, no haya ocurrido á los filósofos la definicion siguiente: EL HOMBRE ES EL SACERDOTE DE LA CREACION, pues tal es seguramente el carácter distintivo de nuestro sér. En efecto, la criatura de cuerpo mortal y ánima imperecedera, formada á imágen de Dios, busca á su Criador como el misterioso y sublime arcano que cobijan los mundos. Sus tres atributos principales son creer, adorar y orar; todas sus demas funciones son secundarias, como que se refieren al tiempo, mientras que las tres primeras tienen por objeto á la eternidad.

Su misma naturaleza le impone estas tres funciones, con sublime é irresistible fuerza, sin que dependa de su voluntad el poder prescindir de fatalidad tan gloriosa.

> Os homini sublime dedit, *cœlumque tueri*
> Jussit.

Los Indios tienen un proverbio pintoresco que esta verdad demuestra bajo una imágen física: *De cualquier lado que se incline la antorcha, se levanta la llama al cielo.*

III

El primer pensamiento del hombre, versado ó no en las letras, es buscar el Autor de su sér para tributarle el homenage debido de amor, terror ó admiracion.

Su segundo pensamiento es concebirlo, imaginarlo y definirlo en los términos mas excelsos que la fuerza de su deseo y la flaqueza de su inteligencia, comparados al infinito, pueden sugerir á su mente anhelosa de representarse á su Criador.

Su tercer pensamiento es formular un acto de fé y de culto; el cuarto deducir de esta fé, de este culto y de su propia conciencia una moral ó un código del bien y del mal conforme á la idea que se forma de lo que agrada ó desagrada al Todopoderoso.

Tal es lo que lleva el nombre de teología, religion, sacerdocio oral ó filosofía de un pueblo.

La teología puede definirse el conocimiento de Dios y del alma, la primera y última de todas las ciencias, la que á todas inaugura, en una palabra la que todo lo contiene.

Si una sola palabra pudiese espresar á Dios, si bastase un solo término para espresar las relaciones del sér de los seres para con el hombre, y recíprocamente las relaciones del hombre para con su Criador, todas las lenguas y literaturas moririan en nuestros labios, pues inútil seria toda voz humana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON

Los libros sagrados de los grandes pueblos forman el depósito de su teología, esto es, de la literatura del alma. Vamos á empezar por hojear y leer juntos algunas páginas de los volúmenes sagrados de la India oriental, los primeros monumentos literarios y teológicos que nos deja apercibir la antigüedad al través de la niebla de los tiempos.

No obstante, conviene comunicaros antes nuestra propia opinion acerca del orígen de la teología, religiones, morales y filosofías en esa época antehistórica de la humanidad. Mas no creais que se trata de hechos precisos y de certidumbre teórica, sino de meras opiniones y conjeturas mas ó menos plausibles, pues en semejantes materias lo verosímil es lo solo que pueda suplir á la certidumbre absoluta.

IV

Las especulaciones filosóficas de la India son espiritualistas por escelencia, y en nada se parecen á teorías materialistas del siglo décimo octavo, ni á los sistemas de nuestros dias que establecen la perfectibilidad indefinida del hombre en este globo. El Eden de los Indios orientales, como el de los cristianos, se pierde en un pasado luminoso y confuso. Hemos visto formarse recientemente en nuestra Europa, en Alemania, y sobre todo en Francia, una escuela, dotada seguramente de los mejores deseos, pero que, no poco arrogante en sus pretensiones,

se intitula pomposamente la filosofía de la perfectibilidad contínua é indefinida de la humanidad en la tierra. Muy lejos estamos de negar esa tendencia orgánica y santa que á todo lo existente anima, en otros términos ese progreso incesante que puede denominarse la fuerza centrífuga del espíritu humano, fuerza que comunica á la prole de Adan el misterioso impulso que la agita, como derivan los astros su movimiento de rotacion de esta misma fuerza tomada en su acepcion meramente científica y no metafórica, en otros términos, tal como la reconocen los físicos y astrónomos : mas los mismos astros no progresan indefinidamente, sino se mueven en inmóviles ejes y en órbitas prescritas. Así el progreso y el movimiento son dos cosas muy distintas en el cielo, y lo mismo puede decirse con respeto al espíritu humano en la tierra.

Pero digamos una palabra de esta teoría relativamente á la filosofía de la India.

V

Esos filósofos de la perfectibilidad contínua é indefinida del género humano, á fuerza de querer engrandecer y divinizar nuestra grey en lo que llaman el porvenir, la degradan é envilecen nivelándola con los brutos en su orígen y en su pasado. Si se considera la idea que se forjan y quieren trasmitirnos del hombre en su cuna primitiva, el nombre que con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vendria á sus sistemas filosóficos no seria el espiritualismo, ni el deismo, ni el panteismo, ni aun el materialismo, sino el vegetalismo. Antes de internarnos en la contemplacion de la teología primitiva de la India, permitásenos exponer nosotros mismos, y con el mismo derecho que esos filósofos, una teoría opuesta.

Seducidos por algunas analogías científicas, y aun muy dudosas, que les muestran, en el trabajo subterráneo de los elementos que componen el reducido planeta que huellan nuestras plantas, como igualmente en algunos cadáveres antediluvianos, trazas de esa elaboracion progresiva y perfeccion real ó pretendida de las especies, esos filósofos concluyen de la materia al alma, y de la piedra al hombre, soñando en sus imaginaciones calenturientas que, en el orígen de las cosas y los seres, la criatura humana no fué mas que un entumecimiento de fango calentado por el sol, dotado mas adelante de un instinto que sin impulso lo indujo al movimiento, y andando el tiempo de algunos miembros rudimentarios que una inteligencia sorda y obtusa sacaba sucesivamente del lodo para convertirlos en propios órganos; por último de una forma humana pugnando por millares de siglos con el fango que resistia al movimiento, y dotada despues sucesivamente del instinto, crepúsculo del alma, de la balbucencia, preludio de la palabra, y en fin de ese conjunto de facultades maravillosas que hacen del hombre en nuestros dias la miniatura en compendio de la divinidad.

VI

Singular sistema que, para apoyar una teoría de perfectibilidad sin límites, comienza por igualar con el bruto la inteligencia que pretende ennoblecer; singular sistema que deshereda á Dios de la mas divina de sus obras; singular sistema que la creacion del hombre atribuye á un poco de lodo procedente de un pántano, á una ráfaga de calor pútrido en un rayo del sol, á un ligero movimiento procedente del viento y de las olas, á un instinto sacado de una sorda potencia vegetativa, y por último á una inteligencia formada por el tiempo que á todo lo vivifica y todo destruye; sin mas objeto, al establecer teoría semejante, que prescindir de Dios, ó sepultarlo en el abismo de la abstraccion y de la inercia.

Pero este fango, este rayo solar, este movimiento, este poder vegetativo, ¿quien los habia criado antes que la humanidad cenagosa llegase á desprenderse del lodazal hediondo en que se hallaba sumida? ¿Cómo pudo este gusano inmundo y rastrero elevarse hasta la idea de la divinidad?

¡Delirios de calenturientos! ¡sombras de sueños!

Quimeras por quimeras, preferimos las de los Braminos, prontos á admitir con estos precursores de la fé cristiana, que el Criador, tan sabio, tan poderoso y tan infinitamente bueno en aquella época

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como en ésta, sacó de la nada desde el primer dia á todo sér y á toda raza de seres con el grado de perfeccion que exigia la economía divina de su plan perfecto; y preferimos soñar, imaginar y creer con esos teólogos primitivos de la India oriental, que el hombre recibió mas dotes y mayor complemento en su juventud que en su edad caduca; en otros términos que la criatura humana, al salir de las manos de Dios, caliente aun de su contacto, impregnada de la aurora de la divinidad, instruida por la espontánea revelacion de sus instintos intelectuales, provista de una ciencia innata mas necesaria y mas vasta, de conocimientos infusos, de mayor intuicion y de un lenguage mas espresivo, vivia en la plenitud de vida, de belleza, de virtud, de contento, como un Apolo de la naturaleza en cuya presencia se inclinaba de amor y admiracion toda criatura.

Igualmente preferimos soñar, imaginar y creer que el hombre, en esta misma época, dotado de una libertad misteriosa sin la cual careceria de todo mérito y actividad, abusó de su libre albedrío para violar la ley del Criador y torcer la via de su destinacion; que esta culpa ó esta decadencia sucesiva tuvo por consecuencia una degradacion y una espiacion del linage humano; que las tinieblas de la inteligencia se espesaron en torno de los ojos de nuestros padres y ofuscan actualmente los nuestros, si bien tinieblas en que fugitivamente surcan algunas vislumbres pasageras y reminiscencias confusas del estado primitivo.

Asi mismo preferimos soñar, imaginar y creer con los venerandos patriarcas de las regiones regadas por el Ganges caudoloso, que esta misma libertad á consecuencia de la cual fué precipitado el hombre para volver á remontar á su apogeo de criatura, si bien no ya inocente sino perdonada y rehabilitada, juntamente con las tinieblas, el trabajo, los afanes, la miseria, las dolencias y la muerte, son las condiciones del estado presente de la prole humana, y la via de esa rehabilitacion en la luz, en la dicha y en la inmortalidad.

Pero sobretodo mengua juzgariamos de nuestra inteligencia y desdoro del corazon, el soñar, imaginar y creer que Dios, como un artífice torpe é impotente, no acertó á criar al hombre en toda la plenitud de su humanidad: que el Todopoderoso anduvo á tientas, como un ciego, al amasar nuestra arcilla; y que, despues, de habernos bosquejado en los pantanos diluvianos de la tierra, dejó á cargo de una fuerza oculta el acabar nuestro sér, animar nuestra inteligencia, y constituir nuestra humanidad.... Hablando sin rodeos, esta filosofía que inventa una divinidad progresiva, proclama por el hecho mismo una divnidad absurda: blasfemia seria de nuestra parte aprobar semejantes desbarros, pues la palabra Dios arguye perfeccion y eternidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII

En lo tocante á la perfectibilidad indefinida é incesante del hombre, aun cuando la sensatez natural, la historia y la tradicion no fuesen suficientes para oponerse á este progreso ilimitado y contínuo acrecentamiento, bastarian la misma naturaleza humana, la organizacion misma de nuestro sér y las dimensiones del planeta que habitamos para desmentir tan arrogante proposicion. En efecto el hombre divinizado, perfeccionado indefinidamente, inmortalizado en este mundo por la felicidad y la vida, es una tesis monstruosa, que choca y se estrella en nuestra propia constitucion física.

Nuestras indagaciones ulteriores sobre la prodigiosa antigüedad de los Vedas ó libros primitivos y sagrados de la India, nos demostrarán ampliamente este aserto que actualmente nos ceñimos meramente á enunciar. Igualmente verémos esta verdad consignada en los anales de la China. En efecto nuestro linage existe desde luengos siglos, y numerosos volúmenes tan añosos como los profundos cimientos de los Himalayas, nos hablan de la criatura humana, aludiendo contínuamente á sus sentidos, formas, estatura, estado físico y moral, idénticos á los de nuestros dias. Por otra parte, cada dia vemos abrirse la tierra, el mar, los peñascos, para vomitar bajo

los listones de momias, ó contenidos en marmóreos mausóleos, los esqueletos de hombres que vivian en la tierra antes que se formase el mismo mármol. ¿Cual es la prueba del progreso, en la construccion física de la humanidad, qué acusen esos libros, esos esqueletos del hombre primitivo? ¿Qué sentidos faltaron á nuestros antepasados en las edades mas remotas? ¿Qué perfeccion complementaria puede engreirnos á nosotros sus descendientes? ¿Hay acaso un nervio, una fibra, un músculo, una articulacion que establezca la menor diferencia entre el hombre moderno y el que respiró hace cuatro mil años? Indiquésenos solamente que la elaboracion de esa naturaleza eternamente progresiva, nos haya otorgado, despues de siglos y siglos, un órgano, un dedo, un cabello, una línea á la estatura, un dia á la duracion de la vida, el menor asomo, el indicio mas insignificante de superioridad... Pero no, nada, ni aun siquiera un átomo de materia organizada hemos recibido desde aquella época. Tal es, tal fué, tal será el sér humano al llegar á este mundo envuelto en la misma arcilla, arcilla pesada por la misma mano, y vaciada en el mismo molde.

VIII

Ahora bien, si no han mudado los órganos ¿cómo han podido mudar las facultades resultantes limitadas por estos mismos órganos? Una facultad nueva ar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guiria un sentido inédito y correlativo : ¿y acaso hay el menor vestigio que acuse un don tan precioso? Una destinacion progresiva en el espacio, hubiera igualmente supuesto una destinacion prolongada del tiempo : ¿y donde está ese acrecentamiento de vida devoluto á nuestra estirpe? « El hombre vive pocos dias en la tierra, decia hace millares de años Job, y durante esta época pasagera pasta de dolores sin fin. »¿ Acaso es otro nuestro lenguage en el dia?

IX

A esto puede objetarse : la perfectibilidad indefinida dará al hombre una duracion mayor de existencia. Admitiendo que no anduviesen errados los que tal aserto pudiesen emitir, la criatura humana, al momento de volver al seno de la tierra por la muerte, podria quejarse de la brevedad de su vida, pues todo lo que acaba es corto para un pensamiento que anida y sueña la inmortalidad.

Pero los filósofos que afirman el progreso durante la existencia terrestre, olvidan igualmente que todo se halla coordinado en el plan divino, el cual asigna al hombre un plazo de vida exactamente proporcional á la de los demas hombres que vivieron ó que deben vivir antes, al mismo tiempo ó despues en esta tierra; que el espacio de este globo reducido no aumenta al antojo de las orgullosas aspiraciones de algunos filósofos, ni segun los fantásticos abortos de ciertos utopistas, ni se adapta á las visiones calenturientas de esos modernos filósofos cuya imaginacion sueña la perfectibilidad indefinida; que la fecundidad de la corteza de este globo que roemos es limitada en la produccion de los alimentos necesarios á nuestra existencia; que si una generacion prolongase indefinidamente su vida y multiplicase en proporcion su prole en la tierra, no tardaria en ser demasiado reducido este planeta para la muchedumbre que resultaria de una residencia tan excesiva; al paso que esta misma generacion usurparia en el tiempo y espacio, la parte competente á las razas futuras, monopolizando la existencia, y condenando á la nada á los numerosos seres predestinados á vivir.

Asi ya lo veis : el pensamiento humano se precipita en un abismo de consecuencias absurdas siempre que sale de la esfera de realidad é intenta substituir al plan incomprensible, si bien visible de Dios, los devaneos de la imaginacion y los partos estériles de la vanidad mortal.

X

Pero si todos los fenómenos constantes de la naturaleza contradicen evidentemente la teoria de la perfectibilidad indefinida de la humanidad en la tierra, no desmiente menos la historia en todas sus páginas esta alucinacion de nuestro orgullo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En efecto ¿qué vivo testimonio alegan los anales humanos de esa perfeccion y acrecentamiento indifinido de luz, virtud y civilizacion en las razas que fenecieron? ¿Donde está la perfeccion visible de esos linages que pulularon en tribus, ahijaron en naciones y estendieron en este globo una dominacion que vemos ensalzada en los fastos históricos? ¿Donde está la prosapia que no siguió el curso regular de su nacimiento, incremento y muerte, condiciones inevitables de esos grupos humanos, como lo son igualmente del hombre individual á quien naturaleza impuso la ley de pasar por los cuatro períodos de la vida: nacer, crecer, envejecer y morir? ¿Acaso no es este globo una necrópolis de civilizaciones, un osuario de imperios sepultados y amortajados? La historia que inscribe el nacimiento y la muerte de las naciones sucesivas, nos las muestra despuntando en la vida, medrando pujantes y desplomándose ruidosas con los dioses, los cultos, las leyes, las costumbres, las lenguas, los imperios que efímeros aquí ó acullá formaron durante su rápido tránsito por este mundo, sin que ni una sola consiga escapar á esta vicisitud orgánica de la humanidad, pues el tiempo es ciego é implacable, y su curso nos indica el flujo y reflujo incesantes de todo lo que perece.

XI

No obstante estas mismas razas, al pasar por

nuestra tierra, nos dejaron, sea en sus libros, sea en sus monumentos, algunos vestigios que acusan y dan testimonio de su perfecta igualdad con nosotros bajo el doble aspecto de ciencia y pujanza. Y es tan cierta esta asercion, que, cuando queremos ponderar una cosa eminente por la sabiduría, virtud, fuerza ó belleza, no podemos menos de compararla á los recuerdos antiguos, ó á las marmóreas estátuas de la Grecia, ó al heroismo tradicional de Atenas y Roma. ¿Y en qué base se funda nuestro orgullo para abrigar y fomentar ilusiones acerca de una suerte superior á esas excelsas existencias eclipsadas por el tiempo? ¿Qué pruebas podrian escusar nuestro engaño? ¿Qué base podria tener nuestra temeridad? Escepto algunos ramos industriales meramente mecánicos, que cambian la forma de una civilizacion sin tocar á su fondo, ¿dónde estan esas pruebas patentes de la perfeccion indefinida de la especie humana?

¿Acaso en las ideas? Pero seguramente no pensamos con mas profundidad que Job, ni aspiramos con mayor sublimidad que Platon, ni cantamos mas divinamente que Homero, ni hablamos con mas elocuencia que Ciceron, ni moralizamos mas admirablemente que Confucio, ni resumimos nuestra sabiduría en proverbios mas sustanciales que Salomon.

¿Acaso en las pasiones? pero las nuestras son las mismas que las de nuestros padres provistos de los mismos órganos, porque la misma lucha en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conada que eterniza en nuestro sér el contínuo choque de la razon y las pasiones, existia en nuestros antepasados, cuyo equilibrio moral destruian á cada momento el instinto del cuerpo y establecia incesantemente la energía del alma.

¿Acaso en estos monumentos escritos que llevan el nombre de libros? Si hay que juzgar por los sublimes fragmentos de la China, India, Grecia y Roma, en nada cede cuanto nos ha legado la antigüedad mas remota á ese tenebroso período de la Edad Media, ni á las páginas de los tres recientes siglos, crepúsculo de un renacimiento de la especie humana. Apenas hemos visto atravesar nuestra atmósfera algunas chispas emitidas por las cenizas de las bibliotecas de Persépolis y Alejandría; pero estas chispas acusan un foco tan luminoso como el que actualmente irradia de nuestra jóven Europa.

¿Acaso en el arte? Que nos respondan el Egipto, la Siria, el Partenon, Fidias, los bronces, las estátuas, las medallas, los vasos etruscos, sobretodo el contínuo é infatigable afan que obliga á nuestras artes modernas á remontar á esos tipos de belleza, tanto en arquitectura como en escultura; y, como los artes tienden á nivelarse en una misma época, todo nos autoriza á conjeturar que las obras ideales de las edades pasadas igualaban en perfeccion á esos productos plásticos cuya naturaleza pudo mas impunemente arrostrar la saña de los siglos.

¿Acaso en las instituciones? Pero en el dia como

en la antigüedad flotamos entre cinco ó seis formas políticas enumeradas por Aristóteles, formas que se combaten ó se reemplazan con igual impotencia de duracion y estabilidad; y el infatigable anhelo de los pueblos europeos en buscar formas de gobierno mas compatibles con el arraigo y fomento social, atestigua el trabajo é inquietud del espíritu que se agita en un esfuerzo perpétuo.

¿Acaso en el respeto por la vida humana? Pero jamas la ambicion, la gloria ó la conquista cubrieron de mas cadáveres los campos de batalla que en estos últimos sesenta años. El nombre de Napoleon, apellidado el grande, ha costado la vida á millones de hombres en menos de cuatro lustros, sin que tantas olas de humana sangre consiguiesen remover un límite, ni apagar una idea, ciñéndose el pretendido progreso á segar las generaciones en flor, en vez de guadañarlas en su madurez.

¿Acaso en felicidad pública? Oigamos ese eterno gemido que se exhala del seno de las masas. La misma suma de penas y placeres á todos los pueblos incumbe; solamente esta medida comun parece repartida de un modo mas equitativo desde la abolicion de la esclavitud y la feudalidad. ¿Pero donde se halla extirpada la esclavitud? Tan solo en la pequeñísima parte del mundo llamada Europa, y aun el régimen proletario la reemplaza. La barbarie, el despotismo y la servidumbre ocupan aun la inmensa mayoría de las zonas geográficas del globo.

¿Acaso en la felicidad individual? Pero bajo

este punto de vista, la palabra progreso suena mal cuando se asocia con la inmutable condicion que nos ha deparado la suerte en este mundo. Mientras que el hombre no habrá perfeccionado sus órganos, ni acallado sus dolores físicos y morales, ni añadido una hora á su existencia, ni prolongado los dias de los objetos de su amor; mientras continue siendo lo que es, esto es, un insecto rastrero en los sepulcros para buscar una huesa honda y oscura en que pueda reposar al abrigo de la luz del sol, no pasará de una chanza hablar de perfeccion y ventura, pues estas voces contienen una ironía de la lengua aplicada á la criatura humana. ¿Acaso merece consideracion una dicha que se cuenta por dias y por semanas, ó esas satisfacciones efímeras que á cada momento nos acercan de la muerte, catástrofe final de nuestra vida? Para un sér de nuestra naturaleza, la aproximacion contínua á la felicidad equivale á decir adelantamiento incesante al sepulcro. ¿Puede darse una ilusion mas hueca, mas risible, mas lastimosa, que el designar de un modo tan pomposo, la vecindad cada vez mayor de un suplicio cercano é inevitable? Cambiar en fiesta y alegría esta procesion eterna al encuentro de la muerte, pasa de un engaño, pues escarniza á la humanidad quien tales tesis defiende.

Así la filosofía de la perfectibilidad contínua é indefinida, no solamente es una ilusion, sino lo que es mas una burla sangrienta de la humanidad doliente.

XII

Pero podrán objetarme algunas personas : si el hombre abriga esta aspiracion invencible, si en lo mas íntimo de su esencia protesta esta esperanza sorda y tenaz de progreso sin fin, ¿quién sino Dios pudo haber depuesto en lo mas recóndito de su sér este misterioso fermento? Todo instinto es una profecía, y toda profecía es divina, como que arguye á la vez una promesa y un deber para el hombre, promesa y deber que solo esta tierra puede realizar.

Lejos de nosotros el pretender negar este instinto natural ó sobrenatural que hostiga al hombre y lo obliga á esperar contra toda esperanza una perfeccion indefinida; al contrario no podemos menos de inclinarnos ante esta fuerza misteriosa, opinando en efecto que ha sido dada al hombre con doble fin : primeramente como impulso divino destinado á hacerlo cooperar durante su vida á su mejora individual, mejora destinada á efectuarse en otra morada y no en ésta, pues el mundo presente es el lugar del trabajo, y el ulterior de reposo; en otros términos, esta vida un peregrinage en abrasado desierto cuyo término es una mansion de delicias.

En segundo lugar, creemos que Dios ha dado al hombre el instinto de perfeccion indefinida para obligarlo á esa abnegacion meritoria que debemos todos á nuestros semejantes, al humano linage, á nuestros hermanos, participantes como nosotros del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bien y del mal en esta vida, á nuestra patria, en una palabra á la humanidad; é interesarse en la condicion comun de nuestra raza, trabajar con ahinco y desinteres en la suerte futura de las generaciones venideras, tal es la abnegacion, el concurso meritorio, el sacrificio de la parte al todo, del sér á la especie, del ciudadano á la patria, del hombre al género humano; tal es el deber, tal la virtud, tal el sacrificio, tal la belleza moral. El egoista vive aislado en sí mismo, mientras que el hombre colectivo nace para sus semejantes: y consagrarse á la mejora relativa ó absoluta de la progenie humana, mejora limitada ó ilimitada, definida ó indefinida, local ó universal, momentánea ó eterna, es cumplir con el deber y practicar la virtud.

Pero para que el hombre recto se inclinase espontáneamente á tan penoso deber, era necesario que abrigase en sí mismo una conviccion secreta de la utilidad de esta abnegacion á su terrestre familia; era necesario que vagamente creyese en la posibilidad de servir, mejorar y perfeccionar la suerte comun de sus semejantes. Esta conviccion íntima que se vuelve ilusion al tratarse de un progreso indefinido y absoluto de la especie, cesa de serlo cuando nos ceñimos á un adelanto relativo, local, temporal de una parte de nuestra estirpe. El progreso contínuo é indefinido es una quimera que desmienten tanto la historia como la naturaleza, pero la perfeccion relativa, local y temporal es una verdad reconocida y fuera de toda duda.

XIII

Por do quier vemos en efecto que un grupo humano sumido en la ignorancia y en la barbarie, sale de tan lastimoso estado para respirar la luz, la civilizacion, la virtud y el poder; llega mas ó menos á la perfeccion relativa de una nacionalidad, de una sociedad, de una religion superior; oscila en este punto culminante mas ó menos tiempo antes de bajar; desplómase despues á consecuencia de la irremediable flaqueza de nuestra naturaleza; deterióra se, corrómpese, cae, muere, desaparece, dejando apenas como los mas célebres individuos que lo componian, un nombre vano y un puñado de cenizas frias en el parage en que viviera. La humanidad sube y baja con movimiento incesante, pero no sube ni baja ilimitadamente; y tal es el error de los filósofos que abogan por la perfectibilidad indefinida.

Ahora bien, no admite duda que en la obra de este incremento relativo de una nacion y sociedad, esta misma nacion y esta misma sociedad se hallan servidas, asistidas y glorificadas por la noble cooperacion y abnegacion sublime de los hombres superiores ó secundarios que la componen. El pensamiento de un solo individuo es el fermento de una muchedumbre, la virtud procedente de un solo varon santifica una grey, la sangre de una sola criatura rescata una raza; el mas glorioso ó el mas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

humilde sacrificio salva ó engrandece todo un siglo. La sociedad humana solo vive de la inmolacion de sus miembros al bien general. ¿Quién vertiria su vida si juzgase inútil su heroismo? Así convenia que el hombre tuviese el instinto de la utilidad y santidad de su abnegacion; solamente algunos se figuran sacrificarse á una perfeccion y felicidad indefinidas en la tierra, mientras que otros creen efectuarlo á una dicha y mejoras relativas; tal es el secreto de ese instinto que nos anima en favor de la mejora de nuestra especie, instinto ilusorio en unos, real en otros, meritorio en todos.

Pero aun á aquellos que, como nosotros, no se engrien con la ilusion de un progreso indefinido, cabe la mas completa conviccion que el menor trabajo y el mas oscuro sacrificio en favor de la humanidad, no serán perdidos para el sér humano, y que, si bien interrumpido por la condicion perecedera de las cosas de este mundo y por la catástrofe final, llamada muerte, todo renunciamiento á sí mismo será provechoso en las regiones de la eternidad, del absoluto, del infinito.

XIV

Sucede con el instinto del progreso en la tierra, lo que se nota en ese anhelo que recibimos todos, anhelo que, si bien evidentemente ilusorio, nos impele á tender á un límite al cual ni aun siquiera nos

acercamos: tal es la aspiracion á la dicha completa y permanente en el mundo.

¿Hay un hombre que no esté penetrado de la impotencia de sus votos, y hay uno solo á quien no avasalle el deseo de felicidad desde la cuna hasta el sepulcro? Pero entraba en los designios de la Providencia que esta sed de ventura perfecta nos mintiese para hacernos sobrellevar la existencia y recorrer paso á paso la via que conduce á la eternidad. Sin la halagüeña voz que interiormente lo halaga, el hombre se detendria desde el segundo paso en la vida, y se sentaria en el camino cubriendo la frente con sus manos, aguardando inmóvil la muerte, á menos que anticipase por el suicidio el golpe de su guadaña. Esta aspiracion á una dicha que aquí no existe, es el resorte que da impulso á toda vida, y movimiento á toda actividad humana. El instinto que nos seduce, como la quimera de la perfeccion indefinida de la especie, es un error aquí, pero una verdad mas allá de la tumba; en otros términos no merece crédito alguno durante esta vida efímera, pero sí una fé completa en lo concerniente á una existencia ulterior. Esta ilusiva creencia es como un faro colocado en una playa, que no llegamos á pisar sino despues de haber bajado al sepulcro: creemos ver este faro en nuestro flotante globo, separado tan solo por algunas olas, si bien en realidad brilla en otra esfera á la cual nos conduce, realizando la luminosa vision del progreso moral y felicidad eterna.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XV

Hace pocos dias deciamos : « Esta nueva filosofía de la perfectibilidad indefinida de la humanidad en nuestra tierra, no pasa de una de esas bombas ó globos de jabon que ostentan los colores del iris, y cuya pureza cristalina, ligereza flotante y fulgorosa gala, embelesan al niño que los formó con su aliento. » En efecto semejante sistema no resiste ni á la experiencia, ni á la historia, ni á la naturaleza. Una teoría tan descabellada merece intitularse la vision febril del dolor, de la miseria, de la muerte, el reto á toda realidad, el estéril consuelo de la esperanza calenturienta. Para dejarse mecer por tan dorados ensueños, es necesario no haber leido ni una página de los anales de los siglos, ni haber escuchado su propio corazon, y participar á la vez de la crédula infancia y la delirante decrepitud. El primer imperio arruinado cuyos escombros desplomáronse ruidosos entre nubes de polvo, confunde semejante doctrina; el primer sepulcro que huellan nuestros piés la disipa; el primer desengaño del corazon ó de la inteligencia en lágrimas la derrite.

El dolor es la sola verdad irrefutable en este mundo, y no cabe hipérbole en repetir lo que dijeron nuestros padres y pronunciarán nuestros descendientes : *este mundo es un globo amasado con lágrimas y cenizas.* En efecto ¡qué lecho tan mu-

llido es el nuestro para soñar la perfeccion indefinida y la felicidad sin límites ! ¡ Qué tálamo tan voluptuoso es esta existencia amarga, en que el dolor solo nos remueve mientras no nos devora la muerte ! Jamás he podido comprender que haya hombres tan tercos y aferrados en sus quimeras, para creer en ese progreso indefinido y en esa dicha absoluta durante una vida que los arrastra sangrientos á un muladar de inmundicias. ¡ Dichosos tales hombres que dormidos mueren soñando haber vivido !

XVI

Así pues la verdadera filosofía, la filosofía viril, la filosofía experimental, es la que en lugar de pastar de tan estériles ilusiones, corresponde á la realidad de nuestra triste condicion humana en esta tierra. Tal es la filosofía del dolor santificado por la resignacion y consolado por la esperanza; tal es la filosofía de la India oriental, de Brama, de Budha, de Confucio, de Platon, del cristianismo; la sola que, desde que por primera vez gustamos la amargura de la vida, nos ha parecido contener mayor dosis de verdad, realidad, belleza, revelacion, grandeza, fuerza, virtud, esperanza, estímulo de vida, de amor, de accion, de confianza.

Ahora bien, ¿qué nos dice esta filosofía del dolor en todas las latitudes, en todos los siglos, en todas las lenguas? ¿Qué empieza por decirnos la India?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Oigamos á los venerables patriarcas de la dilatada region que riega el Ganges. « Hay un Dios. Su obra lo prueba. La vida es el testimonio de la vida.

« Este Dios, sér de los seres, es infinito, perfecto, eterno. Su naturaleza lo prueba, pues la infinidad, la eternidad y la perfeccion son los atributos del sér de los seres. »

Igualmente nos dicen : « Dios crió y continuamente cria sin límite de tiempo, espacio ó poder tantas criaturas como arguye lo infinito de su pensamiento, de su sabiduría, de su poder y de su fecundidad creatriz : ser es criar para el sér de los seres. »

La irradiacion intelectual de esta doctrina contemplativa penetra en la region mas recóndita del firmamento, piélago de estrellas sin fondo ni ribera, y exclama : « Ahí está; » baja despues al abismo del eter inferior, igualmente ilimitado, y nos dice : « Ahí está; » se estiende luego á las estremidades del espacio que no ciñe estremidad alguna, y grita azorada : « Ahí está tambien el que nunca acaba, el que continuamente empieza, el que entero se halla y por do quier existe. »

Asímismo nos dice : « A sus ojos no hay grandeza ni pequeñez; el valor de las cosas se mide por la gloria que tienen de emanar del Criador. Cada uno de sus pensamientos realizados no cede á otro, pues todos en él residen y de él proceden. »

Igualmente nos dice esta filosofia : « Cada uno de nosotros es una de sus criaturas, uno de sus pensamientos realizados, ni menor ni mayor que cualquiera otra obra de sus manos. Ignoramos el nombre con que nos designa en su vocabulario de amor criador, pero aquí en esta tierra llevamos la denominacion de hombres. »

XVII

« ¿ Qué es el hombre? » continua esta filosofía primitiva de la India.

« El hombre es un insecto efímero nacido una mañana en el dolor, para morir una tarde en las tinieblas. Durante algunas evoluciones del sol roe este insecto la epidermis del reducido globo á que lo fija su naturaleza, hasta que llega el momento en que fecunda con el polvo de su cadáver esta misma epidermis. Si se le considera con respeto al espacio infinito que lo rodea, no vale la pena de ocupar la atencion; si se le compara á la infinidad de tiempo que le precede y le sigue, no merece consideracion alguna el sér que momentáneamente se agita; si se aprecia por la brevedad, insignificancia y su nada entre los seres, no es acreedor á la menor mencion. Solo de nombre conoce la eternidad, el espacio, el tiempo, la ciencia, la felicidad; y tan solo algunos estremecimientos de placer y contínuas convulsiones de dolor le dan el sentimiento de su existencia. En una palabra, la criatura humana es un punto sensitivo y doloroso en la creacion, y su mayor tormento es ignorarse á sí misma. Toda su naturaleza parece hallarse en contradiccion con la bondad

de ese Criador de cuya bondad infinita no le permite dudar su razon; mas en vano se esfuerza en esplicarse á sí mismo esta contradiccion que solo puede ser aparente. Así la criatura humana piensa, conjetura, imagina y concluye. ¿Qué es lo que concluye? Una palabra que lo confunde y anonada: misterio: ¿Y como procura levantar el peso de este misterio que su razon desquicia?

« Al principio, se dice, no debió ser así; y en el fin debe ser diferente. » Conjeturemos pues.

¿Dirémos que la brevedad, la imperfeccion, el dolor, la muerte son las condiciones fatales de todo sér criado, esto es finito? No, pues siendo Dios infinito, no es posible concebir límite á la espansion de vida, de grandeza, de ventura que puede emanar eternamente de la Divinidad, sin llegar nunca á agotarla; ni puede imaginarse una medida á los dones de aquel que puede dar sin empobrecerse, de aquel que no tiene necesidad de economizar el sér, ni la bondad, ni la omnipotencia.

¿Será acaso que la naturaleza humana enteramente viciada en la pareja inicial, ó en las generaciones primitivas y subsecuentes, como una cosecha cuyas espigas contenidas en la semilla primera se resienten de la alteracion del gérmen, se halle bajo una decadencia y castigo perpétuo por haber abusado de esa libertad moral, que es á la vez su escollo y su gloria?

¿Hay que atribuirlo á que, en consecuencia de esta primera alteracion por la libertad, la prole humana solidaria en sí, se encuentre obligada á una expiacion misteriosa, hasta recuperar, por la regeneracion de esta misma libertad, su inocencia perdida y felicidad primitiva? Tal vez..... pues nada hay en tal doctrina, por mas que repugne á ciertos filósofos, que se halle en contradiccion con el concepto que arguye la perfeccion divina. Tenebrosa es la idea, pero de ningun modo absurda. ¿Quién nos dice que las almas no se engendran intelectualmente como los cuerpos, y que la última gota de agua no participa de la corrupcion del manantial que la forma?

¿Diráse tal vez que á la sabiduría y bondad divina plugo otorgar al hombre el mérito y la gloria de acabar así su propia creacion por el ejercicio doloroso y meritorio de su libertad moral, sometiéndolo, durante su corto tránsito en este mundo, á pruebas penosas y envueltas en un misterioso arcano, pruebas cuyo resultado deben abrirle otras nuevas si vencido fuese el humano combatiente, y coronarlo de radiante felicidad si llega á arrostrarlas triunfante? Tal vez.... pues nada encierra semejante doctrina que redunde en deshonra del Criador ni humillacion de la criatura. ¿Acaso no es la justicia suprema el labrar la propia justicia? ¿Acaso no es la perfeccion soberana cooperar á la propia perfeccion? ¿No seria tal vez este comentario el mas bello que puede alegarse de esta palabra: llegaréis á ser como dioses?

De cualquier modo que sea, el misterio nos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

envuelve y nos ofusca, lo solo evidente es el sentimiento de la angustia, y un continuo gemido es el único testimonio de la humanidad en la tierra.

XVIII

Pues bien, ya que el hombre no puede negarse á sí mismo, ni esplicar humanamente su dolor, ¿cual es la filosofía mas racional, la que niega su condicion lamentable, ó la que se resigna á aceptarla como un enigma de la voluntad divina, y santificarla como una prueba adorable en su misterio?

Todas las protestaciones de la naturaleza que se rebela contra el dolor, todos los partos delirantes abortados por la fantasía de los filósofos en lo tocante á la perfectibilidad indefinida y contínuo acrecentamiento de goces, no conseguirán endulzar la amargura de una sola lágrima de la humanidad; y mientras las pastorelas de esta risueña doctrina de la transfiguracion del hombre en Dios, durante su peregrinacion en este mundo, harán fluir y murmurar los idilios como arroyos de miel y leche, continuará el hombre anegado en su lloro, torciéndose de dolor y derribado por la muerte, al disonante canto de los tristes epicúreos que lo escarnizan en este valle de miseria. Mas nada puede domeñar la suerte fatal, nada revocar la divina sentencia que condena á este planeta añoso al anhelo y al tormento; y todas las protestaciones de los sofistas de la felicidad creciente

desde las épocas mas remotas hasta nuestros dias, no lograron borrar una sílaba del indeleble decreto que nos condena á la huesa y á la angustia. Las visiones de ventura se desvanecen como el humo, pero cabizbaja y aniquilada por el dolor se mostrará perennemente la criatura humana, cuyo nombre bíblico Adan, significa tierra, esto es, dolencia.

XIX

Pero tambien, desde los siglos mas remotos, mostróse otra filosofía como órgano de la realidad. Verdadera expresion del hombre complexo, partícipe de la razon y de la religion, verdad á la vez y consuelo, esta doctrina cuyos dogmas y preceptos aparecen en los primeros monumentos literarios de la India, supo reflexionar en vez de soñar, y hallar en el seno mismo del dolor los dos solos remedios al dolor mismo: la resignacion y la santificacion.

Esta filosofía que mana como un rio desde los primeros libros sagrados de la India hasta el cristianismo, merece ser preferida mil veces á la que proclama pomposa la perfectibilidad indefinida. Al mismo tiempo es de una práctica mas fácil, pues se funda en este axioma: « Es mas facil santificar la tierra que transformarla. »

No obliga esta doctrina á sonreir al cuitado que solloza, ni á esperar al sér agoviado que desespera, sino dice á todo aquel que sufre: « Tu dolor es me-

recido, ó tu dolor es meritorio; acéptalo de la mano de Dios como expiacion, ó sométete como á prueba. Tu juez será tu consolador, la eternidad tu recompensa; sufre para justificar tu raza culpable, ó resígnate para labrar tu propia felicidad; en una y otra hipótesis, bendice la tribulacion. »

XX

Tal es la filosofía que emana de la primera teología conocida, la de la India antigua, cuya idea sumaria vamos á trazaros en el exámen de los libros sagrados y poemas primitivos de este pueblo, el primero de cuantos son acreedores al dictado de literarios, tocando á los filósofos del progreso indefinido decirnos si tales ideas, tales dogmas, tales preceptos y tales poesías en el alba de la historia, son de naturaleza á confirmarnos en el sistema que propalan del hombre bruto en la época primitiva, y del hombre dios en el fin de los siglos.

Los primeros de estos libros sagrados existen aun en la India, si bien no es posible asignarles una fecha, tan antiquísimo es su orígen.

Los *Vedas*, que tal es el nombre que llevan estos añosos volúmenes, se componen de himnos diversos consagrados á las divinidades simbólicas de aquel tiempo primitivo, himnos que celebran y ensalzan los atributos personificados del Dios único y

criador, vislumbrado y adorado por los sabios al través de sus repetidas encarnaciones, única forma bajo la cual lo acataba la muchedumbre.

« Los Vedas, dice M. Barthélemy Saint-Hilaire, constituyen, en la raza que habita la India oriental, el fundamento, el punto de partida de una literatura mas rica, mas estensa y tal vez mas bella que la literatura griega. »

Por nuestra parte la encontramos mas hermosa, pues es mas moral, mas santa y mas divinizada por decirlo así por la caridad que respira; en una palabra la literatura de la India es la santa, mientras que la de los Griegos es sensual y voluptuosa.

« Poemas épicos, continua el sabio traductor, sistemas filosóficos, teatros, matemáticas, gramática, derecho, no ha habido ramo de conocimientos humanos que no haya cultivado el genio indiano, ni grandes vias de la inteligencia en que no haya campeado feliz y vigoroso. Mas segun lo reconocen los mismos patriarcas del Ganges, una literatura tan vasta y escelsa ha sido inspirada por los Vedas. »

Los Vedas son cantos análogos á los de David y los profetas que leemos en la Biblia; con esta diferencia que los himnos de Israel se formaban de líricas inspiraciones de entusiasmo, adoracion, temor ó amor á Jehová, mientras que los ditirambos de los Vedas de la India son al mismo tiempo dogmas religiosos. La poesía lírica de los profetas hebráicos es mil veces mas sublime en expresion, al paso que los cánticos de los Vedas contienen mayor enseñanza moral y

mas acendrada virtud en sus estrofas. No obstante, nótanse de cuando en cuando destellos de imaginacion sobre la creacion y el caos que incubaba al mundo antes que lo bañase la luz.

XXI

« Entonces nada existia, dice uno de esos himnos, ni la nada, ni el sér, ni el mundo, ni el espacio, ni el eter, ni la muerte, ni la vida, ni las tinieblas. Pero la creacion futura reposaba en el caos, y el tributar gloria á Dios fué el *deseo* que impelió á nacer al primer gérmen de la creacion.

« Sin embargo, *El* era, continua el libro, Dios era; Dios solo existia sin respirar, absorto en sí mismo en la soledad de su propio pensamiento, de su pensamiento dirigido en su esencia para gozar de la contemplacion de sí mismo. Nada habia fuera de él, nada en torno, y solo á Dios cabia el sér. »

¡Qué metafísica tan profundamente espiritualista nos revela esta creacion por ese *deseo* oculto que obliga á toda cosa, aun no nacida, á tomar sér para unirse á Aquel de quien todo mana y á quien todo regresa, á fin de amarlo y glorificarlo!

« De este modo, prosigue el himno sagrado, consiguieron los sabios, á fuerza de meditar en su corazon y entendimiento, esplicar el paso de la nada al sér; pero *Él*, Dios, ¿qué otro orígen puede tener de su esencia sino él mismo? »

XXII

Otro de estos himnos completa líricamente esta definicion por un grito de fé y reconocimiento al criador y conservador de todos los seres existentes.

« Apenas nacia por su propia espontaneidad, cuando ya ocupaba el cielo y la tierra, y dominaba los mundos criados por su palabra; ¿á qué otro Dios podemos ofrecer nuestro holocausto?

« Solo en el sér supremo respira el mundo: ¿á qué otro Dios podemos ofrecer nuestro holocausto?

« A el Criador pertenecen esas cimas inaccesibles de elevados montes, ese firmamento estrellado, ese océano sin límites con sus espumosas olas, ese espacio en que estiende el Omnipotente sus brazos sin tocar las estremidades: ¿á qué otro Dios podemos ofrecer nuestro holocausto?

« Sostenidos por su espíritu, el cielo y la tierra tiemblan de deseo de verlo cuando el sol en su esplendor se asoma al oriente: ¿á qué otro Dios podemos ofrecer nuestro holocausto?

« Él es quien, entre todos los Dioses secundarios (encarnaciones de sus atributos), fué siempre el verdadero Dios, el Dios supremo: ¿á que otro Dios podemos ofrecer nuestro holocausto? » . . . .

. . . . . .

Esta sublime letanía de las perfecciones y dere-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

chos divinos del Dios criador, se prosigue de estrofa en estrofa con el acento de un *Te Deum* del alma, ebria de alegría al haber entrevisto á su autor.

XXIII

La creacion del hombre se halla celebrada en otro himno con no menos metafísica é igual gala de poesía simbólica.

« Dios pensó en si mismo y se dijo : aquí estan los mundos; ahora voy á formar los huéspedes que deben habitarlos. En consecuencia crió un sér revestido de un cuerpo, lo vió, y abrióse la boca de este sér como un huevo que se rompe; de sus labios salió la palabra y de la palabra el fuego; luego se ensancharon las narices y despidieron el aliento, y este aliento produjo el aire que por do quier se dilata; mas adelante se abrieron los ojos y brotó la luz, y de esta luz se produjo el sol; despues se esculpieron las orejas y de las orejas nació el sonido que indica lo *lejano* y lo *vecino* (las distancias); por último destendióse la piel y de esta epidermis dilatada nació la cabellera humana, la cual produjo la cabellera de la tierra, los árboles y las plantas, etc., etc. »

Vése por lo citado que, en razon inversa del materialismo moderno, el cual atribuye el pensamiento á las sensaciones brutales procedentes de la materia organizada, el espiritualismo ya refinado de la literatura de la India, hace derivar los fenómenos materiales de la inteligencia misma.

Y estos himnos sacados de los Vedas se cantaban en la India muchos siglos antes de la religion de los Braminos, la cual habia sido reemplazada por la de Budha, y ésta ya se hallaba vetusta en tiempo de Alejandro, esto es, trescientos veinte y seis años antes de Jesucristo. Júzguese por estos solos datos de la pretendida barbarie que reinaba en las edades primitivas, si hemos de creer á los partidarios de la perfectibilidad indefinida, doctrina infinitamente menos sublime que esos lejanos ecos de la cuna del mundo.

No, en presencia de semejantes documentos no podemos menos de protestar contra ese sistema que pretende probar que el hombre es hijo del fango y de la noche, y creer con todas las fuerzas de nuestra alma, juntamente con los venerandos patriarcas del Oriente primitivo, que la criatura humana comenzó en la perfeccion relativa y en la luz del paraíso que lleva el nombre de Eden. Al mismo tiempo creemos que los reflejos de este Eden y de esta luz fulguraron mucho tiempo en su alma, emitiendo mas destellos de una revelacion primitiva que en las edades mas distantes de su cuna; como igualmente que esta revelacion primitiva remonta á la creacion, que Dios es contemporáneo del alma criada para entreverlo y adorarlo; y que si ha habido una efusion mas luminosa, debe haber sido á la aurora de nuestra prole, y no en el crepúsculo de su caducidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIV

La grandeza, la santidad, la divinidad, por decirlo así, del espíritu humano, son los caracteres dominantes de la filosofía y literatura sagradas de la India primitiva, cuyas páginas respiran un soplo á la vez sacro, tierno y triste como si se hallase aun impregnadas del Eden del cual se vió espelido el hombre. Esta poesía determina un éxtasis análogo al que produce el opio que crece en las feraces llanuras regadas por el Ganges. Aun me acuerdo del santo deslumbramiento que me invadió la primera vez que encontraron mis ojos algunos fragmentos de esta poesía sanscrita. Voy á reproduciros los mismos términos en que traduje mis impresiones en aquel entonces.

XXV

« Este éxtasis, decia, puede compararse al que nos ha avasallado á nosotros mismos cuando nos ha hecho encontrar el acaso una de esas páginas mutiladas de los sagrados libros de la India, en que se eleva tan alto el concepto y habla de un modo tan divino, que el pensamiento humano parece confundirse en una especie de eter intelectual, con la irradiacion y la palabra del mismo Dios, de ese Dios á quien busca, á quien alcanza, á quien entreve por último en el fondo del cielo y la naturaleza terrestre, arrojando un grito de voluptuoso júbilo al llegar á la deliciosa posesion del sér soberano.

« Estas páginas mutiladas son tan hermosas, que si hubiese muchas por el mismo estilo, volverian repugnante é insoportable la vida de los sentidos para el hombre que las leyese; al paso que suspenderian el movimiento de la sangre en sus arterias, infundiéndole la sed de lo infinito y el vehemente anhelo de morir para llegar mas pronto á aquellas regiones indescriptibles, en que resuenan tan armoniosos acentos, en que invade la mente tanta embriaguez, en que la inteligencia finita se precipita y confunde con la inteligencia infinita, en un murmullo estático de los labios precedente á ese silencio del amor, que es el anonadamiento de todo deseo en la posesion del sér supremo, infinitamente adorado é infinitamente poseido.

« Las dos impresiones literarias de este género que con mayor energía he resentido en mi vida, fueron determinadas por la lectura de algunas páginas misteriosas de la India, páginas que parecen arrancadas de libros sobrehumanos é impelidas por el viento de los siglos desde la cima de los Himalayas hasta nosotros. »

XXVI

La primera vez que las leí, me hallaba solo en un cuarto de reducida extension, alto de techo, desprovisto de muebles y perteneciente á una casa de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

campo cuyos inquilinos precedentes habian dejado esparcidas algunas hojas sueltas de opúsculos literarios, pasto futuro de los ratones que huelgan en los aposentos abandonados. Despuntaba á la sazon el alba coronando dilatados lindes formados por bosques espesos y movedizos, que divisaba mi vista por la ventana abierta á causa del calor del verano. Poco á poco los rayos del sol casi horizontales penetraron en mi habitacion, rozando mi lecho juntamente con las golondrinas cuyas alas golpeaban alegremente los vidrios. El céfiro matutino murmuraba melodioso, y con remolinos suaves determinaba un zumbido apacible en las hojas esparcidas en los ladrillos, como susurros de ideas que se despiertan en el espíritu.

Naturalmente despertóse mi atencion, y, como jamas he encontrado una página escrita sin deseo de leerla, recogí algunas hojas medio roidas de las traducciones indianas. Las ideas depositadas en estos fragmentos pertenecian á uno de esos hombres que consagran su vida y su genio á contemplar y sondear otros mundos. Se llama el baron d'Eckstein, filósofo, poeta, publicista, orientalista, bramino del Occidente, desconocido de sus contemporáneos, varon superior que vive corporalmente en un siglo é intelectualmente en otro.

XXVII

Leia tranquilo en mi cama, con el codo apoyado

en la almohada, en ese voluptuoso abandono de cuerpo y espíritu de un hombre indiferente á los ruidos de una casa estraña, á quien cabe completa libertad de dormir sin inquietud y emplear sin contarlas las horas de la mañana que suenan en el reloj lejano, como la voz del deber, á los oidos de los labradores. De repente caí en un pasage de treinta ó cuarenta renglones que centellaron á mis ojos como si estuviesen escritos, no con tinta, sino con el polvo de diamantes é ígneos colores que los rayos del sol levante parecian vertir en la página. Contenia este fragmento un deslumbramiento del alma mística, llamando, buscando, hallando, abrazando á su Dios al través de la inteligencia, la virtud, el martirio y la muerte, en el inefable arrobamiento de la razon, de la poesía y del éxtasis. Profundo era el acento como el infinito, diáfanas las palabras como el eter cristalino, elocuentes las imágenes que parecian pintar y reflejar, como un espejo, la belleza de los cielos y los mares; el sentimiento brotaba impetuoso como una ola de eternidad, difundiéndose en el corazon como una emanacion de luz y calor que fluye del mismo sol sin agotar su foco urente, é inundando de fulgor al alma como ese piélago infinito de luz formado por la infinidad de astros que enciende la mirada divina.

XXVIII

Leí, releí esas páginas que volveré aun á re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

correr, arrojé gritos, cerré los ojos y me anonadé de admiracion en mi silencio, sintiendo en mí uno de esos instintos de efusion exterior que rara vez invade al hombre sincero cuando se halla solo y ningun elemento teatral adultera la cándida sencillez de sus impresiones. Me parecia que una mano irresistible me habia arrojado fuera de mi cama por la sola fuerza del impulso físico; y, con piés descalzos y rodillas trémulas, salté repentinamente de mi lecho, con el libro en la mano, acosado por un anhelo instintivo de leer aquellas páginas en actitud de adoracion imprecatoria, como si el libro hubiese sido demasiado bello y santo para ser leido de pié, sentado ó acostado. En consecuencia me arrodillé junto á la ventana, bañado por los aureos rayos del sol levante que emitian menos luz que la página, y leí atenta y religiosamente las líneas que tanto me habian impresionado. No lloré, porque no se humedecen fácilmente mis ojos al impulso del entusiasmo ó del dolor; pero, alzando la voz, dí gracias al Omnipotente por pertenecer á un gremio de criaturas capaces de atesorar tan claras nociones de la Divinidad, y poder traducirlas en tan sublime lenguage.

Si, como no lo dudo, el mismo poeta que escribió tan gloriosa página, asistia, desde su morada de beatitud, á mi palpitante lectura é indecible impresion producida por su palabra escrita y trasmitida al través el tiempo y el espacio, ¿qué debia pensar al ver á un jóven ignorante y desconocido en un

torreon arruinado, en medio de los bosques de las Galias, despertándose, arrodillándose, embriagándose, á cuatro mil años de distancia, con ese Verbo eterno que vive reflejado en el alma del hombre, á quien basta una palabra para levantar las otras almas desde la tierra al cielo?

Esta, y no otra, es la literatura del género humana.

XXIX

Pero la simpática dulzura para con el hombre y para con la naturaleza, constituye el carácter dominante de la filosofía y de la literatura de la India oriental. Voy á reproduciros uno de los efectos de esta moral en mi alma.

Un dia habia yo ido á la caza con un volúmen inglés, deseoso de leer diversas traducciones del sanserito, esto es, la lengua sagrada de la India.

Un corzo inocente y dichoso brincaba alegre y retozaba jugueton entre los serpolios y tomillos que, bañados de rocío, centellaban en la ladera de un bosque. De cuando en cuando apercibia mi vista al lindo animal por entre las zarzas y floridos brezos, con las orejas tiesas, esgrimiendo alegre el asta, dando resoplidos como si husmease gozoso el luminoso ambiente y fragantes emanaciones de la brisa, dejando calentar al sol su mullida piel, cercenando el romero y los tiernos vástagos, en una palabra, disfrutando incauto de la vida y la naturaleza.

Debo advertir que soy hijo de cazador, y como

tal he pasado mi primera juventud en compañía de guardabosques, curas de aldea y caballeros lugareños que destraillaban sus jaurías y las mezclaban con las de mi padre. Aun no habia pensado hasta entónces en ese instinto brutal que se complace en la muerte y arranca la vida sin derecho, sin necesidad, sin justicia, sin compasion, á indefensos animales cuyo derecho de reciprocidad seria igual si poseyesen la misma insensibilidad, las mismas armas y la misma ferocidad que el hombre. Mi perro rastreaba mirándome con aire interrogativo, la escopeta pesaba cargada en mi mano, mi dedo tocaba al gatillo, y el venado se hallaba al nivel del cañon.

No puedo menos de reconocer que sentia cundir en mi corazon un secreto remordimiento y cierta hesitacion en cortar repentinamente tanta vida, tanta alegría, tanta inocencia en un sér que nunca me habia hecho el menor mal, que saboreaba la misma luz, el mismo rocío, las mismas delicias matinales que á mí mismo me embelesaban; sér criado por la misma providencia, dotado, si bien en grado menor que yo, del mismo pensamiento, de la misma sensibilidad, posesor de tanta afeccion y enlazado por los mismos vínculos de amor y sangre; buscando tal vez á su hermano, aguardando á su madre, esperado por su compañera, bramado por su tierna descendencia. Pero el instinto maquinal del hábito venció á la naturaleza que repugnaba y protestaba contra la atroz ferocidad que me impelia. Por último resonó

el estampido, y cayó el corzo roto el hombro por la bala, bramando doloroso y debatiéndose convulso en las bascas de la muerte, sobre la yerba centellante de rocío y humeante de sangre.

XXX

Cuando se hubo disipado el humo producido por el escopetazo, me acerqué trémulo y pálido á la escena de mi crimen. Aun no habia espirado la pobre y donosa criatura, que reclinada la cabeza sobre el musgo, me miraba con ojos anegados en lágrimas. Jamás podré olvidar esa mirada en la cual la sorpresa, el dolor, la muerte inesperada parecian concentrar un sentimiento humano tan inteligible como las palabras, pues el ojo posee un idioma propio sobre todo cuando se apaga.

Esa mirada parecia decirme del modo mas claro, con irresistible elocuencia, y en un lenguage lleno de queja que me despedazaba el corazon: « ¿Quien eres « tú? Yo no te conozco y jamás te he ofendido. Tal « vez te hubiera amado, ¿pero porqué arrancas la « vida á un sér indefenso? ¿Porque me despojas de « mi parte competente de cielo, de luz, de aire, de « juventud, de júbilo y de vida? ¿Qué va á ser de « mi madre, de mis hermanos, de mi compañera, « de mis hijuelos que me aguardan en la espesura? « ¿Qué va á ser de todas esas criaturas unidas á mí « por la sangre y la ternura, cuando, despues de ha- « berme buscado inquietas, solo divisarán algunos

« copos de mi pelo diseminado por la bala y las cua-
« jadas gotas de mi sangre suspendidas en las zarzas?
« ¿No temes á un sér vengador de mi muerte y juez
« de tu alevosía? Pero yo te perdono y mis ojos ane-
« gados en lágrimas, en que puedes ver pintados la
« sorpresa y el dolor, no te revelan el menor ren-
« cor: tan apacible es mi naturaleza aun en pre-
« sencia de mi asesino. »

Tal es lo que literalmente me decia la mirada del animal herido; lenguage que yo comprendia y que me partia el alma, inundándola de ternura y remordimiento: « Acaba de una vez con mi existencia » parecia decirme aun con sus ojos que se torcian moribundos y con la agonía convulsiva de sus miembros.

Todo hubiera dado en aquel momento para curarlo, pero, instigado por la compasion, cargué de nuevo mi fusil, y, apartando la cabeza, terminé su agonía con un segundo balazo. Entonces, en un momento de horror, arrojé lejos de mí el arma asesina, y, no pudiendo resistir á la emocion que entumecia mi corazon, derramé torrentes de lágrimas. Mi mismo perro parecia comprender mi dolor, pues, sin lamer la sangre ni aplicar el hocico al cadáver, se reclinó triste á mi lado quedando los tres silenciosos como postrados por la misma muerte.

El sol se hallaba en la mitad de su carrera, y deseoso de transportar mi víctima del parage en que la habia postrado sin vida mi mano aleve, aguardé que pasase con su rebaño, en la ladera del bosque,

el anciano pastor que acostumbraba conducir las reses al aprisco durante las horas mas abrasadas del dia, para decirle que llevase á casa el venado. Entretanto saqué de mi bolsa el tomo que contenia los fragmentos de los poemas épicos de la India, y procuré distraerme por la lectura. ¡Vano esfuerzo! Cada vez que abria el libro encontraba una página relativa á esas maravillosas alegorías poéticas, en las cuales la poesía sagrada de los Braminos encarna sus dogmas de caridad universal; páginas que se esfuerzan en inspirar al hombre por todo lo que vive y siente, una parte, por decirlo así, de la caridad infinita de Dios por toda criatura animada ó inanimada.

Cantaba el poeta la ascension de un héroe, de prueba en prueba, hasta el cielo, por las árduas gradas del Himalaya. A medida que la senda parece estenderse y volverse cada vez mas penosa y glacial, el cansancio y el desaliento alejan de su lado á las personas mas afectas, las cuales, si bien deseosas y resueltas á acompañarlo, no pueden menos de desanimarse y acobardarse por tantas calamidades, regresando pavorosas ó sucumbiendo á los piés del ilustre varon en las empinadas é inaccesibles cumbres coronadas de nieve y hielo. Parientes, amigos, hermanos, su misma amante, sienten entibiarse su ternura, flaquear su denuedo y agotarse sus fuerzas; solo su perro mas fiel é inseparable que la amistad y el amor, sigue jadeando las huellas de su amo para agonizar á sus piés ó asociarse á su triunfo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por último llega el héroe á las puertas del cielo que se abren gozosas para recibirlo, si bien se niegan á admitir al fiel animal. Entonces el triunfador excelso, penetrado de una justicia sublime y de una abnegacion que se eleva hasta la inmolacion de sí mismo, se niega á entrar en la morada de eterna felicidad si ha de separarse del leal compañero de sus penas y de su mérito. Los dioses compadecidos de sacrificio tan generoso, dejan entrar al animal con el hombre, y las puertas del empíreo se cierran despues de haber recibido á ambos huéspedes. He notado este fragmento de caridad universal, que no tardaré en citar en los archivos de las bellezas del espíritu humano.

XXXI

Esta lectura me hizo comprender y sentir, mejor de lo que hubiera podido efectuarlo la misma lectura de los dogmas religiosos de la India, la belleza, la verdad, la santidad de esa doctrina que prohibe al hombre no solo la muerte sin necesidad absoluta, sino hasta el desprecio por los animales sus compañeros, alojados en la misma habitacion, de que debemos dar cuenta á nuestro padre comun, como á hermanos superiores en inteligencia toca responder de los inferiores entregados á su custodia; y no pude menos de admirar, de adorar ese parentesco universal de los seres, esa fraternidad de la vida en todo lo que respira, en todo lo que siente,

en todo lo que ama, segun la medida de la inteligencia y sensibilidad que le incumbe, y del destino ulterior á que estan destinados, concluyendo que el poeta indiano era un sabio por escelencia y yo un bárbaro é ignorante por mas que pudiese engreirme una sociedad descarriada en la senda del amor, en que llegará un dia el hombre de Occidente á beneficio de una civilizacion superior á la que actualmente blasona.

Para siempre renuncié á ese placer brutal de la muerte, á ese despotismo feroz del cazador que arrebata sin necesidad, sin derecho, y sin piedad la existencia á seres á que no puede devolvérsela, y resolví del modo más solemne no frustrar á consecuencia de un atroz capricho, una hora de sol á esos huéspedes de los bosques, á esas aves del cielo que como nosotros disfrutan de la corta alegría de la luz, y saborean una conciencia mas ó menos vaga de la existencia bajo el mismo rayo.

Mis hermanos son é hijos del mismo padre, me dije, y el Dios, que á ambos nos formara, me destinó á ser su amigo y no su tirano. De cualquier modo que se presente, la vida es demasiado santa para ser considerada como un juguete y ser sacrificada á ese caprichoso egoismo que autorizan nuestras leyes, pero que no quedará impune ante la justicia divina.

Desde aquel dia no he vuelto á dar la muerte á criatura alguna, pues el sublime libro que leia me habia convencido de mi crímen por su patético co-

mentario sobre la naturaleza. La India me habia revelado una caridad mas lata que la que hasta aquel entonces habia soñado mi mente, esto es, la caridad para con la naturaleza entera. El sello de la literatura indiana es la humanidad, cuya idea se ensancha y engrandece en proporcion del amor divino del Criador y por la universalidad de sus criaturas.

Esta literatura escelsa, esta sublime filosofía promulgada en época tan remota, arguye evidentemente una de estas dos cosas: ó una revelacion primitiva cuyas perfecciones se hallaban aun presentes á la memoria humana, ó bien una madurez consumada de edad y de razon que daba ya frutos de sabiduría y santidad.

XXXII

Antes de entrar en la apreciacion de las obras meramente poéticas de la India, permitidme que os dé un gusto anticipado de su filosofía, y algunas de las nociones morales que promulga esta misma filosofía sobre Dios, sobre el alma, sobre el hombre, como igualmente sobre las relaciones de éste con su Criador y de los miembros de la humanidad entre sí, para que podais convenceros por vosotros mismos de si semejantes nociones cantadas en verso, ó redactadas bajo forma de dogmas ó códigos, son ó no indicio de esa pretendida barbarie que á la infancia del mundo atribuyen los partidarios de la perfectibilidad contínua é indefinida.

Este ejemplo lo saco del *Bagarata*, episodio del poema sagrado del *Mahabarata*, segun el texto inglés de los señores Hastings y Wilkins, sus primeros traductores.

La escena pasa en un campo de batalla. Uno de los combatientes, el héroe Arjuna, al aspecto de sus amigos, parientes y compatriotas, á quienes es necesario inmolar en aquella guerra fratricida, siente flaquear su corazon y prefiere perder la vida á la desgracia de dar la muerte. El semi-dios Krisna, que combate al lado de Arjuna si bien con la impasibilidad divina, vitupera la sensibilidad del héroe á quien afea su flaqueza, y un diálogo sublime, á la manera de los de Platon, se establece entre ambos mientras que los dos ejércitos opuestos cesan momentáneamente el combate.

XXXIII

« ¿Qué temes? dice á Arjuna el semi-dios su maestro, el sabio nunca debe afligirse ni por los muertos ni por los vivos. Yo he existido desde toda eternidad, tú tambien, y jamás podrémos prescindir de la existencia. Lo llamado muerte no pasa de nuevas formaciones sucesivas en las cuales recorre el alma el círculo de la infancia, juventud y vejez tal como lo efectuamos en esta tierra. Al que se afianza en esta fé, nada podrá inmutarlo. Las sensaciones del calor, del frio, del placer y del dolor proceden de nuestros órganos materiales y pasageros; pero estos efectos

no existen en sí mismos. Sabe que aquel por quien todas las cosas han sido criadas, es incorruptible, inmutable, inalterable, y que nada puede destruir ó modificar lo que no es susceptible de modificacion. El alma que habita esos cuerpos que con tus lágrimas riegas, es incorruptible, imperecedera, incomprensible como su autor, incapaz de matar ni recibir la muerte; y así como el hombre desecha sus vestidos viejos para cubrirse con otros nuevos, del mismo modo la esencia espiritual que nos anima, despues de haber despojado su antigua forma, adopta otra nueva. El hierro no puede dividirla, ni quemarla el fuego, ni alterarla el aire.... Pero tanto si piensas tú que muere el alma con el cuerpo, como si conmigo crees que es eterna por naturaleza, no te aflijas, pues todo lo que tuvo un principio debe tener un fin, y lo sujeto á la muerte reclama un regenerador. El estado precedente de los seres es desconocido, su actual es visible, su futuro misterioso. No te dejes seducir por opiniones vanas y supersticiosos terrores, sino consulta tu deber que te manda morir por tus hermanos y por la causa de tu pueblo. Poco importa el resultado, pues victorioso ó vencido, la virtud reside en el acto y no en la consecuencia de éste. El verdadero sabio, el varon santo renuncia á todo fruto temporal de sus acciones, y libre de los vínculos de la materia, vive anticipadamente en las regiones de la inmutable felicidad.

XXXIV

« ¿Y cual es el signo, le pregunta su discípulo é interlocutor Arjuna, cual es el signo por el cual llegaré á conocer á ese sér sabio y divinizado que se halla ya vivo y absorto en la contemplacion de las cosas inmutables? ¿dónde vive? ¿cómo puede morar y hablar en este mundo?

« Escucha, responde el divino maestro: el piadoso varon arraigado en la santidad y la luz, espulsa de su corazon el menor atomo de deseo fuera de la contemplacion de Dios y de sí mismo, oponiendo la mas imperturbable indiferencia á lo llamado bien y mal en este mundo, esto es, lo que alegra ó entristece á los humanos. El verdadero sabio afianzado en la verdad y que á la santidad aspira, replega y concentra en Dios todos sus deseos, como la tortuga encoge y esconde todos sus miembros bajo su concha. El hombre hambriento no piensa mas que en los alimentos que pueden saciar su apetito, pero el sabio todo lo olvida, hasta el hambre misma para alimentarse solo de la divina esencia.

« El insensato dominado por sus pasiones sueña en *la noche del tiempo*, en que todo duerme en las visiones nocturnas; pero el sabio y el santo vela en la luz de la eternidad en que todo vela; y cuando muere para el mundo, se absorve en la naturaleza incorporal de Dios. . . . . .

« Pero este despojo de la forma doliente y mor-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tal, prosigue el filósofo divino, no puede verificarse en la inaccion. Este mundo lleno de miseria ha sido criado para otros deberes que la contemplacion pasiva de la divinidad. Abandona pues todo motivo personal, y cumple tu deber por el solo amor del bien.»

XXXV

Tales son los consejos que tienen por objeto la piedad; veamos ahora los que atañen á la caridad humana: « Sed útiles y favorables unos á otros, y llegareis á la felicidad. El que solo prepara para sí mismo sus alimentos come el pan del pecado. Todo sér que de la vida goza, es producido por el pan que come; pero el pan procede de la lluvia, la lluvia de la oracion que la implora, la oracion de las buenas obras, y las buenas obras son dádivas que al hombre otorga Brama (el nombre de Dios).

« Yo mismo, prosigue el semi-dios Krisna, yo mismo, aunque por mi naturaleza divina á nada me vea obligado, y pueda prescindir de todo anhelo, no por eso dejo de practicar buenas obras y vivir en el cumplimiento de los deberes morales. Y si así no fuese, todos los hombres seguirian mi ejemplo y llegaria yo á ser la causa que el mal fomenta y á los hombres aleja del camino recto. Así como el ignorante se somete á las obligaciones de la vida, movido por la esperanza de un salario, de la misma manera el sabio perfecto cumple sus deberes sin motivo

personal de interes, sin mas mira inmediata que el bien, cuyo fin mediato y principal es el mismo Dios. Tal es el sabio. Quien semejante doctrina practica, será salvado por sus obras, y quien de la verdad se aparta, se verá atrasado en la via.

XXXVI

« ¿Pero quién, ó Krisna, pregunta el discípulo, impele á los hombres á cometer el mal?

« Has de saber, responde el maestro, que obra incesantemente en nosotros una concupiscencia ó un mal deseo, hija del principio carnal y llena de pecados, que al mundo envuelve como el humo á la llama y el orin al hierro, concupiscencia que entorpece el alma penetrando por los sentidos, acantonándose en el corazon y enseñoreando la inteligencia pervertida. Tal es el principio que debes esforzarte en vencer domeñando sin cesar tus pasiones.

« Pasma generalmente la configuracion de nuestros órganos materiales, pero el alma es mucho mas sublime, como superior á la inteligencia. ¿Hay algo que esceda á la naturaleza del alma? Combate á tu enemigo que usurpa en tí la forma del deseo.

XXXVII

« ¿Dónde va el hombre despues que muere? pregunta el discípulo. — El bien va al bien y el mal al mal, responde el maestro; pero el hombre no deja

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de existir bajo formas diversas hasta ser regenerado enteramente por el bien. »

Despues se define el semi-dios á sí mismo por la voz inspirada y estática del dominador sobrenatural.

« Hay hombres de una vida rígida y laboriosa que acuden á prosternarse humildemente en mi presencia, glorificando sin cesar mi nombre y ocupándose sin tregua ni descanso en mi servicio. Otros me sirven adorándome á mí cuya faz se halla vuelta de lados diversos, acatándome con el culto de la sabiduría única, y distintamente bajo diversas formas. Yo soy el sacrificio, el culto, el incienso, la invocacion, la ofrenda, las ceremonias tributadas á los manes de los que fueron; yo soy el padre y la madre de este mundo, el abuelo, el conservador, el solo santo, el solo digno de ser conocido, el consolador, el Criador; yo soy el testigo, el inmutable, el asilo, el amigo, la generacion, la disolucion, el lugar en que todo reside, la inagotable semilla de toda la naturaleza, la luz que el sol emite, la lluvia fecundante; yo soy el que saca á todos los seres de la nada y á la nada los vuelve, la muerte, la inmortalidad, el SER.

« Considera este mundo como un triste lugar de breve tránsito, y sírveme á mí únicamente, pues lo demas es nada. Yo perdono al pecador cuando á mí vuelve, y lo purifico si maculado se halla. Yo vivo en los que me sirven y en la verdad me adoran, y ellos en mí. Si el que ha obrado mal me sirve y á mí vuelve, será justificado como el justo.... Une á

mí tu alma y considérame como tu asilo si quieres entrar en mi.... »

XXXVIII

Aquí se halla suspendido el diálogo y continuado despues por el discípulo, que emite una profesion de fé magnífica al Dios único y supremo, cuyos satélites respetuosos son los dioses secundarios, seres meramente simbólicos. Las palabras fulguran como saetas de fuego en ese *Te Deum* de la universalidad divina.

Respóndele el semi-dios por la enumeracion de los millones de formas bajo las cuales se manifiesta la naturaleza en sus creaciones y providencia. Por último se transfigura radiante, dejando en estado de fulminacion al discípulo; mas no tarda en recobrar despues su forma humana, su aire risueño, é instruye á Arjuna lo relativo al culto y moral.

« Aquel es de mi predilecto, dice, cuyo corazon al abrigo de toda ojeriza, esparce su caridad en toda la naturaleza animada ó inanimada; aquel que, ni temiendo ni temido por los hombres, nada desea para sí y todo para sus hermanos; aquel que no se deja menoscabar por la gloria ó la humillacion, por el calor ó el frio, por la pena ó el placer; aquel cuyo desprendimiento por las cosas de este mundo, lo eleva sobre las vicisitudes de esta corta vida para buscar al solo Brama (Dios), soberano principio de todo lo existente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

« Ahora bien ¿sabes tú el divino secreto cuyo conocimiento te conducirá á la inmortalidad? Es el conocimiento de aquel que no tiene principio ni fin, que no puede ser llamado ni vida ni muerte, pues es superior á la vida y á la muerte; aquel que es todo mano, todo pié, todo rostro, todo cabeza, todo ojo, todo oreja. Punto central de todos los mundos, los llena todos con su estension; desprovisto de todo órgano, reasume todas las facultades orgánicas; sin hallarse incorporado á cosa alguna, todo lo contiene, y sin ninguna calidad de lo existente, participa en grado soberano de todas las calidades, siendo á la vez lo dentro y lo fuera, lo móvil y lo inmóvil de la naturaleza, escapando á la vista por la imperceptibilidad de sus partes en lo que llamamos infinitamente pequeño, hallándose lejos y sin embargo presente, indivisible y no obstante dividido en todas las cosas; siendo la luz pero no las tinieblas (explícita protestacion contra el panteismo cuya acusacion pesa sobre las doctrinas de la India), la sabiduría y el objeto y fin de toda la sabiduría.

« El que así me conoce, el que llega á saber quien soy yo, entra en mi naturaleza y conmigo se diviniza.

« Todas las cosas animadas ó inanimadas son producidas por la union de dos principios, la materia y el espíritu.

« Cuando tú ves las diferentes especies de seres que en la naturaleza existen comprendidas en un solo sér, de quien emanan y exteriormente fluyen, entonces tú concibes á Dios.

« Solo entrará por la inteligencia en el estado de los seres, aquel cuyos ojos iluminados por la sabiduría aperciben que distintos entre sí son el cuerpo y el espíritu, y que existe para el hombre una separacion final que lo emancipa de la naturaleza terrestre. »

Ya veis que esta doctrina sublime como la filosofía del cristianismo no coloca la perfectibilidad indefinida en este mundo de sentidos y de muerte, sino en el mundo superior del alma y de la inmortalidad.

XXXIX

El diálogo siguiente explica la teoría del bien por el bien, el renunciamiento completo al fruto de la buena accion, la práctica de la virtud por sí misma, en una palabra el sacrificio. Al leer estas páginas, creemos oir á Fenelon en sus éxtasis mas piadosos, inspirados por el amor divino, sin mas mira que el mismo Dios.

« Escucha y retiene en tu memoria mis últimas palabras, dice el maestro; escucha mis consejos postreros que son los misteriosos, y lo que voy á decirte tiene por mira tu propia felicidad, pues tú eres mi discípulo predilecto.

« En consecuencia reasume en pocas palabras toda su doctrina, y recomienda á Arjuna que no la revele sino á los que le amen.

« Y ahora, añade el preceptor sublime: ¿has escuchado con atencion? se ha disipado la nube que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

empañaba tu espíritu, esa nube procedente de la ignorancia?

« Disipada está, responde el discípulo, y á tu voz he vuelto á hallar mi entendimiento. Firme permaneceré en mi fé, y mis acciones corresponderán á mis creencias.

« Y de este modo, dice entonces el poeta, fuí yo testigo ocular y auricular de la maravillosa plática que medió entre el hijo de Vaaseda y el magnánimo hijo de Pandoa; y así fué como logré la dicha de oir esa suprema y divina doctrina tal como fué revelada por el mismo Krisna el Dios de la fé. Mientras mas examino y recapacito en mi mente este santo y maravilloso diálogo entre Krisna y Arjuna, mas sobrenatural es el júbilo que mi corazon dilata. En cualquier lugar que se halle Krisna el Dios de la fé, por do quier resida Arjuna sin igual en disparar la flecha, allí campean seguramente la verdad, la fortuna, la victoria y la virtud. »

Y ahora pregunto yo : ¿hay algo en este lenguage, hay algo en estas doctrinas teológicas y morales, cuya fecha remonta á cuatro mil seiscientos años, que atestigue la pretendida barbarie y grosera supersticion que se complacen en atribuir ciertos filósofos al antiguo mundo para cimentar su orgulloso sistema? ¿no es fácil de ver al contrario que reina en las citadas páginas, ó la sabiduría de una época madura en fé y virtud, ó bien el reflejo luminoso si bien vacilante de una revelacion primitiva, no enteramente borrada de la memoria humana? ¿Acaso no

acusan estos fragmentos una raiz llena de la savia moral del cristianismo futuro que vegetaba profético en las pendientes del Himalaya?

Antes de hojear con vosotros la literatura de la India primitiva, convenia daros una idea de la filosofía religiosa de este misterioso pueblo, pues al habla debe preceder el pensamiento.

Pasemos ahora á los poemas de esta literatura que constituyen á la vez su historia en poesía, y su teología en accion.

POST-SCRIPTUM.

En un himno de amistad oculto bajo la forma de crítica, un admirable escritor se queja y me censura por haber desesperado de la suerte de la humanidad y alejado á mis semejantes de la santa aspiracion al progreso, exhumando del libro de la *Imitacion* lo que denomina los miasmas fétidos de la edad media. Igualmente me incrimina el citado publicista por haber enervado al hombre, debilitado sus fuerzas y estenuado su virilidad al disipar las visiones seductoras, los luminosos espejismos, aunque en nuestro concepto muy peligrosos, de un progreso contínuo é indefinido en este reducido planeta que habitamos por algunos dias.

Incesantemente pensamos responder á M. Pelletan en la posdata de nuestras *Conversaciones literarias*,

ó tal vez en el texto mismo, pues este eminente filósofo que platica como Platon, tiene derecho de dejarse mecer por sueños sublimes como el sabio de Atenas; pero por nuestra parte hace tiempo que estamos despiertos, y así no es de estrañar que despreocupados é impávidos consideremos la desgracia misteriosa de nuestra condicion, juzgando que es mas bello y mas viril mirarla de hito en hito, que el negarla ó sumergir nuestro amargo sentimiento en el sopor producido por el opio. Siendo M. Pelletan un gran poeta, se entiende á las mil maravillas para preparar un filtro tan dulce como aromático; pero, por mas que halague nuestros sentidos, el jugo de la adormidera será siempre peligroso, pues solo puede producir delirios calenturientos de perfectibilidad indefinida en una tierra que es, que fué y que será eternamente un sepulcro entre dos misterios.

El progreso local, relativo y limitado, estoy pronto á concederlo; pero la perfectibilidad contínua por ningun título, pues nada es acreedor á la denominacion de ilimitado en nuestra reducida grey, ceñida á un destello de duracion, á un átomo de espacio, á un puñado de polvo. Con las ideas se pueden construir sistemas, mas con la naturaleza ni por asomo; y, de lo contrario, llegaríamos á ser el ludibrio de los mismos elementos. Este género de utopia me recuerda los sepultureros de Hamlet que juegan á la taba en el cementerio. Aspiremos fervorosamente á una venturosa destinacion despues de esta vida, pero respetemos igualmente nuestra nada en este mundo.

En un historiador á cuya erudicion da pábulo á una sensatez admirable que se sublima á menudo por la poesía, esto es, por la sensatez transcendental de la imaginacion, hallamos una imágen pintoresca y patética de esta condicion transitoria de las civilizaciones humanas. Al señor Pelletan gusta el estilo figurado, y no puedo menos de aprobar su gusto, pues en efecto decir es poco, y pintar es mucho en materia de estilo. Las imágenes reproducen al vivo la idea, y no lo que no está representado no existe. Oigamos ahora á M. Thierry.

« Tal vez te acuerdas, oh rey » dice á su príncipe un gefe sajon, « de lo que sucede á veces en los dias « de invierno cuando te hallas sentado con tus ca- « pitanes en torno de un fuego que calienta la sala, « mientras esteriormente la nieve cubre la tierra y « la intensidad del frio endurece el agua de los es- « tanques. Si, en estas circunstancias, el vuelo rá- « pido de un pajarillo lo induce á entrar por una « puerta y salir por otra, encuentra halagüeño so- « bremanera tan rápido tránsito, pues no siente ni « la lluvia, ni el viento, ni la escarcha; pero este « instante es fugitivo, el ave desaparece en un abrir « y cerrar de ojos, y *del invierno pasa á otro invierno*. « Tal es la vida del hombre en esta tierra, y tal es « su duracion momentánea comparada al tiempo que « la sigue y precede : *del invierno pasa á otro in-* « *vierno.* »

El aire esterior, la lluvia, la nieve, el viento, la escarcha, son las condiciones humanas; la sala ca-

liente y abrigada es el progreso; el pájaro es la civilizacion que atraviesa momentáneamente esta suave temperatura, si bien sin reposar, y que, perseguido por la instabilidad humana, *pasa del invierno á otro invierno.*

Echemos un poco de leña en la lumbre, y roguemos á Dios que duren la luz y el calor; pero no fomentemos locas esperanzas en la avecilla que pasa, ni creamos en la eternidad de cosa alguna en esta tierra, ni aun siquiera en la eternidad de nuestros sueños.

París. — Imprenta de P.-A. Bourdier y Cª, calle Mazarine, 30.

CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA

CONVERSACION CUARTA

I

Hemos trazado una idea primera de la filosofía sagrada de la India. Entremos ahora en la poesía que tantos vínculos unen á la parte filosófica.

Pero, antes de exponer á vuestra vista algunos fragmentos de esos inmensos poemas épicos de la India primitiva recientemente descubiertos, digamos una palabra sobre lo que se entiende vulgarmente por poesía.

Varias veces he oido decir: ¿qué es la poesía? Cuestion vaga que, en mi concepto, equivaldria á preguntar: ¿qué es la naturaleza? ¿qué es el hombre?

No es posible definir cosa alguna, y esta misma impotencia constituye la suprema belleza de toda cosa indefinible.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

liente y abrigada es el progreso; el pájaro es la civilizacion que atraviesa momentáneamente esta suave temperatura, si bien sin reposar, y que, perseguido por la instabilidad humana, *pasa del invierno á otro invierno.*

Echemos un poco de leña en la lumbre, y roguemos á Dios que duren la luz y el calor; pero no fomentemos locas esperanzas en la avecilla que pasa, ni creamos en la eternidad de cosa alguna en esta tierra, ni aun siquiera en la eternidad de nuestros sueños.

París. — Imprenta de P.-A. Bourdier y Cª, calle Mazarine, 30.

CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA

CONVERSACION CUARTA

I

Hemos trazado una idea primera de la filosofía sagrada de la India. Entremos ahora en la poesía que tantos vínculos unen á la parte filosófica.

Pero, antes de exponer á vuestra vista algunos fragmentos de esos inmensos poemas épicos de la India primitiva recientemente descubiertos, digamos una palabra sobre lo que se entiende vulgarmente por poesía.

Varias veces he oido decir: ¿qué es la poesía? Cuestion vaga que, en mi concepto, equivaldria á preguntar: ¿qué es la naturaleza? ¿qué es el hombre?

No es posible definir cosa alguna, y esta misma impotencia constituye la suprema belleza de toda cosa indefinible.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dejemos pues al gramático ó al teórico el cuidado de categorizar, si puede, la poesía; por nuestra parte, á falta de definicion, nos contentaremos con denominarla el misterio de la lengua.

La poesía, tal cómo la concebimos, no guarda conexion con el sentido generalmente atribuido á esta voz, pues no es ni el ritmo, ni la rima, ni el canto, ni la imágen, ni el color, ni el estilo figurado, ni aun siquiera el verso, sino todo esto en la forma aunque existe entera sin forma, y algo mas que escapa á toda expresion: en una palabra, la poesía es la poesía.

II

Hay en las cosas humanas, materiales ó intelectuales, una parte usual, vulgar, trivial, si bien necesaria, que incumbe á la naturaleza terrestre, cotidiana y hasta cierto punto doméstica de nuestra existencia en este mundo. Tambien se nota en estas mismas cosas un principio etéreo que no puede asirse, un elemento trascendental y por decirlo así atmosférico, correspondiente de un modo especial á la naturaleza divina de nuestro sér.

El hombre mediante un instinto oculto, si bien universal, parece haber comprendido desde los primeros tiempos, la necesidad de expresar en un lenguage diferente estas dos nociones opuestas; y el sér racionál situado en los límites de ambas naturalezas terrestre y divina que se tocan y confunden en su propio sér, no poseyó siempre el mismo idioma para expresar el elemento perecedero y el elemento divino de las cosas. Así la prosa y la poesía reinaron alternativa ó simultáneamente en nuestra lengua como en la creacion. El hombre habló de los objetos humanos, pero cantó los divinos. La prosa se apropió la tierra y todo lo que á nuestro planeta atañe; á la poesía tocó en herencia el cielo y todo cuanto bajo el punto de vista terrestre escede y corona la humanidad. En una palabra la prosa fué el órgano de la razon, mientras á la poesía cupo la manifestacion del entusiasmo esto es, lenguage elevado por la sensacion, la pasion ó el pensamiento, á su mas elevada potencia de expresion.

III

¿Quereis una prueba de esta distincion fundada en los hechos y no en una vana teoría? Observad desde el orígen de las literaturas la parte de lenguage humano que compitió á la prosa, y la perteneciente al imperio de la poesía.

En todas las lenguas habló y escribió el hombre en prosa al tratarse de las cosas necesarias á la vida física ó social, tales como la domesticidad, agricultura, política, elocuencia, historia, ciencias naturales, economía pública, correspondencia epistolar,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conversacion, memorias, polémicas, viages, teorías filosóficas, negocios públicos, negocios privados; en una palabra cuanto cae bajo el dominio de la razon ó de la utilidad fué competencia de la prosa.

Al contrario, en todos los idiomas cantó el hombre en verso la naturaleza, el firmamento, los dioses, la piedad religiosa, el amor que puede definirse la piedad de los sentidos y del alma, las fábulas, los prodigios, los héroes, las aventuras imaginarias, las odas, los himnos, los poemas, en una palabra todo cuanto supera al ejercicio usual y discursivo del pensamiento.

El verbo familiar se hizo prosa, pero el verbo trascendente se encarnó en los versos; el primero discurió dialéctico, el segundo cantó entusiasta.

¿A qué debe atribuirse esta diferencia de la espresion humana? ¿quién enseñó á la humanidad, ó quién le impuso el deber de enunciar tales cosas en prosa y cantar otras en verso? Nadie, pues el maestro en todo, el institutor y el legislador de las formas y de la humana espresion, es el mismo instinto, revelacion sorda pero imperiosa y por decirlo así fatal á la naturaleza de nuestro sér.

IV

La criatura humana, dotada de la doble facultad de pensar y sentir, es un instrumento sonoro de sensaciones, sentimientos é ideas. Cada cuerda de este

instrumento construido por el mismo Criador, recibe una vibracion y despide un sonido proporcionado á la impresion que la naturaleza sensible imprime en el corazon ó determina en el espíritu mediante un sacudimiento mas ó menos enérgico, trasmitido por los objetos exteriores ó interiores.

A excepcion del dolor estremo que rompe las cuerdas del instrumento, produciendo un grito inarticulado, que no es prosa ni verso, ni canto ni palabra, sino un despedazamiento convulsivo del corazon, la criatura humana se sirve para expresar el estado de su alma de un lenguage sencillo, habitual y templado.

Al contrario, cuando la agitacion es extrema, exaltada, infinita; cuando la imaginacion del hombre adquiere una tension extrema y vibra hasta el entusiasmo; cuando su vida exalta la pasion real ó imaginaria; cuando fascina los ojos de su espíritu la misteriosa hermosura que ostenta naturaleza; cuando el amor, de todas las pasiones la mas melodiosa porque es la que mas mece y halaga la parte mas intima y mas santa de nuestra esencia, imagina, pinta, invoca, adora, reclama, llora el objeto amado; cuando el sentimiento religioso despoja al sér racional de su vida sensual y lo arrebata mostrándole en lontananza la confusa y fulgurosa perspectiva del empíreo vivificado por la suprema belleza, el amor infinito, el manantial de toda la existencia y el fin ulterior del alma humana, en una palabra Dios; cuando la contemplacion extática del sér de los seres le hace olvidar el mundo de los tiempos por el mundo de la eternidad;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuando en sus horas de descanso, se separa del mundo real al impulso de su imaginacion, para perderse en la esfera ideal como un buque que deja jugar al viento en su velámen y deriva insensiblemente de la playa al alta mar; cuando, con los ojos abiertos, se abandona al inefable y peligroso deleite de los sueños que lo mecen despierto, entonces las impresiones del instrumento humano son tan enérgicas, tan profundas, tan piadosas, tan infinitas en sus vibraciones, tan luminosas, tan superiores á las impresiones ordinarias, que el hombre busca naturalmente para expresarlas un lenguage mas penetrante, mas armonioso, mas sensible, mas pintoresco, mas lírico que la lengua habitual, é inventa el verso, canto del alma, como la música inventa la melodia que halaga tan misteriosamente al oido; como la pintura inventa el color, canto de los ojos; como la escultura inventa el contorno, canto de las formas; pues cada arte canta por uno de nuestros sentidos, cuando al artista avasalla el entusiasmo, esto es la emocion elevada á su suprema potencia. Solo el arte de las artes, la poesia, canta á la vez por todos los sentidos y por el alma, que puede denominarse el centro divino é inmortal de todos los órganos corporales.

Resulta pues que, siendo transcendental la impresion, transcendental debe ser el modo de expresarla. Tal es, en nuestro concepto, el orígen y explicacion del verso, forma relevante de la manifestacion humana, verbo de lo bello, no solamente en el pensamiento, sino tambien en el sentimiento y en la imaginacion.

V

¿Pero cómo llegará el hombre á discernir, podrán objetarnos algunas personas, lo que debe ser hablado y lo que debe ser cantado en las sensaciones y en los sentimientos que pueden conmover la parte intima de nuestro sér?

Nuestra respuesta será una sola palabra: *misterio*.

No hay necesidad de discernir, sino de sentir. Para distinguir que es poesía en el orbe físico ó moral de lo que no merece este título, bastan caracteres que el hombre no puede determinar con precision, pero que inmediatamente comprende, si la naturaleza lo formó poeta, ó meramente poético.

Así tómese un ejemplo en la naturaleza inanimada, en el paisage:

Figurémonos un horizonte inmenso, cultivado, fértil, cubierto de rubias espigas ó verdes praderas, feraz llanura que promete pingüe cosecha; pero ningun arroyo la baña, ninguna colina la encuadra, ningun declive al mar lejano conduce, y una perspectiva turbia y deprimida nos nuestra el cielo confundiéndose con la tierra. Seguramente, espectáculo es éste que halaga los ojos del labrador y consuela al economista que calcula cuantos millares de hombres y animales podrá alimentar, despues de la cosecha, el pan resultante ó la yerba que caerá bajo la gua-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

daña. Pero para el hombre sediento de belleza, ningun aliciente ofreceria tan fecundo llano, que podria recorrer noche y dia, sin que hiciese este granero humano brotar en su imaginacion el menor destello de poesía.

En efecto, ¿qué elemento poético puede contener un terreno semejante? Bien se nota la riqueza, bien la utilidad; pero de la impresion, pero del entusiasmo, inútil es buscar la menor traza. En tan inmensa estension, la sola poesía que puede impresionar al espectador reside y emana de las cosas mas insignificantes en apariencia, como del vuelo rápido de la alondra que, impelida por el viento, se levanta de ese océano de rubias espigas, para cantar un himno de vida en el azul cristalino, y volver á bajar trayendo consuelo, pasto y recreo á sus hijuelos que cubre el rastrojo; ó bien de la voz chillona del grillo que tuesta el sol en la tierra árida; ó del zurrido seco y metálico procedente de las abandonadas espigas que estrega unas contra otras el silvador huracan, cuyas ráfagas embravecidas interrumpen, con un movimiento unduloso que recuerda el de los mares, el melancólico silencio de la vasta llanura.

VI

Ahora bien, ¿porqué es prosáica esa estension dilatada, y tanta poesía proclaman la alondra, el grillo, el huracan y las espigas?

¿Será porque la alondra presenta el contraste de

un poco de alegría en medio de esa monotonía de tristeza, y un fermento de amor maternal en ese abrigado nido que recuerda la mullida cuna en que nos mecieron nuestras madres?

¿Será tal vez porque el grillo nos recuerda los áridos desiertos de la Siria, en que el estrepitoso insecto anima á lo lejos la ruta silenciosa del camello en las abrasadas arenas, limítrofes á la península arábiga?

¿O bien porque ese zurrido agudo y esa undulacion de maduras espigas, evoca en nuestra imaginacion las hinchadas y movedizas olas del Océano, al pié del mástil en que cruge estremecida la anchurosa lona?

¿Y porqué esos tres fenómenos pasageros y esas tres imágenes transitorias, reasumen la sola poesía de ese vasto espacio? Porque estos tres fenómenos y estas tres imágenes despiertan en nuestra mente una emocion, mientras que la dilatada llanura solo nos promete la riqueza.

Así, no lo útil, sino lo bello es el fundamento de la poesía. La espiga es útil, pero la alondra vive, el grillo canta, la brisa gime, el huracan ruge, el corazon simpatiza, la memoria evoca, la imágen destella, la emocion brota, en una palabra la poesía fulgura en el alma. Los cantos del vate pueden celebrar la alondra, el grillo, el céfiro que murmura en el rastrojo; mas no pueden solemnizar los barbechos, las hacinas de heno, el saco de trigo, objetos que se cuentan y no se cantan, pues en la lira humana no halla eco la cifra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII

Pero acercaos de los Alpes cuyas dentelladas cimas, coronadas de eterna nieve con violáceos reflejos, se dibujan á la misteriosa hora del crepúsculo en el azulado firmamento que, con reflejos de topacio y carmin, tiñen los últimos rayos del ocaso inflamado; y contemplad el dulce y trémulo fulgor que emite la estrella vespertina como una vela emergente en el océano formado por el espacio infinito. En las informes rocas que el verde césped tapiza, se proyectan y descienden como por escalones, las sombras gigantescas de los abetos agitados y verdes pinos, cuyo olor resinoso perfuma el ambiente circunvecino. Allá á lo lejos humean las cabañas de los pastores, aisladas y suspendidas á los promontorios como nidos de águila, ó medio ocultas por los cañaverales que circundan el lago terso y cristalino que la sombra invade, mientras la mitad que aun doran los rayos del sol cadente, refleja como un espejo el disco del astro y las cándidas nieves que centellean á la tangente luz crespuscular; algunas velas lejanas blanquean sobre las negras barcas que cortan las durmientes aguas dejando un surco luminoso. La onda gotea diamantina al golpe acompasado del remo que acerca al barquero de la ensenada: en el umbral de la puerta, lo aguarda su muger en compañía de sus hijos, que retozan traviesos juntos á la red estendida en la playa. Un silencio misterioso cunde y envuelve la naturaleza, silencio que solo interrumpen el sonido de una lejana flauta, el mugido prolongado de un becerro, el embate alternativo de las olas, y de cuando en cuando el fragor remoto de una cascada de nieve que se despeña, cuyos vapores blanquecinos envuelven como niebla las rocas y los árboles. Poco á poco desciende el crepúsculo, los fuegos brillan diseminados, las estrellas vacilan pulverulentas y centellantes, esmaltando el espacio cristalino, mientras que el alma votiva, sedienta del infinito, parece dejar la tierra y cree acercarse á su Criador casi visible en la transparencia del firmamento nocturno. La memoria inflamada evoca el recuerdo de las personas conocidas, amadas, perdidas en este lugar de destierro, y, animada por la certidumbre intuitiva queda el amor, no duda hallarlos la esperanza en la celestial morada. La melancolía, el consuelo, el santo delirio, el secreto júbilo inundan alternativamente el corazon al latir de fé á vista de la naturaleza, que parece sumida en oracion plañidera ó en adoracion extática, desvaneciéndose arrobada el alma como el humo azulado de las cabañas, como el polvo plateado de las cascadas, como el crujido de la arena bajo las olas, como el trémulo brillar de las estrellas en el éter, y participando de la divinidad del espectáculo augusto que mece el corazon y sublima el espíritu.

Tal es la poesía del paisage. ¿Quién osará en presencia de maravillas tantas expresarse en lenguage vulgar? Cantad si la impresion os avasalla, pues

conmovidas se hallan las fibras de vuestro corazon en tanto cuanto puede verificarse este efecto sin que estallen las cuerdas del instrumento. La poesía brota de nuestra alma, la poesía nos inunda, la poesía nos avasalla, la poesía nos sumerge en un océano de delicias, el himno ó éxtasis se asoman á nuestros labios, y el verso ó el silencio son las únicas formas que pueden traducir la plenitud de que rebosamos.

Hemos descrito una de las fases poéticas que puede presentar la naturaleza; mas no acabariamos si quisiéramos enumerar las diversas escenas diurnas ó nocturnas de nuestra morada terrestre. Todo lo que puede impresionarnos es poesía, y todo lo que es acreedor á este título exige ser expresado en un idioma superior á la lengua usual, reservada á las cosas ordinarias de la vida.

VIII

¿Pero el mar? sea que voguemos mecidos por sus olas, sea que contemplemos su superficie desde lo alto de las acantiladas costas, el mar atesora en su seno mas poesía que la tierra y las montañas. ¿Porqué? Porqué la vista del vasto Océano conmueve de un modo inefable nuestros ojos, nuestros pensamientos y nuestras almas. Un libro entero no bastaria á enumerar las impresiones que el espectáculo de la region de las aguas puede dejar en la parte mas íntima de nuestro sér. Citemos empero alguna de las principales.

El mar es el elemento móvil, y este carácter parece darle, juntamente con el movimiento, la pasion, la ira, la calma apacible de un ánimo que se enardece impetuoso ó se aplaca risueño. Este movimiento y esta instabilidad producen en nuestro sér una primera impresion de placer ó terror. — Emocion.

El mar es transparente, y, bajo este punto de vista, se asemeja al éter ó firmamento, que deja filtrar la luz del astro del dia ó de las estrellas nocturnas. Al mismo tiempo la onda se transfigura como el camaleon por sus cambiantes colores, rodando en su seno ora el luminoso dia, ora la tenebrosa noche. — Emocion.

El mar es inmenso, y, por su estension ilimitada, imprime una idea de grandeza descomunal, que recuerda el infinito. — Emocion.

Sus ondas, cuando lamen mansas la lisa arena de la playa húmeda, evocan la idea de la suave respiracion de un niño en el seno de su madre. — Emocion.

Si, al salir el sol, se ve hincharse la masa húmeda y espumar al impulso de la agitada brisa, y si la gaviota, como un ave herida, empapa una de sus alas en la espuma pulverulenta, la idea que despierta en nuestra mente el espacio marítimo se asocia al estremecimiento armónico de la onda que hierve y silva por la accion del fuego. — Emocion.

Cuando, impelida por el pesado viento del otoño, se acumula en forma de húmedas montañas, y fragorosa se desploma contra los acumulados peñascos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ó cascajosos promontorios, entonces imita el estampido del rayo y el horrísono estruendo de esos tremendos terremotos que desarraigan las ciudades. — Emocion.

Si, en la espantosa procela, se muestra un buque lejano volteado por las olas iracundas, ora elevado á las nubes, ora en el abismo sumergido, nuestra imaginacion al momento se figura presenciar el riesgo de los míseros náufragos, cuyos cadáveres nos pintamos lívidos, abotagados, flotantes al grado del viento, y depuestos finalmente en la húmeda playa medio ocultos por la arena, temblando los que tan hórrido espectáculo divisan, de reconocer á un esposo, un padre, un hijo. — Emocion.

Si, en un dia sereno, deriva una vela del puerto, naturalmente pensamos en las riberas lejanas y desconocidas en que conseguirá anclar, despues de haber atravesado, durante dias sin número, el desierto marino sin mas perspectiva que olas y olas; y estas tierras extrangeras se levantan en nuestra imaginacion con los misterios de clima, de vegetacion, de hombres salvages ó civilizados que las habitan, figurándonos ver otra tierra, otros soles, otros hombres, otros destinos. — Emocion.

Si, á la hora del sol cadente, vemos venir una flota cuyo regreso esperábamos, desplegando en lontananza sus blancas y surperpuestas velas como numeroso rebaño de nevado vellon subiendo una colina que se empina mas allá de la curba del horizonte, no podemos menos de pensar en los ca-

ñones que rugieron en sus andanadas, en los navios que zozobraron destrozados bajo las descargas enemigas, en los muertos y heridos que postró sin vida la metralla para pasto de los peces; y nuestro pensamiento asedian las imágenes de mortandad, de guerra, de patria, de luto, de gloria. — Emocion.

Si la onda pueblan las barcas de los pescadores como una aldea flotante, nuestra fantasía se figura ver el júbilo de las cabañas que aguardan por la noche el fruto del trabajo del dia, mientras vemos en las costas encenderse uno á uno los faros luminosos, estrellas terrestres de los marinos. — Emocion.

Si vacío se despliega el Océano á nuestra vista, nuestra mente se concentra en ese espacio que ningun compas circunscribe, dominio incomensurable del viento que como la esteva del arado labra la onda, para una cosecha misteriosa de vida ó de muerte. — Emocion.

Si el ojo procura sondear el cauce murmurante de las ondas, pensamos en lo profundo del piélago que cobija esos mónstruos que chapuzan, nadan ó se arrastran en lo recóndito del abismo. — Emocion.

Por último, si se ceba nuestra imaginacion en la incalculable undulacion de esas olas que á otras olas contínuamente empujan, cuyo juego alternativo y perpétuo de flujo y reflujo azota las tajadas peñas pulverizando el granito á consecuencia del incesante roce, nuestro sér entero parece perderse en el cómputo de los siglos, vislumbrando una idea de la eternidad. — Emocion.

IX

Todas estas emociones aisladas ó reunidas producidas por la poesía del mar, acaban por arremolinar la imaginacion del espectador, quien, sentado en la elevada costa marítima, como dice Homero, permanece solo, mudo é inmóvil contemplando y escuchando las olas, esforzándose, en presencia de tal espectáculo, en hablarse á sí mismo, y buscando involuntariamente una lengua que le recuerde y le pinte la grandeza, la profundidad, la mobilidad, el sueño, el despertamiento, la cólera, los mugidos, la cadencia de ese elemento cuyo carácter infinito contrae un instante á fuerza de emociones tantas. En esta situacion, el hombre, en vez de hablar, esclama, gime, llora, se exalta, se estremece, se embriaga de júbilo, tiembla, se anonada, se prosterna, acata, ora, canta instintivamente el *Te Deum* de la grandeza divina y de la pequeñez humana, y su canto adquiere repentinamente la simetría, la sonoridad, la majestad, la melodía, la gracia y el sublime terror de las olas. Sus versos se amoldan y armonizan segun el juego alternativo y cadente del Océano; en otros términos, adquieren el ritmo, esto es, la medida ó el compas musical de las palabras. ¿Pero acaso no es un órgano rítmico el corazon del hombre?

X

Si recorriésemos así sucesivamente todos los fenómenos del mundo visible ó del mundo social, hallaríamos por do quier elementos sin número de poesía latente en la naturaleza, como las chispas en el pedernal, poesía que evoca el genio y desconoce el profano. Todo es en efecto bello para quien sabe ver y sentir. Lo que falta á la obra de Dios no es la poesía, sino el poeta; esto es, el intérprete, el traductor de la creacion.

¿Pero qué diríamos si recorriésemos la escala entera del alma humana, desde la infancia hasta la edad caduca, desde la ignorancia hasta la ciencia, desde la indiferencia hasta la pasion, para discernir de un solo golpe de vista lo que es acreedor al lenguage poético de lo reclamado por el dominio de la prosa? Por do quier hallaríamos que la emocion es la medida de la poesía del hombre: que el amor es mas poético que la indiferencia, el dolor mas que el placer, la piedad religiosa mas que el ateismo, la verdad mas que la mentira; y que la virtud, tanto si se la considera en el varon ilustre al inmolarse por su patria, como en el hombre privado sacrificándose por su familia, ó en la muger humilde consagrándose al servicio de Dios al socorrer al menesteroso, al herido ó al enfermo en los hospitales, ó al huérfano en los hospicios, es mas poética que el egoismo ó el vi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cio, porque la virtud es en el fondo la emocion mas enérgica como al mismo tiempo mas divina.

XI

Por estos motivos los verdaderos poetas cantan la verdad y la virtud, mientras que los poetas inferiores cantan los sofismas y el vicio. Estos son malos músicos que, no sabiendo tañer el instrumento, tocan siempre la cuerda falsa en lugar de la verdadera y eterna; error que redunda en su propia mengua aun bajo el punto de vista de la gloria mundana, pues, á igualdad de talento, el sonido producido por la emocion de lo bueno y de lo bello es mil veces mas intimo y mas sonoro que el procedente de las pasiones ligeras ó perversas que afligen á la humanidad; en una palabra mientras mas divina es una poesía, mas merece este título, pues la suprema poesia es el mismo Dios, y del mismo modo que se dice el gran Arquitecto del mundo, se podria decir el gran Poeta del universo.

XII

Si se nos preguntase ahora cual es nuestra opinion sobre esa forma poética llamada *verso*, responderíamos que lo que lleva este nombre, esto es, la combinacion del ritmo, la medida, la cadencia y la rima

ó el consonante, nos parece muy indiferente en la época avanzada y verdaderamente intelectual de los pueblos modernos.

Mas dirémos : aunque hayamos escrito nosotros mismos gran parte de nuestra débil poesía bajo esta forma, efecto del hábito é imitacion, confesarémos que el ritmo, la medida, la cadencia, y sobretodo la rima, nos han parecido siempre una puerilidad y casi una derogacion á la dignidad de la verdadera poesía.

¿Puede darse en efecto algo mas baladí que ese juego de niños, esa condicion arbitraria y humillante de la prosodia que consiste en hacer mover la expresion del pensamiento sobre sílabas alternativamente breves y largas como una bailarina de teatro? ¿Hay algo mas frívolo que cortar el sentimiento impetuoso en dos hemistiquios de dimension igual, como si fuesen paralelas las vibraciones del alma, como si la pasion, el amor, la adoracion, el entusiasmo debiesen ser cortados por la cesura, á la manera del arco del violin en la mano del director de orquesta que corta en dos mitades la música para el ejecutante? ¿Por último, hay algo mas ridículo y al mismo tiempo mas tiránico, que no poderse elevar de la tierra al cielo, á menos de fijar bajo el nombre de rima, á cada uno de los versos dos consonantes metálicas como la bayadera de la India ata dos cascabeles á sus piés para entrar y adorar en el templo?

A la verdad cuando el hombre ha llegado á comprender la gravedad de la vida mediante los años y la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reflexion, no puede menos de sentir cierta vergüenza en sí mismo y cierto desprecio de todo cuanto en el dia se requiere como condiciones indispensables á las obras poéticas. ¡Cómo! ¿la poesía, ó la emocion por lo bello, la poesia, esto es, la esencia misma de las cosas, el fermento divino que en cierta proporcion todo lo existente anida, cesará de existir porque el artista dotado de este don supremo no consentirá en deprimir el sublime privilegio que le incumbe al nivel de una simetría pueril y vana consonancia de palabras? Si asi fuese seria necesario correrse de la denominacion de poeta, la mas bella de que pueda engreirse el hombre en la region de las almas.

XIII

No obstante concebimos y admitimos el verso en el orígen de la literatura, cuando la inteligencia se hallaba menos desprendida de los sentidos.

En efecto, como el hombre se compone de cuerpo y espíritu, la materialidad y la idealidad de su sér debian asociarse en su lenguage poético, y tal vez predominar la parte sensual ó musical sobre la intelectual é inmaterial del pensamiento; en otros términos la sonoridad podia prevalecer sobre el sentimiento.

Tal fué la época en que el gusto grosero inventó los ritmos, la cadencia, las intercadencias, la cesura, los números, los hemistiquios, las estrofas, las rimas;

y la costumbre de no oir ó no leer la belleza verbal sino bajo estas formas simétricas, hizo confundir la poesía con el verso, el licor con el vaso, la materia con el molde. Tal es el orígen de esa preocupacion que aun nos domina, si bien medio vencida, pues la poesía llegada á una época de virilidad, se despoja de las mantillas de su período infantil.

XIV

Entre los grandes escritores poetas, unos por impotencia, otros por desden, prescindieron felizmente de la versificacion, sin menoscabo del manantial de rauda poesía que inundaba su alma y trasmitian á sus lectores. Tales fueron, entre otros Platon, Tácito; — Fenelon, Bossuet, Buffon, Rousseau, Bernardino de Saint-Pierre, Chateaubriand, Mª Staël, Mª Sand en Francia, sin contar otros escritores en Alemania é Inglaterra que escribieron páginas tan armónicas, tan pintorescas, tan palpitantes como los mejores poetas versificadores de nuestros tiempos y pasados, de modo que hay mas poesía en su prosa que en nuestros versos. La dificultad vencida es lo solo que apetecen los ánimos mas geómetras que entusiastas, mas la mayor parte de los lectores se ocupa poco del esfuerzo y solo aprecia el efecto; en otros términos los hombres buscan el sentimiento y no la sorpresa: y de ahí procede el discrédito cada vez mayor del verso y la rima que solo nos parecen

juego de pluma ó redundancia vana de palabras. De ahí procede igualmente esa blasfemia ininteligente de Pascal, que confundiendo al rimador y al poeta, se atrevió á propalar que éste era tan despreciable á sus ojos como un jugador de bochas; palabra real y merecida si se aplica al construidor de metros y forjador de rimas, pero absurda y blasfematoria si tiene por mira al verdadero poeta, esto es, al sér privilegiado cuya contemplacion continúa la creacion la cual acaba y traduce.

XV

Digamos ahora una palabra sobre lo que, en el lenguage de escuela, se llama los diferentes géneros de poesía.

Desde luego se comprende que la primacía no estriba en la forma sino en el genio. No obstante se puede, si se quiere, distribuir los ramos de poesía segun su naturaleza, advirtiendo que, mientras menos sensualidad cabrá al poeta, mas digno será de este título.

Así los primeros vates son evidentemente líricos, esto es cantores, porque su poesía mas espiritualizada que la de los demas poetas, se dirige á la mas alta de las facultades humanas, al entusiasmo.

En pos de éstos, y segun el principio enunciado, vienen los épicos, esto es, los que narran, porque sus poemas tienen por objeto una facultad secundaria del espíritu humano, cual es el interes por las aventuras de una vida heróica ó nacional.

Despues vienen en tercera categoría, y segun el mismo principio de la mayor ó menor espiritualidad, los poetas dramáticos; esto es, los que representan en sus poesías, por medio de personages que obran y hablan en la escena, las peripecias de la vida humana pública ó privada.

¿Porqué es inferior á los dos precedentes este género de poesía que tanto halaga á la muchedumbre en nuestros teatros? Porque se dirige especialmente á dos facultades inferiores : la curiosidad y la pasion.

Asímismo porque de todos los géneros de poesía es el que menos vive de su propia sustancia y mas auxilios materiales deriva de las demas artes para producir un resultado.

En efecto, para conmover profundamente el corazon humano, necesita el poeta dramático, un teatro, una escena, decoraciones, músicos, pintores, actores, trages, gestos, palabras, lágrimas fingidas, declamacion, gritos simulados, sangre imaginaria, en una palabra, mil medios agenos de la verdadera poesía; mientras que al vate lírico ó al épico basta una gota de tinta suspendida á la estremidad de una pluma para trazar, evocar, inmortalizar, en un poco de pergamino ó papel, el entusiasmo, el interes, la oracion ó las lágrimas eternas del género humano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVI

Ya hemos insinuado que, independientemente de esta superioridad ó inferioridad relativas de los géneros entre sí, hay mayor ó menor preeminencia de los mismos poetas, quienes á menudo desmienten toda clasificacion por la soberana excepcion del genio : así tal poeta épico como Homero por ejemplo, es igual ó superior á Orfeo; y tal poeta dramático como Shakspeare sobrepuja á todos los épicos de los tiempos modernos, pues contiene en su océano particular de facultades poéticas, el himno, la oda, la epopeya, el drama, la tragedia, la comedia, la elegía; todo lo que vibra, todo lo que piensa, todo lo que canta, todo lo que obra, todo lo que llora, todo lo que rie en el corazon del hombre bajo el yugo suave ó terrible de la naturaleza.

Hice mal en decir todo lo que rie, pues la risa no merece contar en el dominio de la poesía como opuesta á la belleza y entusiasmo que predica el universo. En efecto la ironía que dilata los labios humanos es una de las peores facultades de nuestra especie, pues expresa el denigramiento, de la burla, de la vanidad oculta, de la maligna satisfaccion en nosotros mismos al descubrir las flaquezas del próximo, al sorprender á nuestros semejantes en flagrante delito de ridiculez. El lenguage mordaz es á veces un pasatiempo, pero nunca podrá redundar

en ventaja de lo que puede denominarse la salud del espíritu; y los cómicos insignes pueden poseer el genio de nuestra flaqueza, pero jamás llegarán á ser poetas sino en el sentido excepcional de la expresion. La risa es la última de las facultades humanas y el carácter dominante de la envidia, de la malignidad, de la ironía, del desprecio, de la ferocidad desalmada que agita á la muchedumbre soez embriagada de sangre en los dias mas aciagos que la historia recuerda; pero siempre repugnará á la bondad, á la piedad religiosa, á la virtud, al genio, á la abnegacion, á la verdadera sabiduría. ¡Ay del pueblo Ateniense que de todo reia, aun de sus desgracias!

Escusadme esta imprecacion contra esas páginas satíricas que usurpan el nombre de poesía, contra ese deleite frenético y convulsivo que dilata los labios del arcángel precito cuando arrastra á la criatura humana al abismo, contra esa esplosion de egoismo y ferocidad desconocida en el cielo. La belleza, la santidad son de naturaleza grave y solemne; y no olvideis que tal es el objeto que nos proponemos en este Curso familiar de literatura.

XVII

Digamos ahora una palabra sobre nuestra manera de dividir la presenta obra.

El título y forma que hemos dado á este Curso

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

familiar de literatura universal, basta para significar que no procederemos de un modo metódico en este inventario de las obras intelectuales de todos tiempos y latitudes; sino que, deseosos de evitar la monotonía, la saciedad y el fastidio, triple azote del estudio, recorreremos instintamente los diferentes siglos, escritores y libros, alternando segun lo exijan á la vez la lógica secreta de las analogías y la libertad del discurso. El órden de las materias que es el hilo conductor en el laberinto, podrá desviarse pero no torcerse en esta inversion; pues tendrémos cuidado de no entrecruzar en el mismo número materias pertenecientes á autores, á tiempos, á naciones diferentes, sino consagrar una ó varias conversaciones á un solo y mismo asunto. Al mismo tiempo colocaremos al márgen ó al frente de cada una de nuestras pláticas, la época á la cual se refiere, de manera que, concluido el Curso, pueda cada uno de los lectores, al hacer encuadernar las entregas, restablecer sin dificultad el órden cronológico intervertido un momento en beneficio de la libertad y recreo de la conversacion literaria.

XVIII

Un campo tan vasto como lo es el inventario de todas las literaturas, arguye esencialmente una de esas grandes divisiones que vienen á ser como la distribucion de la luz entre las diferentes partes del mismo asunto.

Bajo este punto de vista, nuestro proceder no será el de la ciencia sistemática y arbitraria que distribuye por géneros, sino el de la naturaleza misma que procede por sucesion de tiempos y divide por épocas.

El primero, si bien puede ser empleado, en cierta medida, como subdivision en nuestros estudios, tiene el grave inconveniente de ser mas especioso que verdadero, y mas convenido que real, pues los géneros nunca se encuentran ni tan distintos ni tan separados como lo pretenden los autores de esas clasificaciones artificiales. En efecto las diferencias se confunden á cada instante en la misma obra y bajo la pluma del mismo escritor. ¿Acaso hay alguien que ignore que hay una parte religiosa en la metafísica, un elemento filosófico en la historia, una armazon dramático en la narracion y recíprocamente, cierta poesía en la elocuencia y cierta elocuencia en la poesía? ¿Cuál es la mano minuciosa y bastante segura de sí mismo para escoger y repartir los diversos géneros, en términos de hacer la base absoluta de una clasificacion metódica de las obras literarias del espíritu humano? Quien tal pretension abrigase á cada momento tropezaria con el error, y, al querer dividir, no haria mas que confundirlo todo.

Así pues, procederemos como la naturaleza, esto es, harémos estribar nuestra division en las generaciones de genio, ó en las épocas.

Para evitar la diseminacion de atencion que un número excesivo de épocas acarrearia en la memo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ria, distribuiremos la literatura humana en cuatro grandes épocas ó divisiones :

La época primitiva ú oriental, indiana, china, egipcia, arábiga y hebráica;

La greco-latina que remonta á Homero y acaba en el cristianismo;

La época intermedia, esto es la decadencia, barbarie, renacimiento, que principia en la caida del imperio romano y acaba con el nacimiento del Dante en Florencia. En este intérvalo de tiempo la Italia desempeña el principal papel, y puede denominarse por escelencia época italiana;

Por último, la época moderna, coincidente con el siglo XV°, cuya expansion se efectua en Italia, Francia, España, Alemania é Inglaterra, prosiguiendo con fases diversas de ascendencia ó decadencia hasta nuestros dias.

Así tenemos la época primitiva,

La época greco-latina.

La época intermedia (ó interregno de las letras).

La época moderna.

Tales serán los puntos de mira que deberán orientarnos en las diversas excursiones que juntos emprenderemos al través las mas egregias producciones del espíritu humano; y sí tenemos especial cuidado de no perderlos de vista, sabrémos siempre donde nos hallamos y podremos presentir las diferentes regiones á que debe conducirnos nuestro camino.

XIX

ÉPOCA PRIMITIVA.

LA INDIA, CHINA, EGIPCIOS Y HEBREOS.

Empezemos por hablar de la India poética.

El gran velámen que nos ocultaba todo un mundo, vió descorrer el antiguo Oriente en dos épocas diversas : la primera por el descubrimiento de la China juntamente con la religion, filosofía, historia y civilizacion prodigiosa de ese vasto imperio sospechado apenas por los Griegos y Romanos, como uno de esos lejanos planetas cuyos escasos y macilentos rayos vislumbran con dificultad los astrónomos al través la distancia. A los Portugueses y Venecianos toca la gloria de haber descubierto este nuevo mundo, si bien los misioneros jesuitas del siglo de Luis XIV pueden reclamar el honor de haber explorado y comunicádonos fielmente las maravillas de aquel orbe misterioso.

La segunda época en que quedó descorrido el velámen que nos ocultaba el añoso Oriente, fué efecto de la revelacion intelectual de la India, vastísima comarca conocida vagamente de los antiguos, descubierta por Vasco de Gama, y explorada por los sabios ingleses desde el dia en que las armas de la Gran-Bretaña acabaron con esa conquista soñada tan solo y apenas emprendida por Alejandro Magno.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cada dia en efecto recibimos nuevas luces relativamente á las lenguas y monumentos de aquella region, cuna de la filosofía, poesía é historia, verdadero Eden de las literaturas antiguas encontradas al pié del Himalaya, en las márgenes del Ganges y del Indo.

No habiéndonos revelado los geroglifos de Egipto los arcanos que cobijan, como tampoco esas lenguas misteriosas que encubren un secreto en cada palabra, escuchemos lo mas antiguo, lo mas solemne, lo mas santo que podemos hallar en esos monumentos escritos, quedándonos amplia libertad de conjeturar lo restante. No nos faltará texto, gracias á esos numerosos traductores, engolfados á porfía en la inteligencia de esos libros de la India llamados sanscritos, asíduos trabajadores que incesantemente excavan esfinges en las márgenes del Nilo.

XX

« La poesía mística de la India, » nos escribe el baron de Eckstein uno de los preeminentes orientalistas que consiguieron disipar las tinieblas de la lengua sanscrita, » reconoce por principal texto el amor apasionado y extático del alma por su Criador. Esta pasion, la mas etérea y la mas sagrada que pueda sentir el hombre, se manifiesta por imágenes sensuales á la manera del « Cantar de los cantares de

« Salomon, pero con un candor de expresion, á que « no llega el hebreo. Esta sensualidad se explica por « la desnudez inocente del hombre y la muger en la « pureza sin mancha y sin sombra de otro Eden. » Nuestras costumbres menos ingénuas y mas rigorosas, nos prohiben reproducir aquí los éxtasis de la literatura sagrada de la India.

El código moral de esta misma region se compone segun el mismo crítico, de máximas que, bajo una forma breve y sentenciosa, contienen los preceptos de mas acendrada pureza. Jamás la conciencia del género humano escribió, con mas autoridad y evidencia, esas leyes inspiradas por el mismo Dios, que son el código innato del sér criado para vivir en la abnegacion y virtud.

« La poesía moral de la India recuerda la sabidu« ría biblica de los patriarcas, concebida de un modo « breve, y expresada en un ritmo grave por una imá« gen simple y enérgica que se graba en la memoria « como la impresion que deja un sello. Este mismo « código guarda mas de una analogía con los Pensa« mientos de Pascal. En este resúmen de la sabidu« ría de la India, reina una experiencia grave, sí bien « se nos muestra á veces como los ancianos benig« nos, con la sonrisa en los labios, pero sin el me« nor asomo de ironía. »

XXI

Las leyes se hallan tambien escritas en lenguage

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ritmado, para favorecer el ejercicio de la memoria.

Varios diálogos y comentarios sobre los dogmas de la religion componen uno de los mas admirables monumentos de esta literatura. En ellos creemos oir á los Platones del Ganges platicando con sus discípulos. Y en efecto los mas notables de estos diálogos llevan un título que significa « las SESIONES, » esto es : *« Curso de sabiduría en los cuales los discípulos se ha-*
« llan sentados á los piés del maestro y escuchan su pa-
« labra. »

Otros fragmentos morales, contenidos en los inmensos poemas de la India, se intitulan el *Canto del Señor ó del Omnipotente ;* y el filósofo, deseoso de atraer la imaginacion del pueblo canta en lenguage poético la *ley de la libertad del alma, ó de su emancipacion de los vínculos de la materia.*

Esos poemas gigantescos de doscientos mil versos son, por decirlo así, las pirámides de Egipto de la literatura, cuya descomunal extension impone é infunde un misterioso terror á la mente que, al osar abarcarlos, no acierta á asignarle una destinacion, si bien fácilmente conjetura que no fueron la mano de un solo hombre, y que cada siglo agregó una piedra al edificio. En tan colosales y sintéticos productos, vemos depositados epopeyas medio divinas, medio humanas de esas teologías sucesivas de la India; epopeyas que reasumen y cantan en una poesía ora heróica, ora sagrada, las tradiciones populares, los misterios del sacerdocio y todas las historias nacionales. Las fábulas celestes y las conquistas de los héroes se hallan interrumpidas por episodios místicos ó romanescos que les dan cierta semejanza con una Biblia poética, en la cual la legislacion de Moisés y los misterios de Jehová alternasen con las narraciones llenas de la gala y deslumbrante pompa que caracterizan á las maravillosas fábulas sugeridas por la imaginacion de los Arabes y Persas.

XXII

Despues de la lírica, la poesía que narra ó épica, es la obra maestra del espíritu humano. Varias entre las grandes razas humanas llamadas naciones, dejaron un poema épico como única huella de su paso en la tierra, bastando este solo vestigio para inmortalizarlas, pues en efecto la epopeya reasume y concentra en sí un mundo entero.

Dos poemas de este género tiene la India, si bien, como lo repetimos, no son de una sola mano; monumentos ambos que la raza habitadora de aquella vasta comarca parece haber erigido de siglo en siglo, como esos templos de Atenas y Roma á los cuales cada generacion añadia una nueva hilada de piedras. Estos dos poemas, procedentes de océanos de recuerdos en los cuales convergen y se recogen las tradiciones religiosas, heróicas, nacionales y populares de la India, son el MAHABARATA y el RAMAYANA.

Así como la *Iliada* y la *Odisea*, que han inmor-

talizado el nombre de Homero, eran probablemente cantos populares y confusas tradiciones de los pueblos helénicos, ántes de ser recogidos, coordinados y admirablemente cantados por el bardo sublime; del mismo modo los poemas épicos de la India, la RAMAYANA y la MAHABARATA, fueron primitivamente tradiciones heróicas y sistemas religiosos reunidos, combinados y cantados por los últimos vates, autores de esos poemas.

Por mas fecunda que se la juzgue, la imaginacion de un hombre no bastaria para esa multitud de fábulas sagradas y narraciones populares. Por otra parte un poeta épico es un historiador que canta en vez de narrar; y, para que una nacion escuche y retenga esos himnos sagrados, es necesario que lo que cantar oye se halle aceptado como fondo de verdad en sus tradiciones, pues tales poemas son los archivos de las creencias de un pueblo, de sus costumbres, de los acontecimientos nacionales, ó cuando menos de sus fábulas teogónicas. Tal es el carácter de las grandes epopeyas de la India.

XXIII

La RAMAYANA es especialmente un poema simbólico, que, entre otras leyendas nos conserva el mito fundamental que sirvió á la raza helénica para forjar la fábula de Proserpina.

Cora, jóven y casta doncella, hija de Damata, se ve arrebatada á su madre, en la flor de la edad, por el dios del infierno que la toma por esposa y la arrastra al mundo inferior ó subterráneo. Soberana del abismo, no puede menos su regio consorte de cederla cada año á los ruegos de su madre, volviendo á mostrarse á la luz en la época de la cosecha, estacion en que las almas de los difuntos se ocupan con especialidad de los vivos y les aseguran el trigo ó el arroz, su principal alimento en la tierra.

Sita, heroina de la epopeya indiana, es la hija de la tierra; y, en vez de nacer de la espuma del mar como la Venus griega, brota del surco dejado en el feraz terreno por la esteva del arado que conduce el rey su padre.

Estas fábulas nos revelan el genio diverso de los poetas y de los filósofos que las inventaron é hicieron aceptar á los pueblos: así los Griegos isleños ó habitantes de costas bañadas por el Mediterráneo, hicieron nacer de la onda amarga á la diosa de la vida, mientras que las poblaciones agrícolas de la India le asignaron como cuna un campo labrado por la fecundante esteva.

En torno de esta fábula simbólica, se agrupan y suceden las relaciones épicas de la conquista de la India marítima y de la isla de Ceilan por los héroes montañeses. Citemos algunos fragmentos traducidos por los sabios intérpretes del sanscrito, que tal es el idioma de estos poemas; fragmentos en que se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

confunden á la vez el genio heróico y el genio sacerdotal, ora en la descripcion prolija de porfiadas refriegas, ora en los refinamientos espiritualistas de poesía y moral, acusando por esta fusion tradiciones guerreras conservadas y transfiguradas por los sacerdotes.

XXIV

El tema de la gran epopeya indiana del MAHABARATA, es la guerra de dos grandes razas y dos dinastías que, desde tiempos inmemoriales, se disputaron los llanos de la India. En ninguna lengua existe un cuadro mas grandioso que el que nos traza al vivo la ruina del partido vencido, y el degüello general de la regia familia, víctima de una muerte infausta. La escena de las lamentaciones de los ancianos y mugeres al contemplar los inanimados restos de los que fueron sus hijos ó esposos, parece escrita por un antepasado gigantesco de Esquiles, y jamás encontró eco mas lamentable en el corazon humano el desmoronamiento súbito de un imperio, sin exceptuar el de Troya incendiada en Homero, que, con tan plañideros cantos, deploran Príamo, Andrómaca y Hecuba.

Al fin del poema, vemos fugitivo al último de los héroes vencidos, buscando un refugio en los Himalayas, esto es, en Alpes de la India, y elevándose de cima en cima hasta que los dioses lo reciben en

un carro aéreo para darle asilo en el cielo. Pero, en el momento de abrirse las puertas de la célica mansion, le prohiben los inmortales penetrar con su perro, solo sér viviente que, en vez de abandonarlo, consintió en asociarse á todas sus desgracias y seguirlo en los parages mas áridos y escabrosos. El héroe se niega á residir en la morada de paz si ha de separarse de su fiel compañero y de los parientes y amigos que ha dejado en las angustias de la vida terrestre. Los dioses no pueden menos de ceder á tanta abnegacion, admitiendo en el seno de delicias al hazañoso varon, juntamente con sus allegados y el fiel animal compañero de sus afanes; precioso ejemplo del sacrificio de sí mismo al amor de nuestros semejantes, misterioso símbolo de esa caridad universal que tanto place á los dioses, y se estiende mas allá de la humanidad á todo sér animado ó inanimado.

XXV

Uno de los episodios mas patéticos del poema es el que contiene los amores de Nala y Damayanti. Eva en Milton, Penélope en Homero, no ofrecen tipos de un afecto mas ingénuo, mas constante y mas santo. Los paisages forman un marco digno de este cuadro. Vamos á bosquejar los principales rasgos característicos de esta obra, á cuyo efecto debemos transportaros en espíritu en un orbe poético enteramente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nuevo, y escuchar con atencion los susurros y efluvios que inundan su atmósfera.

Nala es un héroe jóven, tan hermoso y mas suave que el Aquiles de Homero, é hijo de un monarca de una region de India situada al pié de los montes Himalayas. Varios jóvenes guerreros, pages del soberano y criados en su corte, rivalizan con el príncipe en todos los ejercicios de la caza y de la guerra, siendo sus dignos émulos en los campos de batalla. Durante una tregua que le permite regresar á la corte de su padre, Nala oye ponderar por todos los estrangeros que atraviesan su capital, la maravillosa hermosura y piadosas virtudes de la jóven Damayanti, hija única de un rey vecino; su imaginacion enciende su corazon, y el héroe anhela tomar por esposa á la ensalzada princesa.

Por su parte Damayanti oye contínuamente ponderar el mérito, la belleza, el heroismo y la virtud de Nala, cuya nombradía cunde gloriosa é inflama la imaginacion de la regia beldad. Su corazon late violento, y la entusiasta doncella no se sacia de encomiar las proezas é ideales perfecciones del príncipe hablando con sus compañeras. El cielo interviene para reunir á ambos amantes.

Una tarde, acosado por esa vaga melancolía que caracteriza las grandes pasiones, se interna solo el donoso mancebo, en un bosque para poder pensar libre en Damayanti, deplorando la imposibilidad en que se halla de declararle su amor. De repente una bandada de cisnes se abate á sus piés, y el héroe

envidia sus alas que le permiten volar á los parages y lagos en que pueden ver á su amante. Al mismo tiempo imagina valerse de estos animales como mensageros discretos de su amor, y á este efecto coge uno por el ala cándida como la nieve; pero las melodiosas quejas que exhala el ave cautiva, inundan de compasion el corazon de Nala que no puede menos de ponerla en libertad. Entonces el cisne, lleno de reconocimiento por su libertador, toma una voz humana, y promete á Nala volar al lado de la bella Damayanti y revelarle el amor que hace latir el pecho del jóven príncipe.

XXVI

Poco despues, como platicase festiva con sus compañeras en un prado ameno contiguo al jardin del rey su padre, ve la princesa caer á sus piés la bandada de cisnes á que volvió Nala la libertad. Deseosas de ejercitarse en la carrera, imaginan las doncellas designar cada una uno de los cisnes, y perseguirlo al través los prados, rivalizando á porfía á quien llegará á coger la primera el ave veloz que designa á sus compañeras. El cisne elegido y perseguido por Damayanti, ora finge dejarse coger, ora escapa á las manos que rozan sin poder asir sus pujantes alas, amortiguando y precipitando su carrera sobre la yerba mullida, hasta que, por una esperanza

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que rotoña mas pujante á cada desengaño, arrastra á Damayanti en lo mas profundo de un bosque solitario.

Allí se detiene y se deja acariciar por la doncella, y, con una voz suave como el canto de muerte, revela á Damayanti el amor de Nala. Este doble mensage es trasmitido recíprocamente por los alados mensageros, que, como las palomas de Venus, establecen, por sus voces moduladas y armoniosas, una secreta confianza entre ambos amantes.

Oigamos los versos que articula el cisne : « Oh « Damayanti, escucha mi voz! Existe un príncipe « llamado Nala, semejante á los astros gemelos que « en el cielo fulguran ; este príncipe es el dios mismo « del amor bajo una forma terrestre. Si llegases á « ser la esposa de este héroe, oh encantadora bel- « dad, el fruto que resultaria de esta union sobrepu- « jaria en perfecciones á todos los mortales. ¡ O vír- « gen de cuerpo flexible y gracioso, hemos visto á « los dioses; á los semi-dioses, á los hombres, á los « genios; pero no nada hemos visto comparable á « quien te ama. Tú eres la perla de las mugeres y Nala « la diadema de los hombres.

« ¡ Oh cisne ! responde roja de pudor Damayanti, « dirige á Nala las mismas palabras. »

Entonces despliega su vuelo el ave para tomar el camino de la mansion del héroe. La Julieta de Shakspeare no excede á Damayanti en pasion, languidez é inocencia ; y al través los siglos, las costumbres y las lenguas, se encuentran iguales dos

poetas insignes en presencia del eterno modelo, naturaleza-madre, foco de vida y de belleza.

XXVII

Pero prosigamos el episodio.

« Las compañeras de Damayanti, » dice el texto indio, » la ven doblar la cabeza como una flor que bajo el ardor del sol se marchita y desfallece en su tallo. »

En consecuencia dan aviso al soberano que piensa en darle un esposo.

A las hijas de los monarcas guerreros cabe el derecho de escoger sus regios consortes entre los pretendientes de las familias reales, convocadas á este efecto en la corte de su padre. La célebre belleza de Damayanti hace afluir la flor de los príncipes circunvecinos. Los dioses, esto es, los seres intermedios que habitan una especie de Olimpo indiano en la parte mas elevada de los Himalayas, quieren asistir por recreo á este concurso de pretendientes; en consecuencia se ponen en camino imponentes de majestad, radiantes de fulgor divino, y encuentran á Nala que acude igualmente en todo el brillo de su belleza y magnificencia. Deseosos de probar al héroe, le intiman que vaya á anunciar al padre del objeto amado que los mismos dioses vienen á solicitar la mano de la doncella, sometiéndose cada uno á su fallo despues que se haya dignado elegir en el divino gremio.

Júzguese de la desesperacion del príncipe, obligado á pedir para otro que para sí la mano de su amada. Pero la obediencia religiosa avasalla en su corazon toda mira personal; é, hincando los hinojos en presencia de los inmortales, se inmola á su propia piedad y desempeña la cruel comision.

Solemne como una página de la Biblia es la primera entrevista de ambos amantes en el aposento de la princesa.

« Predestinados uno á otro « dice el poeta » no se « sorprenden al encontrarse por la primera vez, oyéndose y mirándose como si se hubiesen visto toda la « vida, reconociéndose sin conocerse y mirándose recíprocamente con esa sonrisa hechicera que parece decir : no empieza nuestro afecto sino continúa. »

No obstante el cruel mensage sale de los labios de Nala. La poesía moderna mas acendrada, mas mística, mas etérea, la del mismo Dante no contiene una escena mas dramática, mas patética, mas ingénua y mas santa; escena que recuerda el sacrificio de Abrahan, salvo que, en vez de mediar entre un padre y un hijo media entre dos amantes.

XXVIII

No obstante, despues que Nala ha cumplido con su deber, le jura Damayanti que se ingeniará para en-

gañar la astucia de los dioses sus rivales, de modo que solo á su verdadero amante pertenezca la mano de la princesa.

El concurso de los pretendientes evoca en la memoria las mas majestuosas escenas de la Biblia ó de Homero. La escena pasa en una de esas llanuras del Himalaya, cuya descripcion forma uno de los paisages mas grandiosos y mas terribles que puede soñar la imaginacion, y cuyo carácter imponente y sublime hubiera enardecido la fogosa imaginacion de Salvator Rosa. Los gefes, los héroes, los dioses, todo pasa en revista bajo el ojo animado del poeta.

A este cuadro digno del pincel de Miguel-Angel, sucede otro que, como la creacion de Eva, parece escapado de la musa inspirada de Milton al cantar la belleza primitiva del paraíso terrestre. La encantadora Damayanti se presenta en la asamblea de los príncipes. Un murmullo de admiracion y entusiasmo cunde por la augusta asamblea, murmullo que recuerda el pasmo que avasalló á los ancianos de Troya al aspecto de Helena culpable, deprecatoria, pero siempre deslumbrante de belleza y magestad. La admiracion inspirada por la inocencia de la tímida vírgen pronta, á despojarse un momento de la reserva que incumbe á la doncella para escoger libremente á su esposo, es la causa del estremecimiento involuntario que agita al senado divino. En presencia de la beldad proclama un heraldo los nombres de los príncipes, quienes sucesivamente se levantan y doblan la frente ante el objeto de sus ansias. Cinco se mues-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tran á la princesa bajo la forma y con el trage resplandeciente de Nala. ¿Cuál es el verdadero? Damayanti los examina y comienza á sospechar el disfraz de los dioses, quienes, para realizar un fin oculto, intentan sorprender su corazon. La vírgen recapitula los signos esteriores y atributos de las divinidades, sin poder descubrirlos; é inspirándose de su propia situacion, prorrumpe en estrofas plañideras en las cuales suplica encarecidamente á los inmortales tengan piedad de su suerte, invocándolos sucesivamente en nombre de la verdad. Su lenguage entusiasta acrecienta la dignidad de la sacerdotisa, el denuedo de la amazona y el candor de la inocente doncella.

Por último, los dioses, despues de haber puesto á prueba la sensibilidad de la princesa y la sed de verdad que la devora, acogen sus votos y se muestran á su vista atónita revestidos de sus distintivos signos. Aterrada y con mirada fija, ve Damayanti á los inmortales cubiertas las sienes de una corona de flores. Sus contornos se hallan severamente acusados, su pecho no parece exhalar el menor aliento, la inmovilidad mas completa acusa una naturaleza superior, ningun calor esterno denota la existencia vulgar, ningun sudor cubre sus frentes magestuosas en que fulgura la calma soberana. Al contrario el verdadero Nala se halla decaido de su grandeza, marchito su rostro, lleno de girones y arambeles su magnífica vestimenta, al paso que en su frente que cubre el polvo, chorrea el sudor humano, mito profundo y sublime alegoría, que recuerda este pasage

de la Escritura: « El hombre salido del polvo, al polvo volverá despues de haber regado la tierra con el sudor de su frente. »

Esta escena que llega á una altura sublime de pensamiento, indica el término de la tentacion. La verdad que invoca Damayanti con espresiones tan patéticas, se muestra al fin á sus miradas, la arranca á su incertidumbre y llega á ser su recompensa. La doncella aprende á conocer el precio de la realidad de ambos mundos, celeste y terrestre. Todo es simbólico en esta primera prueba del alma amante, arrastrada por un instinto misterioso al alma amada que significa el sér de los seres. El poeta místico y épico reserva á su heroina las mas crueles pruebas.

« Cuando hubo reconocido á Nala Damayanti, alen-
« tada por su amor, audaz y tímida á la vez, encen-
« didas las mejillas é inclinando la frente para ocultar
« su rubor, se ase con trémula mano del manto del
« héroe, y declarándole así su eleccion, muestra que
« la muger debe apoyarse en el hombre.

« Tú no temistes, le dice, confesarme y preferirme
« en presencia de los dioses; yo te seré fiel mientras
« que mi razon no haya abandonado este tabernáculo
« mortal. »

El júbilo mas puro irradia en el rostro de ambos amantes, júbilo que encubre dolorosas peripecias que les reserva el hado. Los dioses aplauden y ratifican la union de ambos consortes.

¿Acaso despuso el Dante en su triple poema una concepcion superior? ¿qué escena llegó á imaginar

la mística imaginacion del poeta épico de Florencia que sobrepuje en gracia, energía y sencillez á los ornamentos de este poema, cuyo conjunto se distingue por una gala magestuosa que envidiaria el poeta mas consumado de la culta Europa? Pero continuemos la narracion.

XXIX

Nala lleva consigo á su jóven esposa al reino de su padre. Uno de los dioses, testigo de su enlace con Damayanti, lo persigue acosado de un zelo violento, ofuscando su razon, poseyéndolo su sér segun la expresion moderna, é inspirándole la pasion del juego hasta el grado mas frenético. El juego significa aquí todos los demas vicios. Nala pierde no solamente su imperio sino hasta sus vestidos, y su implacable adversario le propone jugar su esposa la bella y desgraciada Damayanti. Ninguna respuesta da el despojado soberano á proposicion tan sacrílega, pero arroja á su adversario una mirada en la cual se concentra mas indignacion, mas desesperacion, mas remordimientos y recriminaciones que contiene el poema de Job.

Menesteroso, proscrito por su propia demencia, sin mas propiedad que un manto, huye Nala al fondo de los bosques, y, sin dirigirle la menor queja, se asocia Damayanti á la miseria y afrenta de su marido. Ambos no poseen mas bien que el citado manto, una

de cuyas mitades cubre la desnudez de Nala y la otra la de su bella esposa. Jamás el poema de la indigencia prorrumpió en lamentos mas dolorosos, mas preñados de angustia que los gritos que arranca el dolor á ambos consortes, contra los cuales parece conspirar la misma naturaleza. Sin mas alimento, durante tres dias, que el agua cristalina procedente de un manantial, é instigados por el hambre, arrancan raices á la tierra y bayas silvestres á los arbustos, hasta que al fin una bandada de aves se cierne sobre sus cabezas : « Aquí tenemos pasto para el dia » esclama Nala arrebatado de gozo. En efecto los pájaros se abaten posando en tierra; Nala arroja su manto como una red para cogerlos; pero las aves lo levantan bajo el esfuerzo de sus unidas alas y lo arrebatan en su vuelo dejando á la regia pareja completamente desnuda.

XXX

« ¡O muger adorable y llena de abnegacion! » esclama Nala; « este miserable insensato que ves « sumergido en el cieno de la infelicidad es tu « esposo. Escucha las órdenes que te da y que pue- « den tan solo salvarte de la desdichada suerte en « que te envuelve la fatalidad inexorable que me « persigue. Abandóname á los dioses encarnizados « contra mí y huye sola al reino de tu padre. »

A lo cual responde la princesa :

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

« En verdad ¡ó mi rey y señor! Mi corazon tiem-
« bla y mis rodillas se doblan bajo el peso de mi
« cuerpo, cuando pienso y recapacito los consejos
« que me das. Despojado de tu regio patrimonio,
« precipitado del solio de tus ilustres abuelos, de-
« vorado por el hambre, por la sed, ¿cómo puedes
« exigir de mí que te abandone en ese estado de ca-
« rencia, en medio de este desierto, y que solo piense
« en mi propia suerte descuidando al esposo amado
« que me otorgó el cielo? No, no, aquí permaneceré
« ó soberano de mi corazon; contigo viviré en estos
« adustos bosques para calmar las penas que car-
« comen los resortes de tu existencia, cuando opri-
« mido bajo el peso del hambre, de la sed, del frio,
« de la amarga angustia, se ofrezca á tu abatida
« mente el luminoso recuerdo de la felicidad pa-
« sada. Ninguno de los remedios que inventó la
« medicina para suavizar los tormentos del alma
« y del cuerpo vale la tierna solicitud de una es-
« posa.

« Nada es mas cierto, » replica Nala, « y la verdad
« habla por tu boca, ó hermosa criatura de cuerpo
« airoso y flexible como la palma. Postrado por la
« tristeza, nunca hallará el hombre un lecho tan
« cálido y mullido como los brazos de una tierna
« esposa. No, no, jamás te abandonaré, muger su-
« blime. ¿Pero porqué recelas que huya de tu pre-
« sencia? Antes que abandonarte prefiero abando-
« narme á mí mismo. »

Tranquilizada Damayanti, suplica á su esposo que

la acompañe al reino de su propio padre quien los dará asilo. « Sí, » responde Nala, « ese reino es de tu pa-
« dre, y no dudo que conmigo lo dividirá; pero en el
« estado de indigencia á que me veo reducido, no
« irá á mendigar su piedad el que compareció opu-
« lento y suntuoso en su palacio. ¿Cómo podrá mos-
« trarse desnudo y cabizbajo, aumentando por sus
« miserias las tuyas, aquel cuya felicidad era la luz
« de tus ojos y la vida de tu alma? »

Damayanti comprende este pudor del infortunio y no vuelve á insistir.

Despues de este interesante diálogo, se tienden ambos esposos para dormir sobre el solo manto que poseen, recuperado por una proteccion milagrosa del cielo, y se duermen sobre la desnuda tierra, sin yerba ni musgo para sus fatigados miembros.

XXXI

Una escena lastimera á la vez y dolorosa á que apénas excede en horror el episodio de Ugolino, interrumpe este descanso. Mucho sentimos que los límites de esta reseña nos impidan dar un analísis minuciosa de esta situacion, cada uno de cuyos versos resuena como el gemido de un corazon que se quiebra.

« Damayanti duerme al lado de su esposo bajo el manto que cubre los miembros de ambos consortes.

De repente se despierta Nala y se pregunta á sí mismo si no seria preferible morir ó huir á una soledad inaccesible, antes que someter á tamaños sinsabores una muger tan sublime: « A mi lado, » se dice, « la « agonía y privaciones corporales aguardan tan solo « á este sér encantador; huyamos, pues tal es el « único medio de mejorar su suerte. »

Despues de un largo período de incertidumbre y angustia, decídese por último Nala á abandonar á Damayanti durante su sueño.

« ¿Cómo podré cortar » se dice á sí mismo en voz baja « este manto en dos partes iguales sin que « lo note Damayanti, objeto de mi amor? » Al decir estas palabras se levanta, y el maligno genio que lo persigue le muestra una espada desnuda centellante sobre la yerba; Nala coge el arma, corta la vestimenta, y huye veloz llevándose consigo la mitad del único bien que le queda.

Despues de algunos pasos recobra su razon con su ternura, y se afea á sí mismo su proceder: « Mi esposa duerme: » dice « y sobre esta tierra desnuda « reposa esa muger que nunca tuvo que sufrir los « ardores del sol, ni la intemperie del tiempo, cuya « sonrisa hechicera sobrepuja á cuanto puede ima- « ginar la mente. Cuando despierte y no halle mas « que la mitad del vestido, es capaz de caer en la « demencia. Si yo te abandono, oh consorte amada, « escedente en belleza á todas las demas criaturas de « tu sexo, te verás obligada á recorrer sola el bosque « horrible infestado de fieras y serpientes. »

No obstante de nuevo se aleja y siete veces regresa reclamado por su ternura; siete veces el genio enemigo lo aparta de Damayanti, y parece que dos corazones laten en su seno. Como un péndulo que contínuamente oscila, Nala se aleja alternativamente y se acerca hasta que al fin huye despavorido.

XXXII

Por último despierta Damayanti y se ve sola bajo la mitad del cortado manto, símbolo de la separacion definitiva entre dos cuerpos y dos almas. Sus lamentos se difunden por todo el bosque, y el delirio se apodera de sus sentidos. La desolada consorte á Nala busca sollozante y lagrimosa, reclamándolo con un acento capaz de enternecer á los árboles y peñas. Una serpiente se enrosca en torno de su cuerpo como en el de Laocoon, mas los repliegues del mónstruo, su aliento fetido y los dolores que en sí resiente la princesa, no le impiden olvidarse á sí misma para pensar en su esposo. « ¡O mitad mas noble que mi misma! « esclama, » « qué remordimientos serán los tuyos cuando pienses « en mi suerte! ¿Quién ahuyentará de tí, leon « entre hombres, los negros cuidados, cuando el « hambre, la fatiga y el dolor vengan á asediar tu « mente? »

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un cazador que á la sazon recorre el bosque oye gritos, acude y atraviesa al reptil con una flecha. Pero fascinado de admiracion al presenciar los encantos de la beldad, se atreve á levantar los ojos sobre la abandonada princesa y á hablarle de su amor. La casta indignacion de la esposa fiel es tan fulminante, que una sola mirada le basta para hacer caer inerte á sus piés al temerario. Así su belleza brillera menos que su virtud, y la fidelidad conyugal forma el carácter dominante de su alma. Pero oigamos al poeta.

« Su cuerpo era recto y firme, marmóreo su seno,
« su rostro mas resplandeciente y al mismo tiempo
« mas plácido que la luna llena; sus cejas forma-
« ban un arco sobre sus ojos, sus palabras resona-
« ban como una música embriagadora. En nombre
« del gran Nala, mi esposo amado, que en mi seno
« llevo impreso, esclama Damayanti, así perecerán
« los que profanen con impuro deseo á la esposa
« del mayor de los mortales. »

XXXIII

Sola y abandonada se interna Damayanti en el bosque, llenando la soledad de arrullos semejantes á los de la paloma.

Aquí el poeta se vuelve el pintor mas sublime, y

la paleta humana no reconoce en Europa dibujos ni colores comparables á la descripcion del mundo vegetal que recorre errante la princesa en el declive del Himalaya, en medio de los ventisqueros, torrentes, volcanes, rocas, árboles de una naturaleza vírgen y primitiva, juventud de la creacion en la cual se agita una savia de vida que parece humear y fermentar melodiosamente á los primeros rayos del sol levante. La púdica belleza de la esposa abandonada, fulgura en este cuadro mas que el astro mismo del dia, y recuerda la primera madre del linage humano en el Eden delicioso. Un tigre feroz se acerca tremendo para devorarla, pero vencido por la belleza y santidad de la amante, se prosterna á sus piés y los lame.

XXXIV

Por último consigue llegar á las puertas de un monasterio de Braminos, religiosos ascéticos, cuya morada oculta á medias la espesura del bosque. Atónitos los ermitaños la rodean, le hacen repetidas preguntas y le prometen la suerte mas venturosa despues de haber escuchado sus desgracias. Al despertarse, el monasterio y anacoretas han desaparecido como una aparicion ó fugitivo sueño, y Damayanti se vuelve á poner en camino hasta que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se detiene al pié de un árbol cuya sombra da la muerte : « ¡ Ah ! dice, este vegetal es dichoso como « un soberano en medio de los bosques rodeado de « enredaderas que sostiene, y de las cuales deriva la « alegría. Arbol hermoso, no tardes en libertarme « de mis tribulaciones. ¡ O tú, que al hombre li- « bertas de la carga de sus penas ! ¿ no has visto « pasar á mi querido Nala, cuya delicada piel pro- « tege la mitad de su manto, Nala que errante « recorre este bosque siniestro perseguido por la « desesperacion? Arbol querido, libértame de la « vida. ¿ Acaso tu nombre no significa el que disipa « los dolores humanos ? ¡ O árbol benigno, sea tu « nombre una verdad para mí ! »

Pero el vegetal insensible le deja la existencia, y la princesa, prosiguiendo su camino, encuentra una caravana de mercaderes, cuya codicia atrafagada y empedernida se preocupa poco de su belleza y de sus lágrimas, siendo fácil notar que, desde esos tiempos primitivos, el poeta indignado pinta la dureza proverbial de los traficantes de India. « Hemos « encontrado en estos bosques, leones, tigres y ser- « pientes, le dicen, pero no sabemos quien es Nala ; « y, si como tu belleza tiende á acreditarlo, eres tú « una diosa, protege nuestro negocio y enriquécenos « pues no tenemos mas afan que el oro. »

Sin embargo Damayanti sigue la caravana cubierta apenas de míseros andrajos, escarnizada por el populacho al entrar en las grandes ciudades,

sin que encuentre eco en el corazon de los espectadores el profundo abatimiento de su juventud, belleza é inocencia. Por último consigue llegar á la corte del rey su padre, no bastando su ternura para indennizarla de la pérdida de su esposo, cuyo paradero esploran numerosos braminos enviados al intento por el soberano.

XXXV

A consecuencia de tan trágicas aventuras, habia entrado Nala en el servicio de un monarca vecino en calidad de escudero ó conductor de carros. Transfigurado por el maligno genio que lo persigue, su cuerpo se ha vuelto diforme, si bien ha conservado el príncipe su heroismo y recobrado su virtud.

Informada en fin Damayanti de que aun vive su esposo, si bien que la vergüenza le impide descubrirse, emplea un ardid que debe arrancar á Nala el grito de la naturaleza. A este efecto finge querer contraer nuevas nupcias, y hace proclamar en todos los Estados vecinos que los pretendientes á su mano pueden presentarse en la corte del rey su padre. Al oir esta noticia, Nala apenas puede disimular su secreto ni encubrir desesperacion. El mismo rey cuyos carros conduce, aspira á la mano de Damayanti y encarga á Nala que prepare sus córceles y los dirija á la corte de la princesa. Los inagotables cantos del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

poema nos describen diversas escenas orientales que se despliegan como estendidos tapices, mientras que, en el palacio de Damayanti, gime oculto en su disfraz, el sin ventura esposo. Pero escuchemos al poeta épico.

« Nala, bajo el nombre de Vacuba, escoge en las « caballerizas reales cuatro caballos de enjutos mús- « culos y menguados hijares. — Qué has hecho? le « dijo el rey al verlo, ¿de este modo pretendes en- « gañar mi impaciencia? ¿ te figuras que tan trashi- « jadas y macilentas caballerías tendrán la fuerza y « agilidad necesarias para conducirme en pocas ho- « ras al reino de Damayanti?

« —Observa, oh rey, los dichosos signos que á estos « bridones decoran, le responde Nala; mira esta es- « trella en la frente, estas dos manchas en la cabeza, « este doble signo en cada hijar, este lunar en el pe- « cho, esta mancha anchurosa de oscuro pelo en el « lomo. Todo anuncia que arrastrarán el carro rá- « pido como la flecha hasta el término de nuestra « travesía. »

La narracion de la carrera del carro es fantástica como una balada de los bardos del Norte. Durante el camino, el genio maligno que posee á Nala, sale de su cuerpo al acercarse su esposa. Pero Nala continua desconocido bajo la tosca apariencia de un conductor de carros, pues su belleza interior se halla velada para que la vergüenza que le inspira su condicion

presente no sea manifiesta á la vista del rey su suegro. Esta metamórfosis recuerda la de las contínuas trasfiguraciones de Ulises en la Odisea para tentar á Penélope.

« Al anochecer, dice el poeta, el carro conducido « por Nala conmovió la capital del reino de Da- « mayanti con el ronco retumbar de sus ruedas, « mientras que los alazanes del desgraciado príncipe « que no lo habian olvidado, escucharon con las « orejas rectas y centellantes ojos, el prolongado es- « truendo que resonó hasta en la caballeriza; y, agi- « tándose y enarmonándose de ardorosos, fueron « los primeros que presintieron el regreso del no- « ble ginete. Este ronco fragor en el pavimento de « las calles, semejante al estampido del lejano rayo, « impresionó vivamente el oido de Damayanti, y la « princesa se estremeció de emocion é impaciencia; « mas al oir al mismo tiempo relinchar de deseo y « encabritarse de júbilo á los córceles de su esposo, « se figuró ver ya el carro de Nala enganchado en el « patio como en otro tiempo cuando la formidable « mano del héroe tenia asidas las riendas. Los pavos « reales en el parapeto de la fortaleza y los elefantes « en sus elevadas guaridas, dieron asimismo sig- « nos de atencion é inquietud al escuchar el estré- « pito descomunal, empinando la cabeza, desgañi- « tándose y saludando á su modo la llegada del prín- « cipe que les anunciaba esa tempestad subterránea.

« ¡O Dioses! ¡ qué contento celestial inunda mi

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

« alma, esclamó Damayanti al escuchar ese ronco « estruendo producido por el carro que al rodar « hacia temblar la tierra y parecia llenar su órbita; « ¡oh! Nala es, mi corazon me lo dice, Nala es, el « monarca del mundo. Si hoy mismo no lo vuelvo á « ver á ese príncipe mas resplandeciente de be- « lleza y virtud que el astro fulguroso de la noche, « deberá sucumbir mi vida, y mi sér entero ago- « nizar bajo el dolor y la congoja. En mi corazon se « paralizará la vida si los brazos del mas noble de « los mortales no estrechan á su esposa amada ¡ Oh « cielos! sed testigos de mi voto: si el héroe á quien « plugo al hado unir mi suerte no me estrecha dentro « de poco contra su seno, hoy mismo deberá aco- « germe la llameante hoguera destinada á las viu- « das. »

Afanosa é impaciente, sube las gradas del terra- plen de la fortaleza para apercibir de lo mas lejos que pueda al que sospecha ser su esposo; mas solo al- canza á divisar lacayos y escuderos que rascan y aca- rician los caballos al desengancharlos, y agregan otro carro regio en el patio en que se hallan los del mo- narca.

« Ve, dice á una esclava confidente, é infórmate « de quien es ese conductor de carros que sentado he « visto en su sitio, con una apariencia grosera y un « brazo mas corto que el otro. »

Obedece la esclava, y repetidas veces desciende á examinar y escudriñar con la vista al héroe sospe- chado bajo su disfraz, mientras que la desgraciada princesa siente despedazarse su corazon por la duda y la incertidumbre, enviando mil veces á su confi- dente para interrogar ora al mismo Nala, ora á sus compañeros de viage. Insinuaciones reveladoras me- dian poco á poco entre la mensagera y el héroe, quien llora al escuchar á la sierva fiel al pintarle la angustia y el amor constante de la abandonada es- posa.

« ¡O muger de cabellera tan negra como la no- « che! » esclama apostrofando involuntariamente á Damayanti, « no te indignes contra el hombre sin « ventura y privado de su razon si, al buscar en vano « el alimento de su muger y el suyo, vió á las aves « nefandas arrebatar su manto. ¡ Ah! si ves regresar « á tu esposo despojado de su imperio, indigente y « devorado por los remordimientos, no lo alejes de « tu seno.

« Detengámonos aquí, dice el sabio traductor de este episodio, y admiremos la deliciosa y patética ingenuidad del poeta que ora recuerda la magestad de Homero, ora la sublimidad de la Biblia. La poesía de la India palpita cálida, y en sus venas circula una savia ardorosa, esto es un fuego criador: tal así se difunde, en las hojas y flores de la palmera que descuella en tan venturosas comarcas, un jugo vigo- roso que hace vegetar el árbol, renueva el tronco y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se trasforma en licor embriagante. Todo respira la pasion, pero al mismo tiempo la calma, al paso que la razon á la pasion domina; todo es ingenua y vigorosamente bello como la naturaleza sorprendida en sus mas espontáneos gritos, y jamás la belleza flotante de los trópicos llegó á inspirar acentos mas verdaderos y mas íntimamente emanados de la emocion y conciencia. Hagamos votos, » añade, « para que esta poesía nueva á fuerza de ser antigua, y que tantos rasgos de semejanza presenta con los monumentos helénicos á la que tal vez escede en superioridad, se halle asociada un dia á las obras de la Grecia en la enseñanza de la juventud. » Tal es igualmente nuestro fervoroso anhelo.

XXXVI

Una serie de pruebas ingeniosas y al mismo tiempo llenas de gracia y candor infantil, empleadas por Damayanti para obligar á Nala á confesar su verdadero nombre, recuerda las que Penélope impone á Ulises en la Odisea antes de reconocerlo por marido. La mas tierna de estas pruebas es la de dos niños de edad menor que le envia al héroe su esposa por la esclava sin intencion aparente. Al verlos el corazon de Nala revienta, y el grito de padre y de amante resuena inefable en sus labios. « ¡O cielos! » dice á la nodriza, « no estrañes las lágrimas que á

« mis ojos se asoman, pues estos niños se asemejan
« á los que me dió la mas bella mitad de mi sér, y
« la sorpresa producida en mí por esta coincidencia
« fortuita ha humedecido mis párpados. »

Por último ambos consortes llegan á hallarse en presencia bajo los ojos del padre y la madre de Damayanti. El diálogo que se establece entre ambos y su recíproco conocimiento, si bien siempre ambiguo y suspendido por la transformacion del héroe en el conductor de carros, sobrepuja á los fragmentos de cuantas literaturas produjo nuestra Europa. Nala se queja á Damayanti de haber pensado escoger otro esposo, pero la princesa le confiesa que esta culpa aparente es un ardid aconsejado por el cariño para despertar los zelos de su amante y obligarlo á declararse. Los dioses, por una lluvia de flores que milagrosamente inundan á Damayanti, dan testimonio de la pureza de la princesa, y Nala vuelve á mostrarse bajo su verdadera forma en todo el esplendor de su belleza primitiva. « La hermosa de encarnadas me-
« jillas atrae á su seno la cabeza del objeto amado,
« suspirando y sonriendo á la vez; y ambos pasan
« la noche contándose mútuamente como habian
« errado sin guia, sin alimento y sin vestido en el
« bosque. »

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXVII

Purificado por el amor, vuelve Nala acompañado de Damayanti, de sus hijos y de su numerosa servidumbre á sus Estados, que recupera en una batalla de su hermano usurpador, á quien acoge empero clemente y cede la mitad de su reino. En la plenitud del júbilo de que rebosa no reconoce enemigo alguno, y la caridad divina que su sér inunda, le induce á perdonar al dios zeloso causa de todas sus desdichas.

Es de extrañar que el comentador cristiano de este poema, halle en este perdon universal y sobrehumano del héroe, una falta de moral y una omision á esa justicia que debe retribuir el castigo á los culpables. Por nuestra parte distamos mucho de adoptar tal dictámen, pues esta caridad sin excepcion, sin límite alguno, carácter de las poesías sagradas de la India es muy superior á la justicia y arguye á la vez un reflejo de la bondad divina y el deber del hombre perfecto, pues si al sér infalible castigar toca, á la criatura falible cabe obligacion de perdonar siempre y sin excepcion alguna.

La moral de estos grandes poemas simbólicos y sagrados de la India primitiva, es tan divina como sublime la poesía que contienen, de la cual fluye un bálsamo untuoso que no solamente enternece la mente sino edifica el corazon. Así, al cerrar el libro

no solo se resiente un encanto indecible, sino permanece sublimada el alma santificada por el poeta, de cuya lira no solo sube la embriaguez delirante del arte, sino el puro incienso del ara.

Esta literatura sagrada de la India tiene ademas un carácter que la acerca á la literatura hebráica, y es el ser exclusivamente religiosa. Todo poema es un símbolo que reviste un dogma, y los versos alas que arrebatan al hombre sobre la superficie de la tierra. Así estas obras monumentales se asemejan á grandes sacrificios en que la imaginacion, el sentimiento y el genio del vate se consumen de entusiasmo sobre la pira para iluminar al hombre y honrar al cielo.

Paris. — Imprenta de P.-A. Bourdier y Cª, calle Mazarine, 30.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA

CONVERSACION QUINTA

I

Empezemos esta conversacion por el analísis de un drama filosófico y moral que brilla como un arabesco en las páginas del vasto poema intitulado MAHABARATA, episodio cuya atencion exige apenas algunos minutos, y mas semejante á un apólogo humano que á un canto épico. Denomínase este opúsculo el Bramino desventurado, y su autor es completamente desconocido.

Durante las enconadas contiendas entre dos pueblos limítrofes, un pobre bramino recibe por caridad en su casa á varios jóvenes vencidos en compañía de su madre, familia fugitiva y perseguida por la saña ultriz de los vencedores. La ciudad en cuyas cercanías mora el anacoreta, se halla bajo las órdenes de Bahas, gobernador cruel que habia impuesto un tributo de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sangre á la comarca sometida. Cada dia era arrastrado en presencia del feroz caudillo uno de los principales habitantes destinado á caer víctima de su venganza, siendo permitido á los esclavos rescatar á sus amos con su propia sangre, y á los hijos morir en vez de sus padres. Aquí comienza la relacion dialogada del poema épico.

« Una tarde, Kunti, la madre fugitiva que habia recogido el bramino, habia quedado sola en la casa con uno de sus hijos llamado Bima, mientras que los hermanos de éste mendigaban el alimento en la ciudad circunvecina. De repente oyen resonar gritos en el aposento de su huésped. »

Cuando regresaron sus demas hijos :

« —Hijos mios, les dijo la madre, habitamos en paz y seguridad la casa de este venerable sacerdote, y todos los dias me pregunto á mí misma : ¿cómo podremos reconocer los servicios que le debemos? Pues la criatura humana no es acreedora á este título, sino cuando se acuerda de los beneficios, y paga doble el precio de la hospitalidad..... Tal es, hijos mios, el motivo que me impele á conocer la causa del dolor que aflige al bramino y aliviar la pena de esta casa.

« —Sí, madre mia, esclamó uno de los mancebos, averigüemos la causa de la angustia cuyo peso agovia á este santo varon, que por mi parte estoy dispuesto á nada escasear de cuanto pueda aliviarlo. »

Mientras que así hablaban la madre y los hijos, resonaban los sollozos del bramino y las quejas de su

muger, cuando de repente estalla un grito lastimero. Al momento la caritativa huéspeda penetra en el aposento contiguo, como acude presurosa la vaca á los tiernos mugidos del becerro que amamanta, y ve al bramino, á su esposa y á su hijo en la mayor estupefaccion.

« —¡Oh vergonzosa vida! » esclamaba cabizbajo el anciano; « ¡oh existencia afrentosa orígen de todos los males! ¡oh amargo respirar que incesantemente fomenta el foco del dolor!... Ya te lo dije en otro tiempo, oh noble sacerdotisa, esposa mia, ya oistes de mis labios estas palabras que no debes haber olvidado : huyamos al parage en que la paz habita. — Y tú me respondistes : este es el lugar de mi nacimiento : aquí viví y crecí en la casa de mi padre y no me es posible dejarla... Muger sin ventura, tú insististes por no abandonar este albergue, é inútiles fueron las armas de la persuasion y mis ruegos encarecidos. Pronto tu padre dejó esta miserable vida, tu madre no tardó en seguirlo y en breve fallecieron todos tus parientes..... Ahora se acerca el momento de mi propia muerte, y dentro de algunos instantes habré dejado mi mortal despojo á la tierra, pues no me es posible salvar una vida vil y criminal dejando perecer en mi lugar á uno de los mios..... Muger piadosa, tú á quien yo venero como á mi propia madre, casta esposa llena de bondad y abnegacion, enviada por los dioses para ser mi compañera en este mundo y mi sosten durante este penoso tránsito; tú, mi soberano bien, madre de mis hijos, encanto de mi

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

existencia, perezca yo mil veces, antes que entregar á la muerte á una consorte tan buena é inocente.

« ¡ Y mis hijos ! ¡ y mi hijo menor ! ¿ Cómo podré consentir en ver morir á esa tierna criatura cuyo rostro risueño aun no cubre el mas ligero bozo?

« ¡ Y mi hija, que el mismo espíritu de Brama formó para ornar la casa de un esposo! ¡ Mi hija cuya pureza hace partícipe en cierto modo de su virginidad tanto á mí mismo como á mis antepasados ! ¡ Mi hija tan inmaculada como el dia en que vió por primera vez la luz, y cuyo seno anida una larga posteridad de mundos! No, no, jamas podré abandonarla.

« Pero si me inmolo á mí mismo, no puedo sin despedazar mi corazon tomar el camino del otro mundo, pues ¿ cómo vivirán si yo les falto? ¡ Oh abismo de ansias y dolores ! ¿ Dónde hallaré un asilo para mí mismo y los mios? ¡ Ah ! mas vale sucumbir todos juntos. »

II

Aquí acaba el primer canto; el segundo se abre por un discurso sublime, patético y sentencioso de la muger quien, siguiendo un rumbo opuesto al de los amigos de Job, procura consolar á su marido y convencerlo de que á ella sola toca morir en su lugar. Para tener una idea de la santidad de sentimientos que anima á la India primitiva, seria necesario leer este admirable apóstrofe de la matrona á su esposo anciano :

« Cesa de lamentarte, le dice, como un ente de vulgar estirpe, pues todos humanos siguen la senda de la muerte. ¿ Acaso es compatible con la dignidad del hombre el quejarse del deber que le incumbe desde que ve por primera vez la luz? El bien de su alma le hace desear una esposa y una hija, ¿ y acaso te las negó naturaleza? Modera tu dolor, que á mí toca ofrecerme al homicida : tal es el deber de una consorte fiel que anhela vertir risueña la vida por la dicha de su esposo. Una vez cumplido el sacrificio, respirarás pacífico en este mundo, mientras que yo satisfecha de haber cumplido con mi deber, viviré eternamente en el cielo. Te he dado todo lo que puede dar una muger á un hombre : su amor, un hijo, una hija. Cumplida está mi deuda, á tí te toca alimentar y proteger á esas pobres criaturas, pues mi sexo me hace incapaz de desempeñar semejante mision..... Tal como las aves hambrientas abaten su vuelo en un campo cubierto de simientes, así los hombres se acercan de una pobre muger privada de su esposo..... Si con sus solicitaciones me asedian, ¿ seré culpable de mantenerme siempre en esa rectitud de conducta que debe seguir toda alma virtuosa?... Y esta doncella, la sola de su raza, la vírgen pura de toda mácula, ¿ como podré conducirla en la senda ilustrada por su padre y abuelos? Tal vez llegará á ser víctima de esos hombres perversos que no respetarán á su madre, á quien apartarán deseosos de conocer los misterios de las santas Escrituras veladas para los ojos profanos ; y, si defenderla intento,

me la arrancarán por la violencia como las garzas arrebatan las primicias de los sacrificios dejadas en el lugar desierto..... ¡Ay de mí! nuestros dos hijos perecerán sin su madre, como los peces privados de agua en el cauce exhausto.

« ..... He probado las felicidades de esta vida, he cumplido mi destino, te he dado una posteridad.

« ..... Si llego á morir, hallarás otra madre para tus hijos, pues no es crímen para el hombre formar otro enlace, mientras que las mugeres al contraer nuevas nupcias, cometen un delito nefando. Sálvate, salva á tus descendientes, salva á tu hijo y á tu hija.... »

Tal habló la admirable matrona: su esposo la aprieta contra su corazon, y sus lágrimas confundidas manan lentamente de sus ojos como un arroyo que recibe dos corrientes diversas.

III

El canto tercero consiste únicamente en la lucha de abnegacion entre el padre, la madre y la hija, que reclaman á porfía el derecho y el deber de morir por salvar á su familia.

« Sola os salvaré á todos, dice la doncella; ¿de que servimos en esta tierra sino para sacrificarnos por nuestros padres? Aquí en este mundo, ó mas allá en la otra vida, expia el hijo las culpas del autor de su existencia; ¿y acaso no lo llaman los libros

sagrados el salvador del alma de quien le dió el sér? Mi hermano es un niño de edad demasiado tierna para comprender el valor de sus acciones y palabras. Si tú nos dejas para llegar á la celestial mansion, oh madre mia, esta flor inocente se marchitará en su tallo; y si al cielo sube antes de tiempo, nuestros antecesores privados del sacrificio que les debe, recibirán no poco perjuicio. Así conservando tu vida, padre mio, salvas á la vez á mi madre, á mi hermano, y los sacrificios se renovarán perpetuamente en la familia... Tu hijo es tú mismo, tu esposa es el alma de tu alma, sola tu hija es la ocasion de tus sinsabores. ¡Ah! permíteme morir por tí y por ellos, piensa que horrible situacion debe ser la nuestra si despues de tu muerte nos fuese necesario mendigar el pan y disputar á los famélicos perros el resto de los festines. »

IV

Tales palabras redoblan el dolor y los sollozos del padre, de la madre y la hija. A este espectáculo se conmueve el alma del niño, su corazon sangra al ver las lágrimas cuya causa no comprende, y anticipando por su emocion la edad en que podrá defender á sus padres y hermana, balbucea, dice el poeta, estas palabras apenas articuladas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

« No llores, ¡ó padre mio! no llores, ¡ó madre mia! ¡no llores, hermana! »

Y blandiendo en su mano el tallo de una yerba que acaba de coger:

« Esto me bastará, esclama, para matar al gigante que devora á los hombres. »

Astianax, en Homero, al jugar con el penacho del yelmo de su padre, destinado á morir á manos del desalmado Aquiles, no presenta espectáculo mas ingénuo, ni contraste mas patético. Pero el grito del niño del bramino, deseoso de combatir con el tallo de una yerba al gigante homicida, vibra y penetra con mas energía en el corazon del lector. En efecto, Astianax juega con la muerte que no ve, mientras que el hijo del bramino la arrostra y reta para salvar á su padre; así el impulso que al niño impele es algo mas que el instinto, y merece ser llamado la abnegacion de la ternura y el santo heroismo del amor. Homero es tan solo pintoresco, mientras que el poeta de la India es espiritualista.

Así el sentimiento que invade al lector al leer á Homero es la admiracion, al paso que un olor de santidad cunde y se esparce de las páginas del poeta oriental.

Este poema, que ha sido traducido parcialmente de la lengua sagrada de la India, se termina por la abnegacion de los huéspedes del bramino, el rescate de la familia y el castigo del tirano.

Pero ahora vamos á comentar juntos una obra maestra de poesía á la vez épica y dramática, que

reune en una sola accion la gracia pastoral de la Biblia y la energía patética de Esquiles. Este monumento prodigioso lleva el nombre de *Sacúntala*.

V

Si deseais juzgar de la impresion que en mí produjo este poema incomparable desenterrado de una lengua muda y muerta hace tantos siglos, escuchad las palabras con que nos pinta M. Chézy el efecto que determinó en su imaginacion la lectura del poema oriental, advirtiendo que M. Chézy era erudito, mientras yo tan solo poeta, y hay mayor mérito en conmover la ciencia que el sentimiento. Yo mismo no llegué á creer en la realidad de los motivos que causaron mi entusiasmo, hasta que lo ví reflejado en el corazon de un hombre científico.

« Jamas olvidaré la pasmosa impresion que en mí produjo la lectura del drama de Sacúntala, cuando hace ya unos treinta años cayó en mis manos la traduccion inglesa de esta obra maestra por el célebre W. Jones; pero al ver tanta delicadeza, tanta gracia y una pintura tan amena de costumbres que parecen darnos una idea del pueblo mas urbano, mas moral y mas inteligente de la tierra, no podia menos de preguntarme á mí mismo: ¿se halla eso en el original, ó bien no pasa

todo de una viva ilusion procedente de la brillante fantasía del traductor?.

« ¿Qué podia hacer en semejantes circunstancias para salir de mi duda? Un solo medio se ofrecia á mi pensamiento, y era aprender el sanscrito, idioma seguramente el mas admirable de todos los conocidos, pero al mismo tiempo el mas difícil, y cuyo estudio no facilitaba en aquel entónces ninguna obra elemental; pues si la biblioteca nacional de Paris poseia á la verdad un ensayo informe de gramática, manuscrito compuesto, segun tengo entendido, por algun misionero portugués y reducido al mero paradigma del verbo sustantivo adecuado á las declinaciones, juntamente con un vocabulario de Amara, bien me constaba que en esta obra apenas bosquejada hormigueaban los errores mas groseros y un método tan confuso, que, en vez de simplificar, volvia mas intrincada y espinosa la senda del principiante. Así pasáronse años antes que pensase recurrir á semejante medio, y este primer gérmen del deseo depuesto en mi ánimo por la lectura misma de Sacúntala, permaneció sepultado en la mas profunda inaccion.

« Entretanto, gracias á las sagaces y laboriosas investigaciones de los sabios ingleses, adquiria cada dia mayor celebridad la literatura sanscrita, cuando las interesantes memorias de esclarecidos personages consignadas en la primera recopilacion de las *Asiatic-Researches*, acabaron por despertar mi curiosidad, en términos que un dia (á últimos del año de

1806) resolví procurar comprender algo en la indigesta compilacion citada, y en consecuencia empezé por el alfabeto.

« Despues de algunos meses de un trabajo asíduo, conseguí formarme una idea algo clara del sistema de declinacion y conjugacion sanscritas, como igualmente del modo no menos ingenioso que complicado que preside á la ortografía de las palabras de este idioma. Inmediatamente despues, procuré aplicar fructuosamente estos elementos á la lectura de algun manuscrito, pues no existia á la sazon ningun texto impreso, salvo el de la Hitopadesa, que aun no habia pasado en el continente. Pero la traduccion de esta obra curiosa por el Nestor de la literatura sanscrita, el célebre Wilkins, se hallaba ya hacia tiempo en manos de todos los sabios; y como la Biblioteca del rey poseia un manuscrito del original sanscrito, tal fué naturalmente el texto que adopté, sirviéndome para decifrarlo, en guisa de diccionario, de la traduccion inglesa.

« Con dificultad podrá tener una idea el lector de los esfuerzos reiterados que me costó el poder comprender, aquí y acullá, algunas palabras; despues algunas frases aisladas, y por último pasages enteros; pero lo que no alcanzará á figurarse es el placer que trasportó mi imaginacion cuando llegué á la inteligencia completa del texto. . . . . .

. . . . . .

« Aunque hubiese llegado á cierta maestría en lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tocante á la gramática y prosodia, no me atreví á emprender de nuevo la lectura de Sacúntala antes de prepararme á esta empresa por la lectura de otros poemas menores, mas difíciles de cuanto habia leido hasta aquel entónces, si bien por su brevedad ofrecian una tarea menos dificultosa. Afortunadamente no me abandonó mi perseverancia, y, sin desmayar un momento, resolví á últimos del año de 1813 vencer los solos obstáculos que aun obstruian mi senda, hasta que me creí en estado de poder publicar la traduccion de obra tan admirable, sino con toda la perfeccion deseable, á lo menos con la conciencia de no haber descuidado precaucion alguna para acercarme en todo lo posible de mi modelo.

« Plazca al cielo, añade el ingenuo traductor, que no me haya forjado esperanzas quiméricas ni engreídome con falaces visiones al emprender obra tan estensa como concienzuda, de cuya pena me indemnizará completamente la estimacion de algunos amigos sinceros y amantes de las letras.

« Ya se hallaba impreso mi texto, cuando á la noticia de la publicacion de las *Obras maestras del teatro de la India* por el docto Wilson, temí que, en el momento mismo de su aparicion, fuese eclipsada mi Sacúntala por una rivalidad tan peligrosa, y que infructuoso quedase el todo cuidado que habia empleado en hacer notar sus encantos. Leí las piezas en la traduccion inglesa, pero no tardé en ver disipados mis temores, pues si semejantes opúsculos merecen el nombre de obras maestras del teatro de la India, Sacúntala puede reclamar en mi concepto el dictado de obra maestra de las obras maestras.

« En efecto, salvo ciertas escenas de Vasantasena notables por una sensibilidad candorosa, y algunas situaciones atractivas sobremanera en el drama de Urbasi, las demas piezas de esta coleccion no pueden ni por asomo competir con Sacúntala.

« En cuanto á los que han querido asimilar este drama á una mera egloga ó pastorela análoga á las almibaradas novelas de Florian, en que se entregan á sabrosas pláticas los discretos zagales mientras triscan los traviesos y peinados corderillos, no podemos menos de convenir con estos señores que el primer acto recuerda en efecto este género de poesía, ofreciéndonos un modelo del idilio tal como fué concebido por los mas grandes poetas bucólicos de la antigüedad; pero, prescindiendo de esta consideracion, quisiéramos que nos dijesen nuestros críticos en que pastorela cualquiera encontraron tanta sensibilidad patética, tanta nobleza, tanta elevacion de sentimientos, sobretodo en el cuarto acto, que en nuestro concepto llega al punto mas culminante de perfeccion.

« Tal vez algun ánimo mohino, al notar la falta de tiempo y lugar que se nota en este poema dramático, fulminará el terrible anatema de romanticismo, ignorando ú olvidando que esta composicion remonta á medio siglo antes de nuestra era; no obstante, en favor de la pureza eminentemente clá-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sica de su estilo y de la naturalidad esquisita con la cual se hallan trazados los diversos caracteres que le imprimen la vida, le rogarémos que mitiguen algun tanto el rigor de su fallo y se dignen admitir esta obra maestra entre las mas decollantes del espíritu humano, bajo la denominacion de clásico-romántica, deseándoles benevolamente su humilde traductor la gloria de componer otra igual. »

VI

Continuemos nuestra exposicion : mi impresion personal no cedió por la viveza y avasalladora plenitud á la del traductor, cuando vieron por primera vez mis ojos el drama de Sacúntala ; y me figuré encontrar reunido en un solo poeta primitivo el triple genio de Homero, Teócrito y el Taso. El poema, originalmente épico, llegó á ser dramático bajo la pluma de Kalidasa su segundo autor. Empezemos por dar una reseña abreviada de este suave episodio del Mahabarata, escrito con una fuerza é ingenuidad que al mismo drama superan. En las obras de la India, como en las de Grecia é Italia, el carácter por decir así *granítico* de los primeros poetas, posee un laconismo que parece amoldado en la misma naturaleza, laconismo que muestra el pensamiento en toda su desnudez y pujante musculatura, desprovisto de trage inútil y ornamento parásito. A medida que envejece, se afemina la poesía : á Job sucede Séneca, á Homero el Taso. Este esmero excesivo,

este aderezo, este primor, esta afeminacion de la diccion poética á medida que adquiere mas refinamiento la sociedad, no son menos notables en los escritores de la India que en nuestros dias. Mientras mas se aleja de la naturaleza primitiva, mas se corrompe el arte, en términos que el esfuerzo supremo de la literatura perfeccionada es remontar á la sencillez primitiva, al manantial mismo del sentimiento; y por esta razon en muchas lenguas la palabra antiguo es sinonimo de bello. En efecto la poesía brota, con explosion prodigiosa de sávia, del seno de la barbarie, en el momento mismo en que civiliza esta misma barbarie; despues se corrompe alejándose de la naturaleza inicial, y cuando deseamos volverla hallar en toda su plenitud y belleza, nos vemos obligados á buscarla en su misma cuna.

VII

Estas observaciones se hallan plenamente justificadas en la India no menos que en Europa por el carácter gigantesco de las poesías primitivas, comparadas á la degeneracion de las épocas mas recientes. Basta una mera inspeccion, al comparar el poema antiguo de Sacúntala con el drama comparativamente mucho mas moderno que lleva este nombre, para convencerse del carácter de noble virilidad que distingue á las obras antiguas y la afectacion remilgada de los tiempos modernos. Trazemos de un modo breve el plan del poema :

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La India entera obedecia al cetro de Duchmanta, descendiente de reyes cuyo orígen remontaba á los tiempos inmemoriales. Los vasallos eran obedientes, religiosos, apacibles é idólatras de su soberano, en cuyos vastos estados prodigaba natura sus dones. Así fecundantes lluvias, en la estacion mas oportuna, regaban la tierra pingüe, cuyo seno feraz, sin ser despedazado por la esteva, producia en abundancia los frutos mas sabrosos, mientras que en los verdes prados pastaban numerosos rebaños para abastecer al hombre del tributo de su leche.

El amor y admiracion de todo el pueblo se concentraban en el jóven monarca, sin igual para sujetar un caballo brioso, domar un elefante ciego de furor, enristrar la lanza, esgrimir iracundo la clava, despedir el venablo, ó blandir la cimitarra homicida.

Un dia, acompañado de un numeroso ejército de infantes, caballos, elefantes y carros, resolvió internarse en un bosque espeso para entregarse al placer de la caza. A medida que se avanzaba en medio de la turba vocinglera, resonaban las belicosas aclamaciones de los guerreros veteranos, los ruidosos clamores de los soldados visoños, el sordo retumbar del parche, el agrio son del clarin, el ronco estruendo de los carros, el prolongado relincho de los caballos y el grito agreste de los elefantes; al paso que una multitud de mugeres anhelosas de ver al jóven héroe en todo el aparato de su grandeza, acudian á las ventanas y balcones vecinos. « ¡Oh!

es el intrépido Vasú, esclaman transportadas de alegría. El mismo Indra armado de sus rayos se avanzaria con menos esplendor. » Y millares de manos graciosas prodigan sobre la cabeza del héroe una lluvia de flores, mientras que los virtuosos braminos levantando los brazos al cielo, procuran atraer sobre el monarca los favores de Brama (el dios de la India, el dios criador).

Un séquito numeroso de ciudadanos de todas clases siguió hasta el bosque á su querido soberano, cuyo carro rapidísimo lo condujo á regiones impenetrables á la luz, morada en que todo inspiraba un religioso terror. En soledad tan adusta, cuya yerba nunca dobló el pié del hombre, y cuya arena jamás vió estampada la humana huella, pacia el elefante agreste, rugia famélico el leon, ó acechaba su presa el tigre oculto entre los arbustos. Acosadas en su asilo, las fieras se precipitan rabiosas sobre los cazadores encarnizados en perseguirlas; y éstos tienen necesidad de toda su astucia y vigor para acabar con la vida de tan tremendos enemigos.

Duchmanta es el primero que da el ejemplo de intrépida audacia. Mas de un tigre furioso cae bajo el peso de su clava ó atravesado por sus flechas. Hostigados por do quier, y cubiertos de sudor y espuma, refúgianse los leones y elefantes en las cercanías de las aguas para apagar el fuego que los devora, pero la mayor parte sucumbe de fatiga en las márgenes del arroyo, y mueren arrojando horribles aullidos. Impelidas por la desesperacion, vuelven

otras la cabeza y acometen frenéticas á sus enemigos, á quienes huellan bajo sus plantas, ó envuelven en sus trompas; y aquel bosque tan ruidoso y animado, presenta el aspecto de un funesto campo de matanza, inundado de sangre y cubierto de fragmentos de lanzas rotas, de masas, arcos, flechas y restos de toda especie.

VIII

Estimulados por el hambre, destazan los cazadores un cierto número de ciervos y otros venados que, escapados al diente y á la garra de las fieras, habian caido bajo sus golpes. Luego asan sus carnes, las trinchan, satisfacen su apetito y se entregan á algunas horas de reposo.

Pero pronto Duchmanta da la señal de la partida, prosigue su marcha, y, despues de haber atravesado una llanura estéril, entra con su comitiva en un segundo bosque cuyo aspecto contrasta con el del primero. En vez del rugido del leon y el grito ronco del tigre que hielan de espanto la sangre, resuenan en los oidos de los viageros el bramido lejano del ciervo, el canto de las aves, el zumbido de la abeja, y esos miles susurros de la soledad que vierten balsámico consuelo en el pecho del cuitado. Los árboles

mas vistosos entrelazan con gracia indecible sus ramos doblados bajo el peso de las flores y frutos, mecidos voluptuosamente por el céfiro cuyo soplo suave perfuma el ambiente que envuelve al mullido llano alfombrado de césped y esmaltado de flores, en el cual se agitan las Gandarvas y las Apsaras (ninfas de la mitología de la India), jugando incautas y rivalizando á porfia de gracia y juventud.

IX

El héroe se interna con delicia bajo las bóvedas formadas por la enramada, en las cuales se quiebran los rayos del sol, filtrando indecisos por aquella misteriosa soledad en que sopla una brisa que olorosa refresca el rostro del viagero. El príncipe llega á las floridas márgenes de un arroyuelo que desciende tortuoso y cristalino de las cimas del Himalaya, y descubre una floresta sagrada que cobija la ermita de un santo anacoreta llamado Canua, célebre en todo la India por su sabiduría, espíritu profético y acendrado ascetismo. De trecho en trecho, veiase elevarse al cielo, por entre los árboles, el humo de los sacrificios, envolviendo á grupos de braminos, sacerdotes y religiosos, que platicaban sobre los misterios, ó cantaban en verso las proezas his-

tóricas de los antiguos héroes, mientras que otros ascetas se entregan, con el objeto de llegar á la perfeccion espiritual, á contemplaciones extáticas, ó á penitencias que domeñan y aniquilan la carne.

X

Lleno de admiracion y respeto se avanza el héroe á la ermita de Canua, y lo llama en alta voz. Ausente se hallaba el anacoreta; pero su hija, la bella Sacúntala, sale á la voz del desconocido, y reconoce al monarca.

Llevaba la doncella el trage de una jóven religiosa consagrada al culto de la divinidad, bajo la direccion del santo anciano; su hermosura casi divina deslumbró y fascinó el corazon del príncipe.

— ¿Quién eres, oh vírgen celestial, esclama, y porque vives oculta en este desierto? ¿Dónde vistes por primera vez la luz, oh tú que resplandeces de beldad sobrehumana como glorioso vástago desprendido de tronco inmortal? Al verte por primera vez, me parece que un embeleso inefable derrite mi corazon.

« — Soy hija de Canua, replica trémula Sacúntala.

« — Pero Canua es un santo varon ocupado in-

cesantemente en domar la carne, repuso el soberano, capaz de morir antes que violar su voto de continencia. Tu respuesta cobija un misterio.

Entonces Sacúntala le confiesa la verdad, tal como la habia oido de boca misma del anciano hablando con un bramino errante á quien dió la hospitalidad. En efecto, no es hija de Canua, sino del célebre ermitaño Visamitra, cuya santidad escitó el celo de un dios secundario que aspiraba á sobrepujar en austeridad y perfecciones á todas las criaturas. Temeroso éste de tener que ceder al anacoreta Visamitra, le envia la mas bella Apsara (especie de Venus del cielo mitológico de la India), con el objeto de seducirlo. — ¿Quién... yo? « responde la criatura celeste al semi-dios » ¿Yo acercarme de ese anacoreta puro, severo y terrible, cuya frente fulgura como el fuego de los sacrificios, y cuyo rostro fruncido se muestra tremendo como el tiempo que todo lo destruye? No obstante obedeceré, ya que tal es tu deseo. Pero ayúdame en prueba tan peligrosa, manda tú mismo al dios del aire que juegue gracioso en los pliegues de mis vestidos y los hinche ligeramente cuando danze en presencia del bramino; haz que el amor le haga seguir mis pasos con ojos húmedos de deseos, y esparza el céfiro en torno los perfumes de la embriaguez. »

Tranquilizada por la promesa del dios que le promete socorro, « la divina bayadera, » dice el poeta, « baja en la tierra, se detiene no lejos de la cueva del solitario, y, fingiendo creerse sola, baila en una

llanura elevada de que puede ser apercibida por el austero personage. El hálito fragante del viento juega en los pliegues ondeantes de su trage, que excede en blancura y transparencia á los rayos del astro pálido de la noche.

« El bramino sucumbe á la tentacion, y una hija nace de su union con la bailarina celeste que un dios posee.

La Apsara, al subir al cielo, deja dormido á Vasamitra á la puerta de su cueva sobre un lecho de musgo esmaltado de flores.

Al irse á bañar al rio, apercibe Canua á la niña dormida en la ribera; mil aves trinan melodiosas y revolotean en torno de su cuerpo, agitando sus alas para dar sombra y frescura á la frente de la criatura divina. El bramino la toma en sus brazos, le busca una nodriza y la cria con la solicitud de un padre, dándole el nombre de las aves que se cernian en torno de su cabeza en el momento en que la recogió á la orilla de las aguas.

XI

Tal habia sido la narracion del ermitaño Canua, narracion que redobla la pasion de Duchmanta por una vírgen procedente de una raza divina. El monarca la ruega encarecidamente que lo tome por

esposo, sin aguardar el consentimiento del ermitaño. Sacúntala resiste, pero obedeciendo al mismo atractivo que al príncipe impele:

«—Pues bien, le dice con las mejillas encendidas por virginal pudor, si es verdad que al consentir en ser tu esposa sin la aprobacion de mi padre adoptivo, no peco contra la sagrada voz del deber; si como tú me lo aseguras (¿y como podrias engañarme, oh mi rey?) me cabe la libertad de disponer de mi corazon, escucha las condiciones que una doncella tímida osa imponer á su futuro esposo, soberano de la India. Si llega á nacer un hijo de nuestra union, empeña tu palabra real de reconocerlo como legítimo sucesor. »

El héroe presta el juramento exigido, toma en las suyas las manos de Sacúntala, y esta señal une para siempre á ambos esposos.

XII

Despues de algunos dias pasados en las fiestas y delicias del amor, toma el príncipe el camino de su capital y regresa el ermitaño despues de una larga ausencia. Sacúntala confusa tiembla de presentarse á su vista y declararle su matrimonio con el rey; pero el don de la profecía lo revela todo al anciano.

«—¡Oh muger mil veces dichosa» dice á Sacún-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tala, « el enlace que has contraido sin consultarme de ningun modo se opone á nuestras santas leyes. El hijo que debe salir de esta union será igual á su padre y dará orígen á una raza de héroes. »

Confortada por este perdon y esta promesa, libra gozosa Sacúntala al profeta del pesado canasto de frutos que acaba de recojer, vierte agua fresca para bañar sus fatigadas plantas, mientras que con voz cariñosa le suplica proteja á su esposo con sus preces y pida al cielo la gloria de sus descendientes.

XIII

Despues de esta primera parte, el poema se encamina rápido á la desventura y al desenlace. El hijo de Sacúntala crece en la ermita con todos los instintos y presentimientos de un héroe. Su infancia recuerda los juegos de Hércules en la cuna.

Entretanto el héroe, para probar á su esposa, finge olvidar á Sacúntala y á su hijo, y á este efecto no se vuelve á mostrar en los bosques vecinos de la habitacion del solitario. Este dice á su hijo adoptivo que ha llegado el tiempo de intimar al rey que cumpla su promesa, y proclame á su hijo sucesor en el trono. Una comitiva religiosa y santuosa en extremo acompaña á Sacúntala á la capital. Pero escuchemos al poeta :

« Aquí tienes » dicen los religiosos compañeros de Sacúntala, « á tu esposa fiel que llega del bosque sagrado, y desea presentarse con su hijo bello como los inmortales al rey su esposo.

Duchmanta hace un signo de asentimiento.

La madre teniendo á su hijo por la mano, se avanza con una timidez llena de gracia.

« — ¡Oh rey! le dice » ha llegado el tiempo en que debe ser ungido el fruto de nuestra union : cumple con tu palabra. ¡Oh tú, caudillo y modelo de los humanos! acuérdate de los lazos indisolubles que nos ligaron, acuérdate de la ermita de Canua.

El rey finge haberlo olvidado todo. Sacúntala se perturba, se indigna, vacila, se desmaya y recobra sus sentidos.

« — ¿ No existe en tí, « le dice, » un juez oculto ? ¿ Como puedes creerte solo al cometer el mal? El sol, la luna, el fuego, el viento, la tierra, el firmamento estrellado, el vasto ámbito de los mares, el dia y la noche, la aurora y el crepúsculo, todos los elementos son testigos de las acciones mas secretas del hombre : si no ha obrado contra la voz interior de su conciencia, el juez incorruptible le hace gozar de una felicidad eterna ; pero, si sofocando esta voz, se entrega al crímen, se verá condenado á los mas terribles castigos. »

Es preciso reconocer que, en semejantes circunstancias, este discurso es intempestivo ; pero, en los poemas de la India, las situaciones patéticas, mas que á desplegar el vuelo de las pasiones, sirven para

la exposicion de la alta moral que, en el alma de los poetas orientales, avasalla á otro cualquier sentimiento. El grito que brota del corazon sangriento resuena mas en el cielo que en la tierra, y la naturaleza se absorbe en la religion.

XIV

« Escucha la voz de nuestros legisladores divinos, » prosigue magnífica si bien inoportunamente la esposa ultrajada; « acuérdate de lo que en sus inmortales cantos dicen de la muger, modesta compañera del hombre; acuérdate de lo que dicen de esa criatura que prolonga la existencia del esposo en el hijo que le da, en ese hijo al cual debe el rescate de sus antepasados. La muger es la mitad del hombre, su tierna amiga, cuya voz suave y cariñosa sabe disipar el fastidio de su soledad; su consoladora en las penas que erizan la espinosa ruta de la vida; y, á la muerte de su esposo, ¡con qué santa abnegacion se precipita risueña en la fúnebre hoguera, resuelta á no separarse de su consorte amado, y seguirlo vivo ó muerto tanto en la region del gozo como en la de la angustia! Mas religiosa que su esposo, á menudo aviva en el corazon de éste una débil chispa de virtud que iba á apagarse, salvándolo á pesar suyo

y atrayendo sobre su cabeza las bendiciones de Brama.

« No, no hay espectáculo mas tierno que el de un hombre respetable rodeado de su muger y numerosa familia. ¡Qué sublime transporte lo arrebata cuando reconoce su viva imágen en las criaturas inocentes! ¿Puede darse mayor delicia que la de un padre que abraza y besa, en un momento efusivo de ternura, al hijo que se precipita en su seno, por mas lleno de polvo que se presente?..... ¿Como puedes apartar la cabeza de este niño tierno, tu propio hijo, en el momento mismo en que sus hermosos ojos en tí se fijan con tanta efusion? La hormiguita protege sus huevos y no los rompe, y tú, sér dotado de sentimiento y virtud, ¿cómo puedes dejar de amar y proteger al tierno infante que tú mismo formastes? Permite que esta débil criatura, cuyo corazon late involuntariamente al verte, abraze á quien le dió la existencia, y dé un ósculo á su faz con sus húmedos labios, pues no hay en la naturaleza sensacion mas deliciosa que el contacto de un niño.

« Todos los padres distantes de sus hijos, se regocijan á su vista; ó por mejor decir, no cesan un momento de tenerlos presentes á su memoria: tú solo permaneces insensible á este impulso universal de la naturaleza; tú solo eres capaz de oir sin conmocion interior estas palabras patéticas que, en nombre del padre, pronuncia el bramino al nacimiento de un hijo:

« — ¡ O tú que provienes de todas las partes de mi sér, fruto precioso de mis entrañas, mi alma misma, puedas vivir cien años ! En tí reposa el cuidado de mi existencia, de tí depende la perpetuidad de mi raza. ¡ Vive pues dichoso, hijo mio, durante cien años !

« — ¡ Ay de mí ! un cazador desalmado me sedujo y abusó de mi inocencia en el santo retiro en que incauta respiraba... Mi madre, despues de haberme concebido del gran Visamitra, me abandonó en las desiertas orillas del rio Malini... ¿ De qué culpas, oh dioses, me volví culpable en mis generaciones pasadas, para ser tratada de un modo tan cruel, y haber sufrido tamañas injurias tanto de la que me dió el sér, como de tí mi seductor?

« Sometida á mi funesta destinacion, vuelvo á ocultar mi dolor en el seno de la sacra floresta en que viví en otro tiempo feliz ; pero este tierno niño que es tu hijo, el cielo te veda abandonarlo. »

A pesar de tan tiernas palabras continua la prueba, hasta el momento en que una voz procedente del cielo anuncia que la misma Divinidad interviene para proclamar en presencia de todo el pueblo la inocencia, el amor, la legitimidad de la esposa ; y el héroe confiesa que ha empleado este estratagema para convencer á su pueblo de la belleza, virtud y derechos de Sacúntala á su mano, y obligar en cierto modo al mismo cielo á decretar la felicidad de tan admirable muger y hacerla respetable á los ojos de los hombres.

XV

Veamos ahora como algunos siglos mas tarde, otro poeta de una época mas refinada, supo convertir en drama este gracioso y tierno episodio, como la barra de oro que reduce el arte en láminas tenues ó hilos sutiles, aumentando su superficie á trueque de su resistencia y profundidad.

Pero el analísis y citaciones de este poema teatral bastarán para dar una idea del grado de perfeccion al cual, en los tiempos que llamamos primitivos, y en pueblos desconocidos antes de la época histórica de nuestra Europa, habia llegado el arte dramático en la Península que riega el Ganges caudaloso.

La representacion se halla precedida de un prólogo dialogado entre el director del teatro y los principales actores que deben desempeñar un papel en la pieza.

La escena representa un bosque á orillas del rio Malini ; el jóven príncipe Duchmanta, montado en un carro conducido por un escudero, aparece á lo lejos con un arco en la mano, persiguiendo á un jóven cervatillo que huye ante sus briosos alazanes.

« — ¿ Ves « dice el príncipe á su escudero en versos tan armoniosos como los de Racine, y en un

idioma tan ingénuo y lleno de imágenes como el de Homero; » ves como corre veloz ese lindo animal que tanto espacio nos ha hecho recorrer? ¿Ves con qué gracia inclina su flexible cuello, para echar una mirada furtiva en el carro rápido que lo persigue? Temeroso de la flecha, cuyo silvido oye de antemano, mira como encoge y contrae sus delicados miembros. El sendero que huella su hendida planta se encuentra tapizado de mullida césped y tiernos vastagos, que medio ramoneados se escapan de su jadeante boca. Sus saltos son tan ligeros y precipitados que apenas doblan sus pies la yerba... Deja completamente las riendas.

En consecuencia vuela el carro á todo escape.

« Mira, » « responde el escudero al príncipe, » como estos nobles bridones avanzan sus pretales humeantes desde que las riendas han cesado de contener el ímpetu de su carrera! ¡Qué torbellino de polvo dejan bajo sus plantas, sin que ni aun siquiera toque el látigo sus espumosos lomos! Sus penachos que recientemente tremolaban sobre sus frentes, parecen actualmente inmóviles por la resistencia del aire que hienden veloces, resbalando mas bien que corriendo en el llano salpicado de flores, con las orejas rectas y surcadas de venas.

« — Los objetos que á lo lejos diviso, fácilmente los alcanzo, responde el príncipe; y con tanta celeridad los dejo atrás, que puedo decir que para mis ojos nada está lejos ni cerca. »

XVI

Mientras que rueda veloz el carro al encuentro de una gazela que pone en fuga el ruido, un grito de espanto resuena entre los matorrales; el escudero aprieta las riendas, cuando un bramino se muestra con manos unidas en señal de súplica y clamando anheloso: « No hagais mal á ese pobre animal. »

« — ¡Oh rey! continua el anacoreta; esta linda gazela domesticada pertenece á la ermita... ¡Oh! no la mateis.

« — Deten á los caballos, manda el monarca al escudero que murmura. »

« — Sí, gran príncipe, « continúa el santo varon, » esta gazela ha sido criada en mi soledad. ¡Aparte el cielo de su hijar el venablo del cazador! En un cuerpo tan tierno, una flecha seria como la llama en un copo de algodon. ¿Qué viene á ser la existencia fugitiva de esta pobre criatura, comparada á la punta acerada de vuestros dardos?

« Vuelve á colocar en la aljaba tu tremenda saeta, que las armas de los reyes deben proteger al débil y no dar la muerte al inocente. »

DUCHMANTA, con respeto.

Ya está metida de nuevo en mi aljaba.

(En efecto la introduce.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL BRAMINO, gozoso.

¿Era acaso menos de esperar del noble descendiente de Purú, de un monarca tan cumplido? No, no desmentís la ilustre sangre que en vuestras venas corre... ¡Pueda concederos el cielo un hijo dotado de todas las virtudes, un hijo digno de reinar un dia en toda la tierra!

EL DISCIPULO.

¡Pueda el cetro de vuestro hijo extenderse á ambos mundos!

DUCHMANTA, con respeto.

Con reconocimiento acojo el voto de tan venerable ermitaño.

AMBOS BRAMINOS.

Ocupados nos hallamos en coger leña en este bosque; pero en las márgenes del Malini, podreis divisar el solitario albergue de nuestro maestro espiritual Canua, en el cual habita éste con Sacúntala, depósito precioso que le ha confiado el hado. Si otros quehaceres no os reclaman, dignaos, oh príncipe, entrar en ese sagrado asilo en que lograreis la mas cordial acogida. Al ver las austeridades increibles que se infligen los anacoretas, podreis juzgar si merecen ó

qué motivo ha podido determinar á emprender un viage tan penoso, en busca de un bosque consagrado á la mortificacion de la carne, á una persona cuyos modales acusan la hidalguía y la opulencia?

SACUNTALA, aparte.

No palpites así, corazon mio, que todos los pensares violentos que en tí tumultuosamente se agitan, sabrá dirigirlos mi querida Anasuya.

DUCHMANTA, en sí mismo.

¿Qué partido tomar? ¿conviene declararme, ú ocultar mi rango?

Despues de un intérvalo de reflexion, declara que es un peregrino devoto, lector asíduo de los Vedas, deseoso de visitar al santo anacoreta que mora en esa soledad, retirado del mundo. Al mismo tiempo, se informa con maña del nacimiento estraño de Sacúntala, de las causas de su residencia en la ermita, y llega á saber que procede de la union de un santo con una divinidad secundaria. En consecuencia, se abandona con seguridad á la pasion que le inspira.

« ¡Oh! dicha « esclama en líricas estrofas, » ahora « puedo dar libre curso á mis deseos. Regocíjate, « corazon mio: lo sospechado apenas se ha tro- « cado en certidumbre, y lo que te amedrentaba « hace un instante como el mismo fuego, es una dá-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

« diva del mismo cielo con que puedes actualmente « engalanarte como con la joya mas preciosa. »

Sacúntala escucha estos versos y se sonroja de pudor.

« Es necesario que me retire, « dice á su compañera, » pues debo trasmitir á nuestro venerable superior Gutani, las palabras de tan amable huésped.» Sus amigas procuran retenerla bajo el pretexto que sus arbustos predilectos exigen aun sus cuidados, pero el héroe toma el partido de Sacúntala.

« Dejad libre á vuestra amable compañera, « les dice, « pues rendida debe hallarse del trabajo que le cuesta el cultivo de sus plantas favoritas. ¿No veis cuán fatigadas se hallan sus bellas espaldas por el peso de la regadera que acaba de deponer? La sangre acude á la palma de su delicada mano, su respiracion inquieta anuncia la fatiga, el sudor humedece ligero el delicioso nudo que con tanto donaire prende las flores sobre su cabeza, mientras que con lánguida mano reune los rizos de sus hermosos cabellos, escapados de la desatada cinta. »

Sacúntala recibe un anillo del príncipe, y éste cree notar que el amor y la admiracion invaden el seno de la beldad. Poco despues, el acompasado galope de los caballos en el bosque, le anuncia que viene su séquito; y, temeroso de que sorprendido por sus palaciegos se vea obligado á declarar su rango, esclama dirigiéndose en lenguage vulgar al grupo femenino que le rodea.

« — ¡ Oh vírgenes piadosas de este solitario retiro ! No perdais tiempo en poner en seguridad los débiles animales que pueblan vuestro sagrado albergue, pues todo anuncia la llegada del rey Duchmanta que se entrega al placer de la caza.

Y, volviendo á tomar despues el idioma del verso como sucede en el drama cuando la expresion se eleva con el sentimiento á la descripcion, les dice:

« Ya recae en vuestros filamentosos vestidos, húmedos aun y suspendidos á las ramas en que acaban de secarse, un torbellino de polvo semejante á esas nubes de insectos que, con un rayo del sol, se abaten sobre los árboles del bosque...

« ... Precaveos sobre todo, oh piadosas ermitañas, contra ese elefante uraño y espantadizo que, acosado por la trailla de perros, difunde el terror en los ancianos, mugeres y niños. ¿ Veis cómo con choque terrible, acaba de romper uno de sus colmillos contra el tronco de un árbol que á su paso se oponia? Ahora se halla enmarañado en los entrelazados ramos de impenetrables enredaderas, que deseaba arrancar furioso. ¡ Ah ! qué funesta interrupcion ha ocasionado en vuestros sagrados ritos ! ¡ Cómo ha puesto en fuga el disperso rebaño de vuestras tímidas gazelas !

Sacúntala, al alejarse á pesar suyo para volver á la ermita, finge ser detenida por las espinas de los arbustos que se enredan en su trage, y el héroe se aflige en verso de la desaparicion de la muger que ama.

« — Voy, « dice, » á hacer acampar mi comitiva

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á alguna distancia en el bosque, para volver á ver á esa muger que domina mi corazon. En vano me esfuerzo en alejarme, pues si mi cuerpo lo efectúa, mi alma retrograda al objeto de mi amor como la flámula del estandarte que atras impele el viento.

XIX

En el segundo acto, discurre Duchmanta con dos oficiales suyos, uno de los cuales mandria y gloton en sumo grado, recuerda al Falstaff de Shakspeare, fingiendo el príncipe una repugnancia invencible por el sanguinario placer de la caza.

« — Agiten en paz los búfalos « esclama » el agua en que habrán apagado su sed; rumie tranquilo el grupo tímido de ariscas ciervas á la sombra de los árboles; muelan incautos las espadañas de los cenagosos pantanos los cerdosos jabalíes, repose mi arco con aflojada cuerda... »

Al mismo tiempo participa á sus confidentes que quiere morar algunos dias en tan apacible reclusion, y no se sacia de ponderar la peregrina hermosura de la jóven cenobita que domina su sér entero; pero pronto se arrepiente de su vano amor y esclama apostrofándose á sí mismo!

« — ¡ Oh insensato! ¿ Acaso no es la hija de un

anacoreta? ¿ De que me serviria continuar viéndola? ¿ Basta acaso tender el cuello y fijar la mirada en el astro plateado para obtener el delicado creciente de la luna nueva? Cuando medito en la omnipotencia de Brama, cuando recapacito todas las perfecciones de esa muger incomparable, me parece que, despues de haber reunido en su divina mente y combinado de modos miles todos los elementos aptos para reproducir las mas bellas formas, plugo al Autor de todo lo criado vertir sus tesoros infinitos en esa criatura sublime. ¿ A qué mortal en la tierra está destinada esa beldad sobrehumana, cuya frescura excede á una flor vírgen que exhala por la primera vez su perfume, á un tierno vástago que verde y risueño adhiere al tallo, á una perla intacta en la nácar en que reposa, á la miel pura de todo contacto humano.— ¿ Quién llegará á ser posesor de tal tesoro de virtudes? ¡ Ay de mí! yo lo ignoro.

« — ¿ Creeis ser amado? » le pregunta su favorito.

« — ¡ Amado! « responde el príncipe en versos elegiacos, » las jóvenes doncellas criadas en la soledad son naturalmente tímidas; no obstante esos ojos bajados con tanta modestia, esa sonrisa que yo mismo he sorprendido en sus labios, explicada con tan inocente maña por esa bella criatura, todo arguye un amor que, por el pudor contenido, sino se revela por entero, se deja adivinar en parte.

« Sí, signos evidentes me dió de su inclinacion para mi persona, en el momento de partir con sus dos jóvenes compañeras.

« Mirad, les decia recurriendo á una mentira inocente para poder detenerse algun tanto: en mi pié se ha clavado una espina águda que á mi marcha se opone. Y despues, apenas habia dado algunos pasos, volvió la cabeza hacia atrás fingiendo desprender sus vestidos de las ramas de un arbusto que de ningun modo los retenia, y todo por fijar en mí los ojos..... »

XX

Despues comparecen dos ermitaños compañeros del santo, y al ver al jóven desconocido, platican un momento ensalzando las ventajas de la vida religiosa para operar la salvacion. Uno de ellos reconoce en el huésped al monarca mismo.

« — No es de extrañar, « dice á su jóven compañero, » que, como la enorme barra de hierro cuyo peso asegura las puertas de su capital, este nervioso brazo bastase á someter la tierra, negro límite del vasto Océano; ni que, en las encarnizadas refriegas do pugnaron con sañudo teson, los dioses atribuyan al arco formidable de nuestro soberano no menos que á los rayos de Indra, las brillantes victorias que consiguieron sobre sus tremendos enemigos. »

Al decir estas palabras se acercan, é invitan respetuosamente al cazador á venir á habitar algunos

dias en la ermita. El héroe les da gracias por su oferta, mientras que batallan entre sí sus pensamientos y su corazon flota entre dos impulsos contrarios, esto es, entre el deber que lo reclama en su capital, y el deseo de no abandonar los lugares do respira Sacúntala.

« — La distancia de las regiones en que quisiera hallarme á la vez, tiene dividido mi ánimo, como las aguas de un rio cuando una roca se opone á su curso. »

XXI

El tercer acto se abre por una escena corta, en la cual las reclusas cogen plantas medicinales y componen pociones farmacéuticas para operar el restablecimiento de Sacúntala, á quien la fiebre postra en su celda.

La segunda escena se reduce á una larga y poética querella del tierno Duchmanta, quien deplora la dolencia del objeto amado y la pasion que avasalla su propio corazon. La poesía en esta escena ostenta la magestad del paisage y reviste las imágenes del delirio amoroso.

La fisonomía de Duchmanta expresa la congoja, y el héroe suspira al esclamar:

« — Sin duda, conozco todo el rigor que le im-

pone la vida religiosa, y me consta que se halla enteramente sometida á la voluntad de Canua; no obstante, tal como un rio que no puede remontar á su orígen, nada puede impedir á mi corazon precipitarse por el declive inclinado que lo impele fuera de su cauce. ¡Ah! ya lo veo: el rayo del iracundo Siva se encubre en mi seno, semejante á ese fuego misterioso que arde en lo mas profundo de los mares... mi corazon entero se consume abrasando voraz mi pecho... Pero ¿qué veo?

Ella viene de pasar por aquí... me lo aseguran estas flores diseminadas cuyos frescos cálices, aunque separados del tallo, conservan aun todo su brillo; me lo aseguran esos ramos nuevos cuya lechosa savia indica una herida reciente. ¡Qué aire tan vivificador se respira en este parage! ¡Con qué deleite todo mi cuerpo, consumido por la fiebre, recibe las caricias de esa brisa suave impregnada de las emanaciones del lotos, y de las ligeras gotas de un benéfico rocío procedentes de las olas sensibles apenas del Malini, que arrebató travieso en sus alas el melodioso céfiro.

(Mirando en torno.) « ¡O felicidad! allí bajo ese emparrado que esmaltan numerosas flores, reposa Sacúntala.

Sí, perfectamente distingo la huella que impreso dejó su ligero paso, la traza de ese pié tan pequeño y agraciado que amoldó en toda su perfeccion la arena.

« Miremos al través las hojas. » (Aparta el follage y esclama en un transporte de júbilo.)

« Mis ojos la ven, mis ojos contemplan ese hechizo que todo mi sér subyuga. Allí está con sus compañeras indolentemente reclinada en un lecho de flores. Oculto y palpitante, voy á gozar de su conversacion lleno del abandono voluptuoso.

XXII

Luego sigue una escena de deliciosa entrevista entre el héroe y Sacúntala, á quién sus compañeras han dejado sola á orillas del rio Malini. Ambos amantes se declaran recíprocamente su afecto. El héroe promete á la doncella que si consiente en ser su esposa, dividirá con ella el trono, y conferirá el título de heredero al hijo que de su union resulte.

« Tú me olvidarás, » le dice la jóven desposada. — « ¡Yo olvidarte! replica el héroe. En cualquier parte en que te conduzca el destino, nunca podrá borrarse tu imágen de mi corazon. Tal, al declinar el dia, se lanza á lo lejos la sombra descomunal de un árbol, aunque fijado á la tierra por sus raices. »

De repente se desprende el brazalete de Sacúntala; el héroe lo recoge, lo abrocha en torno del puño de su amada, y esclama:

« — Parece que, prendada de la gracia y blancura

de objeto tan lindo, ha abandonado el cielo la nueva luna, y encorvado las dos sutiles extremidades de su plateado creciente para abrazar con amor este brazo torneado. »

Un poco de polvo procedente del florido pólen del lotos, entra, impelido por el viento, entre los párpados de Sacúntala. El héroe le sopla suavemente el ojo, escena llena de candor é ingenuidad que recuerda una análoga de Dafnis y Cloe. Mucho siento que los límites de esta reseña no me permitan reproducirla por entero. Ambos amantes se separan al canto del ave nocturna que anuncia que la noche extiende su manto en la floresta.

XXIII

A pesar del cebo amoroso que lo retiene, parte el héroe para su capital, dejando á Sacúntala una sortija en que se halla grabado su nombre, mediante cuya prenda jura el príncipe reconocer á la esposa á quien dió su fé.

En el último acto, regresa al monasterio el santo anacoreta Canua, despues de una ausencia prolongada, y, de boca misma de Sacúntala, llega á saber la visita de Duchmanta, su amor, y la promesa de instituir heredero al fruto de su enlace, cuando

acuda la madre á presentar la sortija á su regio esposo.

Al mismo tiempo revela la jóven reclusa al anacoreta que unida se halla al príncipe por clandestinas nupcias aprobadas por la religion y las leyes, y que lleva en su seno una prenda de su union, futuro soberano del reino. Todo lo aprueba el santo varon quien colma de dádivas á su hija adoptiva, para ponerla en estado de reconducir dignamente á su esposo.

La descripcion de estos regalos de boda es tan pintoresca como poética. Las mismas divinidades invisibles cooperan con su tributo. Las compañeras de la jóven y donosa reina esclaman risueña.

« —Flotante en las ramas de un árbol descomunal, divisamos un velo celeste del mas puro lino, tan candido y tan brillante que parece la luz de la luna filtrando por entre los árboles, presagio seguro de la dicha que á Sacúntala espera. »

Otro arbusto destila una laca admirable, destinada á teñir de brillante escarlata sus delicadas plantas, mientras que por do quier manos hermosísimas, mas frescas y brillantes que las mismas flores, se muestran al través el follage, prodigando joyas tan numerosas como variadas, y dignas de brillar en la frente de una soberana.

PREYAMVADA, mirando á Sacúntala.

Tal vemos á la abeja dejar el tronco cavernoso del árbol toseo en que estableció su residencia, para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

venir á festejar la flor del lotos que la atrae por su miel aromática.

CANUA.

Por tan explícita proteccion, declaran los dioses que la fortuna del rey se halla desde este momento ligada á tu persona, y que para siempre la vas á fijar en su palacio.

(Sacúntala baja con modestia los ojos.)

El venerable anacoreta canta en verso su despedida y los votos que dirige á Sacúntala, su favorita:

« — Divinidades de este sagrado bosque, ocultas bajo la corteza de estos árboles que escogísteis por asilo;

« La muger que jamás mojó en la copa sus labios abrasados de sed, sin haber regado con agua pura y vivificante las sedientas raices de vuestros árboles favoritos; la que, por mera afeccion por estos mismos árboles, nunca osó despojarlos de la menor flor á pesar del gusto natural por tan seductores objetos; la que jamás sintió en su pecho una felicidad mas pura que la que irradia de los primeros dias de primavera, al ver los bosques matizados de flores; la bella Sacúntala os deja para ir al palacio de su esposo, y os saluda por la última vez.

« Haced que feliz sea su viage; que la sombra movediza de los grandes árboles le ofrezca en toda su

travesía un abrigo impenetrable á los rayos del sol; que un blando céfiro abanique su rostro, meza su cuerpo flexible y refresque su frente con el voluptuoso rocío procedente del lago apacible, cuyas cristalinas aguas cubren los azulados lotos; puedan sus piés delicados no hollar, en su plácida marcha, mas que el polvo de las flores, suave como la seda. »

Sacúntala no puede ménos de volver reclamada por su ternura por los animales favoritos que abandona.

« — ¡Oh padre mio! » dice al ermitaño, « cuando llegará á ser madre esta linda gazela cuyo pié no se atreve á aventurarse fuera de este santo retiro, y cuyo paso amaina el hijuelo que en su vientre cobija, no olvideis comunicarme tan plausible noticia.

« ¿Pero quién » continua la desposada « camina tras de mí y pisa mis faldas? »

EL ANACORETA.

Ya lo ves, hija mia: es tu cervatillo favorito, tu hijo adoptivo, cuyas heridas tantas veces curastes con bálsamo de ingudí, cuando á tí corria presuroso con los labios ensangrentados por las aceradas espinas del cusa. El pobre animalito no puede abandonar á su bienhechora, en cuyas manos comió tantas veces los sabrosos granos del siamoca.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SACUNTALA besando y acariciando al cervatillo con ojos húmedos de lágrimas.

¡Pobre animalito! ¿porqué profesas tanto cariño á una ingrata resuelta á abandonar el compañero de sus juegos? Pero pierde cuidado, pues del mismo modo que yo te recogí cuando perdistes á tu madre al nacer, ahora que de mi parte te cabe un segundo abandono, á nuestro buen padre toca prodigarte la mas tierna solicitud.

(Llora sin poder ir mas adelante.)

CANUA.

Enjuga tus lágrimas, amada hija, cobra aliento y contempla con ojo impávido el camino que vas á recorrer.

Si sorprendieses en tu párpado húmedo una lágrima trémula cuyo efecto seria tal vez el abandono de tu resolucion, disípala al momento mediante un noble esfuerzo. Piensa, hija mia, que en la senda desigual de la vida, la firmeza mas viril tiene que luchar á veces con las pruebas mas terribles, y que la victoria lleva el nombre de virtud.

SARNGARAVA.

Venerable ermitaño, seguramente os acordais de este texto de la sagrada ley: *Acompaña á tu amigo hasta que encuentres el agua.* Pues bien, ya veis que

estamos cerca del estanque; así separémonos y regresad á vuestra ermita.

CANUA.

Mira, amada Sacúntala, como todo sér, por poco sensible que sea, participa de la desolacion general que motiva tu partida.

En vano tendida tras una mata de lotos, reclama la hembra del chairavaca á su amante, el cual, con ojos fijos en tí, y abierto el pico de que se escapan filamentos de verdura, ni aun siquiera piensa en responderle.

SACUNTALA, estrechando en sus brazos el ermitaño.

¡Oh padre mio! ¿cuándo volveré á ver esta sagrada floresta?

CANUA.

Hija mia, cuando despues de haber sido durante años enteros, el objeto de la tierna solicitud de tu esposo, entregará éste el cetro al jóven héroe desprendido de tus entrañas, entonces podrás venir á fenecer tu vida ni envidiada ni envidiosa en este apacible retiro consagrado á la virtud.

(Sacúntala desaparece detras los cañaverales del estanque.)

Paris. — Imprenta de P.-A. Bourdier y C^a^, calle Mazarine, 30.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

no esos virtuosos solitarios que vuestro regio brazo mantenga siempre doblado el arco invencible.

DUCHMANTA.

Venerable bramino, ¿se halla en esta santa soledad el gefe de vuestro gremio?

AMBOS BRAMINOS.

No, príncipe, que acaba de partir para Somatirta con el intento de invocar á los dioses para que aparten de la cabeza de Sacúntala las desgracias con que la amenaza la suerte; pero, antes de alejarse, ha encargado á la doncella que acoja del modo mas benévolo á los peregrinos que pudieran implorar la hospitalidad.

DUCHMANTA.

Pues bien, ya la veré; y satisfecha de mi zelo, espero que, á su regreso, me represente al venerable Canua bajo los colores mas favorables.

AMBOS BRAMINOS.

Señor, dueño sois de hacer cuanto os plazca. Nosotros vamos á seguir nuestro trabajo.

(El ermitaño sale con el discípulo.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVII

DUCHMANTA.

Adelante el carro, y que la vista de este sagrado asilo purifique nuestras almas.

EL ESCUDERO.

Hágase la voluntad del monarca.

(Imprime á su carro un movimiento rápido.)

DUCHMANTA, paseando en torno la vista.

Si no estuviese prevenido, nunca hubiera sospechado que tan apacible morada debiese estar consagrada al cumplimiento de las mas severas austeridades.

EL ESCUDERO.

¿Y porqué, señor?

DUCHMANTA.

¡Cómo! ¿No te sorprende cuanto en torno se nos ofrece? ¿No ves, aquí y acullá, diseminados al pié de los árboles, esos granos de consagrado arroz escapados del pico de los jóvenes papagayos desprovistos aun de plumas, en el momento en que les dan el cebo sus madres? Aquí estan las piedras que sirvieron para moler el fruto del *ingudi*, aun untuosas de aceite; allí, tiernas gazelas acostumbradas á la voz del hombre, no huyen al acercarse éste; y esos surcos húmedos, trazados en el polvo y procedentes de pilones diversos, deben seguramente su orígen á las gotas de agua destilada en vasos purificados recientemente!

¿Ves esos tiernos árboles, cuya raiz riegan canales de agua cristalina que arruga apenas el aliento del céfiro? Admira la lozanía de esos frondosos vástagos, á pesar de hallarse algo tiznados por el humo de las abluciones hechas á los dioses; y á nuestro lado contempla esos traviesos cervatillos que, sin recelo alguno, retozan en medio de ese monton de *cusu* recientemente segado para un sacrificio y hacinado á la entrada del jardin.

EL ESCUDERO.

Todo eso lo veo en efecto.

DUCHMANTA, despues de haberse acercado al recinto.

Pero guardémonos de profanar esta santa mansion, y deten el carro para que pueda yo bajar.

EL ESCUDERO.

Príncipe, las riendas retengo; podeis cuando gusteis poner pié en tierra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DUCHMANTA, despues de haber bajado y mirando atento su propia persona.

Bajo tan humildes vestidos debo penetrar en este lugar consagrado á la piedad. Líbrame de todos estos arreos de lujo, y de este arco que no puede serme de utilidad alguna. (Remite entre las manos de su escudero sus armas y joyas.) No obstante, durante mi ausencia ten cuidado de bañar y dar de beber á los caballos.

EL ESCUDERO.

Príncipe, cumplidas quedarán vuestras órdenes.

(Vase.)

XVIII

Palpitante Duchmanta penetra en el cercado de la ermita, quedando su vista fascinada por la belleza agreste y misteriosa del paisage, y la vista de un grupo de doncellas consagradas al culto de los dioses. Las amenas pláticas que median entre estas doncellas, y escucha oculto el jóven soberano, no desdicirian de la *Aminta* del Taso y del Teócrito alpino llamado Gessner.

« — Querida Sacúntala, » dice una de sus jóvenes compañeras á la donosa vírgen que riega hacendosa

las plantas del jardin ; « querida Sacúntala, no parece sino que estos tiernos arbustos que decoran la morada de nuestro padre, te son mas preciosos que tu propia vida, segun la pena que te das en regar los hoyos excavados á sus piés, tú, cuya delicadeza iguala á la flor del *málica*, cuando brotan risueños sus fragantes pimpollos.

SACUNTALA.

Ten entendido, que independientemente del deseo que me anima de complacer á nuestro venerable padre, siento por estas vegetales un amor fraternal.

(Continúa regándolos.)

UNA JOVEN AMIGA DE SACUNTALA.

Pero amiga mia, estas plantas no deben tardar en florecer. Reguemos igualmente las que nos han dado ya sus flores, pues nuestra solicitud desinteresada será mas grata á los ojos de los dioses.

SACUNTALA.

Muy bien dicho, querida Preyamvada.

EL HÉROE DUCHMANTA, aparte.

¡ Ah ! el venerable ermitaño debe haber perdido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la inteligencia efecto de los años, para permitir que esos groseros vestidos envuelvan tan hermoso cuerpo. Someter á tamañas austeridades á una hermosura tan completa que, sin ningun artificio, arrebata á cada momento los corazones, es empresa tan insensata como el pretender hendir el férreo tronco del árbol lami con el delicado filo de la hoja del lotos.

(La doncella que no cree ser observada, suplica á su compañera que afloje el tejido de corteza que impide su respiracion.)

« Aunque formado de mallas diminutas y apretadas, (continua cantando el héroe), el tejido de cortezas echado con descuido sobre sus blancas espaldas, no puede disfrazar enteramente el contorno de su talle, como la rozagante flor medio velada por las hojas algo marchitas que su cáliz envuelven. Pero la copa del lotos entrevisto á través el enrejado verduzco que forman las plantas acuáticas circunvecinas, conserva todo su encanto; y las manchas diseminadas en el plateado disco de la luna, avivan el fulgor del astro. Así esta jóven beldad, bajo su velo de corteza filamentosa, me parece aun mas seductora.

SACUNTALA, sin ver al héroe.

¡ Oh queridas hermanas! este gracioso arbusto parece hacerme señas con sus flexibles ramas que,

agitadas por el céfiro, se asemejan á los dedos de una linda mano. Es necesario que me acerque.

(Corre al árbol.)

PREYAMVADA.

Querida Sacúntala, reposa un instante á su sombra.

SACUNTALA.

¿ Y porqué ?

PREYAMVADA.

Porque la vecindad de tu hermosa cuerpo aumenta su belleza, como si una enredadera verde y florida tapizase su tronco.

SACUNTALA.

Mas que nunca mereces ser llamada Preyamvada, oh tú cuyas palabras rebosan de tanta dulzura.

DUCHMANTA.

Sí, Preyamvada, acabas de decir una gran verdad: sus labios poseen el vivo color de la rosa; sus brazos, como dos tiernos ramos, se redondean graciosos, y la flor atractiva de la juventud difunde en toda su persona un hechizo que no basta á expresar el lenguage humano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ANASUYA.

Sacúntala, mira como la linda málica ha escogido por esposo este árbol hermoso que rodea con sus floridos ramos.

SACUNTALA, acercándose y mirando el árbol con risueño semblante.

¡Ah! ¡qué misterioso encanto esparce la primavera! Los mismos árboles parecen unirse en tiernos abrazos! ¿No es verdad qué, bajo la proteccion de árbol tan robusto que esmaltan flores sin número, parece haber puesto el tierno vegetal sus vástagos tiernos y delicados pimpollos?

(Se detiene para contemplarlo con admiracion.)

PREYAMVADA, risueña.

¿Sabes, Anasuya, porqué Sacúntala mira de hito en hito esta pequeña planta?

ANASUYA.

No á la verdad, y mucho desearia saberlo.

PREYAMVADA.

« Así como la donosa málica adhiere al amra be-

llísimo, del mismo modo desearia yo unirme á un esposo digno de mí. » Tal es, te lo aseguro, el pensamiento que actualmente ocupa la atencion de nuestra jóven amiga.

SACUNTALA, sonriendo.

¿Quieres callar, locuela, y no empezar de nuevo con tus extravagancias.

(Vuelve otra vez á emplear su regadera.)

ANASUYA.

Amada Sacúntala, olvidas á esta hermosa madhaví, que tiene tu edad y ha medrado al mismo tiempo que tú, gracias al afanoso esmero que tu padre Canua se complace en prodigaros á ambas.

SACUNTALA.

No hay cuidado, que antes seria capaz de olvidarme á mí misma. (Se acerca del arbusto, lo mira, y esclama transportada de alegría.) ¡Milagro! ¡milagro! ¡oh qué dichosa vas á ser, Preyamvada!

PREYAMVADA.

¿Y porqué, dulce amiga mia?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SACUNTALA.

¿Ves cuan lozana y olorosa se halla esta enredadera aunque no sea el tiempo de su florescencia?

AMBAS DONCELLAS, corriendo presurosas.

¡Cómo! ¿es cierto lo que dices?

PREYAMVADA.

En tal caso, amiga mia, tú eres la destinada á ser dichosa, pues este pronóstico anuncia nada menos que tu proximo enlace con un héroe.

SACUNTALA, con cierto enfado.

Vaya, dejémonos de chanzas intempestivas.

PREYAMVADA.

Pero no hay chanzas que valgan, pues, segun he oido de misma boca del venerable Canua, semejante signo no puede menos de anunciarte el mas feliz acontecimiento.

ANASUYA.

Ahora llego á comprender el zelo que instintivamente impelia á nuestra amiga á regar tan preciosa planta.

SACUNTALA.

¿Quieres callar el pico, bribonzuela? Has de saber que esta enredadera es para mí como una hermana, y esto basta y sobra para explicar mi solicitud.

(Continua regándola.)

EL HÉROE, aparte.

No admite duda que si pertenece á la estirpe de Canua, ni por asomo hay que pensar en su union con un miembro de la regia prosapia de Kchatriyas. ¿Qué recurso me queda en tales circunstancias? — Tal vez... ¡Pero qué loco soy al atormentarme por semejantes quimeras!... Sí, la cosa es segura. Mi sér entero se inclina en presencia de tan perfecta criatura, y con tanta violencia, que es imposible que deje de ser mi esposa.

Por otra parte, en las cosas sujetas á la duda, el acontecimiento es siempre favorable á los presentimientos del sabio. Así no dudo que llegará ser mia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SACUNTALA, con precipitacion.

¡Ah! ¡ah! una abeja escapada del cáliz de esta mélica, revolotea en torno de mi rostro, y parece querer fijarse en mis labios.

DUCHMANTA (contemplándola con el placer mas vivo.)

¡Qué seductora está!

Si por do quier se cierne susurrando la alada sabandija, aun mas ligera la ahuyenta su mano delicada. ¿Quién podrá resistir á la gracia de sus movimientos? Pero si un temor real obliga á la donosa doncella á mostrarse pavorosa, si la vecindad del porfiado animalejo la impele á arquear así las cejas, tal vez se acordará de la leccion cuando, al abrigo de todo miedo, sabrá aparentar la inquietud para desplegar en su mirada todos los artificios femeninos, destinados á avasallar al sexo mas pujante.

¡Oh feliz insecto, si puedes agitando tus alas rozar ligeramente sus párpados que medio cerrados tiemblan recelosos! ¡Dichoso tú, cuyo zumbido resuena en su oido como palabras furtivas de amor! ¡Dichoso tú que chupas ébrio un torrente de delicias en esos divinos labios de que en vano se afana en alejarte la tímida beldad! Mientras que los pobres humanos mueren en la duda sin llegar á poseer la felicidad, oh abeja afortunada, tú á torrentes la absorbes.

SACUNTALA.

¡O compañeras mias! libradme de esta abeja audaz que se burla de todos mis esfuerzos.

AMBAS, sonriendo.

¿Pero qué podemos hacer? Llama á tu socorro al mismo Duchmanta, pues al soberano toca proteger á los habitantes de este retiro.

DUCHMANTA.

¡Excelente ocasion para mostrarme!... Cesad de temer... (No acaba y continúa permaneciendo oculto.) Mas vale aguardar, que no quiero ser reconocido como rey, y conviene mas presentarme bajo el aspecto de un peregrino que implora la hospitalidad.

SACUNTALA.

Este insecto me molesta de un modo indecible... será preciso que cambie de posicion. (Corre y mira atrás durante su carrera.) ¡Cómo! ¿Cuándo cesará de perseguirme? ¡Ah! libradme de su importunidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DUCHMANTA, mostrándose inopinadamente.

¿Qué es eso?... ¿Quién es el insolente que, bajo el reino de Duchmanta, descendiente de Purú, de Duchmanta enemigo declarado del vicio, se atreve á insultar á las hijas de los piadosos ermitaños?

(Todas, á la vista del rey, quedan mudas y confusas.)

ANASUYA.

Señor, nadie es reo de tan criminal accion; solamente nuestra jóven amiga se defendia contra una abeja obstinada en molestarla.

(Mostrando con el dedo á Sacúntala.)

DUCHMANTA, acercándose á ésta.

Doncella, pueda prosperar vuestra virtud.

(Sacúntala baja modestamente los ojos.)

ANASUYA.

¡Vaya! acojamos á nuestro huésped conforme lo exige la hospitalidad.

PREYAMVADA.

Señor, celebro vuestra llegada : tú, querida Sacúntala, ve volando á la ermita y busca frutos dignos de ser ofrecidos á nuestro huésped, mientras que, en esta agua cristalina, lava sus fatigadas plantas.

DUCHMANTA.

No es necesario, que la ofrenda mas halagüeña es el encanto de vuestras palabras.

ANASUYA.

Pues bien, dignaos á lo menos reposar á la sombra en este sitio cubierto de césped, en que el reposo y la frescura os harán pronto olvidar el cansancio.

DUCHMANTA.

Pero vosotras igualmente, amabilísimas criaturas, debeis estar fatigadas á consecuencia de tanto agasajo para conmigo. ¿Podré lisonjearme de que os sentareis un momento á mi lado?

PREYAMVADA, en voz baja á Sacúntala.

Ven, Sacúntala, que no podemos menos de acceder al deseo de nuestro huésped; ven y sentémonos á su lado.

(Todas se sientan junto al rey.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SACUNTALA, aparte.

Desde que mis ojos se fijaron en este desconocido, siento en mí una emocion enteramente contraria á la calma perfecta que debia inspirarme tan santa soledad.

DUCHMANTA, mirándolas con el mas tierno interés.

Niñas de mi vida, ¡cómo se armoniza con vuestra gracia y juventud la dulce intimidad que entre vosotras reina!

PREYAMVADA, en voz baja á Anasuya.

Querida mia, ¿quién puede ser ese recien llegado, cuyo rostro magestuoso y hablar cortés sobremanera lo proclaman digno de empuñar el cetro?

ANASUYA, en voz baja á Preyamvada.

Ya puedes figurarte que mi curiosidad no va en zaga á la tuya; veamos si hay medio de satisfacerla. (Alto, y dirigiéndose al rey.) Señor, la dulce familiaridad que reina en vuestra conversacion, me anima á dirigiros algunas preguntas: ¿será indiscrecion interrogaros de que noble familia formais la perla, cual es el país que deplora actualmente vuestra ausencia, y

CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA

CONVERSACION SEXTA

Continuacion del poema y drama de Sacúntala.

I

Hemos dejado á la hija adoptiva de Canúa en el momento mismo en que se despide del anacoreta para encaminarse á la capital, lisonjeándose de hallar, juntamente con su título de esposa, el amor del monarca fulgurante de gala y magestad en el solio de la India. Una numerosa comitiva de religiosas pertenecientes al monasterio en que habia sido criada, acompañan á la corte á la bella desposada, á quien todo presagia una recepcion triunfal y la felicidad suprema.

Pero una divinidad celosa habia ofuscado, mediante un maleficio, la memoria de su regio consorte. Cuando se presenta en el suntuoso alcázar la palpi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SACUNTALA, aparte.

Desde que mis ojos se fijaron en este desconocido, siento en mí una emocion enteramente contraria á la calma perfecta que debia inspirarme tan santa soledad.

DUCHMANTA, mirándolas con el mas tierno interés.

Niñas de mi vida, ¡cómo se armoniza con vuestra gracia y juventud la dulce intimidad que entre vosotras reina!

PREYAMVADA, en voz baja á Anasuya.

Querida mia, ¿quién puede ser ese recien llegado, cuyo rostro magestuoso y hablar cortés sobremanera lo proclaman digno de empuñar el cetro?

ANASUYA, en voz baja á Preyamvada.

Ya puedes figurarte que mi curiosidad no va en zaga á la tuya; veamos si hay medio de satisfacerla. (Alto, y dirigiéndose al rey.) Señor, la dulce familiaridad que reina en vuestra conversacion, me anima á dirigiros algunas preguntas: ¿será indiscrecion interrogaros de que noble familia formais la perla, cual es el país que deplora actualmente vuestra ausencia, y

CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA

CONVERSACION SEXTA

Continuacion del poema y drama de Sacúntala.

I

Hemos dejado á la hija adoptiva de Canúa en el momento mismo en que se despide del anacoreta para encaminarse á la capital, lisonjeándose de hallar, juntamente con su título de esposa, el amor del monarca fulgurante de gala y magestad en el solio de la India. Una numerosa comitiva de religiosas pertenecientes al monasterio en que habia sido criada, acompañan á la corte á la bella desposada, á quien todo presagia una recepcion triunfal y la felicidad suprema.

Pero una divinidad celosa habia ofuscado, mediante un maleficio, la memoria de su regio consorte. Cuando se presenta en el suntuoso alcázar la palpi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tante Sacúntala, la admira el magnánimo Duchmanta, pero no reconoce á la tímida vírgen á quien diera su fé; y para colmo de desgracia, la desventurada criatura al ir á buscarlo, reconoce haber perdido el anillo nupcial. Nada es mas tierno y mas pintoresco que la escena de la entrevista, y el contraste que forman los acentos plañideros de la desolada esposa con la glacial sorpresa del obcecado príncipe; escena tan patética, aunque menos sencilla, que la de José en la Biblia. Sacúntala se esfuerza en despertar todos los recuerdos medio borrados de los tiempos felices que pasó con su amante en el ameno retiro do saborearon ambos las primicias del amor conyugal.

« — Veamos, le dice el héroe.... ¿ qué nueva fábula vas á inventar para convencerme ?

SACUNTALA.

Acuérdate del dia en que, bajo un emparrado formado por las flexibles ramas de olorosos arbustos, recogistes en el hueco de tu mano el agua cristalina en que sobrenadaba un lotos brillante.

EL HÉROE.

¿ Y despues qué sucedió ?

SACUNTALA.

En aquel momento hallábase á mi lado mi cervatillo favorito : « Bebe tú el primero, » le dijistes con voz dulce presentándole la copa vegetal; pero el tímido animalito, aun no acostumbrado á tu vista,

no se atrevió á inclinar su cabeza para apagar su sed, mientras que lo efectuó sin desconfianza cuando yo tomé la copa de tu mano y se la ofrecí en la mia. Entonces tú esclamastes con la sonrisa en los labios : « Así es cierto que la confianza en el amor se apoya. »

El héroe se obstina en su incredulidad, y, volviéndose á las mugeres de edad provecta, testigos de la escena :

« — Venerables matronas, les dice, no parece sino que la mañosa astucia se halla encarnada en el sexo femenino, aun prescindiendo de nuestra raza. Y sino que lo diga la hembra de ciertos pájaros que antes de desplegar en el cristalino espacio sus alas anchurosas, deponen sus huevos en un nido ageno, dejando á otras aves el cuidado de empollar y cebar á la cria resultante. »

Sacúntala prorrumpe en amargas recriminaciones contra la crueldad de un amante, á quien pérfido juzga y alevoso, ignorando que se halla cegado por agentes sobrehumanos. Los religiosos que la acompañan empiezan á dudar de su sinceridad, y la amenazan con abandonarla á la vengenza del rey cuyo furor ha venido á arrostrar con tanta osadía.

« — Braminos, le dice Duchmanta, no fomenteis el error de esta muger que pretende haber sido mi esposa. »

Despues añade sacando del reino vegetal una imágen pintoresca.

« — Así como el plácido fulgor del astro maci-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lento de la noche se contenta con abrir los olorosos pétalos de la flor del comonda, sin tocar con sus trémulos rayos al azulado lotos, cuyo cáliz tan solo dilatan las fulgorosas miradas del astro del dia; del mismo modo el hombre virtuoso y dueño de sus pasiones debe, como yo lo efectúo en este momento, apartar la vista de la muger agena. »

SACUNTALA.

¡Oh dura tierra, abre tu seno y sepulta á una criatura desgraciada que agovia el peso de su vergüenza!

La acongojada Sacúntala se retira llorando á mares, y es acogida como mendiga en casa de un bramino hospitalario.

II

El acto sexto comienza por un diálogo entre un pobre pescador encadenado que llevan á la cárcel.

LOS GUARDAS, maltratando al preso.

¿Acabarás de una vez de decirnos dónde robastes esta preciosa sortija, en cuya inestimable piedra vemos grabado con todas letras, el nombre del gran Duchmanta?

EL PESCADOR, temblando de pavor.

Excusadme, ilustres señores, si os aseguro que jamas llegué á cometer accion tan villana.

UNO DE LOS GUARDAS.

¡Ah! sin duda deberás ser algun venerable bramino cuya virtud habrá querido premiar nuestro monarca por dádiva tan magnífica!

EL PESCADOR.

No señor, que no soy mas que un pobre vecino de Sacravatara.

EL OTRO GUARDA.

¡Eh miserable! ¿qué se nos da el lugar de tu residencia?

EL OFICIAL.

Dejadlo explicarse y no lo maltrateis así.

AMBOS GUARDAS, á la vez.

Vaya, explícate, miserable.

EL PRESO.

Yo, señores, soy un pobre pescador que, por medio de su red y anzuelos, procura ganar el pan para su numerosa familia.

EL OFICIAL, sonriendo.

¡Bonito oficio á la verdad, y sobretodo muy digno!

EL PESCADOR.

No digais eso, señor, que por mas vil que pueda pareceros el estado de mis padres, es mi deber practicarlo; y, aunque la accion de dar la muerte á un sér viviente sea justamente reputada cruel

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y alevosa, no obstante no es raro hallar, en el mismo carnicero, un alma tierna y accesible á la compasion.

EL OFICIAL.

Vamos á lo que importa.

EL PESCADOR.

Pues señor, un dia me hallaba ocupado en escamar y trinchar un pescado magnífico que acababa de coger, cuando héteme aquí que me encuentro en el vientre un anillo de gran precio; y apenas lo habia expuesto para venderlo, cuando me cogen los agentes de policía.

EL OFICIAL, oliendo el anillo.

El olor de mar tiende á hacer creer que en efecto esta joya ha podido haber estado en el cuerpo de un pez; pero queda por saber como la cosa ha podido efectuarse. (A los guardas) Seguidme vosotros con el reo, mientras voy á ver á uno de los válidos que gozan de la privanza real.

LOS GUARDAS, al pescador.

Adelante, miserable ratero, adelante.

(Caminan juntos.)

EL OFICIAL.

Aguardadme aquí á las puertas de la ciudad, y no perdais de vista á este bellaco hasta que esté yo de vuelta despues de haber tomado en la corte los informes necesarios.

AMBOS GUARDAS, á la vez.

Pueda nuestro señor y gefe lograr del monarca la mas favorable acogida.

EL OFICIAL.

Así lo espero.

(Sale.)

UN GUARDA.

Las manos se me van y no respondo de hacer una locura. (Echando en el pescador una mirada furiosa.) Ganas me dan de torcer el pescuezo á este pillo.

EL PESCADOR.

No os creo capaz de dar muerte á un inocente.

EL GUARDA.

¡Ah! ya tenemos de vuelta á nuestro gefe con la órden del rey. ¡Ea camarada! prepárate á cebar á tus compañeros los peces, á menos que llegues á servir de pasto á los chacales y buitres.

EL OFICIAL DE POLICIA, volviendo presuroso.

Que ese hombre sea pronto...

EL PESCADOR, pálido de espanto.

¡Pobre de mí!...

EL OFICIAL.

Sea puesto en libertad cuanto antes. El rey no ha titubeado un momento en reconocer como ciertas todas las circunstancias relativas al modo en que halló el anillo en el cuerpo del pescado.

EL GUARDA.

Cúmplase la voluntad de nuestro gefe... ¡Ea,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

amiguito! con la música á otra parte, que á bien que la tierra es ancha... De buena la has escapado... ya puedes decir á todo bicho viviente que poco te ha faltado para quedar colgado en el aire.

(Desata al pescador y lo pone en libertad.)

EL PESCADOR, inclinándose profundamente ante el oficial.

Señor, me volveis la vida.

(Cae á sus piés.)

EL OFICIAL.

Levántate, hombre sencillo, y sabe que el rey en el exceso de su alegría, me ha encargado remitirte esta suma igual al importe de la joya que hallastes en el pez... Tómala, que tuya es.

(Le pone una bolsa en la mano.)

EL PESCADOR, brincando de alegría.

¡Oh qué mortal tan feliz soy yo!

UNO DE LOS GUARDAS, á su compañero.

¿Ves con que petulancia se contornea ese miserable cuya garganta aun huele á cáñamo?... ¡Y que erguido va el muy señor mio!... No parece sino que se encuentra mecido y triunfalmente paseado en un soberbio elefante... ¡*El rey en el exceso de su alegría*!... Debe ser inaudito el precio de esta prenda para producir una impresion semejante en nuestro monarca.

EL OFICIAL.

Si, pero no hay que atribuirlo al valor intrínseco de la piedra preciosa...

AMBOS GUARDAS, á la vez.

¿Pues entonces á qué?

EL OFICIAL.

No me consta de un modo positivo; pero, en mi concepto, este anillo ha hecho brotar en el corazon del magnánimo Duchmanta el recuerdo de un objeto tiernamente amado, pues apenas lo vieron sus ojos, cuando, á pesar de su calma y gravedad habitual, se trastornó todo su semblante y se volvió pálido como la cera.

EL GUARDA.

Así el bien que de nuestro gefe ha recibido el soberano, redunda tan solo en provecho de este villano ruin.

III

En la escena siguiente, las doncellas del palacio cogen flores para celebrar la fiesta del príncipe, y escuchan ávidas el canto del ruiseñor, hasta que se dispersan á la voz de los chambelanes quienes les significan que el consternado monarca solo anhela el luto y silencio en torno de su persona.

Uno de los palaciegos les describe en estos términos el abatimiento del príncipe: « Apenas hubo fijado el rey sus ojos en el fatal anillo, cuando, retoñando repentinamente la memoria en su ánimo, recordó todas las circunstancias de su enlace con Sacúntala, acusóse á sí mismo por haberla acogido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con tanta injusticia y rechazado con tanta dureza; y, desde aquel momento, no cesa de lamentarse y dar las mayores muestras de arrepentimiento, repugnándole sobremanera todo lo que huele á recreo, y negándose á recibir cada dia los homenajes del pueblo. En vano suspira por el reposo en el lecho; sus párpados inflamados durante la noche entera, no pueden disfrutar un solo instante del soporoso bálsamo que vierte el sueño. Si dirige la palabra á sus mugeres reina el mayor desórden en sus discursos, confundiendo sus diferentes nombres, y corriéndose despues cuando llega á notar su error. Aunque prescinda de todo el lujo y aparato consecuentes á la dignidad real, y solo conserve un brazalete demasiado ancho para su enflaquecido puño; aunque sus labios se hallen secos por el contínuo ardor de los suspiros, é inflamados sus ojos por el insomnio incesante á que le condenan sus amargas cuitas, deslumbra aun por el brillo de sus virtudes, semejante á un fulgoroso diamante cuyos destellos no dejan sospechar que haya perdido la menor parte de su peso bajo los hábiles dedos del lapidario. »

Despues se muestra el acongojado Duchmanta, avanzándose lentamente y como sumergido en sus reflexiones.

« ¡Ah querida Sacúntala! » murmuran sus labios trémulos y descoloridos, « si vanamente intentastes sacar mi corazon del letárgico sueño en que se hallaba sumergido, ¡á que angustiosa agonía lo han reducido los remordimientos despedazadores! ¡Ah!

ahora me acuerdo, como si desvaneciese súbitamente la niebla que ofuscaba mi mente, de todas las circunstancias de mi primera entrevista con esa noble muger, víctima de su ternura.

« ¿Y cómo no sucumbiré agoviado por el remordimiento cuando acude á mi memoria el dolor águdo de esa admirable criatura, á quien yo inhumano repelí y ultrajé de un modo tan indigno? Aun me parece verla llorosa, sollozando, torciéndose las manos de dolor, pronta á seguir á sus compañeros de viaje para regresar en su compañía á su pacífica soledad... « ¡Quédate! » le dijo con voz severa el discípulo de Canúa, tan venerable como el mismo Gurú.

« Al oir esta órden terrible, se tiene llena de espanto y me mira con ojos anegados en llanto..... Ah! este recuerdo es como una flecha envenenada que da la muerte.

« Me acuerdo que, al prepararme para dejar el sagrado asilo y volver á mi capital, Sacúntala me dijo levantando en mí sus bellos ojos húmedos y trémulos : « Cuándo se dignará mi señor llamarme á su lado? » Entonces, poniéndole en el dedo este anillo, en cuya piedra se halla grabado mi nombre, le respondí : » Pronuncia cada dia una de las sílabas que componen mi nombre, y aun no habrás acabado, cuando verás llegar uno de mis oficiales de confianza con órden de traerte á tu esposo. »

El sin ventura Duchmanta maldice el estanque en que, al bañarse, habia dejado caer Sacúntala la preciosa prenda, y se acusa de la fatal ceguedad que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

le impidió reconocer á su esposa y amante. A la sazon le traen la imágen de Sacúntala, retratada en medio de sus compañeras en los jardines de la ermita. Este cuadro determina un arrebato de ternura que se traduce por versos incoherentes si bien deliciosos, en los cuales deplora el tierno amante la desgracia de un héroe y un rey condenado á no legar á sus pueblos heredero de su amor.

« ¡O dioses! » esclama « ¿estaba decretado desde el orígen de los tiempos, que la antigua y clarísima prosapia de los monarcas de la India debiese fenecer en el infeliz Duchmanta, condenado á no conocer el dulce nombre de padre, tal como esos rios, cuyas aguas caudalosas y cristalinas acaban por perderse en incultos yermos y estériles arenales?

IV

Para distraerlo de su melancolía, le anuncia su ministro que una raza enemiga y perversa ha invadido sus estados y amenaza degollar á su pueblo.

En consecuencia se apresta á rechazar al agresor el animoso soberano, protegido por el dios Indra que hace volar su carro en las nubes, al nivel de las mas inaccesibles cimas del Himalaya, de cuya altura contempla el héroe sus vastos estados.

« Hemos llegado, » dice á su compañero » á la fulgorosa esfera que, en sus rápidas revoluciones, arrastra los astros inumerables y las sagradas olas

del Gánges; en la inefable esfera santificada por las divinas huellas de Vichnú..... Me lo asegura la impresion misteriosa resultante del movimiento del carro, el ligero rocío que salpica de las húmedas ruedas, las erizadas crines de los córceles impregnadas de la azulada luz que destella el vuelo anguloso de los relámpagos, las águilas que por do quier abandonan sus nidos suspendidos en los huecos de las ásperas rocas, desplegando en torno sus anchuros as alas.

Despues añade bajando sus miradas en la tierra.

— « ¡Qué espectáculo tan variado como admirable me presenta, á cada instante, gracias al rápido descenso del carro, la morada humana! »

« La cumbre aplomada de las mas altas montañas se confunde á mis ojos con la superficie nivelada del llano, y parece que, despojados de troncos, los árboles alfombran el ámbito de las praderas. Los mas vastos rios se muestran como ligeros filamentos plateados que apenas relumbran en sus angostos cauces; y, como si la impeliese una fuerza poderosa, la tierra parece subir rápidamente del lado en que me hallo.

Esta descripcion del carro prestado al héroe por Indra, tiende á argüir, como tambien resulta de las tradiciones de la India primitiva, que, desde época inmemorial, la antigüedad conocia la navegacion aerea y los aeronautas.

« Ya tocamos á la tierra, « le dice su guia, » y pronto se ofrecerá á nuestra vista en la montaña la mansion habitada por el hijo divino de Maritchd.

EL HÉROE.

¿Cómo puede ser así? ningun sonido ha despedido el eje, ni veo elevarse nube alguna de polvo, ni he resentido choque alguno, aunque al tocar la tierra debe el carro haber experimentado un rebote..... ¿Y en qué parte de la montaña mora el divino anacoreta?

EL GUIA, indicando con el dedo el punto que designa.

Allí, en aquel páramo adusto, se ofrecerá á vuestra vista un piadoso solitario que mira el disco radiante del sol de hito en hito, en una inmovilidad completa, medio sumergido el cuerpo en un túmulo de arena que en torno hacinan y sin recelo las innumerables hormigas, ceñidos los lomos con la horrorosa piel de una sierpe en vez del cordon bramánico, llevando por collar los entrelazados ramos de espinosos arbustos, y ocultando en su cana cabellera, que en parte se eleva en forma de haz sobre su cabeza y en parte flota inculta en sus anchas espaldas, una multitud de pájaros que confiantes construyeron sus nidos en la cabeza del santo varon como en un árbol copudo.

DUCHMANTA, contemplándolo con una especie de terror religioso.

¡Loor al sér capaz de entregarse á tamañas austeridades!

EL GUIA, parando el carro.

Príncipe, ya hemos llegado á la ermita del inmortal Canúa.

(Bajan ambos del carro.)

EL GUIA.

Por aquí, gran rey, por aquí. Admirad esta tierra sagrada, teatro de los piadosos ejercicios y ascética devocion de los santos solitarios.

EL HÉROE.

Mi admiracion despierta menos la vista de este venerable asilo que la idea de los piadosos varones que moran en soledad á la vez tan adusta y tan amena. Al contemplar á esos puros espíritus incesantemente ocupados de meditaciones pias y absortos en la mas sublime beatitud, á la sombra de esos árboles inmortales; al contemplar á esos seres sobrehumanos afanosos en purificarse con el agua cristalina y brillante del áureo polvo que pródigo desgrana el sacro nenúfar, sublimados en éxtasis radiante en el seno de estas grutas silenciosas adornados par la misma naturaleza de centellantes rocas, no puedo menos de esclamar: « Sí, en esta morada habita la santa felicidad. »

Al bajar á un soto que rodea el sagrado asilo, apercibe el héroe á un niño que juega con varios leoncillos de desgreñada melena, á pesar de las amonestaciones de dos doncellas que se esfuerzan en disuadirlo de semejante recreo. El magnánimo Duchmanta contempla este infante, sin sospechar que sea el fruto de su union con Sacúntala, refugiado y criado, como su madre, en el monasterio.

« ¡Qué veo! » esclama el monarca, « no parece ser dócil en demasía ese infante que despliega ya el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vigor de un hombre, y en vano se esfuerzan en reducirlo á la razon esas dos doncellas. ¿Es acaso ilusion de mis ojos?... con nerviosa mano arranca uno de los cachorros de la leona, mal que le pese á la madre que lo amamanta con su leche.

EL INFANTE, sonriendo.

Vamos á ver, leoncillo, abre bien la boca para que pueda yo contar tus dientes.

(Las mugeres continuan riñendo al niño.)

UNA DE LAS MUGERES.

¿Acabarás de una vez, ruin alhaja, de atormentar á esos pobres animales que respiran como nosotros bajo la proteccion de nuestro divino Gurú? Tu genio díscolo no respira mas que guerras y combates.

EL HÉROE.

Es cosa extraordinaria : mi corazon se enternece al ver á esta criatura como si fuera mi propia sangre. (Despues de un momento de reflexion.) Pero ¡ay de mí! no tengo hijo... pensamiento cruel que contribuye á agoviar y derretir mi corazon.

UNA DE LAS MUGERES.

Pero mira que la leona furiosa te va á hacer añicos si no le vuelves su cachorro.

EL INFANTE, risueño y con ironía.

¡Ah! ¿de veras?... ¡Y qué miedo tengo!

(Se muerde el labio.)

EL HÉROE, lleno de admiracion.

Este niño hace brillar á mis ojos el gérmen de una grandeza heróica, como una chispa que revela un incendio.

LA PRIMERA MUGER.

Ven acá, hijo mio : este juguete es para tí si dejas al leoncillo.

EL INFANTE.

Dámelo, y ya veremos.

(Extiende sus manitas.)

DUCHMANTA, considerando la palma de su mano.

¡Oh prodigio! en sus manos veo distintamente las misteriosas señales que del modo mas infalible pronostican la soberanía real; mis ojos contemplan ávidos esas líneas entrelazadas ligeramente en forma de red sobre sus delicados dedos, mientras que los extiende para coger el objeto que apetece. Tal así revela el lotos el precioso tesoro que su seno encierra, al entreabrir su corola para recibir los rayos del sol, cuando de topacio y grano tiñe la aurora el azulado firmamento.

LA OTRA MUGER.

Querida Laura, te engañas si te figuras que puedes engatusar á este nene con palabras... Ve á mi cabaña, y en ella encontrarás un pavo real de barro, pintado con toda perfeccion ; tómalo y vuelve cuanto antes.

LAURA.

Voy corriendo. (Sale.)

EL INFANTE.

Y yo entretanto continuaré divirtiéndome con este leoncillo de melena tan desgreñada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA SEGUNDA MUGER, mirándolo y sonriendo.

¿Quieres dejarlo en paz?

DUCHMANTA.

¡Cuanto me encanta la indocilidad de ese muchacho travieso! (Suspirando.) ¡Ah! ¡mil veces dichosos los padres, cuando, al levantar en sus brazos al querido infante que anhela arrojarse en su seno, pueden contemplar, al través su graciosa sonrisa, la deslumbrante blancura de sus dientes puros como cándidas flores, y prestar un oido complaciente á su inocente locuela formada de palabras medio articuladas!

El héroe se informa del nacimiento de este niño, cuya fuerza y arrojo recuerdan al famoso Rustam, el Hércules de la India. Una de las mugeres le dice que es hijo de una ninfa refugiada en aquel asilo.

« ¿Quién es su padre? » pregunta ansioso el héroe. « Si pronunciase, responde la nodriza, el nombre del infame que no temió abandonar á su virtuosa consorte, temeria manchar mis labios.

« ¡Oh dioses! » esclama el sin ventura Duchmanta; tal es mi propia historia.

Nuevos signos le revelan que el niño que tiene á la vista es su hijo.

Al mismo tiempo se muestra Sacúntala, á quien la nodriza trasmite las preguntas del desconocido, informándole al mismo tiempo del enagenamiento que su sér entero avasalla al apretar en sus brazos al infante. A la vista de la madre se disipan completamente las tinieblas que empañaban la inteligencia del héroe quien renoce á su esposa.

DUCHMANTA.

¿Es Sacúntala la que á mi vista se ofrece? ¿Es Sacúntala la que diviso en trage de luto, abrasados los párpados por lágrimas urentes, desprovistos de todo adorno los cabellos y reunidos en una sola trenza, en señal de viudez? ¡Qué tributo de afeccion parece aun pagar al bárbaro que la condenó al abandono y la angustia!

SACUNTALA, aparte, despues de haber mirado algunos instantes al rey que parece devorado por el mas profundo remordimiento.

Si no es ese desconocido mi regio esposo, ¿quién podria así profanar por su contacto á mi hijo, á pesar del encanto que lo protege?

EL INFANTE, corriendo á su madre.

Mamá, este hombre me manda como si fuese su propio hijo.

DUCHMANTA.

Querida Sacúntala, muy cruel he sido para contigo; pero si pudieses leer en mi corazon, verias que el mas tierno afecto y el mas sincero pesar han sucedido á mi horrible ingratitud. No te niegues á reconocer por tu esposo al infeliz que abruma el peso de lo pasado, y cuyo corazon hacen sangrar los remordimientos.

SACUNTALA, aparte.

¡Cobra aliento, oh pecho mio! El destino irritado hace tanto tiempo con tí, por fin se aplaca y se

compadece de la pobre Sacúntala. Sí, este es mi regio consorte.

DUCHMANTA.

Libre de las odiosas tinieblas que mi razon oscurecieron y velaron mi memoria, puedo por fin reconocerte y embriagarme contemplándote, oh la mas bella de las mugeres. Tal así, al salir de un eclipse profundo, el astro rutilante vuelve á encontrarse con su querida Rohini, y ambos confunden sus plateados rayos.

SACUNTALA.

¡Pueda la victoria...!

(Sofocada por las lágrimas no puede acabar.)

DUCHMANTA.

Cesa de palpitar, mi querida Sacúntala, que cumplido será tu voto. Sí, no titubeo en vaticinar mi triunfo por esa púdica frente despojada de todo adorno, y esa noble palidez que ha reemplazado la púrpura coralina de esos divinos labios.

EL INFANTE.

Mamá, ¿quién es este desconocido?

SACUNTALA, llorando.

¡Pobre criatura! preguntáselo al hado.

DUCHMANTA.

¿Temes acaso ser abandonada de nuevo por tu desventurado amante? Arroja fuera de tu corazon tan cruel pensamiento, y acusa tan solo á la inconcebible locura que trastornó mis potencias.

Si celages espesos su entendimiento ofuscan, si

tinieblas opacas envuelven su sér entero, ¿qué uso puede hacer el hombre de su razon? Tal azorado el ciego, arroja la corona de flores con la cual ornó su cabeza una mano amiga, que juzga el desgraciado horrorosa serpiente.

(Cae á sus piés.)

SACUNTALA.

Levántate, esposo mio, levántate; que, por mas desventurada que haya sido, en este momento supera mi júbilo á todos los tormentos que torcieron mi alma, pues mi regio consorte se digna apiadarse de la pobre Sacúntala. (Levántase el rey) ¿Pero cómo pudo la imágen de tu abatida esposa brotar de nuevo en tu pecho?

DUCHMANTA.

Querida Sacúntala, ya te contaré esta aventura; pero aguarda que llegue á cerrarse la herida anchurosa de mi corazon que sangre aun brota; por ahora déjame enjugar esa lágrima que tiembla en tus párpados. Así pudieran disiparse mis remordimientos.

(Enjuga con delicadeza la lágrima.)

SACUNTALA, echando en este momento los ojos en el anillo del rey.

¡Qué veo! ¡El fatal anillo que me hizo perder mi infausta suerte!

DUCHMANTA.

Sí, este es el anillo perdido, hallado de un modo milagroso, y al cual se hallaba anexa mi memoria, dependiendo de su hallazgo el recuerdo de lo pasado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SACUNTALA.

¡Cuán precioso lo reputo, pues á tan preciosa joya debo haber recuperado la confianza de mi esposo y soberano!

DUCHMANTA.

Pues bien, que brille de nuevo en tu dedo, como la fragante y lozana flor con que la primavera engalana el verde tallo de la tímida planta.

SACUNTALA.

No, que no me atrevo á fiarme á talisman semejante, cuya posesion pertenece de derecho al monarca mi esposo.

CANUA, mirando alternativamente al padre, la madre y al hijo.

Virtuosa Sacúntala, noble infante, príncipe magnánimo, grupo ameno que representa la fidelidad, la fortuna y el poder, mis ojos no se sacian de contemplaros.

DUCHMANTA.

¡Omnipotente divinidad! el hombre se ve reducido á formar, durante un período larguísimo de tiempo, ardientes votos antes de obtener la posesion del objeto deseado; pero, en el exceso de vuestra bondad, os habeis dignado prevenir mi anhelo. La flor anuncia el fruto, y las nubes preceden á la lluvia fecundante ó al cristalino rocío; pero por una feliz excepcion, antes del mas ligero indicio, me he sentido colmado de todos los dones de la fortuna.

UN RELIGIOSO.

Príncipe, de este modo dispensan los dioses sus beneficios.

DUCHMANTA.

¿Acaso merecia yo favores semejantes, cuando despues de haber tomado una esposa legítima segun los ritos que nuestra religion impone, la abandoné, efecto de un oscurecimiento completo de la memoria? ¿Cómo pudo ser acreedor á proteccion tan insigne un miserable que rechazó y despidió inhumanamente á su esposa cuando vino en compañía de los santos ermitaños, cometiendo así la mayor tropelía que puede concebir la mente, tanto contra esa desdichada criatura, como contra su venerable padre adoptivo? Y no obstante la simple vista de esta sortija ha bastado para volverme la memoria, haciendo retoñar en mi mente las menores circunstancias de mi enlace y el modo indigno como traté á Sacúntala. Toda mi conducta pasada me deja completamente atónito, y no puedo menos de compararme á un hombre que, despues de aberse negado obstinadamente á reconocer un elefante cuya mole enorme en vano vendria á impresionar su vista, se dejaria ulteriormente convencer por la inspeccion de las enormes huellas del coloso.

CANUA.

Cesa, hijo mio, de atribuirte un crímen ageno de tu voluntad y efecto de un hechizo irresistible. Has de saber, desventurado amante, que apenas regre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

saba Menaca con la acongojada Sacúntala y la confiaba á los cuidados de la tierna Aditi, cuando me reveló mi meditacion interior que toda tu conducta para con la mas virtuosa de las mugeres era obra de la imprecacion lanzada contra esta inocente víctima por el irascible Durvasa, y que solo á la vista del anillo podia romperse el encanto.

DUCHMANTA, suspirando con consuelo.

¡Ah! respiro en fin libre del peso de mis remordimientos.

SACUNTALA.

¡Dioses! ¿será cierto que mi esposo y soberano me despidió involuntariamente de su seno, incapaz de reconocerme en aquel entonces?.... Necesariamente debió ser fulminada contra mí esa imprecacion cuando mi alma entera se hallaba concentrada en el objeto de mi amor, y solo mis compañeras debieron haberla oido, pues ahora me acuerdo de las palabras que me dijeron al despedirse: « Si el rey se negase á reconocerte, no tienes mas que mostrarle su anillo. » ¡Ay! ¿porqué no les hice entonces algunas preguntas que me hubieran aclarado sobre mi situacion?... ¿Pero acaso estaba en mi poder hacerlo?... Mi lengua debia hallarse encadenada por la imprecacion del formidable Durvasa.

CANUA, dirigiéndose á Sacúntala.

Hija mia, ahora que te consta la verdad por entero, no debes guardar el menor resentimiento contra un amante de quien nunca hubieras tenido que

quejarte si hubiese conservado siempre su libre albedrío.

Solo á la imprecacion que le hizo perder la memoria debes atribuir el tratamiento injurioso que de tu rey y esposo recibistes, y cuando quedó roto el encanto, volvistes á dominar su corazon. Tal un espejo empañado cesa de reflejar los objetos que de nuevo y al vivo representa, apenas se disipa el vapor que empañaba su superficie.

DUCHMANTA.

Sí, esa es la expresion fiel de todo lo que ha pasado en mi alma.

CANUA.

Hijo mio, ¿has abrazado á ese amable sér que te ha dado Sacúntala, y cuyo nacimiento he celebrado yo mismo con las ceremonias que requiere la ley?

DUCHMANTA.

¡Divinidad bienhechora! en este favor insigne veo una prenda segura de la perpetuidad é ilustracion de mi raza.

CANUA.

Sabe pues que tu hijo está destinado á ser un dia por su valor dueño del mundo entero... Sí, dentro de algunos años este infante será un héroe que, volando sobre los mares en un carro rápido que apenas cortará la onda, conquistará las siete islas de que se compone la tierra, difundiendo por do quier una nombradía clarísima; y, bajo el nombre de Barata, llegará á ser celebérrimo en la memoria

de los pueblos, cuyo agradecimiento eternizará la memoria del príncipe mas heróico que vieron los siglos.

DUCHMANTA.

¡A qué alta destinacion está destinado el sér al cual desde su nacimiento plugo proteger á la divinidad, cuya providencia prodiga en la criatura predilecta favores contínuos é interminables!

CANUA, dirigiéndose al rey.

Duchmanta, es tiempo que vuelvas á subir al carro de Indra tu protector, juntamente con tu esposa é hijo para volver á ocupar tu solio imperial.

DUCHMANTA.

¡Cúmplase la voluntad del Dios supremo!

CANUA.

¡Dígnese Indra, satisfecho de tus numerosos sacrificios, fecundar con benéficas lluvias la fertilidad de tus vastos Estados, y puedas tú mismo, de acuerdo y en santa emulacion con tu esposa, asegurar para siempre la felicidad de ambos mundos!

DUCHMANTA.

¡Divinidad omnipotente! ¿cómo podré escasear cosa alguna para corresponder á tamaños beneficios?

CANUA.

Hijo mio, ¿hay algo mas en que pueda servirte?

DUCHMANTA.

¡Oh mi divino protector! mi ardiente anhelo, ya que me permitis formar un voto, es que los reyes de

la tierra no deseen reinar mas que para hacer la felicidad de sus vasallos, que la diosa Sarasvati sea constantemente honrada por los santos braminos; y, que apiadado de mi mismo el sér soberano que por sí mismo existe, el omnipotente Siva, se digne, satisfecho de mi zelo en servirle, librarme para siempre de los vínculos de nuevo nacimiento.

V

Tal es el drama, en el cual se nota cierto amenaramiento de estilo que gusto denominan los pueblos caducos, si bien es necesario convenir que el candor, la dulzura, la inocencia de los sentimientos y costumbres que forman el fondo de la religion y civilizacion de la India primitiva, edifican por do quier al lector y al espectador. Nótase en efecto que, á excepcion de los genios malignos que al hombre envidian y detestan, todos los personages son inocentes. Por otra parte, el interes tiene por objeto las desgracias y no los crímenes, pues los braminos, sacerdotes de la religion y zeladores acérrimos de la pureza de las costumbres, no hubieran permitido que se pervirtiese la imaginacion ó el carácter de los pueblos religiosos que se hallaban bajo su custodia, con representaciones depravadas ó feroces.

Esta atmósfera de inocencia que forma el distintivo del teatro de la India, arguye tal vez suntuosas fiestas en las cuales estos mismos dramas, mediante

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una prévia censura, servian de recreo y edificacion; aserto que por otra parte corrobora y acredita la consideracion que los diferentes modos de música y danza que tan gran papel desempeñaban en estas mismas ceremonias, pasaban por instituciones procedentes de los mismos dioses.

Un cenobita de la religion de Vichnú recibe de un bramino la nocion del arte dramático, descubierto por el piadoso solitario en los Vedas ó sagrados libros. Una divinidad, esposa del dios Siva, enseña á las mugeres de la India un tercer modo de danzas suplicantes, que aun existen en nuestros dias. Así el drama indiano tiene su raiz en la literatura sagrada de los Vedas, cuya antigüedad es incalculable.

Igualmente la comedia reconoce un orígen celeste, á pesar de su carácter secundario, tan inferior al drama épico y religioso, como lo ridículo es inferior al entusiasmo y la risa á las lágrimas. Una especie de divinidad coja y diforme, llamada Hanumun, cuyo carácter y aspecto guarda mas de una analogía con el Vulcano del Olimpo griego, tiene por padre al dios de las tempestades. En su infancia intentó correr tras el sol como un niño en pos de una bola que coger pretende, y en consecuencia tomó vuelo, cayó y su caida lo volvió diforme.

En el concepto de los traductores sanscritos, Hanumun es el gracioso de la corte celestial, reasumiendo en su persona los caracteres diversos de Lepau, Égypan, Sileno, Momo, Sancho y Falstaff.

Pero tambien parece haber sido poeta, pues despues de haber acompañado en sus guerras al semi-dios Rama, encarnacion belicosa de la divinidad suprema Vichnú, Hanumun llegó á reposarse un dia en los peñascos que ciñen el océano de la India, y grabó en su superficie un gran drama heróico celebrando las proezas de Rama. Añaden las tradiciones que, habiendo descubierto estos fragmentos poéticos esculpidos en las rocas submarinas el poeta posterior Valmiki, autor y compilador de la Ramayana, poema sobre el mismo asunto, cayó en una melancolía mortal determinada por la desesperacion de no poder igualar en su obra, que á la sazon escribia, la fuerza y belleza de tan preciosos restos. Conmovido Hanumun de la desesperacion de Valmiki, y, olvidando toda rivalidad de poeta, permitió á su émulo zambullir en el fondo de los mares para copiar las inscripciones grabadas por el semi-dios. La tradicion asegura que estos fragmentos de poesía primitiva permanecieron sepultados bajo las olas, hasta que el reino posterior de un soberano letrado les permitió ver la luz.

VI

La virtud, y no la pasion, forma el fin moral de los dramas poéticos de la India, cuya poesía mas filosófica que la nuestra, tiende á calmar y no á turbar el alma del espectador. El equilibrio de las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sensaciones, que es la salud del alma, no tarda en ser restablecido despues de las peripecias modernas exigidas por la curiosidad. Las reglas de la literatura teatral, reglas derivadas de la religion mas bien que del arte, revelan, en esos tiempos remotos, nociones profundas sobre la manera de conmover, interesar, tender y aflojar alternativamente los ánimos, para producir ese estado de edificacion moral en que el placer aprovecha á la santidad.

Hallamos las reglas del drama de la India profundamente analizadas en un estudio del baron de Eckstein, uno de los primeros que supo mezclar la filosofía á la tradicion.

Todo drama en la teoría indiana debe ser *uno*; pues, sin unidad, no hay concentracion de espíritu en una accion diversa, y por consiguiente interes. Tal es la regla inventada no por Aristóteles, sino por la naturaleza; regla que pasó de la India á la Grecia, de Grecia á Roma, y de Roma á nosotros.

Esta unidad de accion en el drama, no excluye una ligera diversion llamada episodio, con tal que éste dependa y guarde conexion con el mismo drama y sirva, no á suspender, sino á dar pábulo á la accion principal. El nombre de este episodio quiere decir en sanscrito *bandera flotante*, esto es, una cosa que libremente ondea sobre la accion, si bien á esta misma adhiere sirviendo para atraer las miradas y embellecer el asunto.

La tercera regla de las piezas indianas es el desarollo ó incremento graduado y ascendiente de la

accion, juntamente con el interes del espectador. Tal es el nudo.

La cuarta tiene por objeto el desenlace, el cual debe ser siempre dichoso, esto es, conforme á la justicia y bondad divinas que acaban por prevalecer y triunfar sobre el mal y el crímen, justificando á Dios en el sentimiento de los espectadores.

No solamente una catástrofe trágica perturbaria la conciencia del pueblo, sino seria una ofensa á la religion que revela como dogma absoluto la absorcion y reunion definitivas de todo sér en el seno de la Divinidad. En una palabra, el drama de la India acaba como acabaria lógicamente el drama moderno, si éste, plagio de las literaturas antiguas, no fuese mas pagano que cristiano.

VII

Por la tocante al estilo en que han sido escritas estas piezas teatrales, conviene advertir que iguala, si no supera en imágenes, pureza y armonía, á todo cuanto admiramos en los antiguos y modernos; y si el mecanismo, lo selecto de los términos, la transparencia de las metáforas, la armonía y cadencia de las expresiones, lo delicado de los sentimientos, la pureza elegante de la diccion, son signos sensibles de la perfeccion de las costumbres y pruebas de la civilizacion, el estilo de los poemas y dramas de la India atestigua evidentemente un ideal

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

primitivo, ó una literatura llegada á una perfeccion ideal mediante la colaboracion de muchos siglos, pues las lenguas se forman casi tan lentamente como el granito.

VIII

Esta literatura tuvo su época de infancia robusta é inculta como la nuestra; mas adelante entró en una via de perfeccion en que la sencillez se unió al gusto y la riqueza á la fuerza; por último llegó á un estado de afectacion y amaneramiento en que el ornato excesivo y muelle afectacion afeminaron el sentimiento y la idea.

En los dramas de la India, dice el citado filósofo, el diálogo se halla en prosa cuando expresa pensamientos templados; pero esta prosa es tan armoniosa, tan rica y elegante, que podria servir de modelo á una bella expresion poética. Si de la contemplacion profunda, ó de la situacion enérgica, destella súbita una reflexion llena de vigor y brio; si desea el poeta reducir en estancias robustas una moral elevada; si sublima su genio una imaginacion tan exhuberante como el cielo, el clima y los llanos de la India; si lo conduce el vuelo de su fantasía á la mayor altura de la expresion poética para traducir la delicadeza de la pasion, el encanto de la sensibilidad, lo patético del pensamiento, los arrebatos de la ira, el éxtasis del amor, en una palabra todas

las emociones terribles y cuanta violencia tempestuosa puede abrigar el alma humana; entonces la prosa del escritor redobla de cadencia, y por modulaciones que siguen el vuelo sereno ó raptos vehementes de la pasion, se eleva gradualmente á una diversidad infinita de ritmos, simples ó compuestos, breves ó magestuosos, lentos ó rápidos, armoniosos ó enagenados. Esta diversidad vuelve al teatro de la India de un estudio tan difícil como el de Esquiles y Sófocles, igualmente rico, no menos fecundo en goces literarios, si bien erizado de dificultades gramaticales que no nos presentan nuestras lenguas modernas. Segun el doble testimonio de Wilson y Jones, jueces supremos en esta materia, nada excede en melodía á los poemas de Kalidasa. Al contrario, la poesía de Bagavuti grandiosa y apasionada, estalla en un caos sublime de acentos magestuosos, tal como el gigante de las tempestades quien, golpeando con el pié las puertas infernales, toca con su frente la cima de los cielos, y cubre con sus oscuras alas el Océano que salta y muge bajo su soplo tremendo como el huracan.

Los metafísicos de la India versados en el arte dramático, cuentan ocho especies de emociones constituyentes del género patético, esto es de la poesía en la cual la pasion debe avasallar á las almas. Desde luego vemos mostrarse el amor, que si siempre no sirve de texto al drama de la India, es á menudo la mira; el amor casto, tierno, puro é inocente, como el que arde en las piezas de Sófocles. Luego

vemos el amor conyugal y al mismo tiempo apasionado, como el de Desdémona y Julieta de Shakspeare; fusion del platonismo ideal de Petrarca y del amor sensual, si bien ingénuo, pastoral y púdico de Milton en su Eden.

Esta poesía tiende tambien á inspirar el heroismo, pero un heroismo que no participa del furor brutal y feroz de los varones hazañosos de Grecia, Roma y Germania. Llenos de calma y generosidad, los héroes de la peninsula que riega el Gánges protegen al débil contra el fuerte, y recuerdan la caballería religiosa de la edad media, existente en gérmen en las epopeyas y dramas de la India primitiva. La poesía de los Braminos no conoce mayor grandeza que la dominacion de un ánimo esforzado sobre sus propias pasiones.

IX

Por una metáfora que debe ser natural al hombre, pues la hallamos tanto en las lenguas modernas como en la sanscrita, los literatos de la India aplican el nombre de *gusto* ó *sabor* á las impresiones morales producidas por los varios ramos de poesia. Al mismo tiempo asimilan las diversas pasiones ó aspectos del corazon humano, á los diferentes colores que pueden afectar la vista. Así el color del amor es el azul, símbolo de Vichnú, Dios padre y conservador de los seres. El blanco representa la

alegría, porque aparece en la sonrisa femenina que ostenta doble hileras de perlas, cuyo contraste con el coral de los labios es seductor sobremanera. Este color pertenece al semi-dios Rama, divinidad que preside á la dicha, desde el momento en que este héroe sobrehumano volvió á hallar á su adorada esposa, la bella Sita, cuya tierna historia no tardaremos en conocer. La cólera reconoce por emblema el rojo purpúreo, imágen de la sangre vertida, y pertenece á Siva, dios de la guerra y de la destruccion de los seres. La divisa del heroismo magnánimo es el color sonrosado, que revela la divinidad del corazon representada por Indra, rey de los dioses secundarios. El gris, color de las cenizas, de la tierra calva, y del mar cuando refleja opacos nubarrones en vez de la luz del sol, es el emblema de la tristeza, como el negro el del terror ó de los infiernos. Por último el amarillo está reservado á Brama, dios criador, como que reasume y sintetiza los demas colores fundidos en un brillo luminoso.

Así, mediante una analogía tan moral como física entre las impresiones del ojo y las del espíritu, analogía enteramente conforme á la armonía establecida por la naturaleza entre el alma y nuestros sentidos, existe en la literatura indiana una gama de estilo como una gama de colores y una gama de sonidos; de modo que los géneros adoptados por tal ó tal escritor pueden ser designados por el nombre de un color adecuado, diciendo que

tal estilo es azul, rojo, sonrosado, gris ó amarillo; como, por una analogía de otra especie, caracterizamos nuestros diferentes géneros en estilo elevado, bajo, ardiente, templado. Tan cierto es que perpetuamente necesitará imágenes el espíritu humano para traducir sus ideas y sentimientos.

Esta asimilacion de los diferentes géneros de estilo á los colores varios que afectan la vista, ó á los sabores que impresionan el paladar, denota, en la India primitiva, un hábito inteligente y una reflexion no poco ejercitada en materia literaria, pues un pueblo niño no inventa semejantes analogías. Al mismo tiempo, y como ya hemos insinuado, admite la India, en la clasificacion de sus géneros de estilo, la analogía derivada de los sabores que el paladar halagan ó contrarian: así en los escritores de la citada época, el azúcar es el símbolo de un carácter suave y apacible, y el gusto salado el de un temperamento irascible.

X

Ofrece el teatro de la India, añaden los comentadores, una singularidad que no se observa en ninguno de los modernos, y suficiente en sí para mostrar el grado de incremento prodigioso á que habia llegado la educacion pública en aquellos pueblos: y es que los personages hablan varios idiomas en el mismo drama, entre los cuales figuran dos lenguas

muertas: el sanscrito, dialecto sagrado reservado á los actores que desempeñan el papel de héroes ó dioses; y otro idioma antiguo, si bien no sagrado, reservado á las mugeres que representan el papel de protagonista.

El número inmenso de espectadores que, como en Atenas y Roma, comprendia el pueblo entero de una ciudad, excluia necesariamente, para dramas tan pontificales, los teatros amurallados. En general la representacion tenia lugar al cielo raso, ó en un patio perteneciente al alcázar del príncipe. Un libro en el cual se da á los poetas de la India las reglas de la accion y decoracion de la escena, describe igualmente el aparato de estos espectáculos, y su descripcion atestigua cuan poca barbarie existia desde época remota en el Oriente.

« El pórtico de la sala en el cual será celebrado el baile, » dice el citado libro, « será elegante y espacioso, cubierto de colgaduras sostenidas por ricas pilastras, á las cuales veránse suspendidas vistosas guirnaldas. En el centro se sentará, como en un trono, el dueño del palacio, teniendo á su izquierda los miembros de su familia, y á su derecha diversos personages de ilustre nacimiento. Detrás de esta doble fila, á izquierda y derecha, se sentarán los principales oficiales del Estado y del palacio; mientras que el centro detrás del trono, será reservado á los poetas, astrólogos, médicos y sabios. En torno del asiento principal veránse grupos de mugeres hermosas y agraciadas en extremo, con abanicos de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ® DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

plumas de pavo real, mientras que soldados armados guardarán las avenidas conducentes, y se colocarán en sus respectivos puestos varios oficiales provistos de varitas destinadas á mantener el órden. Cuando se hallará cada espectador en su lugar respectivo, entrarán las actores y cantarán ciertos aires; á continuacion descorrerá el telon la principal bailarina, y, despues de haber esparcido flores en la asamblea, desplegará su talento y las gracias de su arte. »

XI

Estas representaciones eran raras, pues los dos mayores poetas dramáticos de la India, Kalidasa y Bagavuti, no han compuesto cada uno mas de tres dramas.

« Si Kalidasa es el Eurípides de la India, conviene advertir que es un Eurípides sobrio, casto, ingénuo, exento de los defectos en que su natural afectacion impele al poeta griego. Al contrario, Bagavuti es el mas enérgico, el mas magestuoso de los autores dramáticos de su raza, y merece el dictado del Esquiles indiano. La poesía de Kalidasa recuerda el noble estilo y suave pureza de Sófocles, sin esa vulgaridad de intrigas que, mas que de la antigua epopeya, parece haber sacado Eurípides de las novelas modernas; mientras que Bagavuti, descomunal, imponente y sublime como esos bosques de Gonvana cuya terrible sombra vaciló sobre su cuna, parece

salir de manos de la naturaleza, como el Moisés de Miguel-Angel brotó magestuoso del pensamiento del artista. En la poesía de Bagavuti, mugen iracundas ó se calman risueñas las tempestades de todas las pasiones, que enardece la mano pujante del vate. Vivia este admirable poeta, segun se ve en la historia de Cachemira, algunos de cuyos extractos ha publicado Wilson, hácia el año 720, en la corte del soberano de Agra. Jamás emanaron de alma humana tan apasionados acentos; así fué denominado por sus admiradores *Escricante*, esto es, varon sublime cuya boca es el templo de la elocuencia. El padre de Bagavuti era un bramino perteneciente á esa ilustre raza cuyo orígen se pierde en los tiempos heróicos, y su familia habitaba la provincia de la India que en el dia llamamos Decan, al occidente de esas altas montañas y dilatados bosques que vertieron sus santos murmullos, balsámicas emanaciones y misteriosos terrores en el alma del jóven poeta. »

XII

Otro drama del Esquiles indiano, Bagavuti, es una tragedia histórica y mitológica del semi-dios Rama, tragedia cuya analísis vamos á exponer sumariamente, citando los fragmentos que caracterizan el estilo de este artista colosal, pues un dedo del pié procedente de los bajo-relieves del Partenon,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da mayor idea del genio de Fidias, que el mas prolijo comentario sobre la estatuaria.

Se abre la escena por un diálogo conyugal, comparable al Cantar de los cantares de Salomon, entre el semi-dios Rama y su jóven esposa Sita.

A la sazon interviene un sabio, que acompaña y conduce á ambos consortes en una galería de cuadros, representando su dichosa infancia y los castos amores que precedieron á su union. Sita y Rama quedan enagenados al ver las obras maestras verificadas por el pincel, no saciándose de ponderar el genio que las produjo y los tiernos recuerdos que evocan.

« — ¡Felices los años de mi infancia, esclama el semi-dios, cuando respiraba aun mi venerado padre, y la celosa ternura de una madre custodiaba bajo sus alas mi existencia; cuando mi vida pura y transparente se deslizaba en la inocencia y las delicias!... Allí veo el cuadro que representa la admiracion que produjo en la que me dió el sér la belleza de Sita... la sonrisa mas hechicera dilata sus labios, y su boca entreabierta deja brillar dos filas de candidos dientes como los prolongados pétalos del jazmin, mientras que las largas trenzas de su flexible cabellera que á la misma seda exceden en brillo y suavidad, esparcen un crepúsculo sobre sus megillas, y todos sus miembros á cuya elegancia solo excede la gracia de sus movimientos, poseen el indecible encanto de los rayos de la luna filtrando en el espacio cristalino.

« — Mira ese otro cuadro, le dice Sita, que perpetúa el instante en que revestistes el trage penitencial entre los santos cenobitas.

« — Sí, replica el héroe; en la flor de nuestra edad nos sometimos á ese género de vida que adoptaban los antiguos reyes de nuestra raza para santificarse, cuando abdicaban el imperio en favor de sus hijos; y dichosos nos creíamos al poder así desfallecer y marchitarnos corporalmente en aquellos monasterios situados en lo mas denso de los bosques, para progresar en la senda de la sabiduría bajo la direccion de admirables maestros, inspirados por los mismos inmortales.

« No tardarémos en llegar, continua el ilustre personage dirigiéndose á su querida Sita, á ese ameno parage situado en medio de las montañas en la parte meridional de la India, á orillas del rio que se despeña por entre las rocas do moran los santos anacoretas, prontos á preparar para sus huéspedes el plato de arroz. ¿Te acuerdas, amor mio, de la humilde y venturosa cabaña, á orillas del torrente que allá á lo lejos fulgura entre las ramas á los rayos del sol? ¡Qué dias tan dichosos gozamos en aquel albergue, testigo de nuestra recíproca ternura! ¡Cómo se deslizaba insensible nuestra vida embargada por el gozo inefable!

Despues se muestran á las húmedas miradas de ambos amantes diversas representaciones trágicas, que recuerdan los peligros de que consiguió Rama salvar á la donosa Sita, cuyos ojos vierten lágrimas

deliciosas al observar el contraste de aquellos tiempos aciagos con la dicha de que actualmente goza.

Ambos amantes se retiran á un pabellon en medio del jardin, siguiéndose una escena de casto amor conyugal, tierna y patética sobremanera, cuyas delirantes expresiones abrasan el corazon como el fuego consagrado que devora el incienso sin dejar cenizas. Los enlazamientos de alas y melodiosos arrullos de la Sulamita ceden en santa languidez á las delirantes expresiones del poeta indiano, que eclipsa á Tíbulo en sus mejores versos. El escrúpulo de las lenguas modernas nos obligan á cubrir con un velo las efusiones de ambos consortes, cuyo voluptuoso delirio podria ofender nuestras ideas de pudor.

Mientras que duerme Sita en los brazos del rey su esposo y balbucea azorada el nombre de su querido Rama, éste la contempla embelesado. — « Mi esposa sueña que la he abandonado, esclama, ó bien la vista de esas pinturas que trazan nuestra desgracia ha perturbado su razon..... ¡Ah! ¡feliz quién en la fortuna próspera ó adversa puede contar con la ternura de una esposa fiel; feliz aquel cuyo corazon se apoya incauto en otro corazon, y halla goces infinitos en union tan inefable, tanto en el ocaso de la vida, como en la flor balsámica de la juventud fogosa!

XIII

Esta breve felicidad cesa á la voz de un cortesano cuya voz anuncia á Rama la noticia de la insurreccion de sus vasallos, quienes, irritados por su amor por Sita, reclaman vocingleros y tumultuosos el alejamiento de la malhadada esposa acusada de nefanfos crímenes.

Despues de pugnar portiadamente con la marea popular, no puede menos de ceder Rama y confiar á Sita á un prudente anciano para que conduzca al destierro á la desolada consorte.

Nada excede á lo tierno de su despedida que lacera el corazon del lector.

— « ¡Deber cruel! prorrumpe Rama en un acceso de congoja. ¡Qué bárbaro soy al sacrificar como ave doméstica destinada á la muerte, á la tierna esposa de quien tantas pruebas he recibido de fidelidad y ternura!..... No me retengas así, querida Sita,..... déjame..... no aprietes en tu seno á un hombre degradado por su crueldad. Tú crees ceñir el árbol oloroso del sándalo, y solo aprietas la planta siniestra cuyo contacto venenoso produce la muerte (Se arranca de los brazos de Sita). — « ¿Y ahora qué es para mí la vida? un peso inútil..... — ¿Y el mundo? un desierto horroroso, árido y adusto..... ¿Dónde podré hallar consuelo para suavizar mis males? El sentimiento solo me sirve para sufrir y en vano

pugno con el dolor que contra mi sér entero se encarniza. Manes de mis antepasados, sabios, profetas, vosotros objetos de mi honra y amor, vosotros que profesásteis tanta amistad á Rama, á quien cubristeis con vuestra proteccion; llama celestial, tierra protectora y madre de los humanos; ¿á qué sér benéfico podré elevar la voz? ¿Qué númen podré invocar sin apartarme de mis sagrados deberes? ¿Llegarán acaso á conmoveros mis quejas como estremece el contacto de un hombre desterrado de su casta? Sereis sordos á la súplica del infeliz que se ve obligado á expeler á su esposa, honra de su casa, y condena á la desesperacion á la muger cuyo seno lleva el objeto de su ternura, sacrificándola como víctima ofrecida para aplacar á los espíritus malignos? (Se inclina á los piés de Sita.) ¡Hija adorable del rey de Videha, que por última vez tus hechiceros piés sirvan de almohada á la cabeza de Rama! »

El segundo acto transporta al espectador, despues de un largo intérvalo de tiempo, á lo mas recóndito de un bosque espeso, habitado por anacoretas y ninfas consagradas al culto de los dioses, una de las cuales ofrece un ramillete de flores al superior del monasterio.

— « Sencillez de corazon, sobriedad de palabras, modestia de porte, inocencia de pensamientos, pureza de imaginacion, afecciones piadosas, tal es la virtud » dice el santo varon al recibir la ofrenda.

La ninfa pregunta al anciano cual es la causa de

la agitacion que ve en la comarca habitada por los venerables anacoretas retirados del mundo.

EL ANCIANO.

Hija mia, voy á deciros que acontecimientos perturban nuestras santas meditaciones... Dos niños, conducidos probablemente por alguna divinidad, han llegado á nuestros bosques y distraen á los ermitaños de sus graves estudios. Los mismos animales, á vista de estos misteriosos infantes, manifiestan una sorpresa mezclada de admiracion y se sienten atraidos á esas criaturas sobrehumanas por un encanto indecible.

LA NINFA.

¿Y cómo se llaman?

EL ANCIANO.

Uno se llama Cusa, y el otro Lava: nombres que les confirió su celeste nodriza, bastando á probar su orígen inmortal los divinos objetos que hemos visto á su lado. Nuestro superior excelso adoptó estas misteriosas criaturas, las educó, les enseñó el uso de las armas; y, cuando llegaron á contar un número mayor de primaveras, los revistió del cordon de la secta de los santos y puso en sus manos los sagrados Vedas.

Otra razon nos ha distraido de nuestros piadosos estudios. El sabio Valmiki, un dia que se paseaba en las márgenes del Tamasa apacible y cristalino, vió á un cazador postrar sin vida á una ave que, con-

tigüa á su amable compañera, hacia resonar la ribera con sus amorosos acentos. Afligido á vista de semejante espectáculo, exhala su indignacion el sabio por palabras vehementes, é inspirado por la diosa de la elocuencia, expresa su pensamiento en un dístico improvisado : « No esperes, bárbaro, prolongar tus dias, tú cuya mano pudo herir mortalmente y acabar con la vida de una inocente avecilla, que halló la muerte cuando solo trinaba el himn ode amor. »

— « Pero, interrumpe la ninfa, ¿qué ha sucedido con la sin ventura Sita, desde que ha sido conducida al bosque?

EL ANCIANO.

Lo ignoro.

LA NINFA.

¿Y qué hace Rama? Yo tiemblo al pensar que contraiga nuevas nupcias.

EL ANCIANO.

Mal lo juzgais, pues sus ojos divisan incesantemente la imágen áurea de su querida Sita.

LA NINFA.

Mucho celebro saber que guarda su fé al digno objeto de su amor. ¡Cuántas contradicciones encierra el corazon reputado mas puro! ¿Cómo puede la misma mano manejar tosca el hierro homicida, y palpar delicada la suavidad de la flor?...

EL ANCIANO.

Pero alejémonos, que yo os serviré de guia.....

Este es el instante en que los rayos del sol abrasan el ambiente, y obligan á refugiarse bajo la sombra á los cantores silenciosos del claro inundado por las miradas del astro del dia. Sola, en medio de los mas elevados ramos, repite la tórtola sus voluptuosos arrullos; mientras que, bajo la bóveda formada por los ramos entrelazados, reposa á la fresca sombra el grave elefante apoyado contra un árbol añoso, ó bien, extendiendo su trompa en el seno del risueño emparrado, determina una lluvia de hojas y botones floridos que parecen una ofrenda presentada al sagrado torrente, cuyas aguas, diáfanas y fúlgidas como el cristal, se deslizan apacibles bajo esta cúspide de verdura.

XIV

Rama, despues de haber salvado generosamente la vida de un hijo perteneciente á un bramino, se muestra en su carro de guerra con la cimitarra en la mano. Los religiosos celebran la gloria del héroe, cuya vista inquieta reconoce confusamente la amena region en que pasó su juventud con Sita.

« — ¡Qué risueño horizonte se despliega á mi vista! » esclama el héroe. « Aun me es dado contemplar estas bóvedas sombrías en que tan misteriosa oscuridad vierten los añosos árboles; aun divisan de nuevo mis ojos embelesados esos torrentes que iracundos y espumosos se precipitan de los

montes vecinos, haciendo temblar la tierra... El tigre famélico acecha su presa en la montaña, ó se oculta en las tenebrosas cavernas; en el mullido césped se enrosca la sierpe enorme, en cuyos anillos salpicados de colores miles, resalta el negro y ruidoso grillo que apaga su sed en las gotas de rocío chispeantes en las escamas del mónstruo. En el espeso bosque cunde un silencio profundo, interrumpido tan solo por los murmullos lejanos de los manantiales que de los peñascos brotan, el eco de la montaña que repite el rugido del tigre, y el chirrido de las voraces llamas que allá á lo lejos mugen silvadoras, tiñendo de rojiza luz el azulado firmamento... Sí, mi vista reconoce esta escena, y todo el pasado vibra palpitante en mi memoria... Estas sombras terribles no amedrentaban á Sita, dichosa de arrostrar los horrores del bosque oscuro teniendo á Rama á su lado. ¡Con que alegría atravesaba el desierto esa muger á quien amor inspiraba audacia! ¿Qué mayor riqueza puede desear el hombre á quien otorgó el cielo una dulce compañera de su vida, un sér que toma para sí la mitad de las penas que abruman el corazon, y cuyo inefable afecto compensa todos sus dolores?

« ¡Escenas de reposo, » continua el entusiasta amante, « plácidas grutas que engalanan los tesoros infinitos de la creacion! ¡Apacibles guaridas, en que incautas trinan las tímidas aves y rumian apacibles las ciervas ariscas! ¡Espumosos torrentes, que casi ocultan los verdes puentes salpicados de

flores formados por los olorosos arbustos! ¡mi corazon os reconoce y ruidoso á vuestra vista late! Por este lado, la faja serpentina que al horizonte ciñe, á la manera de abatidas nubes, me indica la cumbre del monte Pravana, morada del rey de las aladas tribus, de cuyas escarpadas pendientes se precipita impetuoso un rio... Al pié de la montaña, en el declive de esta frondosa espesura se elevaban los copudos y siniestros árboles, en cuyas ramas espesas inclinadas sobre el rio, se anidaban los pájaros. ¡Qué suaves eran sus gorgeos! ¡Qué armoniosos sus cantos! Allí tambien se elevaba nuestra cabaña pajiza... Esta era la habitacion de la bella Vasanti, tierna amiga de Sita, ninfa oficiosa de este antiquísimo bosque ¡Ay de mí! ¡Cómo ha mudado mi suerte! Triste y solitario me consumo en la viudez, y el negro pesar difunde en mis venas su mortal ponzoña. La desesperacion, como una flecha cruel, en mi pecho se hunde desgarrando incesantemente la herida que al entrar hiciera... ¿No me concederán los númenes supremos el triste consuelo de perder la memoria de mis dolores, fijando mis ojos en estos lugares cuya vista mi corazon lacera? Pero estos mismos sitios han cambiado de aspecto. Allá, en el cauce del exhausto arroyo, se extiende una alfombra de césped; aquí, en vez del emparrado que formaban los árboles para resistir á los ardores del mediodia, una dilatada llanura refleja risueña la luz del sol... Apenas puedo acertar á creer que sea el mismo el paisage

que mis ojos divisan; y sin embargo esas pujantes barreras continuan limitando el horizonte, y siempre las mismas montañas empinan sus gigantescas cimas en el luminoso espacio. »

Estas pintorescas descripciones de la gala á la vez opulenta y magestuosa que ostentan las regiones tropicales de la India, bastan para convencernos que no es invencion reciente de los poetas modernos el don de contemplar la naturaleza, combinado con esa melancolía transparente que mece el alma y el corazon sublima; doble y preciosa facultad conocida de la antigüedad mas remota, cuya voz, con no menos fuerza y gracia que la nuestra, expresaba la obra divina y el corazon humano.

XV

El compañero de Rama indica al héroe la ruta en términos tan poéticos como los precedentes.

« Por ahí está nuestro camino, « le dice... » mas allá se eleva imponente el soberbio Croncharat, en cuyas faldas que cubren copudos árboles, grazna el negro cuervo y gime la lúgubre lechuza, mientras que en sus sonoras cavernas, se engolfa silvando el aquilon. Inumerables pavones con discordantes gritos, encaramados en los árboles que abate y destruye el tiempo, persiguen las espantadas culebras... A lo lejos, en la parte meridional, se prolonga la cordillera de montañas, cuyos elevados picos cubre una

diadema de nubes; de sus faldas brota y mana hervidor el torrente que llegará á ser caudaloso rio, con un fragor horrendo que cóncavas repiten las cavernas; á sus piés el raudal sagrado reune en una sola corriente anchurosa esos impetuosos riachuelos, que mugidores se encuentran para confundirse. » (Ambos desaparecen bajo los árboles.)

Una de las mugeres que viven reclusas, pinta en estos términos á una de sus compañeras la disposicion de espíritu del desventurado amante :

« Hace ya tiempo que Rama lleva en su corazon el luto de su esposa, aunque bajo la calma exterior cobije el pesar que carcome los resortes de su vida. La prostracion de su cuerpo indica el dolor que despedaza su seno. ¡Ay de quién incuba una afliccion secreta! ¡Ay de aquel cuyo ánimo debe doblar el pesar! »

XVI

La misma Sita, enviada por una divinidad bienhechora para ofrecer un sacrificio en el bosque, se muestra en este momento. La desolada esposa ignora que en esa soledad respira la pareja divina que engendró á orillas del Gánges. Arrebatados del seno maternal inmediatamente despues de su nacimiento, ambos gemelos cuentan ya doce años. El elefante favorito que conduce á la madre, se halla á pique de perecer víctima de otro elefante monstruoso que lo acomete en las márgenes del rio. A los gritos de las mu-

geres, acude Rama y salva el elefante de la reina, pero sin reconocer á Sita á quien los dioses vuelven invisible. No obstante, Rama apostrofa en los términos siguientes á su esposa que ausente juzga :

« Sita, mi brazo ha cumplido tu voto ; gracias á mi valor puede marchar sin peligro tu elefante favorito, el mismo que, cuando holgaba en sus primeros años, alargaba diestra y delicadamente su trompa, para coger, en tus orejas, las fibras del lotos que te servian de perfumados zarcillos. Mira con que zalameras monadas procura ganar el amor de su compañera, como aspira con su trompa la onda embalsamada por la lluvia de flores de la ribera para inundar el cuerpo de su amada, como arranca las anchas hojas de la planta húmeda y las levanta travieso para poner al abrigo del sol la cabeza de su mitad. »

El héroe se aleja, y Sita queda sola lamentándose sobre la ausencia de sus hijos.

« Este elefante juvenil, « dice, » despierta en mi memoria el recuerdo de mis hijos. ¿ De qué culpa llegué á contaminar mi existencia para ser condenada á no apretar en mis brazos á esos tiernos infantes de rostro agraciado y donoso, coronados de rizados cabellos, abierta la boca por seductora sonrisa, mostrando entre sus labios coralinos dos hileras de perlas semejantes á los pimpollos del jazmin que á la luz despuntan cándidos y olorosos? »

Entretanto Rama, para quien es invisible Sita, prosigue sus lamentaciones. « Dejadlo llorar, dicen

sus sirvientes, pues á los que sufren cabe el derecho de quejarse y hablar de sus pesares secretos. Por las palabras se derrama el corazon que rebosa, y el alma doliente se consuela contando sus cuitas. El lago que las lluvias hinchan no asola sus playas, cuando, levantándose sus ondas, encuentran fácilmente un desagüe. »

La esposa invisible asiste á los lamentos de su esposo, y la escena se prolonga cada vez mas patética. Rama, en su delirio, manda á su escudero que impela el carro en la direccion del templo, deseoso de sacrificar á los dioses, á cuyo efecto lleva consigo la estátua adorada que le representa su querida Sita.

XVII

En el cuarto acto, introduce el poeta en la escena al anciano rey, padre de Sita. Sus lamentaciones sobre la suerte de su hija son tan plañideras como las de Príamo y Hecuba en la tragedia griega, á la que exceden en sentimiento religioso.

« El pesar, como una sierra de agudos dientes, parte y desgarra sin cesar mi sér entero. Todas las veces que me acuerdo de mi hija, este pensamiento contunde mi alma y saja mi corazon. Mi dolor arrastra continuamente nuevas ondas, como un rio caudaloso cuyo manantial brota sin intermitencia. ¡ Desdichado de mi, pues aun conservo unida mi

alma á este cuerpo perecedero, á pesar de la edad, de las desgracias, de las austeridades con que he macerado esta carne mortal! Por otra parte no me atrevo á apagar en mí esta débil chispa de vida que me anima, pues el infierno mas profundo en que nunca brilla la luz benéfica del sol, aguarda al miserable que osó llevar á su sér una mano homicida. Mis años se arrastran penosos, y, á pesar de la tendencia calmante del tiempo, mis dolores, acrisolados incesantemente por la memoria, reaniman sin cesar mi existencia... ¡Oh amada Sita! ¿cómo no pudieron apartar todas tus virtudes el fallo acerbo de la implacable suerte? Aun retraza mi memoria tus gracias infantiles, tu rostro radiante de lozana frescura como la flor del lotos, tu fisonomía engalanada aun con las lágrimas ó la sonrisa, primeros esfuerzos para expresar tu pensamiento por palabras. Hija del sacrificio, ¡qué triste es tu herencia actual! ¡Oh tierra, omnipotente diosa! ¡oh fúlgido sol, protector de mi estirpe, y vosotros sabios y santos númenes bajo cuyo amparo se hallaba! ¿qué habeis hecho de mi hija? » . . . . . .

. . . . . .

Ambos gemelos se presentan ante el abuelo y la abuela.

« — A medida que se avanzan estos niños, » se dicen ambos ancianos « atraen en su órbita nuestras almas endurecidas por los años, de la misma manera que una vara de iman pone en movimiento una masa de hierro. »

El buen abuelo abraza al niño, y no puede menos de esclamar :

« — ¡Cómo me recuerdan á Rama estos tiernos infantes! En todo se parecen á mi hijo, en la estatura, en el color atezado de la piel semejante á la hoja negra que flota en el torrente, en su voz sonora y penetrante como el grito del pato silvestre cuando alegre recoge los tallos del oloroso lotos... Pero esos ojos... ¿será ilusion de mi parte? (A Chanaka su esposa.) Pero observadlos vos misma, y decidme si esta mirada viva y elocuente no es la mirada de Sita? »

El interrogatorio de los ancianos padres y las respuestas ingénuas de los niños, recuerdan las de Eliacin en la Atalía de Racine.

Algunos soldados acuden para disputar á los gemelos un caballo escapado, destinado al sacrificio. Uno de los hijos de Rama aguarda á pié firme al enemigo, y, blandiendo su arco bajo una granizada de flechas, esclama disparando las suyas, solo en presencia de sus enemigos. « ¡Ah! por fin la gloria viene á buscarme. Como la nube ruge iracunda cuando su seno rompe y despedaza el rayo, así se estremece ruidoso mi arco ultriz, alargándose bajo el esfuerzo de mis brazos como se ensancha la enorme boca de Yama para devorar las naciones. »

A consecuencia trábase una reñida refriega, cuyo carácter pintoresco deja en zaga la prolija descripcion de los porfiados combates de Homero.

Uno de los testigos esclama al presenciar el denuedo del adolescente :

« — Me recuerda á Rama, tal como era en su juventud, cuando disparaba sus saetas contra los espíritus impuros.

« No puedo menos de avergonzarme cuando considero su valor, y cuando lo contemplo tan sereno como terrible en lo mas recio de la refriega... » En el aire que oscurece una nube pulverulenta, fulgura cual fulmínea centella su llameante cuchilla. En vano se precipitan los carros con fragor horrible que aumenta el metálico estrépito de las campanillas; en vano se avanzan los monstruosos elefantes semejantes á nubarrones preñados del rayo y envueltos en la oscuridad borrascosa de la batalla; el héroe impávido opone excelsa frente á cuantos peligros pueden amenazar su existencia, y el clamor belicoso que exhala su pecho resuena sobre el redoble de los tambores, mas tremendo y ruidoso que el grito del elefante que repiten los ecos de la montaña. En torno de su persona afluyen enjambres de enemigos, en cuyas cabezas se pintan á la vez el miedo y la frenética rabia... Temblorosos de pavor como si se abriese la boca de Yama para devorar al mundo, tiemblan, vacilan y huyen en presencia del varon hazañoso... Volemos á su socorro.

« — Este jóven debe poseer armas celestes, » dice otro testigo.

« Nada es mas cierto, responde un tercer personage pues, efecto de un cambio terrible que hiela la sangre de pavor, la oscuridad sucede á los deslumbrantes destellos. Como un ejército pintado, tal se detiene nuestra gente, efecto de un irresistible hechizo; mientras que, como los picos de Vindia, flotan en el cielo vapores espesos y hacinados. Las tinieblas salen de las cavernas infernales y por do quier se difunden espesas. Tal como se nota en el bronce licuefacto, llamas siniestras y rutilantes atraviesan la oscuridad, y el viento muge á lo lejos como si se acercase el fin del mundo. »

Un guerrero audaz se muestra para combatir cuerpo á cuerpo al hijo de Rama.

« — Su furor amenaza reventar y estallar como la llama; todos sus miembros palpitan agitados por la cólera; sus ojos, inyectados de sangre, brillan como el lotos rojo; sus pálidas mejillas, sus contraidas cejas, se asemejan á la luna ofuscada de máculas amarillentas, ó bien al lotos marchito en el cual se revuelca la afanosa abeja con susurrantes alas. »

Píndaro tiene menos fuego, y Homero menos imágenes.

XVIII

El mismo Rama comparece para separar á los combatientes. El guerrero, dice el poeta por la voz del coro, aparece en medio de un lívido fulgor :

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

olas de fuego silvan y serpentinas se enroscan á sus remos descomunales. El semi-dios desciende y felicita al belicoso adolescente á quien aun no conoce.

« — Este niño, dice, se ha conducido como un guerrero digno de este nombre, al no sufrir impunemente el ultrage y la insolencia, pues cuando lanza sus ígneos rayos el astro del dia, la piedra solar los refleja aun mas ardientes. »

A la sazon se muestra su segundo hijo Cusa, que regresa de los lugares consagrados. Rama no puede menos de turbarse á su vista.

« — Es cosa rara, » dice, « que me basta tocar á estos dos adolescentes, para que se difunda en todo mi sér un dulce estremecimiento, al paso que á la manera de cálido rocío mi cuerpo inunda un sudor repentino producido por el exceso de ternura. Los ojos, los modales de estos tiernos mancebos acusan un origen regio, y, en sus cuerpos, naturaleza depuso signos de grandeza, como esos rayos de luz que abrigan las piedras preciosas, ó las gotas de néctar contenidas en el cáliz del amable lotos. Estos signos indican una destinacion gloriosa, como la que está reservada únicamente á los hijos de Ragú. El color óscuro de su atezada tez evoca el azulado cuello de la paloma, y sus espaldas poseen la anchura de las del monarca de los bosques. Su mirada intrépida es tremenda como la del leon furioso, y el metal sonoro de su voz resuena como el tambor sagrado cuando convoca á los fieles al sacrificio. En ellos veo no solo mi propia imágen, sino el aire y

fisonomía de Sita, cuyo rostro hermoso como el lotos se halla siempre presente á los ojos de mi alma. Tales eran sus dientes tan blancos como perlas; tal era su labio delicado, su oreja redondeada, sus ojos expresivos, si bien fiera llameaba su mirada como la del hombre... Estos dos gemelos viven en este bosque en que fué abandonada Sita, y su fisonomía recuerda la de esta muger incomparable..... Cuando considero estas armas divinas milagrosamente deparadas por una mano invisible, que, segun el oráculo de doctos varones jamás deben abandonar nuestra familia sin motivo... Por otra parte bien presente tengo el estado en que se hallaba mi esposa, cuyo seno contenia la dulce esperanza de mi estirpe. Estos diversos pensamientos ocupan mi alma, y mi corazon llenan de esperanza é inquietud. ¿ Cómo podré saber la verdad? ¿ Cómo podré preguntar á estos donosos niños la historia de su nacimiento?...

XIX

Aquí cambia de repente la escena de decoracion y de aspecto; y el poeta, deseoso de precipitar un desenlace feliz, remonta á doce años atrás. Oyense á lo lejos allende los bosques y las márgenes del rio, los gritos de abandono y dolientes gemidos de una esposa abandonada, cuyo seno da luz á dos gemelos recogidos por los braminos y adoptados por las sagradas ninfas.

Lleno de piedad y amor, cree soñar Rama. « Rey, le dice un sabio anacoreta, » ¿ cómo no acertais á comprender lo que aquí indirectamente os significamos, en accion y no en narracion, esto es el nacimiento de estos dos niños hijos vuestros?

« Callen las voces y los instrumentos de música, « prosigue dirigiéndose á los actores, » y contemple todo el mundo las maravillas que va á operar el poder de un dios. »

Despues se muestra Sita levantada y conducida por las aguas del Gánges, y rodeada de divinidades propicias.

« — Recibid « dicen estas divinidades á Rama, » recibid una esposa casta y fiel. »

El padre, la madre, el esposo, la esposa, los hijos, todos se reconocen, se abrazan y se confunden en el júbilo mas inefable.

Entonces comparece en la escena el director del teatro, en trage del santo anacoreta á quien debe el héroe la dicha de haber hallado á su hijo y esposa.

« — Rama, « dice al héroe, » ¿qué podemos hacer para aumentar tu felicidad? »

El príncipe se levanta y responde en estos términos :

« — Piadoso solitario, solo me queda un deseo cuya realizacion me hará feliz : puedan los cantos inspirados que celebran esta historia, embelesar y santificar las almas de los espectadores; y como las aguas purificadoras del Gánges, lavar nuestros pecados. Puedan la imaginacion dramática y el gusto del autor redundar en honra y gloria del gran Maestro que inspiró é iluminó su mente, y pueda iniciarnos cada vez mas el vate en la ciencia infinitamente superior á las demás ciencias, en la ciencia que nos da el conocimiento de las perfecciones del único sér en quien se resumen todos los seres, en una palabra, de Dios. »

Con estas palabras concluye el poema dramático, y el pueblo sale edificado del teatro como de un templo en el cual el placer sirve de móvil á la virtud.

Tales eran las representaciones dramáticas de la India primitiva, mientras que las mas densas tinieblas envolvian ambos hemisferios, salvo algunos paises privilegiados que apenas empezaban á balbucear la lengua de la filosofía, de la poesía y del arte. Así, mal que les pese á los que opinan como Voltaire, del Oriente nos viene la luz moral no menos que la luz física ó celeste que á la primera simboliza.

EPISODIO.

Hemos leido, como todo el mundo, los dos tomos publicados recientemente por M. Victor Hugo, é intitulados *Contemplaciones*. No conviene á un poeta emitir un fallo sobre la obra de otro poeta, su contemporáneo y antiguo amigo; pues la crítica podria achacarse á rivalidad, y ser sospechoso el encomio

como lisonja á las dos mayores potencias que reconozcamos en la tierra : el genio y la desgracia.

Así nos hemos ceñido á gozar en silencio de las bellezas de sentimiento que rebosan de esas páginas, llorar con el padre y remontar con el esposo y amigo á esos dias desvanecidos en que nos encontramos en el mismo terreno literario. Pero ayer una circunstancia dichosa é imprevista nos obligó á acordarnos que tambien supimos tañer la lira, y á responder por un eco débil á la voz que nos viene del Océano.

Los poetas, escritores y amigos particulares de M^ma^ Victor Hugo, concibieron la idea de mandar encuadernar del modo mas suntuoso el tomo de poesías de su esposo, insertar adjuntas algunas páginas en blanco, y cubrir estas mismas páginas con sus nombres, ó bien con algunas líneas de prosa ó verso, en testimonio de la amistad inspirada por esta ilustre y virtuosa señora que lleva tan glorioso nombre. Uno de ellos me trajo ayer la página que me estaba destinada, la cual me inspiró esta mañana los versos que á continuacion inserto, no como modelo de literatura, sino como prenda de respeto á M^ma^ Victor Hugo y afectuoso recuerdo de la amistad que, desde nuestros años de juventud, me liga al ilustre poeta con quien se halla unida en indisolubles vínculos.

A MADAMA VICTOR HUGO.

RECUERDO DE SUS BODAS.

El dia en que tu esposo, como un vendimiador ébrio, te arrastró por la mano bajo su humilde techo, me senté yo en la mesa que Dios os otorgaba para vuestra existencia, y el vino de la embriaguez regó nuestro pan.

Naturaleza secundaba esta agapa amorosa, pues todo era miel y leche, todo follage ameno, todo flores y frutos ; sobre el mantel se operaba el trueque del anillo nupcial, primer eslabon dorado de la cadena nocturna.

¡Oh Psiquis, cuyo espíritu se despertó en el festin! tus negros ojos contemplaban con mirada de pasmo la frente de tu esposo de fulgor inundada, de la cual brotaba un rayo formado de un elemento mas puro.

Era la ardiente pira que la vida consume, cuyo carbon acá, mas la llama está allende; y tú te preguntabas incierta y enagenada : ¿ es un alma? ¿ es un fuego?... Mas no temblabas, no.

La noche trascurrió en tan castos delirios, el amor bajo la mesa entrelazaba vuestros dedos, y atónitos los transeuntes escuchaban dos liras una que canta aun, otra que enmudeciera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y, despues de apurar la última copa de vino, deshojé en mi vaso un pimpollo de jazmin; luego sentí mi corazon mordido por una idea, y salí de la víspera recelando mañana.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Y ahora de nuevo acudo, convidado sin corona, á reclamar mi puesto en la enlutada mesa; las tinieblas se extienden, y azotado por el aquilon otoñal, muge el Océano estúpido estrellándose contra un escollo.

Mas no importa, sentémonos. Noble orgullo le cupo, á tí ternura delicada. — ¿Qué pretendes servirnos, oh muger de dolores? Donde ardieron dos corazones, aun quedan las cenizas. Mojémoslas con nuestras lágrimas, que tal es el pan del duelo.

Par s. — Imprenta de P.-A. Bourdier y Cª, calle Mazarine, 30.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS